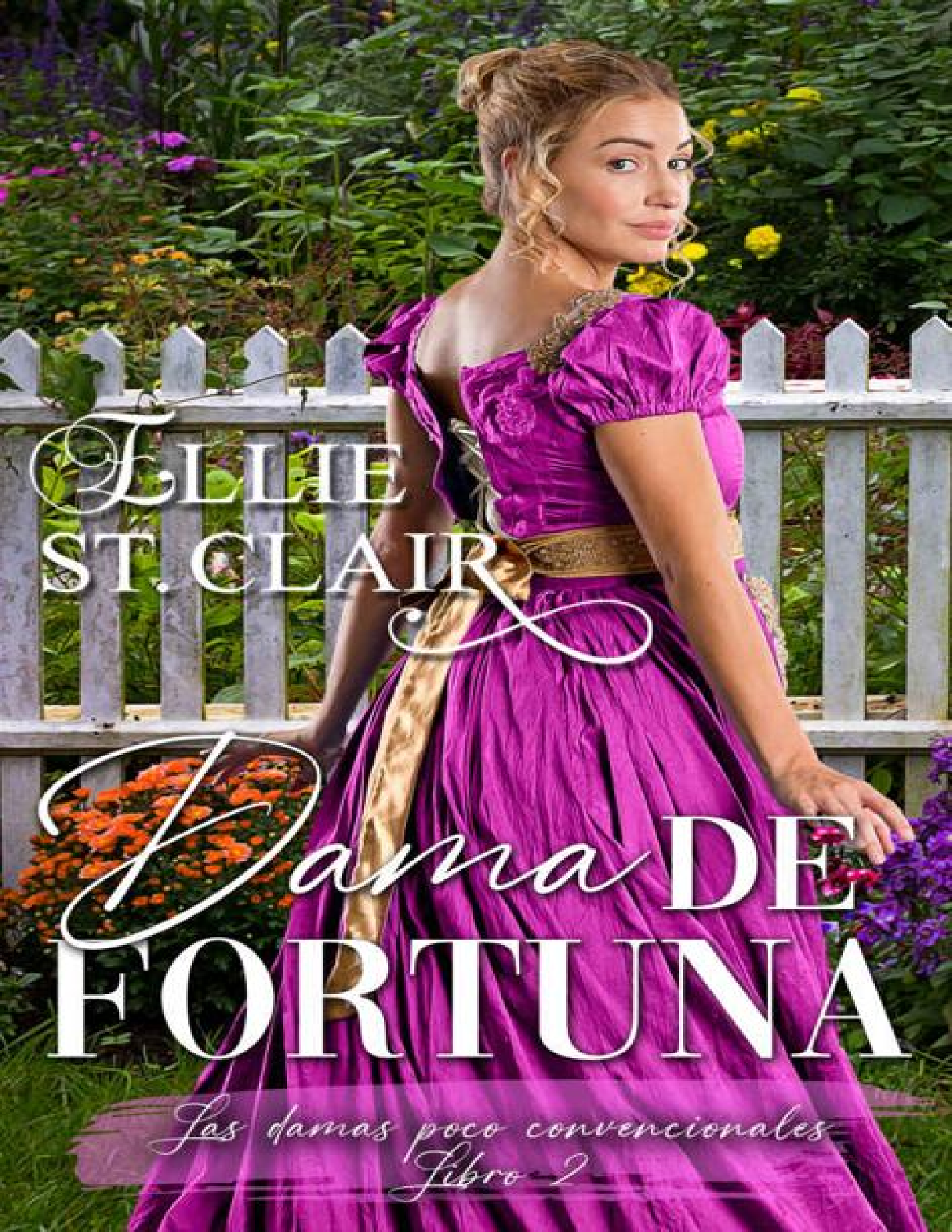

Ellie St. Clair
Dama de Fortuna
Las damas poco convencionales
Libro 2

Dama de fortuna

LAS DAMAS POCO CONVENCIONALES

LIBRO DOS

ELLIE ST. CLAIR



© Copyright 2022 Ellie St. Clair

© de la traducción 2025

Título original: *Lady of Fortune*

Reservados todos los derechos.

Este libro, tanto completo como sus partes, no puede reproducirse de ninguna forma, ni almacenarse mediante ningún sistema, ni transmitirse por ningún medio, sea electrónico, mecánico, de grabación, en fotocopias, o de cualquier otra manera, sin permiso previo del editor.

Facebook: Ellie St. Clair

Cubierta AJF Designs

¿Quieres conocer mis últimas novedades? ¡Apúntate aquí a mi newsletter en español!

* * *

Las damas poco convencionales
Dama de misterio
Dama de fortuna
Dama de la providence
Dama de charada

www.elliestclair.com

Índice

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Epílogo
Un anticipo de Dama de la providencia

Otras Obras de Ellie St. Clair
Acerca de la autora

Prólogo

—¡Atrápame si puedes!

Julia rio con el abandono propio de la juventud mientras clavaba los talones en su yegua, Princess —así nombrada por su hermano, que sentía que el caballo le recordaba a Julia— para animarla a correr aún más rápido.

La carrera improvisada había comenzado mientras galopaban por los verdes pastos de las fincas campestres de su familia. Tenía que ganar, aunque solo fuera para demostrarle a Eddie que era más que la niña de catorce años que él veía en ella, sino casi una mujer.

Se atrevió a echar un vistazo rápido por encima del hombro y soltó un chillido cuando vio que Eddie le estaba ganando terreno, con una amplia sonrisa en su apuesto rostro.

—¡Cien metros, Julia, y voy a por ti!

Julia se inclinó aún más sobre el cuello de Princess, susurrándole palabras de aliento al oído. Princess respondió con velocidad, y Julia dejó que un grito de victoria resonara en el aire cuando llegó primero al pino solitario en el borde del campo, señalando su triunfo.

Continuó su celebración mientras hacía girar a Princess, acariciándole la cruz en señal de elogio. Finalmente levantó la mirada para encontrar a Eddie ralentizando su propio caballo mientras la alcanzaba, con una sonrisa jugueteando en sus labios, a pesar de que claramente intentaba ocultarla —lo cual nunca era una tarea fácil para Eddie, quien parecía vivir en un estado perpetuo de felicidad.

—Bien hecho, pequeña —dijo, inclinándose sobre su propia montura, dándole palmaditas en el cuello al caballo—. Montas bien.

Julia se llenó de orgullo ante sus palabras, sabiendo cuánto significaban viniendo de un hombre que conocía tan bien los caballos y la calidad de un jinete. Eddie tenía cuatro años más que ella, y anhelaba no solo su respeto como amazona, sino también como mujer.

—Es gracias a ti —dijo, con los ojos clavados en el suelo para que él no pudiera ver cuánto lo admiraba. Era difícil de ocultar cuando no solo era el mejor jinete que jamás había conocido, sino también el hombre más apuesto y encantador que había conocido —lo que incluía a los muchos amigos de sus dos hermanos mayores, los chicos que a menudo visitaban la casa durante las vacaciones de verano.

Pero ninguno de ellos, incluso con sus modales impecables y títulos distinguidos, había captado su atención como Eddie.

—Solo te di un pequeño consejo —dijo él con un encogimiento de hombros y un guiño que hizo que Julia suspirara para sus adentros. Si no estuviera sobre un caballo, podría desmayarse para que él la atrapara —eso es lo que su amiga Caroline le había recomendado—, pero tenía demasiado orgullo en su habilidad para montar como para hacerlo. En su lugar, simplemente se quedó allí mirándolo, con las mejillas acaloradas, lo que la hizo sonrojarse aún más al saber que él debía ser consciente de lo avergonzada que estaba.

Sin embargo, él se compadeció de ella, lo que era una cosa más que amaba de él.

—Vamos, pequeña —dijo, inclinando la cabeza hacia la extensa finca que se vislumbraba a lo lejos detrás de él—. Deberíamos llevarte a casa antes de que alguien venga a buscarte. No querríamos que nadie te encontrara montando como lo haces, ¿verdad?

Julia negó furiosamente con la cabeza. No, si su familia la pillaba en semejante posición, sería el último de sus días montando a caballo sola. Confiaban en Eddie como acompañante para sus paseos por el bosque, pues llevaba mucho tiempo con su familia, al igual que su padre antes que él. La doncella de Julia también debía acompañarlos, pero nunca podía seguirles el ritmo. Sin embargo, no hacía falta mucho para convencer a Maybelle de que fingiera hacerlo. Todo lo que Julia tenía que hacer era ofrecerle algunos de los mejores pasteles de la cocinera y una hora a solas para leer a la sombra de los árboles. Aunque Julia también se preguntaba si parte del acuerdo de Maybelle tenía que ver con la petición de Eddie junto

con su encantadora sonrisa, lo que había provocado que el estómago de Julia se revolviera de celos. Pero si eso le daba unos momentos a solas con Eddie, bueno, valía la pena.

Su regreso a los establos fue mucho más lento, y entablaron una conversación amistosa.

—¿Así que vuelves a la ciudad mañana? —le preguntó Eddie, a lo que Julia asintió.

—No deseo ir, pero a Madre le encantan los bailes y las fiestas, ya sabes, y a pesar de que Martin solo tiene veintiún años, mis padres ya lo están presionando para que encuentre una chica que le convenga. ¿Conoces a mi padre, con su afición por la cría de caballos? Bueno, supongo que eso se extiende también a nuestra línea familiar.

Eddie soltó una carcajada y Julia inmediatamente cerró los labios al darse cuenta de lo que acababa de decir. Era cierto que a su padre no le importaba mucho más que la cría y las carreras de sus caballos —y asegurar la felicidad de su familia—, pero no era algo de lo que debiera hablar en voz alta, particularmente no a un hombre. Que le hubiera dicho tal cosa a Eddie era el colmo de la impropiedad. Aunque a él no parecía importarle. Era tan fácil hablar con él que la hacía olvidar sus reservas.

—¿Y tú? —preguntó él, mirándola de tal manera que parecía que ya conocía la respuesta—. ¿Estás deseando ir a Londres?

—No particularmente —dijo, apartando la mirada de la suya mientras daba golpecitos con el pie y cuando Princess avanzó un poco, Julia tuvo que recordarse a sí misma mantener los pies quietos cuando estaba sobre el caballo. Era su único defecto como amazona —. Londres es tan... asfixiante. Y tampoco es como si pudiera asistir a ninguna de las fiestas, así que más a menudo que no estoy confinada en nuestra casa de Londres. Por supuesto, Padre me permite dar paseos, pero hay que tener mucho cuidado en Londres.

—No me imagino que allí montes a horcajadas —dijo Eddie con un brillo en los ojos.

—¡Por supuesto que no! —dijo, volviendo hacia él unos ojos asombrados y abiertos antes de darse cuenta de que estaba bromeando.

Aminoraron la marcha al acercarse a los arbustos cerca de la casa, y Eddie desmontó con un movimiento suave mientras Julia hacía lo mismo, negándose a esperar cualquier tipo de ayuda. Tenía una buena caída debido a su pequeña estatura, pero cualquier jinete competente podía desmontar por sí misma. Hizo ademán de desatar la silla de Princess, pero Eddie apartó sus manos antes de hacerlo él mismo de manera rápida y experta, cambiando la silla por la odiada silla de amazona que estaba escondida entre los arbustos. Le tendió una mano otra vez para ayudarla a montar, pero Julia agarró firmemente el estribo, colocó su pie izquierdo en él y luego, alcanzando el pomo, se impulsó hacia el asiento, sentándose tan recta y rígida como era posible sobre Princess mientras regresaban a los establos.

Sintió que Eddie la observaba y, cuando se volvió para mirarlo, pudo ver la aprobación en sus ojos, lo que la llenó de orgullo.

—Echaré de menos tu compañía, pequeña —dijo Eddie, haciendo que Julia lo mirara bruscamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó, su corazón comenzando a latir rápidamente. Eddie normalmente regresaba a Londres con la familia para cuidar de los caballos de Papá. No es que ella lo viera allí —verdaderamente, este era el primer verano en que le había prestado mucha atención—, pero esperaba saber que él estaría cerca en caso de que tuviera ganas de verlo este invierno—. ¿No regresas a Londres?

—No —dijo con un movimiento de cabeza mientras miraba a lo lejos, pero cuando volvió a mirarla, Julia captó el brillo en sus ojos—. Me voy. He encontrado un nuevo puesto.

—¿Qué? —Julia sabía que tenía la boca abierta de par en par, y su madre estaría horrorizada por su comportamiento poco femenino, sin importar la compañía en la que estuviera, pero apenas podía creer lo que él estaba diciendo—. ¿Adónde irías?

—He encontrado un puesto no lejos de aquí —dijo, y aunque la sonrisa que se dibujó en su rostro era más grande que cualquiera que ella hubiera visto antes, no le proporcionó ni una palabra más de información—. No puedo contarte mucho al respecto —no en este momento— pero es lo que siempre he soñado.

—Pero... pero... —tartamudeó Julia, sin saber qué decir, cómo evitar que se fuera—. ¿No echarás de menos... a nuestra familia?

—Por supuesto que sí —dijo, y a Julia le molestó cuando su sonrisa fue compasiva, como si supiera lo que ella realmente quería decir—. Pero esta es una oportunidad que simplemente no puedo dejar pasar.

Julia asintió rígidamente, aunque descubrió que no podía pensar en nada más que decir mientras se acercaban a la casa. Sabía, en lo más profundo de su alma, que su sueño de estar con un hombre como Eddie nunca se haría realidad. Sus padres, por mucho que la quisieran y desearan su felicidad, nunca lo permitirían. Y luego estaba el hecho de que el propio Eddie la veía como nada más que una niña. Sin embargo, difícilmente podía evitar lo que sentía, y sabía que era más que la infatuación de una joven, como Caroline —un año mayor y, por lo tanto, según ella, mucho más sabia— le había dicho.

—Pasará —le había dicho su amiga con despreocupación—. ¡Pero diviértete mientras puedas!

Una vez que llegaron a los establos, Julia se deslizó de su caballo, y Eddie comenzó a soltar la silla y a ocuparse de Princess. Ella se quedó observándolo hasta que finalmente él se volvió hacia ella.

—Bueno, milady —dijo con una reverencia, sus ojos color avellana brillando como siempre lo hacían, su cabello castaño oscuro asomando por debajo de su gorra, tan largo que casi le cubría los ojos—. Ha sido un placer enseñarte a montar a horcajadas, aunque confío en que seguirá siendo nuestro pequeño secreto.

—Por supuesto —dijo ella con un asentimiento. Sería peor para ella si alguien supiera lo que habían estado haciendo, ahora que Eddie cambiaba de puesto. Al comienzo del verano, Julia había intentado competir con sus hermanos, pero ellos volaron lejos de su vista mientras ella permanecía rígida y limitada en su silla de amazona. Había regresado a escondidas a los establos y había cambiado la silla ella misma, levantándose las faldas mientras intentaba montar a horcajadas como lo hacían sus hermanos. Después de unos minutos cabalgando en el campo junto al patio, se

había sentido mortificada cuando escuchó un aplauso lento desde la valla más allá y levantó la mirada para encontrar a Eddie observándola. A pesar de su consternación inicial, sin embargo, había resultado ser la fortuna sonriéndole. Porque Eddie se había sentido obligado a darle algunos consejos sobre cómo montar a horcajadas y, al poco tiempo, ella lo había convencido de que le enseñara a competir.

Él, por su parte, había estado aprendiendo de un entrenador de caballos que solía ser jockey, y parecía feliz de transmitir algo de lo que sabía.

No le había llevado mucho tiempo enamorarse perdidamente de él, y vivía para los días en que la llevaría a montar, instruyéndola y compartiendo toda su experiencia. Aunque para su consternación, Eddie no había sido más que educado y correcto, y no tardó en darse cuenta de que la veía como a una niña.

—Bueno —dijo ahora, extendiendo un dedo para darle un golpecito bajo la barbilla—. Cuídate, pequeña, y vigila a Princess.

Y con un último guiño, se dio la vuelta, cogió un cepillo y volvió a concentrarse en el caballo.

Julia quería decir más, contarle cómo se sentía, pero las lágrimas comenzaron a arderle detrás de los ojos. En lugar de permitir que Eddie viera su emoción, se dio la vuelta y huyó, corriendo de regreso a la casa como si los establos estuvieran en llamas y tuviera que escapar. Echó un vistazo atrás pero no pudo ver nada más que la puerta abierta hacia las profundidades de los compartimentos.

Estaba tan cegada por las lágrimas que tropezó en los escalones de entrada de su casa y casi se cayó, solo para sentir unas manos suaves que se extendían para agarrarla por los brazos.

—¿Julia? Cielos, niña, ¿qué te sucede? —la voz suave de su madre era casi demasiado para soportar, y Julia se alejó de ella.

—No soy una niña —dijo entre sollozos, pero la respuesta de su madre fue simplemente rodearle los hombros con un brazo y conducirla a un salón antes de instarla a tomar asiento junto a ella en el sofá.

—¿Es por Eddie Francis? —preguntó su madre, acercando un dedo a la barbilla de Julia para levantar su rostro y mirarla.

Julia abrió los ojos como platos ante su madre, asombrada de cómo podía estar al tanto de sus sentimientos hacia él.

—Yo... sí —soltó finalmente con un grito, y su madre le sonrió con tristeza.

—Es un hombre apuesto, Julia, y puedo entender por qué podrías sentir cierta *tendre* hacia él. Pero Eddie es un mozo de cuadra, y tú eres la hija de un conde. Además, solo tienes catorce años, cariño, y habrá muchos jóvenes apuestos que captarán tu atención en el futuro. No temas, no te impediré casarte por amor —con un noble. Llegará el día en que comprendas verdaderamente lo que significa el amor.

Julia negó con la cabeza mirando a su madre, las lágrimas comenzando de nuevo.

—Ya lo comprendo. No hay nadie como él —susurró, mientras su madre le tomaba la mano—. Y solo es cuatro años mayor que yo —continuó Julia—. Eso no es mucho en absoluto.

—Desafortunadamente, amor mío, eso no importa. Eddie tiene su propia vida que vivir, al igual que tú. Vuestras vidas se han cruzado solo por un momento en el tiempo. Habéis nacido en circunstancias muy diferentes, y por lo tanto tomaréis caminos muy diferentes. Sé que duele, pero pasará. Ahora, cariño, seca esas lágrimas ya que debemos comenzar nuestros preparativos para Londres. ¡Solo piensa lo divertido que será!

Pero a pesar del semblante alegre de su madre, nada podía consolar a Julia. Porque sentía, en lo más profundo de su alma, que a pesar de su edad, lo que sentía por Eddie era mucho más que una infatuación pasajera. Porque de otro modo, no dolería tanto saber que él la consideraba solo como una jovencita de la casa, ¿verdad?

Y nada era más doloroso que el conocimiento de que podría no volver a verlo jamás.

Capítulo Uno

OCHO AÑOS DESPUÉS ~ ABRIL, 1815 ~ LONDRES

—¿Le gustaría bailar?

Julia, sumida en profundos pensamientos sobre la selección de un jinete para su preciada yegua, Orianna, levantó la mirada asombrada, pues parecía como si el hombre hubiera aparecido de la nada, materializándose en el aire frente a ella.

Sabía perfectamente que la tarjeta de baile atada a su muñeca estaba prácticamente vacía, salvo por dos nombres: un espacio marcado para más tarde en la noche por el bien intencionado esposo de su amiga Phoebe, y otro por un amigo de su hermano. Por lo tanto, Julia no vio otra opción que asentir mientras se ponía de pie. El hombre que tenía delante se alzaba muy por encima de ella, aunque aquello no era en absoluto sorprendente, pues Julia pasaba la vida estirando el cuello para mirar a los demás.

Pero cuando sus ojos alcanzaron el rostro de él, tuvo que contenerse para no jadear en voz alta. ¿El Duque de Clarence? ¿Deseaba bailar con *ella*? Miró alrededor para ver si había alguna otra mujer cerca a quien pudiera estar dirigiéndose, pero no, parecía que, en efecto, se lo estaba pidiendo a ella. Usando cada pizca de contención dentro de sí para mantener la sorpresa fuera de su rostro, Julia tomó su brazo mientras él la conducía a la pista de baile donde los músicos tocaban una cuadrilla —gracias a Dios. Julia no estaba segura de poder mantener una conversación completa o el contacto físico que un vals implicaría.

—Sois amiga de Lady Phoebe, ¿no es así? —preguntó el Duque, a lo que Julia asintió. Ah, así que de ahí venía todo esto. El Duque era buen amigo del esposo de Phoebe, el Marqués de Berkley. Debían de haberle persuadido para que se compadeciera de ella. Julia y el Duque se alinearon cuando comenzaron las notas del baile, y cuando se reunieron, Julia reunió su valor.

—Vuestra excelencia —dijo Julia rápidamente—. No os sintáis obligado a pasar tiempo conmigo por alguna deuda con vuestros amigos. Yo...

Los ojos del Duque se endurecieron ligeramente mientras se separaban y Julia tomaba la mano de su siguiente pareja antes de que ella y el Duque volvieran a girar juntos.

—No hago nada que no sea por propia elección, Lady Julia —dijo con voz firme, y Julia solo pudo asentir antes de que el baile los separara una vez más. Fue lo último que hablaron durante toda la pieza, ya que el tiempo juntos era limitado. Julia estudió al hombre mientras se acercaban y separaban. Ciertamente era apuesto; no se podía negar. Su cabello era del color de la medianoche, sus ojos de un azul tan penetrante que resultaba difícil no quedar atrapada en su hechizo. Pero había algo en él que hacía que Julia se sintiera incómoda. Era como si intentara ver a través de ella, tratando de evaluar sus pensamientos. Y no le gustaba, ni un poco.

Cuando el baile terminó, ella hizo una reverencia, y él se inclinó profundamente sobre su mano, sorprendiéndola al posar sus labios sobre ella.

—Hasta que nos volvamos a encontrar, Lady Julia —fue todo lo que dijo antes de soltarla, y Julia se alejó rápidamente, sintiendo un gran alivio cuando encontró a dos de sus amigas esperándola al lado de la pista de baile.

—¿Estabas bailando con el Duque de Clarence? —preguntó Elizabeth, con la sorpresa en su tono acentuada por una notable decepción—, ya fuera por Julia o por el Duque, Julia no estaba del todo segura.

—Así es —respondió Julia, inclinándose hacia ellas mientras Sarah le entregaba un vaso de limonada—. Apenas podía creerlo yo misma. Supuse que Phoebe o Lord Berkley debieron haberle pedido que bailara conmigo, pero él me aseguró que no era el caso.

—Bueno, ciertamente es apuesto —dijo Sarah con un leve suspiro, evaluando al hombre que ahora caminaba de vuelta a través de la sala, deteniéndose para hablar con muchos conocidos por el camino.

—Las apariencias pueden engañar —dijo Elizabeth secamente, y sus amigas se volvieron para mirarla.

—¿Qué significa eso? —preguntó Julia, pero Elizabeth negó con la cabeza.

—Nada de importancia. Simplemente estoy siendo mi típico yo malhumorado.

—Oh, Elizabeth, no hables así de ti misma —la reprendió Sarah, pero Elizabeth simplemente se encogió de hombros con elegancia.

—Es cierto, y soy plenamente consciente de ello. Sin embargo, cuando una conoce la verdad sobre las realidades del carácter de ciertas personas, es difícil pensar de otra manera.

—¿Y qué es lo que sabes del Duque? —preguntó Julia con curiosidad mientras Phoebe se unía a ellas.

—Nada de importancia. Nos conocimos en nuestra juventud, eso es todo. He conocido al Duque durante demasiado tiempo como para dejarme llevar por sus encantos.

—En realidad no fue particularmente encantador —dijo Julia mientras daba un sorbo a su bebida—. De hecho, no había nada en él que me atrajera especialmente. Ni en ninguno de los caballeros aquí o en cualquier otra fiesta, desafortunadamente, para consternación de mi madre.

Julia miró ahora al otro lado de la sala, encontrándose con los ojos de su madre. Estaba radiante, por supuesto, claramente habiendo notado que Julia había honrado la pista de baile con un duque. Julia suspiró. Si tan solo hubiera podido rechazarlo, porque ahora las esperanzas de su madre estarían por las nubes y Julia no dejaría de oírlo durante días.

Cuando su hermano mayor se había casado, sus padres se habían llenado de alegría. Martin siempre había hecho precisamente lo que se esperaba de él, y ahora él y su esposa, la hija de un marqués, nada menos, esperaban que su primer hijo naciera este mismo verano. Samuel, el otro hermano de Julia, era conocido por todos como un libertino que disfrutaba de la compañía de demasiadas mujeres, por lo que su madre había puesto sus miras en las perspectivas matrimoniales de Julia.

Desde el debut en sociedad de Julia hace tres años, su madre le había sugerido un joven elegible tras otro, pero ninguno le convenía a Julia, ni provocaba en ella ninguna otra emoción que aburrimiento o, en casos excepcionales, un simple poco de afecto amistoso. Afortunadamente, sus padres nunca la presionarían para que

aceptara a un hombre que no deseara, habiendo conocido la felicidad perfecta a través de su propio matrimonio, pero ella podía notar que se estaban frustrando con su falta de interés en aceptar cualquier tipo de cortejo o interés de los caballeros que venían a visitarla.

—Bueno, al menos has tenido tu buena cantidad de pretendientes —dijo Sarah algo melancólicamente, pero Julia negó con la cabeza a su amiga.

—Solo por quién es mi padre —respondió—. Vaya, el resto creo que me considera una niña, o incluso un niño.

Cuando Phoebe empezó a reírse, Julia entrecerró los ojos hacia su amiga.

—Eso puede ser divertido, Phoebe, pero tú con tus hermosas curvas apenas puedes imaginar cómo debe ser.

Phoebe puso una mano en el brazo de Julia.

—Solo me río porque eres una de las criaturas más hermosas que jamás he visto.

Julia puso los ojos en blanco, aunque no pudo evitar la sonrisa que cruzó su rostro ante las palabras de Phoebe. Siempre podía confiar en sus amigas para decir lo que necesitaba escuchar, aunque en ese momento no deseaba otra cosa que terminar con esta fiesta.

—¿Alguna de vosotras irá a Newmarket a finales de mes? —preguntó esperanzada, pero todas excepto Elizabeth negaron con la cabeza.

—No con el nuevo bebé en casa, pero supongo que tú irás, ¿verdad? —preguntó Phoebe, y Julia asintió con entusiasmo. Con el amor de su padre por los caballos, asistían a todas las carreras importantes, por supuesto, y era una de las tradiciones familiares que Julia realmente amaba en lugar de lamentar.

—¡Apenas puedo esperar! —dijo—. Padre me ha dado control total sobre Orianna, por lo que estoy eternamente agradecida, y apenas puedo esperar para hacerla correr. He elegido un nuevo jinete para ella. Es joven, pero quería darle una oportunidad, y creo que lo hará admirablemente bien.

Estaba a punto de continuar contándoles sobre los competidores a los que Orianna se enfrentaría, pero pudo notar por las miradas en

blanco en los rostros de sus amigas que simplemente la estaban complaciendo y tenían poco interés en escuchar todo lo que Julia quería compartir sobre los preparativos de Orianna. Pero, oh, había sido tan divertido, entrenar a Orianna. La yegua pasaba gran parte de su tiempo con el entrenador, por supuesto, pero Julia asistía a casi todas las sesiones y a menudo hacía gran parte del trabajo ella misma. Orianna lo era todo para ella, y si tuviera que pasar el resto de sus días sola con sus caballos, lo haría felizmente.

El Marqués pronto vino a buscarla para su baile obligatorio, aunque Julia se preguntó cuál era el sentido cuando él pasó todo el tiempo mirando a su esposa, Phoebe, que esperaba al otro lado de la sala.

Unos bailes más tarde, Julia pudo, bendita sea, marcharse para regresar a la residencia londinense de su familia. Sería una noche en la que renunciaría a mucho sueño, pero valdría la pena.

Porque cada mañana, mucho antes de que el resto de la *alta sociedad* estuviera siquiera despierto, Julia llamaría a la pobre Maybelle y, acompañada por un mozo de cuadra, se escabulliría a Hyde Park, donde, en las primeras horas de la mañana, podría montar todo lo que quisiera y tan rápido como deseara. No podía montar a horcajadas, desafortunadamente —no aquí, donde cualquiera podría potencialmente verla—, pero seguía siendo una especie de libertad. Una sonrisa se dibujó en los bordes de sus labios mientras pensaba en ello mientras esperaba que le trajeran su capa, y su madre, de pie junto a ella, malinterpretó completamente su expresión.

—Oh, Julia, yo también estoy contentísima —dijo Lady St. Albans, juntando sus manos—. ¡Un duque, nada menos! Y es tan apuesto. El hecho de que te invitara a bailar, bueno, querida, no estoy segura de por qué captaste su atención justo ahora, pero quizás es simplemente que el Duque está listo para sentar cabeza y reconoce la joven elegible que eres. Espero que asista a las carreras de Newmarket. Tal vez podamos hacer arreglos para que vosotros dos os conozcáis mejor, ¿no crees?

Julia permitió que su madre continuara parloteando sin interrumpirla. Debería detenerla y decirle que no era más que un

baile, pero sería mucho más fácil permitir que el Duque perdiera el interés en ella que destruir ella misma los sueños de su madre. Cuando nada resultara de las intenciones del Duque, su madre pasaría al siguiente pretendiente potencial.

—¿Estamos listas? —preguntó su padre, uniéndose a ellas, y las dos mujeres asintieron.

—Padre, he estado pensando —dijo Julia mientras se acercaban a su carruaje que les esperaba—. Tengo una nueva estrategia para Orianna en Newmarket, aunque algo dependerá de lo que veamos de los otros caballos en la carrera de este fin de semana en Middlesex.

Comenzó a esbozar sus ideas para una carrera inicial de calentamiento para presentar a Orianna a la pista de Newmarket, seguida de su entrada a la gran carrera el sábado diez días después, cuando todos estarían presentes. Su padre asintió pensativamente, y Julia agradeció tener a alguien con quien pudiera hablar de tales cosas; alguien que realmente estuviera interesado en lo que ella tenía que decir.

—¿Estás seguro de que esto es sensato? —preguntó su madre una vez que hubieron entrado en el carruaje—. No estoy segura de que Julia deba tener algo que ver con tales asuntos, Garnet. Podría perjudicar su elegibilidad.

—Oh, no lo creo —dijo su padre, y Julia podría haber cruzado el carruaje y abrazado a su padre. Lo habría hecho, si su madre no pareciera tan disgustada por su desacuerdo—. Cualquier caballero digno de mi Julia entenderá el atractivo de las carreras de caballos, ¿no es así?

Lady St. Albans no parecía estar de acuerdo, pero en lugar de discutir con su marido, simplemente suspiró y se recostó contra los cojines mientras miraba por la ventana. Julia estaba segura de que su madre estaba imaginando vestidos de novia y coloridos ramos mientras revivía el baile de Julia con el Duque de Clarence.

Los propios sueños de Julia nunca coincidirían con los de su madre. Porque sus pensamientos estaban muy lejos —estaban en Newmarket, con Orianna, en el hipódromo.

Capítulo Dos

Eddie Francis silbaba una melodía mientras revisaba el caballo por última vez. Valiant. Menudo nombre para una criatura tan hermosa, pensó mientras pasaba la mano por el suave pelaje negro que cubría el flanco del caballo. Había pasado toda su vida rodeado de caballos de todo tipo, pero nunca había visto un purasangre tan magnífico como este. Si tan solo fuera suyo.

Pero un hombre como él no era dueño de un caballo así; él los entrenaba y los montaba en las carreras.

Eddie susurró unas palabras de aliento al oído de Valiant, le dio una última palmadita en el hocico y luego lo montó, clavando los talones en el costado del caballo mientras lo guiaba hacia el cajón de salida. La corneta sonó, señalando la entrada de los caballos a la pista. El público estaba animado hoy, y Eddie continuó acariciando el cuello del caballo para mantener sus nervios calmados mientras las gradas se llenaban de gritos de aquellos que habían apostado y querían —probablemente incluso necesitaban— la victoria. La mayoría de los jinetes estaban concentrados en la pista frente a ellos, donde Eddie sabía que debería estar su propia mente. Pero con los años había adoptado su propia estrategia, y descubrió que era mejor dejar que su mente vagara donde quisiera, entrando en la zona de carrera solo momentos antes de que ondeara la bandera del juez de salida.

Porque así era como Eddie trabajaba mejor, ¿y quién era él para discutir con lo que había resultado exitoso en el pasado?

Sus ojos recorrieron a las personas que bordeaban la valla del hipódromo de Middlesex, que observaban desde lejos y que se sentaban en las gradas. No era un circuito muy concurrido hoy, al ser una carrera temprana sin gran premio, aunque muchos asistían simplemente por la emoción de la carrera y el ambiente que les rodeaba. Las gradas estaban llenas de todo tipo de gente, desde familias hasta borrachos. Más allá, fuera de su vista actual, en los mejores asientos, estaban los lores y damas que elegían ver lo mejor posible, en lugar de permanecer en sus carruajes, como hacían otros alineados a lo largo de la pista. Tomó una respiración profunda y lenta cuando vio al juez de salida acercarse a la puerta, pero entonces el aliento se le quedó atrapado en la garganta. Sus ojos se detuvieron por un momento en una visión de azul que caminaba frente a las gradas hacia una parte más lejana de la pista. Unos rizos rubios escapaban del sombrero sobre su cabeza, y aunque estaba demasiado lejos para distinguirlo, tenía la sensación de que el azul cristalino de sus ojos estaría observando con interés todo lo que se desarrollaba frente a ella. ¿Podría ser ella? ¿Sería posible?

Sin embargo, no tuvo tiempo de contemplar el asunto por más tiempo, ya que captó el ondear de la bandera en su visión periférica, sobresaltándolo tanto que debería haber sido el último en abandonar la línea, pero los instintos de Valiant se activaron y el caballo saltó hacia adelante por sí mismo. Eddie habría caído de su lomo, pero de alguna manera logró agarrarse al pomo con una mano, con la otra envuelta alrededor de las riendas, y ahora, mientras Valiant tronaba por la pista flanqueado por caballos a ambos lados, Eddie consiguió agarrar las riendas con ambas manos, gritando palabras de aliento al oído de Valiant. No necesitaba el látigo —no con este caballo, y de hecho era una táctica que prefería no utilizar. Un caballo respondía mucho mejor, descubrió, cuando se le trataba con respeto y amabilidad en lugar de disciplina.

Como una mujer, pensó con una sonrisa antes de volver su atención a donde debía estar.

El estruendo de los cascos del caballo, los vítores de la multitud que se habían convertido en ruido de fondo, el viento que corría sobre su espalda mientras inclinaba la cabeza, forzándola a bajar

sobre el lomo del caballo para una resistencia mínima al viento: esto era para lo que vivía. La euforia de la carrera, la adrenalina que pulsaba por sus venas, no había nada igual.

Ni siquiera una noche apasionada con una mujer podía acercarse a esta sensación de montar un caballo, especialmente hacia la victoria, aunque la victoria de hoy estaba actualmente en cuestión.

Eddie miró de un lado a otro mientras determinaba su posición actual. La mayoría de los jinetes habrían estado preocupados por el mal comienzo de la carrera, pero Eddie no estaba demasiado inquieto. Prefería venir desde atrás, reservar su caballo para un último sprint mientras cogía a los demás desprevenidos justo al final. Y con solo un cuarto de milla por recorrer, estaba cerca. Tenía que cronometrarlo absolutamente a la perfección, para usar hasta la última gota de energía del animal sin agotarlo demasiado pronto.

—¡Eso es, Valiant! —gritó—. ¡Allá vamos!

Y con un chasquido de las riendas y un golpe de talones, Eddie se inclinó aún más sobre el cuello del caballo, instándolo a correr lo más rápido posible. Eddie se balanceaba precariamente en la pequeña silla de montar mientras urgía al caballo a seguir adelante, y podría haber gritado de alegría, saltado y bailado sobre el lomo del caballo, cuando Valiant comenzó a acercarse cada vez más. En el último momento posible, a pocos pasos de la línea, Valiant se liberó y cruzó la meta en primer lugar.

Eddie se puso de pie en los estribos, agitando los brazos en el aire para celebrar su victoria, pero esta fue de corta duración, ya que en cuestión de momentos Lord Torrington se acercó para tomar las riendas de su caballo y celebrar el triunfo. El hombre le dio un apretón de manos protocolario después de que desmontara y desabrochara la silla. Luego fue efectivamente despedido.

Eddie retrocedió, observando al conde que sostenía las riendas de Valiant, y un sentimiento de malestar llenó su estómago ante el hecho de que, si bien él y Valiant habían ganado la carrera, la victoria sería celebrada por otro hombre.

Pero esta era la vida de un jinete. La recompensa no estaba en la celebración, sino en el conocimiento de la victoria, la carrera para llegar allí y su pago.

Había tenido la suerte de pasar algún tiempo con Valiant. Torrington era un propietario lo suficientemente inteligente como para saber que si su montura y su jinete estaban, como mínimo, familiarizados el uno con el otro, podían producir resultados magníficos, y así, cuando podía, Eddie a menudo pasaba tiempo con el entrenador mientras ponía a Valiant a practicar.

Mientras Eddie miraba a la ruidosa multitud, sus ojos se detuvieron una vez más en Lady Julia Stone. Estaba más cerca ahora, aunque se podía reconocer su belleza etérea desde cualquier lugar. Ciertamente había crecido, reflexionó, mientras la miraba a ella y a sus padres sentados a su lado, uno a cada lado. Siempre habían sido empleadores decentes, y había lamentado dejarlos, pero no había podido dejar pasar la oportunidad que había estado esperando toda su vida.

Ah, la pequeña Julia. Sonrió ante los gratos recuerdos de ella montando a horcajadas, y se preguntó si aún lo hacía. Había sido tan joven, tan inocente, pero siempre supo que se convertiría en una belleza. Debía tener al menos veintidós años ahora, y se preguntó por qué no asistía a la carrera con un marido.

No es que importara. Cuando se había despedido de ella y su familia, sabía que sería la última vez que hablaría con ella o con sus hermanos, que habían sido sus compañeros durante su infancia. Todos eran mayores ahora, por supuesto, y la división entre ellos era mayor de lo que nunca había sido.

Eddie casi perdió el equilibrio cuando un codazo le dio en las costillas.

—¿Algo, o alguien, ha captado tu atención, Ed?

Se volvió para dar un golpecito amistoso a su amigo. Él y Will habían ascendido juntos en el escalafón y siempre encontraban la manera de mantener la humildad el uno del otro, como mínimo.

—Solo observaba al público —respondió Eddie mientras regresaban a la casa club de los jinetes para cambiarse—. Siempre hay mucho que ver ahí arriba.

Will arqueó una ceja tan alta que casi llegó a la línea de su pelo, de un rojo impactante. Parecía como si todavía fuera un joven, pero tenía la misma edad que Eddie.

—Eso es cierto, Ed, eso es cierto. Particularmente algunas de las encantadoras jóvenes damas que han venido a vernos correr a nosotros, los magníficos jinetes, hoy.

Eddie se volvió hacia su amigo, viendo una mirada de complicidad en sus ojos. Así que su observación de Lady Julia no había pasado desapercibida.

—No están aquí por nosotros, Will. Están aquí por los caballos y por el dinero.

—Bueno, la mayoría de ellas se llevarán una gran decepción entonces —dijo su amigo con una sonrisa socarrona y un brillo en los ojos.

Eddie no amaba nada más que el hipódromo, particularmente los caballos mismos, pero nunca entendería cómo las personas —ya fueran nobles o trabajadores como él— podían arriesgar todo lo que tenían en las posibilidades de un caballo. Estaba demasiado lejos de ser algo seguro para él: un caballo podía lesionarse, enfermarse o, por cualquier razón, ni siquiera participar en la carrera. Los caballos podían ser caprichosos, las personas aún más, y si un jinete o su corcel tenían un mal día, bueno, ahí podían irse todas las fortunas que uno poseía.

Le gustaba la emoción, pero no de ese tipo, no cuando trabajaba tan duro por lo que tenía, pensó mientras él y Will entraban en el edificio, y Eddie se dirigió a buscar las básculas para ser pesado una vez más.

Cuando el funcionario quedó satisfecho de que Eddie no había ganado varios kilos después de la carrera, Eddie entró en la sala de los jinetes, aceptando las felicitaciones de sus colegas —algunas forzadas, otras bien intencionadas— antes de encontrar sus bolsas, quitándose solo el casco por ahora mientras rebuscaba una manzana. Antes de celebrar la victoria de hoy, quería tener unas palabras finales con su caballo. No *su* caballo, se recordó. El caballo con el que había compartido la victoria. Se dirigió hacia los establos, donde Valiant estaba recibiendo un merecido masaje de uno de los mozos de Torrington, y Eddie saludó al muchacho antes de acercarse al lado de la cabeza de Valiant. Murmuró algunas palabras de cariño en la oreja del caballo mientras le acercaba media manzana a la

boca, que Valiant comió rápidamente antes de rozar el costado de la cabeza de Eddie.

Lo que no daría por un caballo como este, o este mismo caballo. Pero, como la mayoría de las cosas en la vida, Eddie tendría que contentarse con tomar lo que pudiera y anhelar desde lejos.

—Es una belleza, ¿verdad?

Eddie casi saltó, tan sorprendido estaba por la voz, y se giró para encontrar a Lord Torrington de pie en la entrada del establo del caballo.

—Mi señor —dijo con una inclinación de cabeza, y el conde entró en la habitación, acariciando él mismo al caballo.

—Lo has hecho bien hoy, Francis —dijo Torrington, volviéndose de Valiant para mirarlo—. Me has preocupado por un momento, pero has salido adelante como siempre lo haces. ¿Estarás preparado para correr con Valiant en Newmarket?

—¿Para los Dos Mil Guineas? Por supuesto —dijo Eddie, anticipando ya con entusiasmo la carrera que se avecinaba en las próximas semanas.

—Bien. Tienes un don con este caballo y yo disfruto del premio en metálico —dijo el conde con una risa, y Eddie se forzó a sonreír.

—He organizado alojamiento para ti, así que no debes preocuparte por eso. Te espero una semana antes de las Craven Stakes —en las que también me gustaría que corrieras— para darte algunas carreras con Valiant —continuó Torrington, a lo que Eddie asintió—. Y el mismo pago de siempre, Francis. Que, creo que ambos podemos estar de acuerdo, es más que justo.

Y lo era. Muchos de los propietarios estaban empezando a pagar mucho mejor, para tratar de desalentar a los jinetes de aceptar sobornos. No había muchos jinetes, además de Will, en quienes Eddie confiara, aunque mantenía relaciones amistosas con todos ellos.

—Te veré en Newmarket, Francis —dijo Torrington, y luego salió por la puerta sin otra mirada atrás a su jinete y su caballo.

Capítulo Tres

Julia se sentía como una niña, con la emoción recorriendo sus venas mientras el carruaje se acercaba a Newmarket. Había estado esperando durante lo que parecían meses las próximas semanas, que culminarían en los Dos Mil Guineas, donde Orianna sería puesta a prueba. Y por primera vez, todo dependía de Julia.

Julia miró a su padre, que observaba por la ventana con una sonrisa en las mejillas. Garnet Stone, conde de St. Albans, pasaba casi cada momento de vigilia preparándose para carreras como estas. Julia no podía recordar un tiempo en que no estuviese trabajando duramente para determinar con qué yeguas debía cruzar a sus mejores ejemplares, qué potros debía vender y cuáles debía hacer correr. Su pasión había sido contagiosa, y cuando sus hermanos mostraron poco interés en seguir los pasos de su padre, Julia lo había hecho con gusto.

—¿Estás seguro de esto, Garnet? —preguntaba ahora preocupada la madre de Julia, y Julia respiró hondo, exhalando lentamente mientras su padre, afortunadamente, continuaba brindándole su apoyo.

—Por supuesto, querida —dijo él, estirándose para tomar la mano de la madre de Julia entre las suyas. Afortunadamente, tanto como amaba a sus caballos, amaba aún más a su esposa y a su familia—. No es como si estuviera enviando a Julia a Tattersall's ni ella se encargara de la cría, lo cual, estoy de acuerdo, sería menos que apropiado para una dama de su posición. Pero como las damas

frecuentemente apuestan en las carreras y se encuentran en las gradas casi con tanta frecuencia como los hombres, no tengo ninguna preocupación con que Julia supervise la carrera de Orianna.

Julia sonrió radiante a su padre. Por supuesto, Orianna aún correría bajo su nombre, vistiendo sus colores, pero Julia se contentaría con saber que fueron sus propias decisiones sobre el entrenador, el jinete y la carrera en sí las que llevaron a cualquiera que fuese el resultado.

—¿Qué opinas de la elección de Sam Abney, padre? —preguntó —. ¿Fue un riesgo demasiado grande?

Lord St. Albans inclinó la cabeza hacia un lado, estudiándola mientras contemplaba su pregunta.

—Es joven y todavía algo inexperto, pero también lo es Orianna. Y sus resultados han sido impresionantes —reflexionó—. Es un riesgo, ciertamente, pero *¿demasiado* grande? No, no lo creo.

—Para ti nada parece ser un riesgo —dijo su madre con un pequeño resoplido, aunque el afecto brillaba en sus ojos mientras miraba primero a su marido y luego a su hija—. Ni para ti.

—Oh, eso no es del todo cierto, madre —respondió Julia—. Todo en la vida conlleva riesgos.

—Lo único de lo que pareces rehuir es de elegir marido —dijo su madre, con un tono teñido de cierta decepción, y Julia intentó evitar poner los ojos en blanco. ¿Por qué todo lo que discutían últimamente tenía que volver a este tema?

—Elegir con quién casarse es probablemente la decisión más importante que una mujer debe tomar —dijo Julia con sinceridad, inclinándose ligeramente hacia delante—. Puede ser la diferencia entre una vida de felicidad o una de absoluto arrepentimiento. No es algo que se deba tomar a la ligera, como hacen tantas mujeres. Quiero un matrimonio como el vuestro, como el que hay entre tú y padre.

Era el enfoque correcto, pues su madre se ablandó mientras apretaba la mano de su marido y le dedicaba una cálida sonrisa.

—Hemos sido afortunados —dijo ella mientras el carruaje se detenía frente a la casa señorial. El padre de Julia había establecido una residencia allí hacía varios años, junto con las caballerizas,

donde ahora entrenaba y criaba gran parte de sus ejemplares. Newmarket era sede de muchas carreras a lo largo de la temporada, además del Jockey Club, del que Lord St. Albans era miembro. Aparte de eso, se había vuelto demasiado difícil encontrar alojamiento adecuado cerca de Newmarket durante la semana de carreras.

Era una casa sencilla comparada con lo que Julia estaba acostumbrada, pero a ella le gustaba bastante. No era excesivamente difícil encontrar el camino desde la puerta principal hasta su dormitorio, por ejemplo, ni salir por la puerta trasera hacia las caballerizas, adonde se dirigiría dentro de un momento para saludar a Orianna, a quien no había visto desde que la yegua había viajado a Newmarket un par de semanas atrás.

De hecho... —Disculpadme, madre, padre, pero estaré en las caballerizas —dijo, y antes de que pudieran pronunciar otra palabra, ya estaba fuera de la puerta y cruzando los terrenos.

Las caballerizas estaban llenas de actividad, con mozos y entrenadores preparando caballos para las diversas carreras que se avecinaban. Muchos de los caballos eran propiedad de su padre, por supuesto, pero algunos pertenecían a otros criadores que alquilaban el espacio esta semana.

Julia llegó justo a tiempo para ver a Orianna siendo conducida por la puerta opuesta de la caballeriza hacia el campo más allá, y se apresuró para alcanzar al caballo y al entrenador. Para cuando salió, el entrenador ya había montado al caballo y la guiaba en un trote tranquilo alrededor del campo. Julia se subió a la valla que bordeaba el patio, posándose en el tablón superior mientras observaba a Orianna. Vaya, pero era un caballo hermoso. La palomina era tan fluida, tan grácil, cada una de sus zancadas aparentemente sin esfuerzo. Hoy Julia tendría que conformarse con simplemente observar, pero anhelaba ser ella quien estuviera allí sobre su lomo, guiándola alrededor del verde campo. De hecho, lo que realmente deseaba era que hubiera alguna manera de que ella pudiera competir con su propio caballo. Pero eso, por supuesto, nunca jamás ocurriría.

* * *

Eddie abrió los ojos lentamente, con la espalda ligeramente dolorida... ¿por qué? Ah, sí, pensó mientras sus ojos se adaptaban a la tenue luz. Por aquello sobre lo que estaba acostado, que apenas podía llamarse colchón.

Cuando Lord Torrington le dijo que había "organizado alojamiento" para él en Newmarket, Eddie no había estado del todo seguro de qué esperar. El arreglo resultó ser una pequeña habitación encima de las caballerizas que Torrington alquilaba durante las carreras de Newmarket. Eddie estaba allí para más de una carrera: Torrington estaba convencido de que Valiant debería competir tanto en la carrera de una milla Craven Stakes como en los Dos Mil Guineas. Eddie no estaba seguro de si era la mejor estrategia o no, pero lo verían después de la carrera de hoy. Sin embargo, Valiant estaba saludable, por lo que no debería estresarse demasiado con la primera incursión. O eso esperaba Eddie.

Llevaba casi diez días aquí, y lo que había apreciado era la oportunidad de montar a Valiant tanto como quisiera, entre las pocas carreras en las que había participado durante los primeros dos días de la reunión Craven, montando los caballos menos importantes de Torrington. Con Valiant había tenido cuidado, por supuesto, de no forzarlo demasiado, y hoy sería la primera prueba. La carrera en Middlesex había sido su primera del año, y la mayoría de los contendientes serios no habían estado presentes.

Hoy era el día, pensó Eddie mientras recogía sus pantalones blancos ajustados, la chaqueta ceñida a rayas rojas y blancas, y las botas cortas, antes de coger su gorra y sus pertenencias para la próxima carrera. Algunos jinetes se ponían nerviosos la mañana de una carrera, pero no Eddie; no, Eddie estaba emocionado.

* * *

—¿Crees que es prudente hacer correr a Orianna hoy? —preguntó Julia nerviosamente, retorciéndose las manos.

—Nunca dudes de ti misma, Julia —le instruyó su padre, y Julia asintió. Tenía razón. Difícilmente podía retirarse de la carrera ahora. Sabía que las apuestas por Orianna serían bajas, siendo tan novata, sin que nadie hubiera oído hablar de ella, aunque Lord St. Albans era bien conocido por criar caballos ganadores, así que era probable que hubiera algunas apuestas a su favor—. Esto será bueno para aclimatarla a la pista y al ruido, antes de la carrera más importante.

Y ruido había. Muchos de la nobleza permanecían dentro de sus carruajes, armados con cestas de picnic a una distancia prudencial, no solo de los asistentes a la carrera, sino también de los carteristas buscando monedas, los gitanos leyendo la fortuna y los vendedores de comida pregonando sus mercancías. No solo eso, sino que los corredores de apuestas estaban por todas partes, intentando sacar una última apuesta, comparando notas o discutiendo entre ellos.

La familia Stone, sin embargo, era diferente. El padre de Julia vivía para días como estos, y apreciaba estar en medio de todo. Los olores flotaban a su alrededor, no solo de la comida caliente cocinada en aceite y de la gente que les rodeaba, sino también el aroma del césped bajo ellos, fresco para las carreras de hoy, y los caballos que les rodeaban, desde los que habían arrastrado carruajes hasta aquí hasta los que se preparaban para competir en la pista frente a ellos.

Era el día de los Craven Stakes, el tercer día de la reunión Craven celebrada anualmente en Newmarket, y Julia estaba nerviosa, a pesar de que era una carrera más pequeña que la que se celebraría en poco más de una semana: los Dos Mil Guineas. Era una prueba no solo para Orianna, sino también para la propia Julia.

—¿Por qué no recorres el paddock con Abney? —preguntó su padre, y aunque Julia preferiría no ser el centro de atención, estaba orgullosa de Orianna y por lo tanto aceptó rápidamente su sugerencia de pasear a su caballo para que los posibles apostantes la vieran.

—Por supuesto —dijo, comenzando a abrirse paso más allá de los miembros de la nobleza que se habían sentado en las tribunas permanentes, muy por encima de la masa de gente que se agolpaba abajo y los carruajes situados sobre el césped, bordeando la pista.

—¡Llévate a Maybelle! —gritó el padre de Julia, y Julia se volvió para buscar a su doncella, que la seguía obedientemente. A decir verdad, incluso con Maybelle, Julia no debería estar sola en las caballerizas, y si su madre estuviera con ellos, Julia era muy consciente de que su trasero seguiría firmemente sentado en la tribuna. Pero su padre tendía a pasar por alto tales cosas, y Julia se sentía ligeramente culpable de que en momentos como este se aprovechara de ese hecho.

Habiendo estado en las caballerizas a principios de esa semana, Julia se abrió paso fácilmente entre los mozos y los jinetes que se reunían abajo, preparándose para la carrera. Miró hacia atrás y vio que Maybelle se había detenido para hablar con uno de los mozos, pero Julia continuó su camino, sabiendo que su doncella la alcanzaría eventualmente.

Como dueña de Orianna, se le permitió la entrada, y encontró el establo de su caballo, ligeramente sorprendida de encontrarla sola, ya que Sam Abney debería estar listo para acompañarla. ¿Y dónde estaba el mozo de Orianna? Orianna parecía ligeramente agitada, ataviada con los colores púrpura y blanco de St. Albans, aunque se relajó un poco cuando Julia se acercó, sintiendo la presencia familiar.

Julia acercó su mano al hocico, acariciándola suavemente mientras pasaba las manos por el pelaje dorado claro de la palomina. ¿Dónde estaba todo el mundo? En ese momento la puerta del establo se abrió lentamente, y el mozo se detuvo en seco cuando la encontró dentro.

—¡Lady Julia! —exclamó Finter, retorciéndose las manos, y los propios nervios de Julia se crisparon cuando notó su semblante—. ¿Qué hace usted aquí?

—Deseándole suerte a Orianna y llevándola al paddock —dijo ella —. Pero primero necesito al señor Abney. ¿No sabrás dónde está?

—Bueno, verá, ese es el problema, mi señora —dijo Finter—. No se presentó en la pista cuando se esperaba, así que fuimos a buscarlo. Lo encontramos, pero...

—¿Pero qué? —preguntó Julia, con los puños en las caderas mientras exigía saber qué había pasado—. ¿Dónde está?

—Lo encontramos fuera de una taberna y, bueno... parece que estuvo allí toda la noche y la mayor parte del día hasta ahora. No está en condiciones de competir, mi señora.

El corazón de Julia latía rápidamente mientras no podía hacer otra cosa que mirar fijamente al mozo. Esta era la primera carrera de Orianna. Una que Julia había supervisado completamente. Y ahora ya estaba arruinada por un jinete en quien había depositado demasiada confianza. Debería haber elegido un jinete con más reputación, que se hubiera probado a sí mismo. ¿Qué iba a hacer ahora?

Aunque no había muchas apuestas por Orianna, Julia sabía que su padre había apostado una cantidad considerable. Esto sería una gran decepción para él. Quizás podría encontrar otro jinete. Sí, eso era. Un caballo podría haberse lesionado, o retirado de la carrera, lo que dejaría a un hombre disponible, ¿no?

Julia dio una última palmadita a Orianna, luego se abrió paso por las caballerizas, preguntando a cualquier jinete vestido de seda que se cruzaba si estaban disponibles para la carrera de Orianna. Pero sus esperanzas pronto se desvanecieron, y cuando ninguno aceptó, Julia comenzó a llenarse de desesperación al encontrarse una vez más frente al establo de Orianna.

Tenía que encontrar a un oficial que pudiera ayudarla, quizás hacer un llamamiento. Todo lo que tenía que hacer...

Justo entonces escuchó un grito que comenzaba a resonar por el pasillo, anunciando que el inicio de la carrera se aproximaba rápidamente. No había tiempo. Empujó la puerta hacia la casilla de Orianna.

—¿Hay otro juego de sedas? —preguntó al mozo, quien asintió y comenzó a hurgar en los estantes junto a Orianna, pasándole la vestimenta blanca y púrpura.

—¿Ha encontrado a alguien entonces, mi señora? —preguntó Finter.

—Sí —dijo apresuradamente, necesitando deshacerse de él—. Estará aquí en cualquier momento. ¿Podrías ir a decir al vigilante que Orianna estará allí dentro de poco? ¿Que espere solo un minuto?

El mozo, aunque ligeramente confundido, asintió y salió, y Julia rápidamente rodeó al otro lado de Orianna. Esto podría ser el mayor error de su vida, pensó, pero entonces la oleada de emoción comenzó a apoderarse de ella. También podría ser lo mejor que le hubiera pasado nunca.

Capítulo Cuatro

Julia se echó hacia atrás los mechones rebeldes bajo la gorra. Por suerte, sus rizos rubios ya estaban recogidos en la parte superior de su cabeza en un moño, sobre el cual la gorra encajaba fácilmente, aunque resultaba algo incómoda. La ropa le quedaba razonablemente bien, aunque un poco holgada. Aunque los jinetes solían ser pequeños, ella era aún más menuda que la mayoría. Prácticamente había destrozado su vestido al intentar quitárselo sola, pero ya se preocuparía por eso más tarde.

Salió del establo, llevando a Orianna de las riendas, sorprendiéndose cuando una mano se posó bruscamente en su espalda, empujándola hacia delante.

—Casi te has perdido el pesaje —le dijo el hombre, que debía ser el mozo de pista, mientras tomaba las riendas de Orianna—. El caballo te esperará en el poste de salida. Ve a las básculas ahora, y date prisa. ¡Toma, no olvides tu silla!

El pesaje, por supuesto. Los jinetes debían reunirse en las básculas antes de cada carrera. Pero dónde se encontraban, no tenía ni idea.

En ese momento, Julia divisó las brillantes sedas de otro jinete delante de ella y, cargando con la ligera silla, siguió al hombre, observándole entrar en una instalación separada que parecía una pequeña casa. Le siguió hasta la habitación, abriendo los ojos con sorpresa al ver lo que reconoció como las básculas frente a ella. No eran en absoluto como se las había imaginado.

Había algunos jinetes con sus brillantes sedas que acababan de terminar su propio pesaje, aunque parecía que la mayoría ya se había marchado, y el Secretario de Básculas le hizo un gesto urgente para que avanzara. Ella asintió mientras atravesaba la estrecha habitación hacia las básculas que colgaban del techo. En un lado había una bandeja con un par de contrapesos de latón apilados, en el otro un jinete vestido con sedas naranjas sentado sobre un asiento de malla metálica.

Satisfecho con el peso del jinete, el Secretario asintió y el hombre saltó. Gracias a Dios que había visto cómo manejaba el artilugio. Julia asintió al otro jinete, aunque mantuvo la cabeza agachada para ocultar su rostro, y ocupó su lugar en la báscula.

—¿Nombre y caballo? —le preguntó el Secretario, y Julia se sobresaltó, no habiendo esperado la pregunta, aunque por supuesto tenía sentido.

—Monto a Orianna —dijo con la voz más ronca que pudo—. Soy un reemplazo de última hora. J-James Smith.

Él asintió y anotó la información. No hubo ningún problema con su peso, por supuesto, ya que Julia y la silla estaban muy por debajo de las ocho stone requeridas. Después de agradecer al Secretario, Julia volvió a salir por la puerta, siguiendo ahora los sonidos de la multitud más allá para encontrar la entrada del hipódromo.

Aliviada cuando eligió la salida correcta, vio al mozo de pista sujetando a Orianna, que resoplaba y pateaba el suelo. Al parecer, ya había oído el rugido de la multitud que les esperaba, y Julia apartó sus propios nervios mientras encontraba a Orianna y la calmaba con unas palabras y una mano en su cuello antes de colocar la silla en el lomo de su yegua y montar. Hacía tiempo que no montaba a horcajadas, pero después de acomodarse unas cuantas veces, encontró su asiento.

Demasiado pronto sonó el clarín, y los jinetes que aún estaban en el suelo montaron sus caballos, mientras los mozos de pista comenzaron a conducirlos a todos hacia la pista. Todo esto estaba sucediendo demasiado rápido. Julia se dio cuenta de que estaba siendo una insensata, habiendo actuado antes de pensar realmente en todo esto. ¿Y si la reconocían? Su madre desesperaba de que la

reputación de Julia quedara manchada para siempre simplemente por el hecho de que estuviera dirigiendo un caballo. Pero, ¿montarlo?

El corazón de Julia comenzó a latir con fuerza, cerró los ojos y alejó sus temores, centrándose en las lecciones que había aprendido hacía tantos años. Había insistido en que Eddie le enseñara a correr, ya que él le había dicho que llevaba años esperando correr él mismo. Sabía que ahora era un jinete exitoso por derecho propio, así que claramente sabía de lo que hablaba. Curioso, hacía tiempo que no pensaba en él. Incluso cuando le había visto correr, había hecho todo lo posible para evitar que sus pensamientos y su atención se desviaran hacia él, sabiendo que hacerlo podría ser una completa locura. Le había llevado años superar todo lo que había sentido por él cuando era una niña, y no deseaba volver a pasar por eso.

La carrera, Julia, la carrera. Piensa en eso. Cerró los ojos, respirando profundamente para calmar sus nervios mientras se inclinaba sobre el cuello de Orianna, apreciando tanto la libertad de montar a horcajadas y no en la maldita silla de amazona a la que había estado atada desde que comenzó la temporada.

Julia observaba al juez de salida, esperando el movimiento de su bandera, la anticipación creciendo dentro de ella con cada momento de espera. Vamos, le urgió, mientras su mirada se dirigía momentáneamente a la tribuna donde se suponía que debía estar sentada, aunque su vistazo fue demasiado rápido y la torre de vigilancia verde estaba demasiado lejos para determinar si su padre la estaba buscando o no. ¿Qué estaría pensando en este momento?

Cuando la bandera ondeó frente a su cara, los nervios de Julia saltaron, y clavó instintivamente los talones en el costado de Orianna. Caballo y jinete se conocían lo suficientemente bien como para que Orianna saltara hacia delante y entrara en la refriega. Había participado en carreras simuladas antes, pero esta era la primera vez que se encontraba entre caballos que realmente conocían el significado de correr, que luchaban tan duro como sus jinetes y propietarios por ganar.

Julia apenas podía creer la velocidad a la que iban, con la emoción recorriéndola al montar a horcajadas, mientras le daba a

Orianna la libertad de correr todo lo que pudiera. Julia se agachó sobre el cuello de Orianna, animándola, alentándola a mostrar lo rápido que podía correr mientras trataba de evitar los baches a lo largo de la pista, sabiendo que estaban allí pero bastante insegura de dónde desde este punto de vista. Las Craven Stakes, aquí en la Rowley Mile, tenía una milla de longitud, aunque la tribuna del juez en la distancia parecía estar a cinco veces esa distancia.

Orianna rápidamente adelantó a algunos de los otros caballos, aunque seguía habiendo algunos por delante de ella. Esta era la locura de Julia: no tenía ni idea de qué estrategia debía tomar. ¿Debería instar a Orianna a ir más rápido, para tomar la delantera? ¿O sería mejor esperar y hacer un impulso tardío?

En ese momento la pista descendió ligeramente, y Julia dejó escapar un grito cuando un peso enorme presionó contra su pierna, y Orianna tropezó ligeramente hacia la izquierda. Julia miró para ver a otro jinete dirigirle la más rápida de las sonrisas, y con otro caballo tronando por el flanco izquierdo de Orianna, el pánico se apoderó del pecho de Julia mientras miraba a izquierda y derecha para determinar hacia dónde podía ir Orianna. Ya estaban empezando a acercarse a la meta, con solo un poco más de un cuarto de milla por recorrer. ¿Qué debería hacer?

Sin embargo, cuando Julia sintió que el caballo a su derecha comenzaba a adelantarlas, apretó los dientes mientras la ira y la frustración hacia el jinete comenzaban a reemplazar el miedo. ¿Así era como quería correr? Que así sea.

Instó a Orianna a ir aún más rápido, y la yegua respondió, comenzando a dejar atrás al caballo de la izquierda, ganando terreno al caballo de la derecha. El resto del grupo se extendía detrás de ellos por la pista, y Julia no tenía ni idea de cómo juzgar quién iba en cabeza entre los tres caballos que corrían uno al lado del otro. Todo lo que podía hacer, se dio cuenta, era correr su propia carrera lo mejor posible.

Si tan solo tuviera más tiempo para prepararse. Una milla nunca se había sentido tan larga y, sin embargo, había pasado tan rápido. Julia no estaba segura de si podía presionar más a Orianna, o si había gastado su energía demasiado pronto. Se negó a usar la fusta

con ella, pero cuando pareció que Orianna no podía ir más rápido y la pista comenzó a elevarse en una ligera cuesta hacia el poste final, Julia hizo lo que había visto hacer a otros y chasqueó el látigo en el aire junto a la cabeza de Orianna para animarla a correr aún más rápido.

Fue la elección equivocada. No era así como Julia había entrenado a su yegua, y aunque Orianna no se detuvo, se apartó de la fusta, disminuyendo su ritmo ligeramente. El poste blanco de la línea de meta pasó en un borrón y Julia no tenía idea en qué posición habían terminado. Permitió que Orianna siguiera caminando mientras trataba de dejarla enfriarse, aunque podía sentir el pulso del caballo latir tan frenéticamente como el suyo propio.

Vio los colores verdes que adornaban las torres de los jueces, escuchó el nombre del ganador haciendo eco en los vítores de la multitud a su alrededor, y no era Orianna, aunque Julia no esperaba que lo fuera. Sabía que había destruido sus posibilidades de ganar, aunque suponía que habían terminado en una posición respetable. Tendría que esperar, sin embargo, para determinar exactamente cuál era.

Julia miró hacia la tribuna, viendo a su padre estirando el cuello con interés mientras miraba alrededor, probablemente buscándola, lo que tenía sentido ya que ella había estado anticipando esta carrera durante meses: ¿qué excusa podría inventar para explicar por qué se la había perdido?

¿Y qué hacía ahora? ¿Qué hacía cualquier jinete después de una carrera? Nunca lo había considerado antes, y miró a su alrededor para ver que la mayoría de los mozos de pista habían venido a recoger los caballos, los jinetes ahora conversando entre ellos mientras caminaban juntos llevando sus sillas, de vuelta hacia el edificio donde se encontraban las básculas. Debía ser donde se vestían, una especie de sala de reunión.

Allí, ciertamente no podía ir, porque la descubrirían en un instante. Tal como estaban las cosas, no tardaría mucho en determinarse que el jinete que montaba a Orianna no era, de hecho, Sam Abney, ya que al parecer estaba desmayado de borracho fuera de una taberna, un hecho que probablemente ya era bien conocido

entre los jinetes. Vio a uno de ellos mirarla, y supo que ya estaban cuestionando su identidad. Se escondería hasta que los otros jinetes se hubieran ido, luego iría a su pesaje.

Por mucho que quisiera quedarse con Orianna, entregó sus riendas al mozo de pista que esperaba, tomó la silla y hizo lo único que se le ocurrió: huyó tan rápido como sus piernas actualmente inestables le permitieron.

* * *

Eddie caminaba con aire despreocupado de vuelta hacia los establos tras otra victoria, mientras recibía las felicitaciones de sus compañeros jinetes, algunas más sinceras que otras, aunque no le importaba demasiado. Ese era el trabajo: ganar. Si a otros no les gustaba el hecho de que hubiera tenido éxito, entonces deberían hacerlo mejor la próxima vez.

Buscó a Abney con la mirada. Lo último que había oído es que el hombre estaba bien bebido anoche en la taberna cercana. Cómo había logrado hacer una actuación como la de hoy —segundo puesto, nada menos— Eddie no tenía ni idea, y estaba deseando saber más.

Él y Abney no tenían exactamente una relación estrecha, pero era muy consciente de que el jinete montaba hoy para Lord St. Albans. A pesar de que Eddie había dejado el empleo del Conde hacía años, todavía se sentía en cierto modo en deuda con el hombre que había depositado su confianza en él durante tanto tiempo, y Eddie había lamentado ver el nombre de Abney junto al de Orianna. Pero el nuevo jinete irresponsable le había sorprendido, incluso superando las maniobras injustas a su alrededor.

Eddie se detuvo un momento para su pesaje final, luego comenzó a dirigirse hacia el club, parándose a hablar con un entrenador durante unos minutos. Vio una figura salir de las básculas, y estiró el cuello al ver un destello púrpura desaparecer por la esquina frente a él.

—¡Abney! —llamó, pero el hombre estaba demasiado lejos para oírle. Eddie le siguió por el pasillo, hacia fuera y hacia el establo, manteniendo su paso algo pausado. Ninguno de los caballos había regresado aún, ya que todavía se estaban enfriando, dejando a Eddie perplejo sobre lo que Abney estaba haciendo. También estaba siendo cauteloso y preocupado, porque claramente Abney tenía una razón para estar ahí, y probablemente no era del todo honorable.

Caminando por los establos, Eddie se detuvo al pasar por el box de Orianna. ¿Oyó un crujido dentro? El mozo de pista aún no había devuelto al caballo, así que no había razón para que alguien estuviera dentro.

Estaba preocupado por un momento, pasando por su mente la idea de que alguien podría haber manipulado al caballo. Orianna lo había hecho bien, pero nunca se podía confiar completamente en un mozo, ni en un jinete.

Eddie abrió la puerta de un empujón, viendo la espalda de seda frente a él.

—¿Abney? —preguntó, confundido, pero luego se detuvo en seco, congelado en donde estaba.

Porque esos no eran los largos rizos dorados de Abney descendiendo por la espalda de la chaqueta de seda. Ni ese era el trasero de Abney, ni sus piernas tan finamente exhibidas por los ajustados pantalones de montar color crema.

Esto... esto era una mujer.

La figura frente a él estaba tan quieta como él, aunque podía notar que sostenía algo frente a ella.

—Vete, por favor.

Pero ahora que había llegado hasta aquí, la curiosidad superó a Eddie, ya que necesitaba saber qué mujer se dignaría a correr, reemplazaría a Abney y no solo sabría montar con tanta maestría, sino que casi le vencería, además.

Extendió una mano, agarrando un hombro tenso y apretado, y la hizo volverse para mirarlo muy lentamente.

Sabiendo que estaba atrapada, la mujer finalmente cedió, encontrándose con su mirada con unos muy familiares ojos azul cristalino.

Todo lo que Eddie pudo hacer fue quedarse mirando.

Capítulo Cinco

No.

No, no, no. Esto no podía estar sucediendo.

Julia todavía estaba intentando procesar todo lo que acababa de ocurrir en el hipódromo, determinar las posibles repercusiones de sus acciones, y lamentarse sobre cómo se suponía que iba a ser feliz nuevamente simplemente siendo propietaria de un caballo y no haciéndolo correr.

Pero ahora... con el rostro de Eddie Francis frente a ella, era difícil pensar en absoluto.

—¿Eddie?

Fue la única palabra que logró formular, que salió por sí sola a través de sus labios tensos hacia el hombre que le devolvía la mirada, claramente tan asombrado como ella.

—¿Julia?

Permanecieron allí lo que pareció horas, mirándose el uno al otro, hasta que Julia finalmente se dio cuenta de que su chaqueta corta y ajustada estaba casi completamente desabrochada con solo su camisa debajo, y se mantenía respetable únicamente gracias al vestido que sostenía frente a ella.

Pero nada de eso importaba en este momento. Porque ver a Eddie de nuevo cambiaba todo dentro de ella. Apenas se había dado cuenta de que su corazón apenas había estado latiendo durante los últimos años hasta este momento, cuando volvió a la vida al ver su rostro frente al suyo.

Eddie Francis. Se veía casi igual que siempre. No era excesivamente alto, por supuesto, pero tenía la altura perfecta para su propia figura menuda —al menos, eso es lo que siempre había pensado cuando era niña y se dio cuenta ahora de que había tenido razón. Era delgado, pero de constitución poderosa, con músculos fibrosos que recordaba de cuando trabajaba al aire libre en la casa de su familia.

Sus ojos, color avellana con motas doradas, estaban muy abiertos mientras recorrían su rostro y las sedas púrpura y blancas que llevaba, así como el vestido que sostenía frente a ella. Su pelo estaba ligeramente más corto de lo que recordaba, aunque un mechón oscuro todavía le caía bastante bajo sobre la sien. Y cuando finalmente pareció recuperar el juicio, su sonrisa era tan descarada como siempre.

—Vaya —dijo, con los ojos brillando de picardía—. Esto es ciertamente una sorpresa.

Ella dio un paso hacia él, más atraída por él de lo que nunca había estado.

—Pensé que nunca te volvería a ver.

—¿No? Soy algo así como una figura habitual en el hipódromo ahora. ¿No sabías que estaba corriendo?

—Bueno, sí, por supuesto, pero nunca pensé que te vería, es decir, a ti como persona y no como jinete... bueno, no es que no seas un jinete porque claramente lo eres, y obviamente también eres una persona, pero...

Cerró los ojos por un momento. ¿Por qué se estaba convirtiendo en una idiota balbuceante? Eres una mujer inteligente, Julia, se dijo a sí misma, ahora actúa como tal. Cuando volvió a abrir los ojos, los labios de Eddie estaban curvados en la más leve de las sonrisas, y sabía que estaba tratando de no reírse de ella, lo que la hizo sentir aún más idiota.

—Bueno, ahora estoy aquí, como jinete y como persona. Y tú, claramente, no eres Sam Abney.

—No —dijo ella tragando saliva, finalmente viendo más allá de su impresión por el regreso de Eddie a su vida—. No lo soy.

—Me preguntaba cómo el estilo de Abney había cambiado completamente en una noche, y cómo logró hacerlo estando completamente ebrio.

—No sabía qué hacer —las palabras de Julia salieron apresuradamente—. Mi padre me permitió gestionar a Orianna, y confiaba en el señor Abney, pero claramente esa confianza estaba mal depositada. Luego fue justo antes de la carrera, y sabía que mi padre había apostado una gran suma de dinero por Orianna, y no quería decepcionar a nadie. No pensé, simplemente me puse las sedas y nos fuimos. Pero, oh, Eddie...

A pesar de que habían pasado ocho años desde la última vez que hablaron, parecía tan natural poder contarle cómo se sentía respecto a la carrera, y por un breve momento, en realidad se sintió aliviada de que la hubiera encontrado, para poder describir a alguien la emoción que acababa de experimentar, porque ¿quién entendería mejor que él?

—Fue magnífico. Claro, no sabía completamente lo que estaba haciendo y si Orianna hubiera tenido un jinete experto y experimentado sobre su lomo, probablemente habría ganado. Metí la pata y estoy un poco avergonzada por eso, pero al mismo tiempo, la carrera fue diferente a cualquier cosa que haya experimentado antes, y no sé cómo podré volver a encontrar esa emoción.

Él asintió con conocimiento mientras la estudiaba, con la cabeza inclinada hacia un lado, el dorado de sus ojos pareciendo brillar hacia ella.

—Es por eso que hago lo que hago —coincidió—. No por el dinero, ni por la notoriedad. Hay muchos jinetes que corren por la paga, por los sobornos, que intentan engañar al sistema; eso es algo que como propietaria de caballos debes aprender a entender. No confíes en nadie. Pero, cuando ves más allá de las partes más desagradables de las carreras de caballos, hay la más pura de las emociones que es tan difícil de poner en palabras. Corriste bien hoy, aunque cometiste algunos errores.

—¿Cómo lo sabes? Apenas sabía lo que estaba pasando con Orianna, y mucho menos tenía alguna capacidad para ver lo que estaban haciendo los otros jinetes.

—Tus sentidos se agudizan con algo de experiencia, y tendrás una mejor idea de cómo manejar la carrera en sí —dijo—. Aunque supongo que esta fue una carrera única para ti.

Julia permaneció en silencio por un momento mientras lo miraba. ¿Era una carrera única? Por supuesto, tendría que serlo, ¿no? Pero la idea de no volver a correr nunca más, de dejar a Orianna en manos de otro jinete... le desgarraba el alma. Sabía que estaba destinada a estar allí fuera, aunque era muy consciente de que solo los hombres se encontraban a lomos de caballos durante tales carreras. Pero hoy había pasado desapercibida. ¿Podría hacerlo de nuevo?

—Eddie —comenzó, golpeando el suelo con la bota—. Orianna está programada para correr en las Dos Mil Guineas. ¿Crees que tal vez...?

No estaba del todo segura de cómo pedírselo, pero él arqueó una ceja. —¿Quieres que la monte? Mis disculpas, pero ya estoy comprometido.

—No —negó con la cabeza, pero luego vio que la estaba tomando el pelo. Él sabía exactamente lo que ella estaba sugiriendo, pero quería hacerla pedirlo—. Creo que yo podría montarla —las palabras salieron apresuradamente—. En la carrera. Quiero ser su jinete. He ayudado a entrenarla y pasado muchas horas yo misma sobre su lomo; no ha sido solo el entrenador. Pero necesito ayuda. Me enseñaste a correr antes, pero ahora necesito aprender a correr como una *profesional*. Tenemos más de una semana hasta las Dos Mil Guineas. ¿Me ayudarás? ¿Me enseñarás todo lo que necesito saber?

Su rostro perdió entonces su ligereza mientras la estudiaba, aparentemente determinando cuán seria estaba. Pero ahora que la idea había entretenido su mente, estaba más decidida sobre esto que sobre cualquier otra cosa antes.

—Mira, Julia... Lady Julia —dijo, y se quitó la gorra y se pasó una mano por el pelo, claramente ahora algo incómodo—. Eres una excelente jinete, es cierto, y me encantaría ayudarte, pero simplemente... no puedo.

Su corazón se hundió, aunque había conocido su respuesta antes de que él siquiera comenzara a hablar. No la ayudaría.

—Te pagaría... muy bien.

Su rostro se oscureció. —Eso no tiene nada que ver. No soy el tipo de hombre que solo se preocupa por el pago ofrecido.

Se dio cuenta de que lo había insultado, pero no había sabido de qué otra manera convencerlo.

—¿Entonces por qué no? ¿Porque soy una mujer?

Retorció la gorra que sostenía entre sus manos. —Eso es parte de ello, sí, pequeña —dijo, y por un momento su corazón se derritió ante su nombre para ella, que ni siquiera parecía haberse dado cuenta de que había usado, porque le salió tan naturalmente—. Es un deporte peligroso. He visto jinetes romperse extremidades, caerse del caballo... demonios, vi a uno ser pisoteado hasta la muerte una vez. No es para mujeres, no en estas pistas.

—Pero sería *mi* decisión participar —protestó—. Conozco los riesgos, y no veo por qué no podría ser tan capaz de asumirlos como cualquier hombre. Las mujeres han corrido antes. ¿Sabes que hace apenas veinte años en América tuvieron tres días de carreras celebradas enteramente para mujeres?

—Eso es diferente, Jul... mi señora. Esto es Inglaterra. Corriendo a altas velocidades, contra hombres.

—*Y* ¡en 1723, nueve mujeres corrieron en una pista plana!

—Así lo hicieron. Contra otras mujeres. Pero además de todo eso, no eres solo una mujer cualquiera.

—¿No? —dijo ella, con su temperamento encendiéndose algo ahora—. ¿Entonces qué soy?

—No *solo* una mujer —dijo él con énfasis—. Sino una dama. Si te descubrieran...

—¡Pero no lo harán!

—Estarías arruinada. Incluso yo lo sé, y no soy más que un muchacho que creció en los establos.

Siempre se había referido a sus humildes comienzos, como si se lo estuviera recordando tanto a sí mismo como a ella. Era el hijo de una criada y un mozo de cuadra, que creció con los hijos de la casa y, sin embargo, permaneció separado de ellos. A pesar de la diferencia de edad, Julia podía recordar a sus hermanos pasando los veranos en el patio con Eddie, hasta que un día las cosas cambiaron:

sus hermanos se fueron a la escuela, y cuando regresaron, Eddie seguía allí, trabajando con su padre, aprendiendo el oficio, escabulléndose cuando podía para observar a los entrenadores de caballos, acompañando a la familia cuando iban a las carreras y mirando a los jinetes con atención embelesada.

Conocía el funcionamiento de la nobleza, había crecido con ello. Ella conocía su desdén por muchas de sus costumbres, al menos, el desdén que había tenido años atrás, aunque por qué, no tenía idea, pues su padre siempre había sido bueno con él. Tenía que recordar que ahora él era una persona diferente, al igual que ella.

—Podría estar arruinada, es cierto —dijo lentamente—. Pero hasta ahora no ha habido un noble que capture mi atención, y deseo tan desesperadamente vivir esta corta aventura. Siempre he anhelado una oportunidad como esta, pero nunca me di cuenta de lo que buscaba hasta hoy. El hombre con quien me case entenderá todo eso; debe hacerlo, o no será digno de mí.

Eddie volvió a colocarse la gorra en la cabeza y metió las manos en sus bolsillos, aparentemente dándose cuenta un momento después de que todavía llevaba los ajustados pantalones de seda. Sus manos terminaron en sus caderas.

—Y si se descubre que soy yo quien te ayuda... las consecuencias podrían ser bastante graves para mí.

—Nunca permitiría eso.

—¿No? ¿Y cómo lo evitarías?

—Probablemente solo me descubrirían mientras corro. Y no le diría a nadie de tu participación en esto. Serían solo un par de sesiones, algunos consejos para ayudarme a aprender a correr mejor, a no cometer los mismos errores que hoy. Me enseñaste lo básico hace años.

—¿Y lo recordaste todo? ¡Han pasado al menos ocho años!

Las mejillas de Julia se calentaron. Recordaba todo sobre Eddie, aunque no iba a admitirlo.

—He practicado a lo largo de los años —dijo, encogiéndose de hombros—. He entrenado a Orianna, observado y escuchado a entrenadores de caballos más experimentados, y he sido espectadora en más de unas pocas carreras.

—Nada puede preparar adecuadamente a alguien para lo que es realmente correr.

—Eso —dijo ella— es seguro. Y es por eso que te necesito.

Él gimió mientras se pasaba una mano por la cara, y en ese momento, ella supo que lo había convencido.

—¿Entonces lo harás? —preguntó esperanzada.

—Sí —dijo finalmente, aunque el arrepentimiento ya estaba escrito en su rostro—. Reúnete conmigo en tus establos mañana al amanecer. Ah, y como propietaria de Orianna, tendrás que inventar una identidad para tu nuevo jinete. Estará en boca de todos en los establos, quién es este nuevo hombre que ha salido de la nada.

Ella asintió con la cabeza y dio un paso vacilante hacia él. Sujetando el vestido, extendió una mano, colocándola en su brazo.

—Gracias —dijo—. Por ayudarme y por guardar mi secreto. Siempre he podido contar contigo, y es una bendición saber que eso no ha cambiado. Ah, y Eddie...

Se mordió el labio ahora. No quería pedírselo, sabía que estaba cruzando la línea, pero no sabía quién más podría ayudar.

—¿Podrías... esperar fuera de la puerta un momento, y abrocharme el vestido cuando esté lista?

Parecía como si quisiera decir que no, mientras una expresión horrorizada cruzaba su rostro, pero asintió bruscamente, y antes de que pudiera decir otra palabra, ya estaba fuera del compartimento, quedando solo el vacío donde él había estado anteriormente.

Capítulo Seis

Julia se vistió apresuradamente antes de que alguien más entrara en el establo de Orianna, escondiendo la chaqueta de seda bajo sus faldas y dejándose puestos los pantalones debajo. Los necesitaría para la próxima vez.

Asomó la cabeza y, al ver que Eddie la esperaba, le hizo una seña con el dedo. Él se deslizó de nuevo en el establo, abrochó los botones que ella no había arrancado al desvestirse y, cuando se marchó apresuradamente sin decir palabra, Julia se preguntó hasta qué punto le habría ofendido al pedirle que hiciera semejante tarea. Bueno, ya no había remedio. Se disculparía la próxima vez que le viera.

Cuando por fin salió del establo de Orianna, vio que llevaban a la yegua por la esquina, y se acercó a la potranca, aceptando el roce de su hocico en el hombro. Tenía que admitir que amaba a este caballo y odiaba la idea de tener que ceder su cuidado a otra persona.

Tras una última caricia, Julia continuó su camino, preparándose mentalmente para la inevitable confrontación con su padre. Le diría que se había perdido y que, cuando regresó a la tribuna, la carrera ya había comenzado, por lo que la observó desde donde se encontraba.

Y... oh, cielos. Maybelle. Con todas las distracciones, Julia había olvidado por completo a su doncella, a quien había visto por última vez coqueteando con uno de los mozos. Su padre podría aceptar que

se hubiera perdido, pero ciertamente no estaría complacido si supiera que había estado sola.

Mirando a un lado y al otro, Julia sintió un gran alivio cuando vio a Maybelle corriendo hacia ella desde las escaleras de la tribuna.

—¡Oh, mi señora, gracias a Dios! He estado buscándola por todas partes. Esperaba que hubiera regresado a su asiento, pero no se preocupe, no dejé que su padre me viera. Sabía lo disgustado que estaría al saber que nos habíamos separado, y no quería causar problemas a ninguna de las dos. Pero Dios mío, estaba preocupada. Lo siento mucho, nunca debería haberme detenido a hablar con ese mozo, es completamente culpa mía, yo...

—Maybelle —Julia tomó a su doncella por el hombro y, a pesar de ser una cabeza más baja que ella, la miró a los ojos intentando calmarla—. No es culpa tuya. Y todo está bien. Te explicaré todo cuando estemos en casa. Gracias por no permitir que Padre supiera que nos habíamos separado. Se habría preocupado muchísimo.

Maybelle asintió, ya más calmada, y respiró hondo. —Te está buscando.

—Sí, debemos regresar —dijo Julia, aunque mientras subían las escaleras hacia su lugar en la tribuna, se detuvo bruscamente al ver con quién estaba su padre.

—¡Julia, ahí estás! —la voz de su padre retumbó hacia ella—. Ven, hija, te estamos esperando.

Estamos.

—Lady Julia, qué maravilloso verla. Y con los colores de St. Albans, por supuesto.

—Excelencia.

Julia hizo una reverencia al Duque de Clarence, súbitamente consciente de su aspecto. Se había puesto apresuradamente el sombrero sobre el pelo, recogido en el moño más desordenado que probablemente se hubiera visto jamás en una mujer, tenía las mejillas sonrojadas y la ropa seguramente arrugada. En realidad, no estaba segura de cuán desaliñada debía verse.

—Felicidades por una magnífica carrera.

Julia lo miró fijamente por un momento. No podía saber que ella... no, por supuesto que no sabía que ella había *montado*

realmente a Orianna. Simplemente la estaba felicitando como propietaria de Orianna.

—Gracias, Excelencia —respondió finalmente, especialmente después de que su padre le dirigiera una mirada significativa—. Esperaba ganar, por supuesto, pero Orianna se comportó admirablemente.

El Duque parecía algo divertido, aunque Julia no tenía idea de por qué.

—¿Y quién era el jinete? No recuerdo haberlo visto antes.

—N-no, Excelencia —dijo, y Julia notó que su padre ahora la miraba con mucho más interés—. Desafortunadamente, el señor Abney estaba... indispuesto. Por suerte, otro jinete estaba disponible en el último momento. No tenía experiencia, más bien un mozo de cuadra realmente, con aspiraciones de convertirse en jinete, pero decidí que era mejor que Orianna fuera montada por un jinete nuevo que por ninguno en absoluto. Lo siento, Padre, por eso tardé más tiempo en los establos. Cuando regresé a la tribuna, la carrera estaba a punto de comenzar, así que la vi desde un poco más abajo.

Julia había soltado su explicación, inventada sobre la marcha, y notó que el Duque la observaba con interés.

—¿Y cuál es el nombre del jinete? —preguntó ahora—. Para ser un corredor sin experiencia, lo hizo muy bien. He estado buscando un nuevo jinete, y quizás ahora he encontrado mi respuesta.

—Oh, su nombre, sí. Um...

Julia entró en pánico por un momento mientras intentaba recordar lo que le había dicho al Secretario de Peso.

—J-James. James Smith —Sí, eso era.

—Nunca he oído hablar de él —dijo el Duque con el ceño fruncido.

—No, por supuesto que no, yo tampoco. Era su primera carrera.

—No estoy seguro de que un jinete sin experiencia sea la mejor elección para las Dos Mil Guineas —dijo su padre, y Julia lo miró con sinceridad.

—Le daremos una semana para entrenar, Padre —dijo—. Y veremos cómo lo hace.

—Muy bien —dijo Lord St. Albans—. Espero conocerlo.

—¿Conocerlo?

—Sí —dijo, mirándola con perplejidad—. Creo que sería prudente que lo conociera, ¿no te parece?

Le dio una mirada como si ella debiera entender por qué querría hacerlo, especialmente después de que la decisión con Sam Abney claramente hubiera resultado en un desastre.

—Ah, s-sí —balbuceó Julia—. Por supuesto. Estoy segura de que puede arreglarse.

—Muy bien —dijo su padre con una sonrisa de satisfacción—. Quizás una mañana mientras entrena con Orianna. Estoy seguro de que Clarence también estaría interesado en asistir, para determinar si el jinete podría convenirle... para carreras en las que Smith no esté a nuestro servicio, por supuesto.

—Por supuesto —dijo Julia débilmente, con el estómago revuelto tan rápidamente que pensó que iba a vomitar. Oh no, ciertamente no había pensado en esto... ni en lo más mínimo.

* * *

Eddie se apoyó contra la barandilla mientras observaba a la encantadora Lady Julia conversar con su padre y el otro caballero. Sabía que el hombre era un duque, pero no recordaba su nombre, aunque frecuentaba el hipódromo lo suficiente y tenía bastante interés en los caballos por lo que Eddie podía recordar.

También parecía haber mostrado cierto interés por Julia. Eddie resopló. Un duque, por supuesto, sería el hombre interesado en ella. No que le importara a él. Estaba seguro de que los dos tendrían una vida hermosa juntos... siempre que el Duque no se enterara de las acciones de Julia hoy. Eddie se apartó de la barandilla, echó un último vistazo a la pista donde había conseguido la victoria hoy, y comenzó a buscar la salida del circuito de Rowley Mile.

Parpadeó varias veces intentando borrar la imagen de su mente: la imagen de sus propios dedos abrochando los pequeños y delicados botones del bonito vestido color lila de Lady Julia Stone. Eddie se había quedado para asegurarse de que nadie más pillara a

Julia, ya que eso sería un completo desastre para ella. Pero había pasado el tiempo suficiente y, cuando finalmente devolvieron a Orianna a su establo, Julia había salido llevando un sombrero a juego con su vestido sobre sus rizos, y se preguntó entonces si lo habría usado a propósito para combinar con los colores de St. Albans.

Ridículo. ¿Por qué le preocupaban los colores de la vestimenta de una mujer?

La había seguido mientras se abría paso por los establos, probablemente para encontrar a su padre. El hombre estaría furioso de preocupación. No había nadie a quien amara tanto como a su querida hija; al menos, así había sido hace ocho años, y Eddie dudaba que algo hubiera cambiado en ese tiempo.

Sin embargo, cualquier excusa que Julia hubiera inventado parecía aplacar a su padre, así como entretener al Duque, con su ropa fina y cara, su inmaculado cabello oscuro y su sonrisa fácil. Eddie conocía su tipo. Los había visto con bastante frecuencia por el hipódromo, asumiendo que poseían los cuerpos y almas de todos los que encontraban. El Duque podría tener poder, era cierto, pero nadie, determinó Eddie, ni siquiera quienes le empleaban, podría jamás ejercer control total sobre el alma de Eddie.

Eddie abandonó los establos de Rowley Mile en su propio caballo para regresar a su alojamiento en las instalaciones alquiladas de Torrington. ¿En qué estaba pensando al aceptar el ridículo plan de Julia? Debería haber dicho que no. Diablos, debería haber salido corriendo de allí lo más rápido posible, haber encontrado a Lord St. Albans y haberle contado exactamente lo que su hija había estado haciendo. Incluso una sola carrera suponía mucho más peligro del que Julia debería haberse permitido jamás.

Pero por supuesto, no había hecho eso. No, en el momento en que la vio, todos los años entre ellos se desvanecieron. Cuando ella lo miraba con ese rostro sincero y angelical, no había manera posible de que pudiera negarle nada. Era el mismo problema que había tenido todos esos años atrás, excepto que ahora... era diferente. Antes, había sentido por ella lo que uno podría sentir por una hermana o una amiga cercana. Había querido ayudarla, estar ahí

para ella como un amigo en quien apoyarse. Pero ahora cuando ella lo miraba, su belleza y su propia vitalidad lo llamaban de una manera que era mucho más que un amigo o incluso un protector. Sentía una posesividad que lo invadía, y un deseo insuperable por nada que hubiera sentido antes.

Cerró los ojos por un momento, permitiendo que su siempre fiel montura Boomerang —pasado su mejor momento, eso era seguro, pero un caballo rápido y confiable de todos modos— encontrara el camino frente a él. Cualquier atracción que Eddie sintiera por Julia —*Lady* Julia, continuaba recordándose— debía desaparecer, y rápidamente. Porque Julia no era suya, ni lo sería jamás. Era un error pasar cualquier momento con ella, pues no había otro posible resultado que la tragedia para ambos.

Y sin embargo, no pudo decir que no a su petición.

Oyó un grito detrás de él y se volvió para ver a Will corriendo para alcanzarle.

—¡Ed! ¿Dónde tienes la cabeza? Llevo gritándote durante la última media milla.

—Lo siento, Will, no debo haberte oído. Estaba pensando en Valiant, en la carrera de hoy y en las Dos Mil Guineas, eso es todo.

—Siempre has sido mucho más serio con todo esto que el resto de nosotros —dijo Will con una sonrisa y Eddie sonrió tímidamente, lamentando mentir a su amigo, pero había prometido a Julia que guardaría su secreto y lo guardaría. Ahora era de la máxima importancia para ambos.

—¿Vienes a la taberna esta noche?

—No estoy seguro —dijo Eddie, lo que era completamente fuera de carácter para él. Le encantaban las noches en la taberna, especialmente cuando celebraba una victoria. No era tanto por la bebida o la juerga, no, era por la compañía. Claro que había jinetes con los que no se llevaba particularmente bien, y había muchos de los que desconfiaba. Pero cuando llegaba el momento de disfrutar de una bebida y divertirse un poco, todos parecían llevarse bien.

—¿No estás seguro? —preguntó Will desconcertado—. ¿Estás bien, Ed? ¿Te caíste y no lo vi, te golpeaste la cabeza o algo así?

—No —dijo Eddie con una risa—. Solo me siento algo raro, es todo. Un poco de mi pasado me alcanzó hoy y me ha descolocado.

—Bueno, no se me ocurre mejor remedio que una copa, entonces —dijo Will con un guiño, y Eddie se rio.

—Está bien, Will, me has convencido —dijo—. Guía el camino.

Capítulo Siete

Julia nunca había dormido tan profundamente en su vida. Había pensado que quizás tendría problemas para conciliar el sueño, tan absorta como estaba en los acontecimientos del día. Pero cuando el subidón de adrenalina la abandonó, cayó en su cama exhausta y durmió profundamente durante toda la noche.

Afortunadamente, había recordado dejar las cortinas abiertas, y en el momento en que el más leve rayo de luz tocó su rostro a la mañana siguiente, saltó de la cama, se echó agua en la cara apresuradamente y comenzó a ponerse los pantalones cortos marrones y la chaqueta a juego que había robado de las habitaciones de su hermano la noche anterior. Sabía que a él ya no le quedaban bien, pues hacía tiempo que no estaba en Newmarket, pero probablemente le quedarían grandes a ella.

Sin embargo, se sorprendió un poco, ya que no había tenido en cuenta sus curvas, por ligeras que fueran, y los pantalones y la chaqueta no solo le quedaban holgados, sino que le proporcionaban gran flexibilidad.

Mientras se recogía el pelo bajo la gorra, se miró en el espejo. Aunque de cerca era bastante fácil notar que era... femenina, si mantenía la cabeza agachada y permanecía sobre su caballo, podría conseguir que la mayoría de la gente pensara que era un hombre, aunque bastante joven.

Julia dio un pequeño respingo cuando oyó unos golpes en la puerta, y cuando vio asomarse la cara de Maybelle por la esquina, le

hizo señas para que entrara rápidamente.

—¿Qué te parece? —preguntó, girando frente a su doncella, a quien no había tenido más remedio que confiar su secreto, pues necesitaba a alguien que la cubriera. Ella y Maybelle llevaban juntas tanto tiempo que solo esperaba que la lealtad de la muchacha hacia ella fuera más fuerte que la que tenía hacia sus padres. Odiaba pedirle que mintiera, involucrarla en este plan del que parecía haber perdido el control, pero no tenía muchas opciones. Anoche, cuando le contó a Maybelle todo lo que había sucedido mientras se preparaba para dormir, su doncella se mostró bastante emocionada con todo ello y dispuesta a ayudar en lo que pudiera.

—Pareces... —Los ojos de Maybelle se agrandaron mientras examinaba a Julia de arriba abajo—. Escandalosa.

—¡Escandalosa! —exclamó Julia—. Esa no es en absoluto mi intención.

Maybelle se encogió de hombros.

—Quizás. Pero aún pareces una mujer.

Julia frunció el ceño y se miró en el espejo. Nunca había pensado que sus pechos fueran demasiado grandes, pero quizás había lo suficiente como para delatarla.

—Necesitaré algo de lino, por favor —dijo mientras se quitaba la chaqueta. Quizá no estaría tan cómoda como pensaba originalmente —. Tendremos que sujetarlos.

Diez minutos después, ya fajada y lista para la farsa de la mañana, Julia se escabulló por la casa siguiendo a Maybelle, saliendo por la entrada de servicio. Recibió algunas miradas extrañas de un par de sirvientes que la observaron, pero cuando se llevó un dedo a los labios, se encogieron de hombros y siguieron su camino. Orianna estaba estabulada en su propia residencia, que no estaba lejos de Rowley Mile, pero eso significaría que Eddie tendría que desplazarse hasta allí para encontrarse con ella.

Pero primero, tendría que preparar su caballo ella sola. Le había dicho al mozo de cuadra la noche anterior que esperara a un nuevo jinete esta mañana, y ahora aquí estaba.

—Finter —saludó al hombre con un gesto de cabeza, manteniendo la cara hacia el suelo y enmascarando su voz con toda

la aspereza que pudo—. Buenos días. Soy James Smith, el nuevo jinete, vengo a ejercitar a Orianna.

—Ah —oyó decir a Finter, y levantó la vista muy ligeramente para verlo asentir con la cabeza—. Muy bien, iré a buscarla. ¿Sabe usted que mi señora no está en el edificio hoy?

Julia respondió con un asentimiento.

—Me dijo que me reuniría con un tal Eddie Francis.

Los ojos de Finter se iluminaron al escuchar el nombre de Eddie.

—Sí, mi señora me lo dijo ayer por la tarde. Todos estamos muy emocionados por aquí, ya que Eddie solía trabajar con nosotros y su padre fue el caballerizo mayor durante años. Pero eso fue hace ya algún tiempo. Si había algo que conocía bien, eran los caballos. Estamos deseando verlo de nuevo. Es un jinete realmente admirable ahora, conocido por ganar, y si no le importa que se lo diga, Smith, creo que aprenderá mucho de él, siendo usted tan joven y todo eso.

Julia solo asintió, y Finter siguió hablando, mayormente para sí mismo, mientras iba a buscar a Orianna. Por supuesto, quien no se dejó engañar ni un poco fue Orianna. Cuando Finter la trajo, el caballo acarició el hombro de Julia como siempre hacía, y Finter los miró con evidente sorpresa en su rostro.

—Parece que le ha caído muy bien. ¿Fue ayer la primera vez que la montó en carrera?

Julia asintió. No era mentira. *Era* la primera vez que había corrido con Orianna, al menos en una competición real.

—Bueno, hizo un excelente trabajo, según me han dicho —dijo Finter—. De hecho, he oído que mi señor está deseando conocerle. ¡Y un duque también! Dondequiera que haya aprendido a montar, muchacho, aprendió bien.

Julia tragó saliva con dificultad. El encuentro con su padre era un aspecto de este plan que no había llegado a resolver del todo.

—¡Ah! —continuó Finter cuando una vez más Julia no respondió —. Ahí viene Francis ahora.

Mientras Eddie se acercaba, él y Finter se saludaron como los viejos amigos que eran, y Julia golpeaba nerviosamente el suelo con el pie mientras seguía acariciando a Orianna, sin estar segura de exactamente cómo debía saludar a Eddie, especialmente con Finter

a su lado. Eddie, sin embargo, siempre seguro de sí mismo, un rasgo que ella admiraba y envidiaba a la vez, resolvió el problema por ella.

—Aquí estás —dijo, dándole una palmada en el hombro lo suficientemente fuerte como para casi hacerla dar un paso adelante —. Me alegro de verte de nuevo, muchacho. Fue una buena carrera la de ayer.

—Gra-gracias —tartamudeó Julia y luego, recuperando el juicio, recordó que Eddie aún no conocía su nombre falso—. Soy James, señor... James Smith.

—Por supuesto, Smith —dijo él, antes de dirigir su atención a Orianna, y Julia recordó de años atrás que su vínculo con los animales iba mucho más allá de un simple trabajo.

—Una potranca preciosa —murmuró mientras le acariciaba el cuello, y Julia dio un paso atrás, repentinamente tímida ante su cercanía.

—Lo es —dijo Julia con una sonrisa, dejando traslucir su propio afecto por el caballo a través de su nerviosismo, y por el rabillo del ojo, observó que Finter seguía su camino, atendiendo a los otros caballos, silbando mientras se alejaba.

—¿Cómo llegaste a tenerla?

—Nació en nuestros propios establos —respondió Julia con una sonrisa. Este era un tema del que sin duda disfrutaba hablando—. Mi padre ha estado muy orgulloso. Quería criar a su yegua, Flower Child, pero buscó durante meses hasta determinar quién sería el semental perfecto. Resultó que no estaba nada lejos.

—¿Dónde estaba?

Julia sonrió, tanto por la curiosidad de Eddie como por la sorpresa que le esperaba.

—En los establos del vizconde Lowell.

Los ojos de Eddie se abrieron de par en par.

—No me digas que fue...

—¿Lightning King?

Se rio de la conmoción que apareció en su rostro.

—¿Lo conoces, entonces? —preguntó, y él asintió.

—Lightning era... bueno, llegué a conocerlo cuando trabajaba para tu padre.

—Tú lo entrenaste —afirmó ella, y ahora él estaba completamente perplejo.

—¿Cómo lo supiste?

—Es difícil guardar un secreto en nuestros establos —dijo ella encogiéndose de hombros—. La mayoría de nuestro personal es bastante leal a mi padre, porque los trata bien. Escuché a mi padre hablar con mi hermano un día, diciéndole: «Ese joven Francis ha estado otra vez en lo de Lowell. El muchacho es un gran jinete, según me han dicho».

Se sonrojó cuando se dio cuenta de que había estado haciendo la imitación de su padre que normalmente reservaba para sus amigos más cercanos, pero Eddie se rio.

—No tenía idea de que lo supiera —reflexionó—. Tu padre siempre fue más que justo conmigo. Fue una de las razones por las que permanecí tanto tiempo a su servicio.

—¿Había otras... razones, quiero decir? —preguntó Julia, aunque no tenía ni idea de qué la había poseído para hacerlo. Ciertamente, él no se había quedado por ella, la niña molesta con ojos soñadores que lo seguía a todas partes. Sin embargo, de alguna manera, esperaba que el afecto por ella hubiera sido parte de por qué había disfrutado su tiempo en los establos de su familia.

Eddie bajó la mirada por un momento, en silencio mientras sostenía las riendas de Orianna.

—Tu familia siempre trató a los sirvientes con respeto —dijo—. Claro, todavía existía la división, que se hizo mucho más evidente a medida que crecíamos. Pero había un entendimiento allí, una civilidad entre amo y sirviente que está ausente en muchos hogares.

Hizo una pausa y por un momento el silencio se extendió entre ellos, ya que Julia no tenía idea de cómo responder a sus palabras. Cuando volvió a mirarla, sus ojos habían recuperado su brillo habitual, aunque Julia no pudo dejar de notar un ligero esfuerzo que él parecía estar ocultándole.

—Ahora, dime —dijo él—, ¿cómo llegaste a hacerte cargo de Orianna?

Julia se sintió ligeramente aliviada de que hubiera llevado la conversación a un tema más seguro, algo que la tranquilizaba.

—Orianna y yo congeniamos desde el principio —dijo, acariciando el hocico del caballo—. Siempre estuvo claro que mi padre quería hacerla correr, pero luego vio cuánto la amaba yo y cuánto me gustaban las carreras. Mis hermanos asistían, por supuesto, pero no tienen la misma fascinación que mi padre, y creo que él reconoció ese espíritu afín en mí. Cuando me ofreció la oportunidad, me sentí extasiada.

—Tu padre siempre haría cualquier cosa por ti —dijo Eddie, y Julia asintió. Lo sabía, y debería recordar estar más agradecida por ello. El pensamiento también la llenó de culpa por el engaño que ahora estaba llevando a cabo. Odiaba mentir, especialmente a su padre, pero ahora se había permitido involucrarse demasiado.

—Bueno —dijo Eddie—, ¿vamos a montarte en ese caballo, vale? Veremos qué tienes. Dale un buen calentamiento y luego ponla a prueba.

Julia asintió, revisó la silla de Orianna y luego montó, sintiendo cómo su corazón se elevaba mientras cabalgaban hacia la pista, sobre el rocío de la hierba matutina. El mundo era hermoso a esta hora, y ella estaba sobre el lomo de su amada yegua, haciendo lo que amaba. Decidió aprovechar este momento y simplemente disfrutarlo.

Capítulo Ocho

Cuando terminó la sesión, Julia prácticamente se cayó del caballo, y Eddie tuvo que extender un brazo para sujetarla.

Sus mejillas estaban sonrosadas por el esfuerzo del entrenamiento matutino, y su frente brillaba por la transpiración. En opinión de Eddie, se veía absolutamente encantadora.

Cuando entró a los establos, le había resultado difícil saludarla con la ambivalencia requerida. No tenía ni idea de cómo Finter no podía darse cuenta de que era una mujer —y nada menos que Lady Julia—, pero supuso que a veces las personas solo ven lo que esperan ver. Y en este caso, era el jinete James Smith.

Eddie tenía que admitir que Julia montaba bien. Siempre lo había hecho, pero ciertamente había madurado, y era obvio por la forma en que manejaba a su caballo. Había respeto entre ambos. Algunos entrenaban con miedo y disciplina, otros con recompensas positivas. Julia no parecía necesitar ninguno de los dos, al menos, no con Orianna. Era como si Orianna quisiera complacerla y respondiera a cada una de sus órdenes.

Ambas se movían como una sola, con fluidez y gracia, pero aún así con precisión y exactitud. Por eso Eddie se sorprendió al ver cuánto se había esforzado Julia, porque desde lejos, su forma de montar parecía absolutamente sin esfuerzo.

Había resuelto un enigma. Ahora entendía cómo ella, una jinete sin experiencia, prácticamente sin entrenamiento en comparación con el resto del grupo, había tenido tanto éxito en una carrera

competitiva. Alguien tan inexperto debería haberse quedado muy por detrás de todos ellos a pesar de la velocidad natural de Orianna.

La mayoría de los otros jinetes habían atribuido la fortuna de este misterioso hombre a la suerte del principiante, pero era más que eso. Era su conexión con el caballo, un vínculo que nadie más tenía tan profundamente. Supuso que probablemente sentiría algo parecido si tuviera la oportunidad de pasar más tiempo con Valiant, pero a pesar de la afinidad que sentía por el potro, era difícil desarrollar un vínculo tan profundo en el tiempo limitado que estaban juntos.

Lo que le recordó que, por mucho que estuviera disfrutando de esto, necesitaba concentrarse en su propia carrera y en su propio caballo, o corría el riesgo de perderlo todo él mismo.

Hizo un gesto a Julia para que se acercara, también sorprendido por la expresión de alivio que cubría su rostro, pues tenía la impresión de que ella lo estaba disfrutando mucho. Aunque supuso que no había sido nada fácil con ella. Si quería ser jinete, competir contra los mejores, él había decidido que entrenaría como una. Había sido una sesión de entrenamiento interesante, pues parte era para Orianna y parte para la propia Julia.

—Es suficiente por hoy —dijo después de que ella desmontara, y ella asintió mientras se apoyaba en Orianna, aunque el caballo también parecía cansado.

—Sí —asintió Julia—. Orianna corrió ayer. No deberíamos cansarla demasiado.

—No —dijo Eddie, usando toda su fuerza de voluntad en su lucha por mantener una cara seria ante la aparente preocupación de Julia por el caballo y no por su propia condición física—. No deberíamos.

Llevaron juntos a Orianna al establo, Julia guiando a su caballo mientras se refrescaba.

—La montas bien —dijo Eddie, sabiendo que un poco de elogio podía llegar lejos—. Estoy impresionado. Las dos hacéis buena pareja.

Julia asintió, y parecía que Orianna sabía de lo que hablaban, porque le acarició el cuello con el hocico.

—Para ser sincera, no tengo ni idea de cómo llegó a ser así —dijo Julia—. ¿Sabes cómo es, a veces descubres que tienes afinidad con un caballo, o con una persona, y a veces no? —Eddie asintió. Sabía exactamente a lo que se refería. Mientras que un buen jinete debería poder montar casi cualquier caballo, y un pura sangre competente debería poder correr bien con cualquier jinete decente, para ganar y encontrar éxito continuo, se necesitaba el tipo de magia que ella describía.

—Bueno, desde el principio, Orianna y yo nos tomamos cariño. En realidad, estuve presente cuando nació —dijo Julia con una pequeña risa—. No se suponía que debía estar allí, por supuesto, pero había venido a montar mi yegua cuando escuché bastante conmoción en la esquina del establo. No pude mantenerme alejada y una vez que estuve en el box, parecía como si ese fuera el lugar donde debía estar. Nació rápidamente, con facilidad.

—Como corre —dijo Eddie, y los dos compartieron una risa.

Eddie no podía recordar haber conversado tan fácilmente con una mujer. Ciertamente disfrutaba de la compañía de todo tipo de mujeres. Le encantaba coquetear, provocar sonrisas sinceras y sonrojos nerviosos. Pero no podía recordar la última vez que no había tenido que hacer ningún esfuerzo en absoluto, o cuando había esperado la respuesta de una mujer a sus preguntas con tanta anticipación. Era su amor común por los caballos, se dijo a sí mismo.

Y luego tenían su historia compartida. Eddie sonrió cuando la recordó de niña, tan ansiosa, tan entusiasta. Siempre había querido ser parte de todo, con él, con sus hermanos. Su sonrisa se desvaneció un poco al pensar en los buenos amigos que había sido de sus hermanos, y cómo eso se había desvanecido cuando se fueron a la escuela, sus veranos cortos mientras él simplemente trabajaba más duro en los establos de su padre.

Pero Julia... ella nunca había cambiado, lo que era algo asombroso, se dio cuenta ahora. Y por eso, intentó convencerse a sí mismo, era natural que se llevaran bien. Tenían tanto pasado compartido. Nada más necesitaba explicar su comodidad con ella que eso. No podía haber nada más, porque así como no se esperaba

que él y sus hermanos fueran amigos después de la infancia, tampoco podría existir nunca una relación —de ningún tipo—

entre ellos dos.

Excepto la de entrenador y jinete. E incluso eso sería desastroso si alguna vez fueran descubiertos.

* * *

Eddie sabía que estaba ligeramente distraído durante su propia sesión de entrenamiento esa mañana. Pero no podía quitarse a Lady Julia Stone de la cabeza. Cada vez que lanzaba a Valiant a un sprint, comparaba su técnica con la de Julia. Cada vez que le hablaba suave y bajo al caballo, comparaba su propio vínculo con Valiant con el de Julia con Orianna.

Pero era más que eso. Seguía imaginando cómo se veían sus pequeñas curvas en esos malditos pantalones de montar, cómo sus ojos azules brillaban de alegría cuando se reía, o la adoración que aparecía en su rostro cuando miraba a su caballo.

Solo una mujer hermosa, Eddie, se dijo a sí mismo. *Nada por lo que debas alterarte. Hay muchas otras ahí fuera para ti —mujeres que son de tu posición, con las que puedes coquetear y reír sin ninguna preocupación por las repercusiones.* Realmente debería alejarse lo más posible de Julia, pero en cambio, solo había planeado pasar más tiempo con ella —cada mañana, para ser exactos, hasta las Dos Mil Guineas.

Acababa de salir del box de Valiant, trabajando con el mozo para asegurarse de que el caballo estaba completamente seco y almohazado, su equipo limpio y guardado, una manzana entreteniéndolo mientras el mozo preparaba su comida, cuando escuchó que lo llamaban.

—¡Francis! ¿Edward Francis?

Se volvió rápidamente hacia la voz, sin reconocer al hombre que se acercaba.

—¿Puedo ayudarle?

—Eso espero. Mi nombre es Elias Young. Trabajo para los comisarios del Jockey Club.

El pulso de Eddie se aceleró. ¿Qué quería el Jockey Club con él? Una cosa que sabía, nunca era buena señal ser señalado por hombres poderosos.

—Hola —dijo con cautela, y el hombre sonrió, como si eso pudiera ayudar a tranquilizarlo.

—¿Hay algún lugar donde podamos hablar? —preguntó, y Eddie asintió.

—Supongo que podríamos ver si la casa club está vacía. Entrené más tarde de lo habitual esta mañana, así que la mayoría de los demás probablemente se habrán ido ya.

—Muy bien, muéstreme el camino —dijo Young, y Eddie asintió, preguntándose de nuevo qué podrían querer de él. ¿Sabían lo de Julia? ¿Que la estaba ayudando? ¿Por qué otra razón querrían hablar con él? Nunca había aceptado un soborno, nunca había amañado una carrera, siempre había hecho todo lo que se le había pedido.

Cuando entraron en la casa club, estaba bastante silenciosa, lo que era extraño, porque normalmente estaba llena de voces y risas. Los jinetes no eran el tipo más reservado.

Eddie lo llevó a donde solían reunirse después de una carrera, una especie de zona de bar, y Young se sentó, colocando su silla en un ángulo perfecto y poniendo un bloc de notas y un bolígrafo delante de él para que estuvieran a una distancia exacta e igual.

Era claramente el tipo de persona que dependía del control y el orden, pensó Eddie mientras se reclinaba en su silla, cruzando una pierna sobre la otra.

Young aclaró su garganta. —Señor Francis. ¿Puede decirme cuál es su relación con el Conde de Torrington?

Eddie se encogió de hombros, sorprendido por la pregunta. —Actualmente es mi empleador, supongo que podría decirse. Me ha contratado para correr con su caballo, Valiant. ¿Es esto una especie de interrogatorio? ¿Debería tener un testigo presente?

—Solo unas pocas preguntas, señor Francis. Nada por lo que deba preocuparse. Ahora, ¿desde cuándo monta para Lord Torrington?

—Desde la temporada pasada, así que hace aproximadamente un año. A veces también monto para otros propietarios.

—Muy bien. ¿Y antes de eso? ¿Cómo conoció al Conde?

—Había montado para algunos propietarios que supongo que conocía —respondió Eddie, cauteloso con sus respuestas—. Lord Torrington aparentemente estaba buscando un nuevo jinete para Valiant, ya que tenía altas expectativas para el potro —expectativas que resultaron correctas.

—Sí, bueno...

Eddie deseaba poder instar al hombre a decir más, pero Young guardaba silencio.

—¿Cuándo conoció al caballo por primera vez?

—Un mes antes de correr con él por primera vez, el año pasado, aquí en Newmarket —dijo Eddie, molestándose por las preguntas absurdas de Young—. ¿Por qué lo pregunta?

Pero Young lo ignoró, levantando un dedo mientras continuaba escribiendo en el maldito bloc que tenía delante.

—¿Trajo un caballo con usted a Newmarket el año pasado?

—Sí, mi propio semental.

—¿Es un caballo de carreras?

—No —dijo Eddie lentamente, alargando la palabra. ¿Qué importaba si montaba su propio caballo hasta Newmarket? Tenía que tener un medio de transporte, ¿no?

—Lo siento, señor Young, pero no veo cómo...

—Ya casi hemos terminado por ahora, señor Francis. ¿Su propio caballo tenía algún parecido con Valiant?

—¿Con Valiant? En absoluto. Valiant es un pura sangre joven. Boomerang está en buena forma, pero pasado su mejor momento.

—Valiant es un caballo completamente negro.

—Lo es.

—Así que sería bastante fácil confundirlo con otro.

—No realmente.

Se miraron el uno al otro sin decir nada más, claramente en un punto muerto.

—Muy bien —dijo Young, levantándose, extendiendo una mano a Eddie, quien se puso de pie y la tomó con reticencia—. Gracias por

su tiempo.

—¿No podría al menos decirme de qué se trata todo esto?

Young guardó silencio por un momento antes de hacerle un breve asentimiento. —Tenemos motivos para creer que Valiant puede no ser... Valiant.

—¿Qué? —preguntó Eddie, quedándose completamente inmóvil. Había oído historias de que algo así ocurría antes, pero nunca pensó que pudiera suceder cerca de él—. ¿A qué se refiere?

—Realmente no debería decir nada más.

—No veo cómo no puede. He estado montando este caballo durante más de un año. Merezco saber la verdad.

Young parecía dividido, pero finalmente se acercó a Eddie. —Muy bien, pero no oíste esto de mí. Parece que el Conde poseía un caballo hace un par de años —un ganador llamado Midnight Express. Ganó todas las carreras en las que participó, pero luego se rompió una pata durante una carrera y supuestamente fue sacrificado porque el dolor era demasiado grande. Como puede suponer, Midnight Express era un potro completamente negro. Entonces, al año siguiente, Lord Torrington inscribió un nuevo caballo —Valiant, que aparentemente es de sus propios establos. ¿Ve nuestra preocupación?

Eddie lo pensó larga y profundamente. Cuando empezó a montar a Valiant, el caballo parecía bastante experimentado, a pesar de algunas tendencias inusuales. Eddie había asumido que Valiant estaba dotado naturalmente, y el entrenador tenía un don con él.

Pero no... no podía ser. Se negaba a considerar la idea de que Young pudiera estar en lo cierto. Torrington había sido leal con Eddie, y por lo tanto, Eddie sería igualmente leal a cambio.

—No puedo ver a Lord Torrington participando en semejante plan —insistió Eddie, y Young simplemente parecía ligeramente atormentado—. Además, si la pata del caballo estaba rota... no es probable que ganara otra carrera.

—Esperemos que no haya nada malo aquí, señor Francis. Desafortunadamente... —suspiró—. Un hombre de buena reputación sugiere que usted fue un participante voluntario en este escándalo.

Ha sido agradable durante nuestra conversación, y por lo tanto espero que este no sea el caso.

Eddie solo pudo mirarlo con la boca abierta.

—¡Para nada! —exclamó—. ¿No puede ver que son los celos o algún tipo de malicia lo que está en juego?

—Quizás —admitió Young—. Pero tenemos que tomar en serio cada acusación. No es un papel que disfrute especialmente, señor Francis, pero es importante. Por ahora, es libre de entrenar y montar a Valiant, pero me pondré en contacto con usted respecto a la carrera antes del próximo sábado.

Y con una ligera y seca reverencia, Young se fue, mientras Eddie se hundía lentamente de nuevo en la silla, apoyando la cabeza en las manos mientras se preguntaba qué diablos iba a hacer.

Capítulo Nueve

Julia luchaba por mantener los ojos abiertos mientras Lady Featherstone parloteaba sin cesar sobre algo que Julia desconocía, pues había dejado de escuchar hacía una eternidad. Oh, lo que no daría por abandonar esta penosa fiesta y correr de vuelta a su casa, donde podría dejarse caer en su cama y cerrar los ojos, dando la bienvenida al sueño que tan desesperadamente necesitaba.

Aunque siempre se levantaba temprano para montar antes de que la mayoría despertara, no recordaba haberse entrenado nunca con tanta intensidad, ni haber estado tan cansada.

Mientras se hundía en los mullidos cojines del sofá, los doloridos músculos de sus muslos y su trasero eran lo único que le impedía caer en un profundo sueño en medio del salón tan beige de los Featherstone. Tal como estaban las cosas, su madre continuaba dándole codazos cada vez que sus párpados caían.

Pero no podía evitarlo. No había nada particularmente interesante que mirar en la habitación. Las paredes contenían retratos de la propia Lady Featherstone, así como un par de otras mujeres, que Julia suponía eran parientes, rodeados por bodegones de flores y praderas. Había una pequeña chimenea de mármol blanco, en cuyo interior el fuego ardía alegremente, aunque cuando Julia miraba las llamas prácticamente la hipnotizaban, lo que también la adormecía. El sofá donde estaba sentada era de color crema con flores verdes y rosas bordadas, y frente a ella, en la mesa, había una variedad de bebidas.

Julia intentaba beber una copa de champán para mantener las manos ocupadas, pero lo que ya había tragado la estaba adormeciendo aún más, y ahora luchaba por evitar que la copa se volcara cada vez que sus manos temblaban.

—¿Qué te ocurre? —le susurró su madre al oído, y Julia se encogió de hombros mientras se giraba para mirarla. La Condesa de St. Albans estaba impecable como siempre, y cada vez que Julia miraba a su madre, era como contemplar una visión de sí misma veinte años en el futuro.

—Estoy agotada —respondió en voz baja—. Debe ser la emoción de la semana. O quizás me estoy resfriando.

—Espero que no —dijo su madre, y ante la expresión de preocupación en el rostro de su madre, la culpa invadió a Julia nuevamente. Era muy afortunada de tener padres que se preocupaban más por su bienestar que simplemente por sus perspectivas, y ahora sentía que se estaba aprovechando de ellos. Solo durante esta semana, se prometió. Luego todo esto terminaría y volvería a ser la hija obediente. Bueno, obediente exceptuando el hecho de que seguía soltera a pesar de haber debutado hacía tres temporadas y tener veintidós años, sin haber entretenido nunca realmente a ningún pretendiente.

Julia estaba a punto de excusarse para buscar otra habitación donde recluirse y echarse una siesta rápida cuando una figura familiar entró en la sala.

—¿Elizabeth? —Julia se puso de pie entonces, repentinamente mucho más despierta cuando su amiga la divisó, caminando hacia ella mientras las otras mujeres levantaban la vista ante la nueva presencia en la habitación.

Julia extendió sus brazos y, cuando Elizabeth llegó a su lado, tomó sus manos entre las suyas.

—¡Julia! —exclamó, sus ojos escrutando su rostro—. Es maravilloso verte. —Elizabeth bajó la voz—. ¿Ha ocurrido algo? Te ves... bueno, casi parece que estuvieras resplandeciente, aunque de una manera... exhausta, como una madre reciente, por loco que suene.

—Oh —dijo Julia, con un tono tan bajo como el de Elizabeth—. Han pasado tantas cosas. Y no puedo expresarte lo feliz que estoy de que estés aquí. Si alguien puede ayudarme, eres tú.

—Permíteme saludar a todos, y luego quizás podamos dar un paseo por la sala —dijo Elizabeth, y Julia asintió agradecida mientras volvía a sentarse junto a su madre por un momento.

Finalmente Elizabeth regresó, y caminaron más allá de las columnas que separaban el salón en dos partes iguales, manteniéndose en los extremos, lo bastante lejos para que los oídos indiscretos no pudieran escuchar su conversación.

Julia entrelazó su brazo con el de su amiga mientras procedía a contarle casi toda la historia de lo sucedido. Resultaba fascinante observar las expresiones que cruzaban el rostro de Elizabeth. Normalmente Elizabeth era la más reservada, tranquila y práctica de todas. Esta noche, sin embargo, parecía que Julia la había dejado completamente perpleja.

—Así que, resumiendo —dijo finalmente Elizabeth, con los ojos muy abiertos—, tomaste una decisión apresurada de último minuto para montar tú misma a Orianna, como jinete, vestida de hombre. Lo hiciste bastante bien y ahora tanto tu padre como el Duque de Clarence están interesados en contratarte para más carreras y esperan reunirse contigo como James Smith. Has decidido competir una vez más, nada menos que en las Dos Mil Guineas, y para ello te despiertas cada mañana al alba para entrenar con otro jinete, a quien conoces desde que eras niña. ¿Me he dejado algo?

De alguna manera, cuando Elizabeth lo exponía así en forma de lista, resultaba mucho más abrumador, y a la vez también simplificaba las cosas.

—Creo que lo has captado todo —dijo Julia con un gesto afirmativo.

—Has dicho que necesitas mi ayuda. ¿Con qué?

—Con cómo superar esta semana sin ser descubierta —dijo Julia, y la desesperación se filtró en su voz—. No puedo expresarte la culpa que siento por mentir a mis padres. Y sin embargo, si llegaran a enterarse, no solo estarían devastados sino perpetuamente aterrados de que mis acciones fueran descubiertas por la sociedad y

yo quedara completamente arruinada. Luego está la reunión propuesta entre yo y el Duque y mi padre. Quizás podría engañar al Duque, aunque parece un hombre perspicaz, pero ¿a mi padre? Jamás. Sabría que soy yo al instante. Luego, durante la carrera, ¿cómo explicaré mi ausencia? Mi último problema es que, debido al entrenamiento matutino, apenas puedo mantener los ojos abiertos durante las festividades nocturnas, y hay algo programado cada noche, como bien sabes.

Julia tomó aire después de enumerar todos sus problemas, y miró a Elizabeth, que la superaba en altura por una cabeza o algo así. Elizabeth era alta y delgada, con su cabello castaño rojizo siempre recogido impecablemente y su ropa de última moda. Su familia tenía dinero —mucho dinero, ya que el abuelo de Elizabeth era el socio principal de uno de los bancos más grandes de toda Inglaterra. Y sin embargo, Elizabeth nunca hacía alarde de ello. A veces tenía un exterior un tanto espinoso, pero cuando llegabas a conocerla, era la más leal de las amigas y haría cualquier cosa por aquellos a quienes apreciaba.

Pero era su sentido de la calma, la forma racional y práctica con la que veía la vida y cada situación que surgía, lo que Julia había llegado a valorar. Elizabeth era una mujer en quien se podía confiar, con quien se podía contar, y no había nadie más en quien preferiría apoyarse en ese momento.

—Bueno —dijo Elizabeth, inclinando la cabeza mientras pensaba en soluciones—. En cuanto a tu cansancio, te sugeriría que durmieras una siesta durante el día, aunque comprendo lo difícil que puede ser el horario. También podrías fingir una enfermedad para excusarte de algunos eventos a los que no desees asistir. Tu enfermedad también podría impedirte ver la carrera, supongo, aunque eso sería otra mentira. Quizás podrías verla desde otro lugar, o decidir que necesitas hablar con el jinete. Lo más difícil será la reunión con tu padre. La única forma de resolverlo, creo, es que alguien más ocupe tu lugar.

—¿Pero quién? —preguntó Julia, perpleja.

—No estoy segura —Elizabeth se encogió de hombros—. ¿Un mozo de cuadra? Quizás tu amigo podría ayudarte con eso, el jinete

con quien estás entrenando. Estoy segura de que tiene muchos conocidos que podrían intervenir. Si no hubiera trabajado para tu padre en el pasado, sugeriría que lo hiciera él mismo, pero claramente eso no funcionaría.

—No —Julia negó con la cabeza abatida—. No funcionaría.

—Bueno, intenta posponer la reunión si puedes, pero asegúrate de tenerlo todo preparado en caso de que necesites organizar algo apresuradamente.

Julia asintió.

—Y en cuanto a la culpa que sientes... —Julia miró a Elizabeth expectante mientras hablaba—. No creo que pueda evitarse. O bien dices la verdad a tus padres y vives con las consecuencias y su decepción, o mantienes el secreto y aprendes a vivir con ello.

—Estarán más que decepcionados —respondió Julia—. Se sentirán culpables de algún modo, lo sé. Se preocuparán. Estarán continuamente paranoicos de que me descubran. Ellos...

—Entonces quizás *no* decírselo sea la mejor solución para todos vosotros, así como la opción más compasiva. Sé que no te gusta mentir, Julia, y yo misma soy una firme defensora de la honestidad, pero ya no hay marcha atrás.

—Tienes razón —dijo Julia suavemente, y Elizabeth le dio unas palmaditas en la mano.

—Ahora, ¿qué hay de los sentimientos que albergas por este jinete?

—¿Qué? —Julia giró la cabeza, mirando al rostro de Elizabeth, que ahora mostraba una sonrisa cómplice.

—Nunca dije nada sobre Eddie.

—No hacía falta —dijo Elizabeth, arqueando una elegante ceja—. Podía ver esa mirada soñadora en tu rostro cada vez que lo mencionabas a él o a vuestras sesiones de entrenamiento. ¿Cuándo comenzó esto?

—Diría que hace unos nueve o diez años —dijo Julia con melancolía—. Trabajaba en los establos de mi padre, como te conté, y creció siendo amigo de mis hermanos. Me enseñó a montar a horcajadas y a competir. Estaba decidida a hacerlo por mi cuenta,

pero Eddie descubrió mi intento. En lugar de contar a alguien lo que estaba haciendo, me ayudó.

—Igual que está haciendo ahora —reflexionó Elizabeth y Julia asintió.

—Le presioné para que me aconsejara ahora, como hice entonces. Oh, Elizabeth, debes pensar que soy una persona terrible.

—No terrible —dijo Elizabeth con una sonrisa amable—. Simplemente una mujer que se arriesgó por la emoción de su vida, para hacer algo que ha anhelado hacer desde que tiene memoria. No te avergüences de eso, Julia.

Julia la miró sorprendida. —Pensé que me tomarías por tonta.

—Bueno, si hubiera sido yo, habría considerado las consecuencias con más detenimiento —dijo Elizabeth con una risa—. Pero creo que el resultado habría sido el mismo.

Estaban regresando hacia la madre de Julia en el sofá cuando los hombres entraron en la sala tras su copa o cigarro de sobremesa o lo que fuera que hicieran.

—El Duque de Clarence está aquí —dijo Elizabeth, entornando los ojos al mirarlo.

—Oh, sí —dijo Julia, encogiéndose ligeramente—. Hay otra cosa. Parece que él...

Él se acercaba hacia ellas.

—Señoras —las saludó con una inclinación de cabeza—. ¿Cómo les va esta noche?

—Muy bien —dijo finalmente Julia, sorprendida cuando Elizabeth permaneció en silencio—. ¿Y a usted?

—Mucho mejor ahora que estoy en compañía de tan encantadoras damas.

Elizabeth emitió un leve resoplido, y Julia la miró asombrada. Elizabeth era la mujer más refinada que conocía, y Julia habría pensado que se comportaría impecablemente frente a un hombre como el Duque.

—Em, sí, encantada de verle, Su Excelencia —dijo Julia, y él la recompensó con una sonrisa atractiva que Julia estaba segura había cautivado a muchas damas.

—¿Quizás cuando comience el baile me reservará un turno, Lady Julia? —preguntó, y Julia solo pudo asentir mientras él continuaba su camino, aunque podría jurar que le había guiñado ligeramente el ojo antes de alejarse.

—Parece que omitiste algo de tu historia —reflexionó Elizabeth.

—¿El qué? —preguntó Julia inocentemente.

—Que el Duque de Clarence está interesado en ti.

—Oh, sí, parece que podría ser el caso —dijo Julia, encogiéndose ligeramente ante la mirada de enfado que cruzó el rostro de Elizabeth.

—No lo he alentado —se defendió Julia, aunque no tenía idea de por qué sentía que debía hacerlo—. ¿Estás... estás interesada en el Duque?

—¡Cielos, no! —respondió Elizabeth con tal vehemencia que Julia casi retrocedió un paso—. Lo siento —dijo Elizabeth, mucho más suave cuando vio la reacción de Julia—. El Duque y yo tenemos una larga historia y puedo ser dramática cuando se trata de él. Por favor, perdóname. Por supuesto, es particularmente elegible y si estás interesada en él, adelante. Solo te pido que tengas cuidado, pues sus atenciones pueden ser volubles.

Julia miró a Elizabeth con evidente interés. —¿Ocurrió algo entre vosotros?

—Sí y no —dijo finalmente Elizabeth con un suspiro—. Aunque no deseo hablar de ello en este momento. Tendrás cuidado, ¿verdad?

—Lo tendré —acordó Julia, aunque no podía evitar contemplar a su amiga con cierto interés. Había más en esta historia, y Julia estaba deseando conocerla.

Capítulo Diez

Eddie no debería haberse reunido con Julia a la mañana siguiente.

Estaba de un humor terrible tras su conversación —no, interrogatorio— con Elias Young. Tenía la sensación de que todo aquello tenía que ver con personas que estaban muy por encima de él, la clase noble, los propietarios... la gente de Julia. Mientras se vestía con los pantalones y la chaqueta que usaba para trabajar con los caballos y se dirigía hacia la pista, el sol comenzaba a elevarse sobre el horizonte de Newmarket, llenando el aire con un amanecer rosado que le alegró ligeramente el ánimo. Eddie se prometió a sí mismo que no descargaría su descontento en Julia, sabiendo perfectamente que ella no tenía culpa alguna de nada de esto. Sin embargo, era consciente de que su saludo hacia ella fue hosco y pudo ver la vacilación en sus ojos cuando se le acercó.

Cuando la sesión iba por la mitad y la llamó de vuelta a la valla para darle más instrucciones, no pudo evitar notar que prácticamente estaba tumbada sobre el cuello del caballo, y sintió una punzada de culpabilidad.

—¿Hemos terminado? —preguntó ella, con la respiración agitada, e incluso el caballo estaba sudado.

—Con el caballo, sí —dijo él—. Pero creo que deberíamos hablar sobre tu mentalidad y la carrera en sí. Todavía tenemos tiempo para prepararte físicamente. Pero tienes que entender cómo gestionar una carrera. Ese fue tu punto débil durante las Stakes de Craven.

Le salió más duro de lo que pretendía, pero ella parecía demasiado cansada para que le importara.

—Llevemos a Orianna al establo, cepillémosla, asegurémonos de que esté alimentada, y luego tomaremos unos minutos para hablar —dijo él, y ella asintió con cansancio.

—¿Sigues queriendo esto? —le preguntó, y ella se puso alerta, parpadeando rápidamente como si intentara despertarse.

—Por supuesto.

—Muy bien, entonces, vamos.

El silencio se extendió entre ellos mientras trabajaban con Orianna, hasta que Finter se unió para ayudar. Divagaba sin parar sobre las apuestas que estaban teniendo lugar por todo Newmarket, ya que la ciudad —tanto los nativos del lugar como todos los visitantes— estaba entusiasmada con la próxima carrera. Valiant, les contó, se había convertido en el favorito después de la temporada pasada, mientras que Orianna era algo así como una incógnita, además de ser una yegua, lo que aumentaba las probabilidades en su contra. Era solo su segunda carrera y su jinete era tan desconocido como ella —disculpas al señor Smith, añadió, pero era la verdad—, pero al mismo tiempo, venía de los establos de St. Albans, donde se criaban ganadores, y, además, había sorprendido a todos en las Stakes de Craven.

—Pero supongo que nos mostrarás a todos quién tiene razón la semana que viene —dijo Finter con una risita mientras Julia le daba a escondidas una manzana a Orianna y esta respondía con un relincho de aprecio—. Vaya, cómo se ha encariñado contigo.

Julia solo asintió, y Eddie notó lo baja que llevaba la gorra sobre su rostro. La chaqueta que llevaba hoy era ligeramente más holgada, lo cual era bueno, decidió, porque ayudaba a ocultar esas curvas. Aunque debía estar haciendo algo con sus pechos, porque cuando la había visto con su vestido, había estado...

Sus pensamientos se interrumpieron cuando notó que Julia lo miraba de forma bastante extraña, y se dio cuenta de que la estaba observando de manera completamente inapropiada. Se aclaró la garganta y sonrió a los dos que tenía delante.

—Bueno, entonces. Smith y yo vamos a hablar un poco sobre la gestión de la carrera. Que tengas un buen día, Finter.

—¡Buen día, Francis, Smith! —dijo el jovial Finter, y Eddie deseó que todo el mundo pudiera ser un poco más como el mozo de cuadra.

—¿Está tu mente tan cansada como tu cuerpo? —preguntó Eddie mientras se abrían paso por los establos, y Julia resopló de una manera totalmente entrañable.

—Esto ha sido agotador —dijo ella.

—¿El entrenamiento? —Ladeó la cabeza mientras la miraba—. Supongo que sí, si no estás acostumbrada.

—No solo el entrenamiento —continuó ella—. Sino mantener ambas vidas. El resto del día está lleno de varias citas con mi madre, así como conversaciones y rondas con mi padre para ver los caballos. Luego, cada noche hay algún compromiso social u otro, que se prolongan hasta altas horas. Apenas encuentro tiempo para dormir.

Era su turno de resoplar, aunque no lo hizo tan abiertamente.

—Sí, debe ser difícil mantener las apariencias, sentarse, verse bonita y ser alimentada con suntuosos festines.

Ella se detuvo y se giró bruscamente para mirarlo. Por muy enfadada que pareciera, tenía que admitir que le gustaba lo combativa que se veía, así como el hecho de que él seguía siendo unos centímetros más alto que ella, a diferencia de la mayoría de las mujeres que, como mínimo, tenían la misma altura que él o eran un poco más altas.

—¿Te estás burlando de mí? —preguntó ella, clavándole un dedo en el pecho.

—Supongo —dijo lentamente, presionando su pecho contra el dedo de ella mientras se inclinaba sobre ella, tan cerca que podía ver las diminutas pecas doradas que salpicaban su nariz— que sí.

—Tú... tú...

Pero parecía que Lady Julia no estaba bien versada en el arte de los insultos, porque simplemente clavó su pie en la paja y dejó escapar un gruñido de fastidio. Cuando él se rió, pudo notar que solo la enfadaba aún más, y ella lo esquivó, alejándose rápidamente.

Sintiendo un ligero remordimiento por haberla molestado tanto, dio unas cuantas zancadas rápidas para alcanzarla.

—Julia —dijo, extendiendo una mano y rodeando su brazo—, lo siento. No pretendía insultarte. Es solo que, bueno, es difícil escuchar a alguien quejarse de una vida de comodidades.

Ella se giró para mirarlo de frente, sus ojos azul cristalino ahora brillaban, pero de ira en lugar de alegría. —No sé cuál es tu problema esta mañana, Eddie Francis, pero no puedo disculparme por la vida en la que nací. Tú mismo has dicho que mi familia os trató bien a ti y a cualquier otro sirviente, y no estoy segura de qué más se supone que debo hacer para ganarme tu respeto.

—¿Eso es lo que quieres? —preguntó él, ligeramente incrédulo—. ¿Mi respeto?

—Bueno —dijo ella, bajando los ojos por un momento—. Eso es una cosa, supongo. Te has labrado una buena vida, has conseguido tus sueños, lo cual es tanto admirable como inspirador. Me gustaría hacer lo mismo, aunque mi vida está un poco más planificada. Puede que tenga una vida cómoda, pero carezco de cierta libertad de elección.

Había verdad en sus palabras, lo sabía, y sin embargo, ella nunca se vería amenazada como él. Todo lo que había construido podría arruinarse debido a circunstancias fuera de su control, mientras que ella siempre estaría protegida por el nombre de su familia.

—¿Te gustaría saber por qué no estoy en mi mejor momento esta mañana? —preguntó mientras avanzaba, saliendo de los establos hacia la luz de la mañana—. Es porque todo esto, todo lo que he construido, la vida que siempre he querido, podría serme arrebatado en un instante. Y no tengo idea de por qué.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella, con un rizo cayéndole de la gorra sobre la frente mientras lo miraba. Él quería extender la mano y retirárselo, pero se contuvo.

—Recibí la visita de un administrador del Jockey Club. Tienes que guardar esto para ti, Julia, ¿entiendes? —Ante su asentimiento, continuó—. Parece que Valiant puede no ser... Valiant. Hay un rumor de que Torrington fingió la muerte de otro caballo —Midnight Express, si lo recuerdas— y lo ha utilizado para hacerse pasar por un

caballo más desconocido con el fin de inclinar las probabilidades a su favor, aunque Valiant ha estado corriendo tan bien que el plan ya no funciona como lo hizo la temporada pasada. Ahora, como su jinete durante el último año más o menos, he sido puesto en entredicho. ¡El hombre incluso preguntaba sobre el caballo que montaba *para ir* a las carreras!

Los ojos de Julia se abrieron de par en par mientras escuchaba su historia. —¿Una muerte fingida? ¿Un caballo sustituto? Vaya, eso es... eso es... despreciable.

—Ese es el mundo de las carreras de caballos —dijo él con un encogimiento de hombros y una sonrisa irónica—. Te sorprendería la cantidad de sobornos que aceptan los jinetes y las carreras que han amañado, por no hablar de los mozos y entrenadores. La gente hace cualquier cosa por dinero, Julia, incluso aquellos que parecen tener más de lo que la mayoría necesitaría jamás.

—¿Te han ofrecido alguna vez un soborno? —preguntó ella mientras él le indicaba con un gesto que subiera a los postes de la valla para sentarse en lo alto.

—Por supuesto —dijo, observando cómo escalaba la valla con facilidad, y recordó lo atlética que había sido en su juventud—. Nunca he aceptado uno, aunque algunos días es tentador. Pero no vale la pena. No por ser descubierto, que es bastante improbable. No, es la culpa que queda profundamente arraigada en tu alma, de la que nunca puedes librarte. El coste es demasiado grande.

Ella asintió mientras miraba hacia el campo de entrenamiento.

—Me pregunto si tu problema tiene algo que ver con Lord Torrington y su enemistad con Lord Totnes.

—¿De qué estás hablando? —preguntó él, repentinamente curioso por saber más.

—Rompieron su relación el año pasado —explicó ella—. Antes eran los conocidos más cercanos, pero luego ocurrió algo entre ellos y ahora apenas se hablan. Es triste, la verdad.

Podía ser triste, pero a Eddie le preocupaba mucho más su propio papel en todo esto. Si los dos nobles estaban peleándose, no le importaba, a menos que las consecuencias recayeran sobre su cabeza. Entonces significaría algo completamente distinto.

—Veré qué puedo averiguar —dijo ella, sin que él se lo pidiera.

—¿Lo harías? —preguntó él.

—Por supuesto. No solo es a *ti* a quien han perjudicado —una persona que significa algo para mí—, sino que, en general, está mal, y me gustaría ver que se haga justicia.

—Gracias —dijo él suavemente, sin estar seguro de si debía reconocer el hecho de que ella admitiera que se preocupaba por él, ni estaba del todo seguro de que quisiera que lo hiciera. Porque eso podría llevarlos a algún lugar peligroso, a algún lugar que él preferiría evitar.

—Por supuesto —dijo ella, volviéndose y otorgándole esa pequeña sonrisa que parecía calentarlo desde donde se encontraba con sus ojos hasta lo más profundo de sus huesos. Y, si tuviera que admitirlo, le tocaba el corazón, aunque fuera ligeramente.

Se aclaró la garganta mientras se apartaba de ella para mirar hacia la pista, donde otro caballo estaba comenzando a trotar para calentar. Sería mejor cambiar de tema antes de que los llevara a un lugar por el que preferiría que no transitaran.

—Ahora, sobre tu entrenamiento —dijo, y comenzó a explicarle cómo debería abordar la carrera, desde antes de que comenzara hasta los momentos de espera en los cajones de salida, pasando por el ondeo de la bandera y luego los diversos puntos a lo largo del recorrido hasta que la caseta de los jueces estuviera a la vista y hubieran pasado el poste blanco.

Agitó las manos sobre el verde ondulante que tenía delante mientras visualizaba la carrera en su propia mente, y podía oír el retumbar de los cascos de los caballos, los gritos de los jinetes, los chasquidos del látigo y el rugido de la multitud. Podía ver el negro, blanco y alazán de los caballos a su alrededor, coronados por las coloridas sedas de los jinetes. Podía oler la tierra bajo él, los caballos a su alrededor y la multitud sobre él.

Vivía para ello. Y compartirlo con Julia le resultaba tan natural como cualquier otra cosa antes.

Cuando terminó de describir los pensamientos que circulaban por su cabeza mientras corría cada carrera, se dio cuenta de que tenía

los ojos cerrados mientras lo imaginaba, y cuando se volvió hacia ella para calibrar su reacción, su rostro estaba maravillado.

—Vives para esto —dijo ella casi en un susurro—. Vivir tu sueño cada día... debe ser glorioso.

—Sí —dijo él, asintiendo lentamente, reflexionando tanto sobre sus propias palabras como sobre el asombro en el rostro de ella—. Supongo que lo es.

Capítulo Once

Julia no podía apartar los ojos del rostro de Eddie. Se había transformado por completo. Ya no quedaba nada del hombre que constantemente mostraba un exterior despreocupado y jovial, a pesar de lo que pudiera estar sintiendo por dentro. En su lugar había un hombre que claramente sentía la máxima pasión por lo que hablaba, que no podía evitar compartir el amor que sentía por lo que hacía.

Julia estaba maravillada. Y aunque había sentido esta atracción hacia él durante tanto tiempo, verlo así provocó en ella una agitación aún más profunda: la de una mujer que desea a un hombre, en lugar de una niña que anhela a un chico.

—¿Te ayuda eso? —preguntó él, volviéndose hacia ella, y ella cerró la boca de golpe, avergonzada de que él la viera tan embobada.

—¿Tu descripción del circuito de carreras? Sí —asintió ella con movimientos bruscos—. Lo hace.

Lo cual no era en absoluto una mentira. Su conocimiento sobre las carreras había sido algo limitado, como quedó patente en su primera y única carrera. La descripción de Eddie, cómo ver el circuito e intuir instintivamente cómo dirigir al caballo, creó una comprensión mucho más completa. Ella conocía lo básico y la mecánica de todo: la posición para la salida, cómo animar al caballo a correr más rápido, agachándose sobre su cuello para disminuir los efectos del viento sobre ambos.

Pero ahora conocía todos los demás aspectos que eran igual de importantes: cuánto tiempo reservar al caballo, cuándo empujarla más rápido, cuándo prestar atención al campo que la rodeaba y cuándo no era importante.

—La otra parte de las carreras —dijo él, inclinando la cabeza mientras la estudiaba—, es la experiencia. Porque te he contado lo que funciona para mí, pero algo diferente funciona para cada persona y cada caballo, y no puedo estar seguro de que tú encuentres éxito con mis propias tácticas.

Ella asintió, aunque eso tornó su ánimo ligeramente sombrío. Porque eso era algo que no iba a conseguir. Le quedaba una carrera más, y ese sería el final de su corta carrera. Difícilmente podría continuar después de la carrera del próximo sábado.

—Oye —dijo él, sus ojos brillando de nuevo con su habitual picardía—. Tengo una idea. ¿Y si organizamos una carrera simulada? No un kilómetro completo, y tendrías que montar otro caballo, porque está demasiado cerca del Two Thousand Guineas para que corras con Orianna a pleno rendimiento, pero te dará una idea de qué esperar.

—¿Cómo lo conseguirías? —preguntó ella con los ojos muy abiertos, ya entusiasmada con la idea, y Eddie se encogió de hombros e hizo un gesto con la mano.

—Déjalo en mis manos —dijo—. Lo haremos temprano por la mañana, cuando normalmente comenzaríamos una de nuestras sesiones de entrenamiento. Le pediré a algunos amigos que participen, diciéndoles la verdad: que estoy ayudando a entrenar a un joven jinete y les preguntaré si ofrecerían unos minutos de su tiempo. Aceptarán, lo sé. Viven para la emoción. Al menos te dará la oportunidad de practicar una vez más.

—Muy bien —dijo ella, asintiendo en señal de acuerdo.

—Excelente —dijo él con una sonrisa, mientras se inclinaba ligeramente hacia ella.

Julia se quedó inmóvil por un momento. ¿Se estaba inclinando hacia ella en un intento de abrazarla o incluso besarla, o simplemente estaba siendo amable? ¿Cómo debería responder? Por supuesto, deseaba desesperadamente inclinarse hacia él para

encontrarse con él, para presionar sus labios contra los suyos, pero ciertamente no quería malinterpretar su señal y parecer una tonta. Así que comenzó a moverse muy ligeramente hacia él, no de manera exageradamente directa, pero lo suficiente para que él entendiera lo que intentaba transmitirle, pero al hacerlo, perdió el equilibrio y comenzó a caerse hacia atrás del poste de la valla. Eddie extendió la mano para tratar de ayudarla, pero en su lugar, se inclinó demasiado y ambos cayeron de la valla. Parecía como si se movieran a cámara lenta mientras caían del tablón de madera y rodaban hasta el suelo. No era una caída particularmente larga, pero aun así, ella esperaba recibir un buen golpe cuando su espalda tocara el suelo, a pesar de que debajo de ellos había una alfombra de hierba fresca y exuberante.

Pero en su lugar, se sorprendió cuando aterrizó sobre algo blando y jadeó cuando escuchó un gemido de dolor detrás de ella.

—¡Eddie! —exclamó mientras se daba la vuelta para encontrarlo tendido en el suelo debajo de ella. No es que ella pesara mucho, pero aunque él era fuerte y delgado, tampoco era un hombre excesivamente corpulento—. ¿Estás bien?

—Creo que sí —dijo lentamente, y ella se mordió el labio nerviosa. Si algo le pasaba a Eddie esta semana entre todas las semanas, antes de una de las carreras más importantes de la temporada, sería enteramente culpa suya y sería un elemento más que añadir a su lista de razones para sentirse culpable.

Observó su rostro con ansiedad, especialmente cuando el dolor no desapareció, aunque sí... cambió ligeramente. Pasó de un dolor corporal a uno que era más, bueno, no estaba del todo segura de cómo describirlo, pero pensó que parecía un dolor frustrado, de un hombre que quería algo que estaba justo fuera de su alcance.

Y entonces su atención vaciló por un momento. De repente fue mucho más consciente de lo que había debajo de ella: esos músculos fuertes y fibrosos en los que había estado pensando momentos antes estaban duros bajo su propio pecho, y sus fosas nasales se llenaron repentinamente con su aroma, algo que nunca había estado lo suficientemente cerca para captar por completo. Olía a caballos, por supuesto, lo que algunos podrían encontrar repulsivo,

pero a ella más bien le gustaba. Había algo más también, un aroma almizclado y picante, y ella quería inclinarse más para oler más.

Pero entonces recordó dónde estaban, *quiénes* eran en ese momento, y rápidamente se apartó de él.

Solo que todo el proceso fue algo torpe, y sus codos y rodillas parecían estar en todas partes donde no debían estar mientras se echaba hacia atrás por su cuerpo. Él soltó un *ouf* cuando ella lo golpeó entre las piernas, y ella contuvo la respiración cuando se inundó de vergüenza.

—Lo siento mucho —repitió varias veces, hasta que finalmente se puso de pie frente a él y extendió una mano para ayudarlo a levantarse. Él la rechazó mientras se ponía de pie, sacudiéndose, aunque cuando se volvió para mirar la parte trasera de sus pantalones, Julia tuvo que contener una risita, porque no habría forma de quitarse simplemente la mancha verde.

—Está bien —dijo él con un gesto de la mano—. Al menos me ha despertado a tiempo para mi propia sesión de entrenamiento.

—Sí, es cierto —dijo ella mirando al suelo—. Yo también debería irme.

—¿Tienes un gran día de compromisos sociales por delante? —preguntó, e inmediatamente cesó la conversación relajada entre ellos.

—Sí —dijo, manteniendo la cabeza alta, negándose a ser amedrentada o avergonzada por sus palabras—. De hecho, lo hay. ¿Y tú?

—Haré lo que me apetezca —dijo con una sonrisa burlona—. Quizás juegue una partida de cartas. O duerma la siesta. O tal vez monte a caballo por los campos si así lo deseo.

—Oh —dijo, mordiéndose el labio—. Eso suena del todo encantador. Y quizás una siesta al aire libre.

—Quizás —dijo él, su sonrisa volviéndose genuina.

—Hoy habrá un musical —dijo con un suspiro. Normalmente no le importaban los musicales, siempre que no tuviera que actuar, pero estaba demasiado cansada para disfrutar de uno. Además, el día de Eddie sonaba mucho más agradable.

—No pareces particularmente entusiasmada con eso.

—Estoy demasiado cansada hoy para mantener una conversación educada con personas que no me importan especialmente, o para escuchar a una larga fila de mujeres tratando de impresionarse unas a otras y a todos los jóvenes.

—Ah, sí, el difícil mundo de la *alta sociedad*.

Ella se volvió hacia él con los ojos entrecerrados. Ya había tenido suficiente de sus comentarios sobre su mundo. No era como si le hubieran preguntado si quería nacer en él.

—Si dejaras de burlarte de mi vida, te lo agradecería enormemente.

—No me burlo de ti —dijo encogiéndose de hombros—. Me burlo de todos los que te rodean, que dan por sentada su vida de comodidades, cuando hay tantos que sufren en este mundo.

Ella vio la ira brillar en sus ojos, y se preguntó por eso: ¿por qué era tan cínico cuando se trataba de esta brecha entre ellos?

—¿Qué ha pasado para que estés tan enfadado con la nobleza? —preguntó, sintiendo de repente la necesidad de saber más sobre él y qué lo había convertido en el hombre que era hoy. Hasta donde ella sabía, él había tenido una crianza agradable con padres amorosos. ¿Qué había cambiado?

—Nada importante —dijo, negando con la cabeza y cerrándose a ella mientras se alejaba y comenzaba a caminar de regreso a los establos—. Olvida lo que dije. Te dejaré con tu día de ocio. Nos vemos mañana, pequeña.

Se volvió para mirarla, con su sonrisa familiar de vuelta, y Julia no pudo evitar el tumulto de emociones que se agitaban dentro de ella. Con su uso de ese apodo de todos esos años atrás, su corazón se calentó al recordar el tiempo que habían pasado juntos, lo bien que habían llegado a conocerse. Y, sin embargo, no podía sacudirse la inquietud después de su conversación.

Aunque en lo que *debería* estar centrándose era en todo lo que acababa de enseñarle. Deseaba haber tenido algo donde tomar notas mientras él hablaba. Tendría que anotarlo todo cuando regresara a sus aposentos. Y *entonces* podría permitir que su mente divagara hacia el hombre detrás del conocimiento, aunque nunca había estado muy lejos de él.

* * *

Vaya, había hecho un desastre de aquello. ¿Cómo era posible que su vida, que hacía apenas unos días parecía ser exactamente aquello por lo que había estado luchando durante tantos años, ahora se estuviera desmoronando a su alrededor? Su profesión, que era más que un trabajo sino lo que él era, estaba en peligro sin razón alguna por su parte; estaba desconcentrado de la carrera venidera; y estaba permitiendo que la hija de un conde se inmiscuyera en sus pensamientos, amenazando con desequilibrarlo por completo. Porque no podía evitar sentirse cautivado por su sonrisa tímida pero genuina, esos ojos azules centelleantes y el espíritu con el que afrontaba la vida.

Pero tentar al destino con una mujer como ella era una estupidez. Ella pertenecía a otro mundo, y él ni siquiera debería estar pasando tiempo en su presencia, y mucho menos entreteniendo pensamientos de otra índole.

Cuando entró en los establos a por Valiant, se sobresaltó al encontrar a Lord Torrington caminando hacia él. No solo Eddie era muy consciente de que era demasiado temprano en el día para que un miembro de la nobleza estuviera despierto y en los establos, sino que generalmente el lord se mantenía alejado hasta el día de la carrera. No era uno de esos hombres que vivían para las carreras de caballos, que examinaban la cría y estaban muy involucrados en el funcionamiento interno de sus establos. No, Lord Torrington simplemente había tenido suerte con un caballo que estaba resultando ser un ganador, al menos, eso era lo que Eddie había pensado, hasta la visita de ayer de Elias Young.

—Francis —dijo el Conde mientras se acercaba. Eddie podía ver que tenía círculos oscuros bajo sus ojos verdes, y su cabello grisáceo estaba bastante desaliñado—. Necesito hablar contigo.

Eddie asintió. No le correspondía a él negar tal petición de su empleador.

Lord Torrington indicó con el pulgar hacia afuera, y pronto estuvieron de pie contra la pared de cedro del establo.

—¿Qué le dijiste a Young? —preguntó Torrington sin preámbulos, y Eddie intentó no molestarse por su tono acusatorio.

—No tuve nada que decir —respondió Eddie, encogiéndose de hombros mientras intentaba evitar que su rostro mostrara alguna emoción—. Le dije que había montado a Valiant desde la temporada pasada. Me preguntó para quién había montado antes de ser empleado por usted, y respondí. También preguntó sobre mi propio caballo, Boomerang, el que me pertenece, y cómo viajaba a cada carrera. No pensé que fuera una pregunta que requiriera una respuesta detallada, pero no obstante, le contesté.

Eddie dudó. Ciertamente no quería perder su posición como jinete de Valiant, pero también tenía sus propias preguntas. Recordando las palabras de Young de no compartir que le había proporcionado a Eddie más información, Eddie formuló su pregunta cuidadosamente.

—Mi señor, ¿puedo preguntar por qué he sido interrogado? No creo haber hecho nada mal, aunque me gustaría saber si lo he hecho.

Lord Torrington cruzó los brazos sobre el pecho, revelando su rico chaleco carmesí debajo. Eddie se sintió bastante insulso con su propia chaqueta gris, aunque se negó a que ese pensamiento le molestara.

—Ha habido un intento malicioso de socavar mi credibilidad —dijo finalmente Torrington, su aliento saliendo en un silbido—. Desafortunadamente, provino de una fuente lo suficientemente alta para que el Jockey Club lo investigara. También te acusaron a ti. Parece que respondiste bien, Francis, y lo aprecio. Si te molestan de nuevo, ven a decírmelo, ¿entiendes?

Eddie solo pudo asentir mientras Lord Torrington se alejaba sin otra palabra. Odiaba que le dieran órdenes de esa manera, pero ¿qué más podía hacer? Esta era su vida. Y tendría que aceptarlo.

Capítulo Doce

Julia se sentó en el borde de la manta, intentando cerrar los ojos mientras Lady Rebecca Charles se extendía sin cesar desde su lugar junto a ella. Julia llevaba entrenando con Eddie poco más de una semana, y apenas comenzaba a descubrir que podía pasar el día sin sentir que sus ojos podían cerrarse en cualquier momento.

Aunque seguía siendo tentador intentar hacerlo durante momentos como este. Estaban extendidos sobre una colina cubierta de hierba, en terrenos pertenecientes al padre de Rebecca, justo a las afueras de Newmarket. Rebecca era bastante agradable, suponía Julia, pero solo le hablaba porque sus madres eran amigas y habían decidido que sus hijas también serían las mejores amigas durante toda su vida.

Desafortunadamente, a Julia y Rebecca no se les había consultado en tal decisión, y desde la primera infancia habían descubierto que no eran en absoluto compatibles. De niñas, a Rebecca siempre le había encantado vestir a sus muñecas, lo que, con el tiempo, se convirtió en una obsesión por su propia moda. Julia, por otro lado, no podía importarle menos lo que llevaba puesto y estaba mucho más interesada en lo que hacían sus hermanos y todo lo que ocurría en los establos. Sus intereses horrorizaban a Rebecca, pero a Julia realmente no le importaba. A lo largo de los años habían desarrollado un acuerdo tácito de que simplemente se tolerarían y pasarían el menor tiempo posible juntas.

Solo que hoy, compartían una cesta de almuerzo, así que si querían comer, tendría que ser juntas.

—Y *entonces*, Lady Chesterfield dijo que no podía entender por qué una mujer querría llevar un adorno tan horrible en la parte superior de su sombrero. ¿Te *imaginas* cómo habría sido eso? Bueno, cuando me lo contó quedé absolutamente *horrorizada*. Apenas puedo creer que no lo hubiera escuchado ya de otra fuente. Y *luego*...

Julia continuó asintiendo con la cabeza pero dejó que sus ojos se cerraran mientras Rebecca seguía hablando. Se imaginó al otro lado del prado, cabalgando con Eddie, o simplemente tumbada en la hierba escuchando nada más que el viento pasando —desde luego, no la voz chillona y nasal de Rebecca.

—¿Julia? Julia, querida, ¿estás bien?

Los ojos de Julia se abrieron de golpe al oír la voz de su madre, y se incorporó para buscar de dónde procedía. Solo entonces se dio cuenta de que había más de un par de ojos posados en ella: los ojos marrones de Rebecca estaban abiertos de par en par y acusadores tras darse cuenta de que Julia no la había estado escuchando en absoluto, los de su madre estaban preocupados e interrogantes. Muchas otras damas y caballeros miraban con abierta curiosidad desde mantas y conversaciones cercanas.

Las mejillas de Julia se calentaron hasta lo que estaba segura debía ser un rosa intenso.

—Lo siento mucho —dijo, principalmente a su madre—. N-no me encuentro bien. Quizás deba volver a casa.

—Oh, querida —dijo su madre preocupada—. No estoy segura de que podamos, cariño. Vinimos con Lady Nuffield y Rebecca, y no me gustaría obligarlas a irse temprano. Vaya, si apenas hemos comenzado a comer.

—No pasa nada —dijo Julia—. No es un paseo largo.

—Oh, ¡no puedes ir andando, querida! ¡Especialmente si no te encuentras bien!

Julia agitó la mano en el aire.

—Maybelle puede acompañarme. De verdad, mamá, no tardaremos ni veinte minutos en volver a casa, y creo que algo de

ejercicio físico me ayudará.

Su madre parecía algo dividida. Julia sabía que estaba preocupada por ella, pero también estaba disfrutando y si obligaba a las mujeres Charles a marcharse, no dejarían de oírlo durante los próximos meses.

—Muy bien —dijo finalmente su madre, aunque parecía seguir intranquila con la decisión—. Pero ten cuidado, querida.

Julia asintió y fue a buscar a Maybelle. Tenía que irse. Pero no iba a casa.

* * *

Hacía una semana, Eddie había bromeado cuando le dijo a Julia que daría un paseo a caballo por la tarde alrededor del prado. Pero cuando Will le preguntó si quería acompañarle a cenar a la taberna, de alguna manera su plan original, aunque inventado, le pareció mucho más tentador. Había resultado ser un respiro muy bienvenido y se había convertido en algo rutinario cada tarde.

Ensilló su propio caballo, Boomerang, que siempre estaba particularmente contento de salir de los establos. Eddie se dirigió a los prados justo más allá de las pistas de carreras y le dio a Boomerang la libertad para correr. Dieron unas cuantas vueltas por el prado y luego desmontó y caminó un poco con el caballo antes de encontrar su ya habitual lugar a la sombra que había demostrado ser particularmente cómodo para una siesta. Acababa de acomodarse, con el sombrero sobre los ojos y Boomerang atado contento al mismo árbol que le daba sombra, cuando se despertó sobresaltado. Los pasos detrás de él habían llegado tan rápido que se volvió sorprendido para descubrir quién había sido capaz de acercarse a hurtadillas con tanta habilidad.

Julia. No Julia como James Smith, sino Julia misma. Llevaba un vestido de día de algún material suave en un azul del color del cielo, y no pudo evitar notar lo angelical que se veía, con rizos rubios en tirabuzón enmarcando su rostro donde se asomaban por debajo de su capota.

—¿Qué haces aquí? —soltó, porque por mucho que quisiera que se quedara, sabía que debía irse. *Tenía* que irse, pues no creía que pudiera soportar pasar más tiempo con ella sin hacer algo de lo que se arrepentiría. Al menos cuando estaba vestida como jockey y en la pista a la vista de todos los mozos y entrenadores que parecían estar constantemente alrededor, había razón suficiente para mantener la farsa. Pero a solas, como hombre y mujer... ya no podía negar que se sentía atraído por ella, pero se había negado a pensar más allá. Julia no era una mujer para simplemente divertirse, y nunca habría oportunidad para nada más entre ellos.

—Estaba cerca y sabía que probablemente estarías aquí, como has estado casi todos los días. Pensé que tal vez... me uniría a ti —dijo con una tímida sonrisa, y él sintió que su determinación flaqueaba. ¿Cómo era posible que ella siempre pudiera hacerle eso? En un esfuerzo por combatir la atracción que intentaba negar, había tratado de mantener su relación como entrenador y jockey muy profesional durante la semana, pero viéndola así, bueno... hacía las cosas mucho más difíciles.

—No creo que sea una idea sensata —advirtió, y ella movió las cejas con picardía.

—¿Desde cuándo solo haces lo que parece ser la mejor idea? —preguntó—. ¿Ha cambiado tanto en estos años? ¿Ayudar a una dama a ganar los Dos Mil Guineas es una anomalía en tu forma de vivir?

—No estoy ayudando a una dama a ganar los Dos Mil Guineas —respondió con una sonrisa burlona propia, una que ella parecía sacarle a pesar de sus mejores intenciones—. Estoy ayudando a dicha dama a quedar en segundo lugar.

—¿Es así? —preguntó ella, con el hoyuelo en su cara acentuándose aún más, y su determinación ahora no solo se debilitó sino que se derritió por completo.

—Lo es, y no lo olvides. Y muy bien, puedes quedarte —continuó con un suspiro—. ¿Dónde está tu caballo? ¿Y cómo me encontraste?

—Vine andando —dijo con el ceño fruncido—. No estaba lejos de Rowley Mile, y pregunté dónde podría ir uno si estuviera inclinado a dar un paseo tranquilo a caballo. Estaba en un pícnic, ¿sabes?, pero

me quedaba dormida porque Rebecca no paraba de hablar sobre sus aburridos amigos y sus espantosas modas. Finalmente le dije a mi madre que no me encontraba bien y me permitió volver a casa caminando, aunque Maybelle —¿la recuerdas?— venía conmigo. La mandé a casa. No es muy aficionada a las caminatas, eso es seguro, y no dirá nada.

—Bueno, supongo que debería alegrarme de ver que estás trabajando en tu resistencia —dijo con una sonrisa, entrecerrando los ojos hacia ella, ya que ahora estaba a contraluz del sol—. De todos modos, pronto tendremos que llevar a Boomerang a casa caminando.

—¿Boomerang? —preguntó mientras se sentaba frente a él, y él se apoyó en el árbol a su espalda, poniéndose más cómodo. Al parecer, se iban a quedar un rato antes de regresar.

Sonrió ante su pregunta.

—Sí, Boomerang. Pertenecía a mi primer patrón, mi primer patrón como jockey, quiero decir. Corrí con él, pero ya estaba en su ocaso. Poco después lo pusieron a trabajar en una yeguada, pero parecía que se había encariñado conmigo, como yo con él. Yo entonces trabajaba en unos establos cercanos, y un día apareció, encontrándome de alguna manera. Lo devolví, pero siguió volviendo. Eventualmente, su dueño y yo llegamos a un acuerdo. Podía seguir criándolo cuando quisiera, pero en teoría era mi caballo.

—Boomerang —dijo, y él podría haber jurado que sus ojos se humedecieron ligeramente—. Porque siempre volvía a ti.

—Así es —dijo Eddie con un asentimiento—. Antes tenía otro nombre, pero nunca pareció adecuado. Empecé a llamarle Boomerang en broma, pero el nombre se quedó.

—Me encanta —dijo ella, con la mirada fija en el prado que se extendía bajo ella, rebosante de una colorida variedad de flores, aunque Eddie no podría decir cómo se llamaban realmente.

Se desató la capota y la arrojó a su lado en la hierba mientras se tumbaba de nuevo, y Eddie no creía haber visto nada tan hermoso en toda su vida.

—Sigo escuchándote, te lo prometo —dijo con los ojos cerrados —. Es solo que mis ojos están un poco cansados y simplemente

estoy disfrutando del hermoso aroma del prado y de la sensación del viento en mi cara. De alguna manera todo se siente mucho más... vivo cuando cierras los ojos, ¿no es así?

Eddie asintió hasta que se dio cuenta de que, por supuesto, ella no podía verlo, y se aclaró la garganta.

—Así es —dijo, aunque cuando la miró, no pudo evitar comparar la hermosa capota que había dejado caer casualmente a un lado con la gorra que sostenía en sus dedos, ni su vestido, tan exquisito, con su vieja chaqueta y pantalones. Ciertamente, llevaba esta ropa hoy porque pasaba tiempo con los caballos, pero nunca poseería nada tan brillante ni tan a la moda como ella. Otro recordatorio de todo lo que había entre ellos.

—¿Eddie? —preguntó suavemente, y él la miró.

—¿Sí?

—Cuando nos separamos hace tantos años, ¿alguna vez pensaste que volveríamos a vernos?

—No estoy seguro —respondió con sinceridad—. Supongo que esperaba que lo hiciéramos, ya que significaría que había logrado lo que deseaba, convertirme en jockey, y sabía que tú siempre serías parte de este mundo.

—¿Qué tan molesta era yo de niña? —preguntó ahora, con sus labios curvándose en la más ligera de las sonrisas.

—No demasiado —dijo con una pequeña risa—. Aunque estoy seguro de que tus hermanos no estarían de acuerdo. Pero enseñarte a montar fue realmente un placer. Eres la mejor alumna que un hombre podría pedir. Atenta, entusiasta, y escuchas. Quizás por eso acepté ayudarte ahora.

Ella se apoyó en sus codos y abrió los ojos, su azul aciano mirando hacia su rostro.

—¿Es esa la única razón? —preguntó en un susurro, y su corazón dolió al saber lo que ella quería que dijera, podía sentir lo que necesitaba de él. Y sin embargo, ¿cómo podía decirle la verdad, que tenía una debilidad por ella que nunca parecía poder negarse a sí mismo?

—Yo... —tragó con dificultad, inclinándose ligeramente hacia ella, y estaba a punto de continuar la frase, pero encontró las palabras

atascadas en su garganta.

No supo quién se movió primero, pero fue como si alguna fuerza desconocida repentinamente los atrajera. En cuestión de segundos ambos estaban sentados en la hierba alta y sus labios estaban bajo los suyos, tan suaves y dulces como sabía que serían. Mientras sus brazos le rodeaban, él la levantó para que se sentara en su regazo y puso una mano alrededor de su nuca, entrelazando sus dedos entre sus suaves rizos.

Besarla parecía casi como si estuviera dentro de un sueño. Nunca antes había conocido a una mujer que fuera tan dulce, pero que también tuviera tal poder en su interior. Podía sentir la fuerza en sus brazos y la presión de esos labios sobre los suyos.

Tenía la intención de mantener este beso tan inocente como lo era ella, pero de repente sus labios se separaron y él estaba saboreándola, conociendo la suavidad de su boca. Se sentía como un hombre que se ahogaba en un placer más intenso de lo que jamás había creído posible. Deseaba que esto nunca hubiera comenzado, porque ahora que había ocurrido, no sabía cómo podría detenerlo, ni cómo podría pasar otro día sin volver a conocerla así.

Y entonces Boomerang relinchó, y Eddie recordó que esto no podía ser más que una fantasía, que nunca podría volver a ocurrir. Tendría que seguir siendo el sueño que había parecido.

Aunque sabía, en lo más profundo de su ser, que su vida nunca volvería a ser la misma.

Capítulo Trece

Había sido un regreso a casa bastante silencioso. Eddie había insistido en acompañar a Julia de vuelta a la mansión de su familia, diciéndole que nunca debería haber salido a caminar sola. Ella asintió, sabiendo que tenía razón y, sin embargo, feliz de haberlo hecho.

Su corazón nunca había latido tan rápido antes... bueno, quizás durante las Craven Stakes, pero esa sería la única experiencia que podría comparar con su beso con Eddie. Si alguna vez se viera obligada a responder a la pregunta de quién de los dos se había acercado primero al otro, no tendría ni idea de cómo contestar. Fue como si hubieran sido atraídos por alguna compulsión desconocida, como si siempre hubieran estado destinados a encajar así. Aunque ahora se sentía un poco tímida. No estaba segura de cómo seguir hablando con él sobre cualquier cosa que no fuera lo que acababa de suceder, pero al mismo tiempo la idea de hablar de su beso la asustaba enormemente.

Y tampoco parecía que él estuviera particularmente interesado en discutirlo. Así que simplemente lo dejó estar. Cuando se acercaron a su casa, él le dijo que intentara dormir una siesta y luego se despidió. Ahora ella estaba frenética con la necesidad de compartir todo lo que había sucedido con *alguien*, y escribió una nota rápida a Elizabeth, pidiéndole que se reunieran al día siguiente para compartir un almuerzo. Solo después de que el lacayo ya hubiera desaparecido con la correspondencia, recordó que mañana era el día que habían

organizado la carrera de prueba. En fin. Todo estaría terminado para entonces. Lo que le recordó que ni siquiera le había preguntado a Eddie si todo estaba preparado. Supuso que simplemente tendría que presentarse en los establos lista para correr.

* * *

Pero a la mañana siguiente, cuando llegó a Rowley Mile como habían acordado, se sintió tanto decepcionada como aliviada al encontrar que solo Eddie —y Finter, quien había traído a su caballo Maximus según lo acordado previamente— la esperaban.

—Buenos días —fue todo lo que dijo Eddie, aunque con Finter cerca, no podía decir nada más, ¿verdad? Nada como: *Oh, Julia, no he podido pensar en otra cosa que en nuestro beso de anoche, y apenas puedo esperar para tomarte en mis brazos de nuevo.*

Sacudió la cabeza ante ese pensamiento distractor y se centró en la tarea que tenía entre manos.

—¿Dónde está todo el mundo? —preguntó, y Eddie pareció ligeramente enfermo.

—Algunos de los otros jinetes se emocionaron demasiado con la perspectiva de una carrera —explicó—. Compartieron la noticia más allá de quienes debían saberlo, y ahora parece que esta carrera de prueba va a atraer a bastante público. Vamos a correr en la pista de julio a las tres de esta tarde.

—¿Qué tipo de público esperas? —preguntó, de repente preocupada. Ya había corrido frente a una multitud, sí, pero no estaba segura de estar preparada para hacerlo una vez más. Necesitaba al menos unos días más.

—Veremos hasta dónde se extiende la noticia —dijo, y luego su rostro se iluminó con una sonrisa, probablemente en un intento de distraerla.

—Ahora, eso significa una sesión de entrenamiento más —dijo—. ¿Estás lista?

—No estoy del todo segura —dijo con melancolía, y él se rio, rompiéndose la tensión entre ellos, gracias a Dios.

—Finter, aquí —dijo, un poco más alto ahora, para beneficio del mozo—, te ha traído a Maximus, un excelente caballo, aunque ya no sea un corredor, prestado por Lady Julia. Vamos a ensillarlo, ya que lo montarás esta tarde.

Y así entrenó, con Eddie observando, dando instrucciones mientras lo hacía. Sabía que estaba cometiendo bastantes errores hoy, y agradeció que cuando él los señalaba, no fuera excesivamente crítico. Aparentemente entendía que no solo estaba montando un caballo diferente al que normalmente llevaba durante las sesiones de entrenamiento, sino que tenía demasiadas cosas en la cabeza. Estaba obviamente nerviosa por la carrera, pero más aún por Eddie y lo que sucedería después entre ellos. ¿Seguiría ignorando el hecho de que algo hubiera ocurrido? Tiró con demasiada fuerza de la brida de Maximus entonces, y el caballo se detuvo demasiado rápido, casi desplazando a Julia de la silla.

Su rostro estaba encendido cuando regresó al poste de la valla desde donde Eddie observaba, porque normalmente solo un principiante cometería tal error.

—Creo que es suficiente por ahora —dijo él, con preocupación grabada en su rostro.

—Lo siento... —comenzó, pero él levantó una mano.

—No necesitas disculparte conmigo —dijo—. Algunos días te sale bien, otros no. Solo ve a casa, recoge tus ideas y haz lo que necesites para estar lista esta tarde, ¿entiendes?

Ella asintió, y entonces esa encantadora sonrisa se extendió por su rostro y le guiñó un ojo.

—Así me gusta —dijo en voz baja—. Te veré en los estribos esta tarde.

—¿Es algo que los jinetes se dicen entre sí? —preguntó, realmente curiosa.

—No —dijo con una pequeña risa—. Pero quizás empiecen a hacerlo.

* * *

Lo que Eddie realmente quería decirle era que se fuera a casa y no regresara hasta que la carrera hubiera terminado. ¿Qué estaba haciendo, no solo permitiendo sino *ayudando* a una mujer como Julia a competir contra algunos de los mejores y más duros jinetes que conocía? No era que ella no pudiera montar —no, la chica podía montar como los mejores, y claramente, a pesar de su inexperiencia, había pasado bastante tiempo practicando las habilidades de carrera que él le había enseñado hace tanto tiempo.

Pero el pensamiento de que ella cayera de un caballo, de que le sucediera algo en el entorno impredecible de un hipódromo... era casi demasiado para soportar. Y hoy era solo una prueba.

Suspiró mientras montaba a Boomerang, con quien correría hoy. Él y los otros jinetes habían hecho un acuerdo de caballeros, por así decirlo, para que ninguno montara un pura sangre activo y entrenado. Sería un recorrido acortado, y a un ritmo más lento del que estarían acostumbrados, pero sería una carrera de todos modos.

Con Julia. Eddie sacudió la cabeza, culpándose solo a sí mismo. Fue él quien había sugerido esta maldita carrera, aunque solo para intentar proporcionarle un poco de experiencia antes de las Dos Mil Guineas. Pero eso fue antes... antes de que la besara. Estaba tratando de actuar como si nunca hubiera sucedido, ¿qué más podía hacer? Había esperado que, una vez hecho, se hubiera saciado y ella habría salido de su sistema, desaparecido de sus pensamientos más allá de la obligación que había contraído con ella. Pero cada vez que miraba esos labios rosados bajo su nariz respingona, lo único que quería hacer era besarlos de nuevo.

¿Seguiría pensando lo mismo cuando compitiera contra ella más tarde esta tarde?

* * *

El día se había vuelto brumoso para cuando comenzó la carrera de prueba. No hubo pesaje, ni oficiales. Solo unos pocos jinetes montando caballos que creían que sus días de carrera habían quedado atrás. Bueno, era hora de una última cabalgata a toda

velocidad. Mientras Julia instaba a Maximus a entrar en la casilla de salida, era consciente de cada movimiento y sonido a su alrededor, aunque gran parte apenas se registraba en su cerebro.

La niebla a su alrededor parecía asentarse, tan espesa que se preguntó cómo se suponía que iban a correr a través de ella, cómo verían la línea de meta por delante.

—Solo recto hacia adelante —había murmurado Eddie en su oído mientras pasaba junto a las patas traseras de Maximus mientras se abría paso a su alrededor para detener a Boomerang junto a ella—. Concéntrate.

Ella asintió mientras miraba frente a ella, consciente de que muchos de los otros jinetes la miraban con un interés evidente. No solo James Smith era un nuevo corredor, sino que era una anomalía. No se cambiaba con los otros jinetes, apenas había entrado en la casa club y ninguno lo conocía para hablar con él, con la excepción de Eddie.

Él debía haberles dicho algo, sin embargo, porque ninguno la desafió, aunque ella se bajó la gorra sobre los ojos.

Si había un resultado positivo de la niebla que llenaba el aire, reflexionó Julia, era que la multitud que había venido a verla enfrentarse a algunos de los mejores jinetes del país apenas podría ver la pista frente a ellos. Lo cual era bueno: ella no quería mucho público nuevo de todos modos.

Aun así, tragó saliva nerviosa mientras miraba a su alrededor. O iba a demostrar que no había tenido suerte de una sola vez, o se convertiría en el hazmerreír. *Por favor, que sea lo primero*, rezó.

La bandera del juez de salida ondeó frente a ella, y cuando la seda blanca destelló, de repente recordó exactamente lo que significaba y envió a Maximus volando hacia adelante. Estaba casi cegada por la niebla, pero afinó sus otros sentidos. Olía a los caballos a su alrededor y a la tierra que estaban removiendo bajo sus pies, podía oír el golpeteo de sus cascos y, ocasionalmente, el sonido de las herraduras chocando entre sí.

Solo podía ver el poste de la valla que se acercaba frente a ella, por lo que su plan de mantener un ojo en la meta ya no era una opción. "Cambia el plan si es necesario", recordó que Eddie le había

dicho, y asintió a pesar de que él no le estaba diciendo actualmente las palabras, ya que, de hecho, se estaba adelantando lentamente, porque podía ver cada vez más del cuerpo alazán del caballo. Como si sintiera su mirada, Eddie se dio la vuelta, hizo contacto visual y luego... le guiñó un ojo. ¡Le guiñó un ojo! Mientras montaba en una maldita carrera de caballos —o casi carrera de caballos.

Oh, le habría encantado estar indignada, o quizás exasperada. Pero Eddie había hecho lo que siempre hacía: la hizo reír.

El jinete a su otro lado, un joven con un mechón de pelo rojo, volvió hacia ella unos ojos de incredulidad, y ella se encogió de hombros. No podía evitar su reacción. Era culpa de Eddie.

El viento silbaba en los oídos de Julia mientras se inclinaba sobre el cuello de Maximus. Esta carrera ya era muy diferente de la última en la que había participado. Ya fuera por el hecho de que ya había hecho esto una vez antes, el conocimiento que había adquirido de las lecciones de Eddie en los últimos días, o la comprensión de que no había verdaderas apuestas asociadas, se sentía más segura, más confiada. Y a pesar de la ligera multitud que se había reunido, la niebla la hacía sentir como si estuvieran en su propia pista, que eran solo ella, los caballos y estos jinetes que no conocía pero con los que de alguna manera sentía camaradería.

Porque ellos entendían. Sabían lo que significaba la emoción de una carrera, vivían para la adrenalina que corría por sus venas, arriesgaban todo para hacerlo una y otra vez. La única diferencia era que ellos podían vivir su pasión abiertamente mientras que la suya era una vida secreta que terminaría casi tan rápido como había comenzado.

Sin embargo, apartó el pensamiento melancólico de su mente, mientras se concentraba en los postes de las vallas que pasaban zumbando a su lado mientras corrían la pista plana. Estaban completando tres cuartos de milla, y aunque solo tomaría un par de minutos, el tiempo se movía tanto más lentamente como a la vez pasaba en un borrón. Julia era mucho más consciente de su entorno en esta carrera, y notó que los caballos comenzaban a separarse, algunos quedándose atrás mientras otros avanzaban aún más. No sería una carrera tan igualitaria como una típicamente disputada,

porque estos caballos no estaban actualmente entrenados para competir. Todos estaban en diferentes niveles, tenían varias fortalezas y capacidad para mantener su resistencia.

Maximus lo estaba haciendo bastante bien, pero como ella esperaba, estaban en el medio del grupo.

Pronto la caseta del juez entró a la vista, aunque hoy no había tanto un juez como otro jinete que se había ofrecido a actuar en su lugar. No había bandera que ondear, pues no se llevaban colores en la carrera: no había destello de sedas, sino más bien los grises y marrones de la propia ropa de los jinetes.

Pero cuando los caballos cruzaron tronando la meta, había una atmósfera diferente entre ellos, que reconoció como vastamente distinta no solo de las Craven Stakes sino de las muchas carreras a las que había asistido como espectadora.

Era la alegría en el aire. Los jinetes mantenían sus monturas, estaban felices, bromeando entre ellos, lanzándose insultos de buen corazón. No es que no lo hicieran durante una carrera típica, pero entonces montaban caballos de otras personas, se los pasaban a los mozos al terminar, mientras los propietarios celebraban las victorias.

Estas eran sus propias monturas, sus propios caballos, y no había necesidad de apresurarse a volver a la casa club y dejar la gloria a otros.

Julia deseaba enormemente poder participar en los festejos. Pero no solo no conocía a ninguno de ellos excepto a Eddie, sino que tampoco tenía idea de qué comenzaría siquiera a decir, y ¿cómo respondería a cualquier pregunta que pudieran tener?

Tiró de las riendas de Maximus y estaba a punto de alejarse cuando escuchó una voz desde detrás de su hombro.

—Buena carrera hoy.

Se volvió y vio al hombre pelirrojo, el que la había estado observando mientras corrían. Recordó haber cruzado la meta casi al mismo tiempo.

—Gracias —murmuró.

—Soy Will —se presentó—. Soy amigo de Eddie. He oído que te ha estado ayudando.

—Así es —dijo con un asentimiento, manteniendo la gorra baja—. Muy amable de su parte hacerlo, además.

—Lo es —dijo Will con un asentimiento, mirándola con curiosidad, y ella temió que estuviera adivinando la verdad: que no era quien decía ser.

—James Smith —dijo tardíamente, y él asintió.

—Lo sé. Vamos a la taberna más tarde. Deberías venir.

—Oh, no sé...

—Bueno, piénsalo —dijo, con su cara pecosa iluminándose con una sonrisa que era difícil no devolver—. Nos vemos por ahí.

Y con eso, se fue, dejando a Julia queriendo decir que sí, anhelando esta vida... pero sabiendo qué gran alejamiento de la suya sería.

Capítulo Catorce

Eddie no recordaba la última vez que se había divertido tanto en una carrera.

Se había olvidado del público y, sin la presión de *necesitar* una victoria, pudo simplemente disfrutar en la pista, algo que no había hecho desde hacía mucho tiempo. Seguía viviendo por cada carrera, pero nunca había podido desprenderse de todas las expectativas y correr simplemente por la emoción que le producía.

No ganó, ni le importó. No había pensado que lo haría, no con Boomerang. En realidad, había estado cerca de la parte trasera del grupo y había observado a Julia durante gran parte de la carrera. Ella se desenvolvía bien. Había elegido el momento apropiado para exigir un poco más a Maximus, había sabido cómo manejarlo para que no se cansara demasiado rápido, y había determinado perfectamente a qué respondería.

Estaba orgulloso de ella, se dio cuenta, y se apartó de sus compañeros para buscarla y decírselo. Lo primero que vio fue cómo sonreía con dulzura a Will. El hecho de que Will pensara que ella era James Smith y no Julia Stone no parecía importar, mientras Eddie de repente no deseaba otra cosa que trotar hasta allí y empujar a su amigo del caballo.

Pero entonces Julia se dio la vuelta y comenzó a llevar a Maximus hacia el establo, rechazando educadamente la ayuda ofrecida por un mozo.

Eddie la alcanzó cuando ella desmontó, antes de hacerlo él mismo, y caminaron juntos con sus caballos para refrescarlos.

—Lo has hecho bien —dijo él, y ella asintió, aunque no le miró a los ojos.

—Gracias —murmuró—. Ha sido divertido.

—Lo ha sido, ¿verdad? —dijo él alegremente, deseando poder retractarse de aquel beso, porque nada había sido igual desde entonces. Solo que... la idea de no haberla tenido nunca en sus brazos era casi tan desgarradora como el hecho de que nunca volvería a tenerla—. A veces olvido por qué me hice jinete en primer lugar.

—¿Fue porque amas a los caballos o porque amas las carreras? —preguntó ella, mirándole ahora, y él se dio cuenta de que nunca se había planteado realmente esa pregunta.

—Ambas cosas —respondió finalmente, y ella asintió.

—Lo entiendo —dijo ella—. Y creo que tienen que ser ambas. Un hombre —o una mujer— que ame las carreras pero no los caballos, no estaría capacitado para aprender a fomentar la respuesta de un caballo. Y sin el amor por las carreras, sería difícil exponerse, hacer todo lo necesario para ganar.

—Has dado en el clavo —dijo él, y reflexionó, por un momento, sobre la desgracia de que, siendo mujer, la vida de jinete nunca sería una realidad para Julia, a pesar de lo bien que estaba dotada para ello.

—Oh, vaya —murmuró ella de repente, y Eddie se volvió hacia ella sorprendido.

—¿Qué ocurre? —preguntó Eddie, y levantó la vista para ver a una mujer caminando hacia ellos. Era alta, delgada, y llevaba una expresión seria en lo que de otro modo sería un rostro de belleza clásica. Su vestido era largo y modesto, su cabello recogido pulcramente bajo su sombrero.

Cuando Eddie miró a Julia, no pudo saber si estaba contenta o ligeramente asustada de ver a la mujer.

—¿Debería dejarte, o necesitas todavía un poco de ayuda? —preguntó él—. ¿Tal vez algo de protección?

—No —dijo Julia con una risa—. Es Elizabeth la que se acerca. Es una de mis amigas más cercanas. Sabe quién soy en realidad. Probablemente solo quiere darme una charla sobre lo imprudente que he sido. O probablemente quiere... oh. Me perdí el almuerzo.

—¿No has comido? —le cuestionó Eddie ahora—. No es que tengas que reducir peso. Debes estar muy por debajo de lo que se requiere.

—No, me refiero a que se suponía que debía encontrarme con ella para almorzar, y con toda la emoción del día, lo olvidé por completo.

—Bueno —dijo Eddie mientras los pasos de Elizabeth se acercaban cada vez más—, has tenido algunas cosas en mente. Además, como jinete, no quieres comer nada el día de la carrera a menos que sepas que puedes manejarlo.

—No podría haber comido aunque lo hubiera intentado —dijo Julia con cierta melancolía mientras Elizabeth se detenía frente a ellos.

—Julia Stone —dijo Elizabeth cuando llegó hasta ellos, y Julia miró frenéticamente a su alrededor para asegurarse de que nadie estaba al alcance del oído—. Nunca, en toda mi vida, he estado tan nerviosa como durante los últimos dos minutos. Aunque —añadió, y un brillo apareció en su mirada, suavizando sus rasgos—, tampoco he estado nunca tan emocionada. Has estado fantástica. Aunque sé que no era una carrera programada, y que todos vosotros no estabais compitiendo realmente por nada, estuve al borde de mi asiento.

—No habrás pensado que Maximus podría ganar realmente, ¿verdad? —preguntó Julia con una risa, y Elizabeth negó con la cabeza.

—No, era muy consciente de las capacidades de Maximus, me temo. Pero lo ha hecho notablemente bien.

—Así ha sido —coincidió Julia, y mientras permanecía olvidado, Eddie se preguntó si Julia tenía algún deseo de presentarle a una de sus amigas, una dama por su aspecto. Quizás debería marcharse sin más, encontrarse con Julia en otro momento. Le dolía, pero ¿por qué debería haber esperado algo diferente?

—¡Oh, Eddie! —exclamó Julia—. Lo siento mucho, debería haberte presentado antes. Esta es Lady Elizabeth Moreland, una de mis queridas amigas. Elizabeth, te presento a Eddie Francis, el hombre que es la razón de cualquier éxito que pueda tener en la pista.

—No diría eso —dijo él, todavía sin saber si le presentaba por educación o si, de hecho, quería que conociera a su amiga—. Tienes mucho talento.

—Un placer conocerle, señor Francis —dijo su educada amiga—. He oído hablar un poco de usted. Aunque no me guste el hecho de que Julia esté arriesgando su vida, soy muy consciente de que lo haría con o sin su ayuda.

Eddie sonrió entonces. La mujer era directa, al menos, algo que siempre apreciaba en una persona.

—Tiene razón —asintió—. Aunque probablemente debería haber dicho que no, de todos modos. Pero es una mujer a la que es difícil negar algo.

—Lo es —dijo Elizabeth, mirando entre los dos, y Eddie se dio cuenta de que estaba mirando a Julia de manera demasiado evidente, especialmente delante de una mujer que parecía tan astuta como esta.

—Bueno, debería irme. Julia, ¿le pido a Finter que se ocupe de Maximus?

Julia asintió agradecida. —Sería maravilloso, pero tengo una pregunta para ti si no te importa esperar un momento. —Se volvió hacia su amiga—. Espero que no me hayas esperado mucho tiempo. ¿No podríamos almorzar mañana en su lugar? —preguntó.

Elizabeth asintió. —Sería encantador. Te veré mañana. Y no te preocupes, en cuanto entré por la puerta del restaurante, me informaron de la carrera de hoy y tuve la sensación de que estarías en medio de ella. Ha sido un placer conocerle, señor Francis.

Julia sonrió a su amiga mientras Elizabeth regresaba a las gradas, y Eddie esperó pacientemente para ver qué era lo que Julia deseaba hablar con él. ¿Tenía preguntas sobre la carrera?

—Su amigo me ha pedido que vaya a encontrarme con todos ustedes en la taberna esta noche.

Eddie se sobresaltó por eso. Por supuesto que Will, siempre acogedor, invitaría a un recién llegado a unirse a ellos, pero, claro, Will no tenía idea de que James Smith era Lady Julia Stone.

—¿Qué le has dicho? —preguntó con cautela, sin querer presuponer nada con Julia.

—No tuve oportunidad de responder —dijo ella encogiéndose de hombros—. Pero ahora que he tenido tiempo para pensarlo, creo que me gustaría ir.

Eddie se cruzó de brazos. Era una idea terrible, pero sabía que simplemente decirle "no", probablemente solo la animaría a ir aún más.

—Los jinetes te han visto de lejos —dijo finalmente después de observar su expresión esperanzada—. Pero cualquiera que te vea de cerca durante un tiempo sabrá que eres una mujer. Simplemente no puedes ocultar ese rostro.

Las mejillas de Julia se volvieron de un rosa muy bonito ante sus palabras, pero él solo estaba siendo sincero. Era demasiado hermosa, sus rasgos demasiado delicados, sus labios demasiado rosados, sus ojos demasiado azules, sus pestañas demasiado largas.

Sacudió la cabeza para detener el flujo de pensamientos, porque pensar en ella así solo le causaría mayor consternación que no creía poder manejar en ese momento.

Julia apretó los labios.

—Quizás no vaya como James Smith —dijo ella, con sus ojos empezando a brillar, y Eddie inclinó la cabeza mientras la estudiaba.

—¿Qué quieres decir?

—Quizás vaya como yo misma.

Eddie se apartó de la pared ante eso, con las manos ahora en las caderas. Siempre estaba dispuesto a un poco de travesura, seguro, pero esto... esto podía ser más de lo que podía manejar.

—Yo, ah, no creo que sea lugar para una dama —dijo, sin querer ofenderla, pero necesitando que comprendiera.

—¿Las mujeres no frecuentan el establecimiento? —preguntó ella inocentemente, y él se llevó una mano a la frente mientras trataba de encontrar las palabras adecuadas. Él, Eddie Francis, que siempre sabía exactamente qué decir a una mujer, estaba teniendo

problemas para hablar. Era un fenómeno extraño y uno que no disfrutaba particularmente.

—Las mujeres sí —consiguió decir finalmente—. Pero las *damas* son completamente diferentes.

—Ya veo —dijo ella, pero claramente tenía otros pensamientos, y Eddie se estremeció mientras podía prácticamente ver su mente trabajando y ella parecía distanciarse de él por un momento—. Bueno, será mejor que me vaya. Maybelle me está esperando para ayudarme a cambiarme de nuevo a mi vestido. Estamos a solo tres días de la carrera, así que supongo que deberíamos tener otra sesión mañana, ¿no?

Parecía ligeramente aprensiva pero también emocionada, y su expresión devolvió la sonrisa al rostro de Eddie.

—Te veo mañana —dijo—. Acuéstate temprano, pequeña.

Julia asintió pero no le miró directamente a los ojos. —¡Adiós, y gracias por lo de hoy!

Eddie solo pudo asentir mientras la miraba alejarse, su diminuta figura disolviéndose en la oleada de cuerpos. Nunca se había sentido así por una mujer antes —por otra persona, realmente, si debía ser honesto.

Era una extraña combinación de protección, afecto y un anhelo doloroso de estar más cerca de ella. Tres días más, se dijo. Entonces la vida volvería a ser como la conocía. Aunque realmente, ¿volvería a ser la misma alguna vez?

Capítulo Quince

Al regresar a casa, Julia consiguió eludir a sus padres el tiempo suficiente para subir a su habitación y tumbarse para una siesta corta pero profunda y reparadora. Esto era lo que necesitaba cada día, pensó con un suspiro después de que Maybelle entrara a despertarla cuando era hora de cenar. Si tan solo pudiera encontrar más tiempo para escabullirse.

—Julia, querida —dijo su madre con una sonrisa cuando finalmente se unió a sus padres en el comedor—. Siento como si apenas te hubiéramos visto durante los últimos días. Siempre pareces estar escondida en tu dormitorio. ¿Ocurre algo?

—Solo he estado un poco cansada —dijo Julia, lo cual ciertamente era la verdad—. Quizás estoy incubando algo. No estoy del todo segura.

—Oh, cielo —dijo su madre mientras colocaba una mano fresca en la mejilla de Julia, lo que casi le provocó una lágrima—. Espero que te mejores pronto. ¿Debería pedir al médico que venga a verte?

—No, no —dijo Julia, agitando rápidamente una mano en el aire —. Estoy segura de que no es nada grave.

—Es una lástima que tenga que ser esta semana, cuando normalmente lo disfrutas tanto —dijo su padre desde la cabecera de la mesa entre sorbos de vino—. Tengo grandes esperanzas puestas en Orianna para el sábado.

—Yo también, padre —dijo Julia, golpeando el suelo con el pie mientras sus nervios estaban a flor de piel cuando pensaba en lo

que estaba en juego y el papel que debía desempeñar en la carrera —. Yo también.

Esa noche estaban solo los tres, una ocasión poco frecuente entre las cenas de las semanas en Newmarket. Pero resultaba algo reconfortante después de todo lo que había ocurrido ese día. Julia amaba esta casa, y el comedor no era una excepción. Las paredes verde menta estaban bordeadas por zócalos color crema, mientras una alfombra verde, coral y crema se extendía a sus pies.

—Habrías disfrutado mucho de la carrera a la que asistí hoy —dijo el Conde, y Julia levantó la mirada repentinamente al oírlo, sabiendo perfectamente que solo se había celebrado una carrera ese día.

—¿De verdad? ¿Una carrera hoy? —preguntó, fingiendo ignorancia.

—Extraño, ¿verdad? Pero sí —dijo, recostándose en su silla. A diferencia de muchos de sus pares y a pesar de su cabello canoso, el Conde aún conservaba un aura de juventud. Aunque no era un hombre excesivamente alto, estaba en forma y seguía siendo bastante activo, montando a caballo con frecuencia. Si bien la familia estaba, por supuesto, la mayor parte del tiempo en Londres durante la temporada, típicamente pasaban el resto divididos entre su finca campestre y su casa aquí en Newmarket donde se ubicaban sus principales establos. El padre de Julia ya había involucrado considerablemente a su hermano mayor Martin en la administración de sus propiedades para liberar gran parte de su tiempo para lo que realmente disfrutaba.

—Podría decirse que era la carrera de los jinetes —continuó—. Montaron sus propios caballos, desconocidos, compitieron sin bolsa de premio, ni para ellos ni para nadie más. No hubo apuestas oficiales, aunque sí muchas por lo bajo, por supuesto. Fue bastante extraordinario.

—Suena fascinante —dijo Julia, con el corazón latiendo rápidamente mientras miraba más allá de su padre los cuadros de sus propios caballos que colgaban en la pared detrás de su cabeza.

—Lo fue —reflexionó mientras los lacayos comenzaban a servir el plato principal, cerdo asado esta noche. Julia cortó su comida y la

movió por el plato, pero estaba teniendo dificultades para comer algo realmente.

—Uno de los caballos me recordó a Maximus —comentó el padre de Julia mientras masticaba, y Julia casi se atragantó pero se atrevió a lanzarle una mirada rápida.

—¿Tenía el mismo color? —preguntó, manteniendo su voz tan firme como pudo.

—Lo tenía —asintió su padre—. Y había algo en su forma de correr... pero no podía ser él. Era difícil ver ya que había bastante niebla hoy, así que estoy seguro de que simplemente estaba viendo cosas. De todos modos —continuó—, el caballo nunca ganó, aunque tampoco lo habría hecho Maximus.

Julia no dijo nada, pues ¿qué iba a decir? O una mentira, o palabras que solo llevarían a la decepción de sus padres, y no estaba segura de qué era peor.

—Creo que ese nuevo jinete estaba montando el caballo —continuó su padre—. Smith, el que montó a Orianna. Todavía me gustaría conocerlo, Julia, antes de las Dos Mil Guineas. ¿Lo organizarás? ¿Quizás mañana o pasado? Estoy seguro de que hablarás con él, ¿no es así?

—Haré lo que pueda —prometió Julia, aunque no tenía idea de cómo se suponía que debía hacer tal cosa.

Julia se relajó un poco cuando su padre dejó el tema y pasó a evaluar los diversos caballos que competirían ese fin de semana. Su madre fingió cierto interés, aunque Julia sabía que principalmente escuchaba a su padre por el amor que le tenía y no tanto por su amor a los caballos o a las carreras. Los nervios de Julia estaban demasiado a flor de piel, entre las carreras y... y Eddie. Sabía que no debería ir esta noche, que podría ser la mayor de las locuras. Era muy probable que la reconocieran, pues había pasado gran parte de su vida alrededor de la pista. Asistir como una mujer pero no como Lady Julia solo añadiría un tercer personaje a la farsa que mantenía, lo que haría que todo fuera un desafío aún mayor.

Pero quizás no, reflexionó. Podría seguir siendo Julia, simplemente no compartiría información adicional. Solo por una

noche, reflexionó, sería una mujer normal. Y no podía esperar a que esa noche comenzara.

* * *

Eddie inclinó su silla hacia atrás mientras alejaba su plato. Había venido a cenar, y ahora Will estaba tratando de convencerlo de quedarse a tomar unas copas.

—Vamos —instó Will—. ¿Qué daño puede hacer? Las Dos Mil Guineas aún están a días de distancia y hoy fue estupendo. Celebra un poco con el resto de nosotros.

Eddie negó con la cabeza.

—Tengo que madrugar, Will. Probablemente sea mejor que me vaya.

Su declaración fue recibida con una letanía de insultos lanzados hacia él por algunos de los otros a través de la mesa, a pesar de que había mujeres presentes. Algunos de los jinetes estaban casados, otros habían encontrado mujeres en la ciudad a las que se habían apegado, al menos durante la semana. Pero la mayoría, como él y Will, estaban solos. Su mesa era animada, y ya las bebidas comenzaban a fluir a su alrededor.

—Solo una copa —insistió Will, y antes de que Eddie pudiera argumentar, una bonita camarera estaba colocando un vaso de cerveza frente a él. Ella se demoró y le guiñó un ojo mientras lo colocaba delante de él. Su vestido estaba lo suficientemente abierto como para que la mayor parte de su amplio pecho quedara expuesto ante él. Claramente le estaba ofreciendo algo más que cerveza, pero Eddie no tenía apetito por lo que ella vendía. Simplemente no quería admitir por qué podría ser así.

Tomó un sorbo pero, no muy impresionado con el giro de los acontecimientos, le dio un golpe amistoso a Will en el hombro.

—Bueno, amigo, te lo agradezco pero...

Sus palabras se desvanecieron cuando la puerta de la taberna se abrió y su mirada quedó fija en la figura que entró. Llevaba un vestido de color rosa suave, aunque no era lo que Eddie habría

esperado, hecho de un material más áspero que con el que ella solía vestirse. Estaba cortado bastante bajo y abrazaba sus ligeras curvas, causando todo tipo de agitaciones en su cuerpo.

Era una visión. Y era suya.

El pensamiento lo golpeó tan repentinamente que casi se estremeció. *No es tuya*. Nunca podría serlo.

Finalmente sus ojos buscadores lo encontraron, y Lady Julia Stone dio dos pasos hacia la taberna, intentando abrirse camino entre la multitud de personas hacia la mesa de jinetes y sus esposas. Eddie no tenía idea de qué decirle, ni cómo explicar su presencia a sus amigos.

Pero Julia se encargó de todo eso por él.

—Hola —dijo al llegar a su mesa, y justo entonces Eddie notó que estaba acompañada por Maybelle, a quien sí recordaba de años atrás. Al menos no había viajado hasta aquí completamente sola. Rezó para que tuviera el suficiente sentido como para haber tomado un carruaje hasta allí.

Eddie notó que Will miró a Julia antes de volver a su conversación. Entonces, de repente, Will se quedó quieto, dejó de hablar y lentamente se dio la vuelta para observar mejor a su nueva invitada. Eddie se habría reído si no estuviera tan cautivado él mismo.

—Soy Julia —dijo con una sonrisa vacilante, sin ofrecer ninguna otra forma de introducción, sin nombres adicionales y ciertamente sin un título—. Esta es mi amiga, Maybelle. Como estamos solas esta noche, me preguntaba si quizás podríamos unirnos a vosotros.

—Por supuesto —dijo Will, levantándose apresuradamente y haciendo sitio para ellas, trayendo dos sillas de otra mesa, a pesar de la molestia de los ocupantes de la mesa—. Sentaos, sentaos. Decidme, ¿qué hacéis las dos en Newmarket?

—Estamos aquí para ver las carreras, por supuesto, como todo el mundo —explicó Julia, y Maybelle simplemente sonrió—. ¿Y vosotros?

—Somos los jinetes —explicó Will, su voz llena de orgullo—. Montaremos a los poderosos corceles hacia la victoria. Si vais a

apostar, mi señora, podéis apostar por mí y Cloud Dancer. Will Scott, a vuestro servicio.

Julia se había sobresaltado cuando él se refirió a ella como "mi señora", pero ante su exagerada reverencia, debió darse cuenta de que claramente estaba bromeando y se relajó un poco.

—Lo recordaré, Will —dijo con una sonrisa.

—Oye, me recuerdas a alguien —dijo, colocando un dedo en su barbilla, y Eddie suspiró profundamente. Esto era todo. Todo terminaría ahora, solo porque Julia había insistido en venir a esta maldita taberna esta noche.

—A menudo me dicen eso —dijo Julia en rápida respuesta—. Debo tener uno de esos rostros.

—Eso, con toda seguridad, no lo tienes —dijo Will, y una vez más, Eddie deseó poder extender la mano y zarandearlo—. No, es como si nos hubiéramos conocido antes, y probablemente hace poco, ya que mi memoria no es la mejor. Pero se me escapa. Bueno, ya me vendrá.

Eddie ciertamente esperaba que no fuera así, al menos, no mientras estuvieran en un entorno público donde Will pudiera decir la verdad frente a otros. Pero entonces, Will había sido uno de los pocos que había estado lo suficientemente cerca como para ver a "James" después de la carrera hoy.

—Así que, decidme —continuó Will—. ¿Con quién estáis las dos en Newmarket? Porque difícilmente creo que hayáis viajado solas. ¿Maridos? ¿Padres? ¿Y qué hacen estos hombres, permitiéndoos salir solas por la noche?

Julia pareció sorprendida por la pregunta por un momento, pero afortunadamente Maybelle proporcionó su respuesta primero.

—Soy una doncella —dijo con una sonrisa para Will, y de repente la atención de Will pasó de Julia a Maybelle. Ella no tenía la belleza de Julia, pero tenía una sonrisa espontánea y grandes ojos marrones que parecían cautivar a Will. Aunque Eddie sabía que no se necesitaba mucho para captar la atención de Will, ciertamente se alegró de que Will hubiera hecho una pausa por un momento en su estudio de Julia.

—¿Y te han liberado para una noche de entretenimiento? —preguntó Will con un brillo en los ojos, a lo que Maybelle se rió—. Algo así.

Will se movió al asiento junto a ella, aparentemente mucho más interesado ahora, lo que afortunadamente permitió a Julia un respiro de sus preguntas.

—¿Y tú? —le preguntó Eddie en voz baja mientras se inclinaba hacia Julia, rodeando con un brazo el respaldo de su silla—. ¿Quién eres esta noche?

Julia lo miró con cierta timidez. —Soy simplemente Julia —dijo, y cuando encontró sus ojos, su mirada habló mucho más que sus palabras. Porque si ella era Julia, y él era Eddie, sin nada más que los separara el uno del otro, todo cambiaba.

Eddie tragó con dificultad, incapaz de apartar sus ojos de ella, incluso cuando regresó la exuberante camarera. Eddie apenas la miró esta vez, tan cautivado estaba por la mujer ante él.

—¿Qué te gustaría beber? —le preguntó a Julia sin romper su mirada.

—Lo mismo que tú —dijo ella, y él se dio cuenta de que no tenía idea de qué pedir en una taberna.

—Cerveza —dijo con una sonrisa, y ella visiblemente palideció, pero asintió de todos modos.

La camarera, no tan entusiasta ahora que Eddie estaba acompañado por una mujer, pronto regresó y colocó otro vaso frente a ellos.

Julia lo levantó, el gran vaso casi tan grande como su brazo, y tomó un sorbo rápido. Sus ojos se ensancharon y tragó apresuradamente, aunque, para su mérito, no dijo nada, a pesar de que Eddie era consciente de que el sabor estaría lejos de los finos vinos y licores a los que estaba acostumbrada.

—¿Tus padres saben dónde estás esta noche, Julia? —preguntó Eddie, a lo que Julia negó furiosamente con la cabeza.

—Por supuesto que no —dijo, con los ojos muy abiertos—. Estarían horrorizados. Me acosté temprano una vez más, solo que esta noche... esta noche no estoy realmente en la cama.

—No, no lo estás —murmuró, aunque ya no podía negar que le gustaría mucho, muchísimo, que lo estuviera.

Capítulo Dieciséis

Julia estaba intentando con todas sus fuerzas no mostrar su nerviosismo, pero cuanto más tiempo permanecía sentada allí con Eddie mirándola fijamente, más difícil le resultaba. Gracias a Dios que Maybelle había accedido a acompañarla a la taberna; de lo contrario, Julia no creía que hubiera tenido el valor de salir de casa. Maybelle también había pedido prestado un vestido de una de las otras criadas de talla similar para que Julia lo usara, ya que cualquiera de los suyos seguramente la habría delatado como una dama de calidad.

Julia disfrutaba del anonimato que le proporcionaba. Parecía poder ir y venir a su antojo, algo a lo que no estaba del todo acostumbrada.

Incapaz de soportar más la intensidad de la mirada de Eddie, desvió la vista un momento para observar al grupo frente a ella. Las bebidas fluían claramente con regularidad, la conversación era animada. Maybelle encajaba perfectamente, y Will ya la estaba presentando a otros miembros del grupo. Julia escuchaba atentamente. Reconocía a algunos de los otros jinetes, aunque había hecho todo lo posible por mantener las distancias. No sabía por qué le resultaba algo sorprendente oír presentar a sus esposas, pues ¿por qué no iban a estar casados?

Ese pensamiento la llevó a echar otra mirada a Eddie. ¿Cómo sería estar casada con un hombre que constantemente estaba en un

hipódromo, viajando por el país, poniéndose potencialmente en riesgo de sufrir lesiones o algo peor?

Sería un poco aterrador, y sin embargo... podía entenderlo, habiendo competido ella misma una vez.

La idea de poder llamar realmente suyo a un hombre como Eddie hizo que una emoción recorriera sus venas, y se preguntó si él pensaría alguna vez en su beso o en las posibilidades que podrían surgir de ello.

—¡Estás muy callado esta noche, Ed! —gritó un hombre desde el otro lado de la mesa, con una mujer, que no parecía ser su esposa, recostada sobre su regazo—. Ahora veo por qué... ¡te has estado reservando para esta linda señorita que has encontrado!

Julia se sonrojó profundamente, pero Eddie estaba mucho más acostumbrado a este ambiente.

—¡Solo la estoy salvando de ti, Bob! —le gritó por encima del jaleo que llenaba la sala, y los demás se rieron de eso.

—Eres una preciosidad —continuó Bob, mirando ahora a Julia—. ¿Qué podrías ver en un hombre como nuestro Ed?

—Quizás que sabe cuándo mantener la boca cerrada —dijo ella guiñando un ojo, y Bob estalló en carcajadas.

—¡Te has buscado una con lengua afilada, Eddie! —dijo mientras golpeaba su bebida sobre la mesa—. Será mejor que le enseñes a domarla.

—No sé, Bob —replicó Eddie—. Creo que me gusta bastante así.

Julia no creía que su cara pudiera enrojecer más, pero mientras la conversación en la mesa continuaba, tenía que admitir que lo estaba pasando bastante bien. Nadie parecía particularmente preocupado por quién era ella o por qué ella y Maybelle habían elegido acercarse a su mesa. Simplemente aceptaron el hecho de que estaban allí para divertirse. Era liberador, e incluso la cerveza comenzó a saber mejor cuanto más bebía de ella.

No podía creer lo rápido que pasó la noche. Julia no tenía idea de qué hora era cuando sintió un toque en su hombro y se volvió para encontrar a Eddie mirándola una vez más.

—Es tarde —murmuró él—, y, por lo que sé, todavía tienes una sesión de entrenamiento por la mañana.

—Oh, Eddie —gimió ella—. No me harás...

Él puso un dedo contra sus labios.

—Ah, claro que te haré. ¿Cómo esperas conseguir el segundo puesto el sábado?

—El primero —dijo ella obstinadamente, y él sonrió y negó con la cabeza.

—Será mejor que te acostumbres a perder, pequeña —dijo él, y ella no deseaba otra cosa que borrar esa sonrisa arrogante de su cara con un beso. Pero a pesar de que aparentemente había perdido muchas de sus reservas, todavía había suficiente *Lady* Julia dentro de ella para evitar hacerlo en una taberna llena de gente, muchos de ellos amigos cercanos del propio Eddie.

—¿Hiciste venir a tu cochero? —preguntó él, y ella negó con la cabeza.

—No vivimos lejos. Maybelle y yo vinimos caminando.

—Que el cielo me ayude —dijo Eddie, llevándose una mano a la frente—. Vives para preocuparme, pequeña. Te acompañaré a casa —dijo, y se levantó antes de retirar la silla de ella.

—¿Y Maybelle?

—Me parece que Maybelle podría estar ocupada con otro asunto —dijo él con una risa, y Julia se dio la vuelta para descubrir que Maybelle y Will ya no estaban en la mesa, sino en su propio rincón, donde la luz era tenue y la mayoría ni siquiera notaría que estaban a solas, con sus cabezas inclinadas juntas.

—Iré a hablar con Will para asegurarme de que la lleve a casa sana y salva —dijo Eddie—. ¿Me esperarás?

—Por supuesto —respondió Julia, y supo entonces, en lo más profundo de su corazón, que lo esperaría para siempre si eso era lo que hacía falta. Nunca había conocido a otro hombre como él, y ahora, con el conocimiento de quién era él desde su perspectiva como mujer y no como niña, sabía que probablemente nunca lo haría.

Eddie regresó en un momento, ofreciéndole un guiño al hacerlo —. Maybelle está en buenas manos —dijo, y cuando Julia comenzó a protestar, preocupada por los problemas en que su doncella pudiera

meterse con el encantador Will, Eddie levantó una mano—. No te preocupes. A Will le gustan las damas, pero no se aprovechará.

Julia asintió, confiando en él... como siempre lo había hecho.

Eddie colocó la mano de ella en el hueco de su codo y, con bromas picantes de buena naturaleza siguiéndolos hasta la puerta, comenzaron el camino de regreso a su casa. Julia se preguntaba qué estaría pensando Eddie, y finalmente, decidió simplemente preguntárselo.

—Si soy sincero, estoy intentando decidir exactamente cómo tratarte —dijo él—. Esta noche eres Julia. Por las mañanas eres James Smith. Pero soy uno de los pocos que sabe que en realidad eres Lady Julia Stone, hija de Lord St. Albans, y nunca deberías estar aquí fuera, conmigo, a esta hora de la noche.

Julia se detuvo y le instó a volverse hacia ella. Escrutó su rostro, viendo que realmente estaba luchando con ese pensamiento. Llevó sus manos a sus mejillas, sintiendo la más ligera barba incipiente que comenzaba a formarse. Quizás Eddie nunca sería descrito como un hombre clásicamente guapo, pero su rostro siempre la había atraído. Las líneas en sus mejillas y alrededor de sus ojos eran más profundas de lo que recordaba, y aunque su sonrisa a menudo estaba presente, no parecía surgir con la misma facilidad que había tenido en algún momento.

Pero mientras la luna casi llena destacaba los destellos dorados en sus ojos color avellana e iluminaba sus pómulos, ella recordó que no importaba cuáles fueran sus nombres: este era Eddie, el hombre que siempre había conocido y sobre el que le gustaría seguir aprendiendo más.

—Eddie —dijo ella suavemente mientras el fresco aire nocturno giraba a su alrededor, con la más ligera de las brisas que había surgido mientras habían estado dentro de la taberna. Estaban solos en el camino de adoquines por el que caminaban, al menos por el momento—. Sin importar mi título, sin importar mi apellido, siempre seré Julia. Mis padres sí importan, no por su posición, sino por la persona que me criaron para ser. Me han mostrado lo importante que es el amor, cómo ser feliz vale más que cualquier cosa. Así que no me veas como *Lady* Julia. Porque soy mucho más que eso. Todo

lo que quiero es que me mires por quien soy, por el espíritu de la mujer que hay dentro de mí.

Y entonces, muy suavemente, se inclinó y posó sus labios sobre los de él. Su beso fue vacilante al principio, cuestionante, buscador, mientras anhelaba que él respondiera, que supiera que no era la única que se sentía así, que quería más. Él permaneció allí, sin responder, y Julia dio un paso atrás, parpadeando para alejar las lágrimas que comenzaban a formarse. Estaba avergonzada, por supuesto, pero más que eso, estaba desconsolada por el hecho de que si él la rechazaba ahora, significaría que nunca podrían estar juntos, que nunca habría un camino hacia adelante para ellos dos.

Pero justo cuando estaba a punto de darse la vuelta y huir, Eddie extendió la mano y la agarró por los hombros.

—Ese es el problema —dijo con aspereza—. No puedo ver nada *más* que a ti.

Entonces, con un movimiento brusco, la atrajo hacia él de modo que su cuerpo quedó pegado al suyo, y luego con una mano entrelazada en su pelo alrededor de la parte posterior de su cabeza y el otro brazo alrededor de su espalda manteniéndola cerca contra él, agachó la cabeza y aplastó sus labios contra los de ella.

Casi sollozó tanto de alivio como por la exquisita emoción de sus labios sobre los suyos una vez más. Porque besarlo, estar abrazada a él, era tanto una oleada de excitación como la sensación de volver a casa donde pertenecía.

Cuando su lengua tocó sus labios, ella los separó ansiosamente, dándole la bienvenida a su boca. No podía tener suficiente de él, y quería más que esto... lo quería todo de él.

Pero, claramente, no iba a ser en medio de una calle vacía en Newmarket.

Finalmente, después de lo que pareció un encuentro demasiado breve, él se apartó de ella, aunque no la soltó por completo. Eddie apoyó su frente en la de ella, y por un momento, simplemente se quedaron allí, abrazándose mientras respiraban el mismo aire.

Julia nunca quería dejarlo ir. Quería quedarse aquí con él, contra él, para siempre. Pero finalmente, con un último beso rápido en su

frente, él se apartó de ella, aunque tomó su brazo una vez más y la acercó a su costado mientras empezaban a caminar de nuevo.

Permanecieron en silencio mientras continuaban hacia su casa a las afueras de la ciudad, pero no era un silencio incómodo. Era la tranquilidad que puede existir entre dos personas que están contentas en el conocimiento de su comodidad mutua.

Julia todavía se encontraba nerviosa a su alrededor de vez en cuando, era cierto, pero al mismo tiempo, se sentía más cómoda con Eddie que con cualquier otro hombre que hubiera conocido. Aquí era donde pertenecía. *Él* era donde ella pertenecía. Ahora solo tenía que convencerlo de ese hecho.

Capítulo Diecisiete

La luz del nuevo día no trajo respuestas a Eddie, solo más preguntas.

La noche anterior, cuando él y Julia llegaron a casa de ella, lo único que hizo fue darle un último beso y prometerle que la vería al día siguiente. Porque ese era el único compromiso futuro que podía ofrecerle. A pesar de sus protestas, él sí sabía quién era ella, conocía demasiado bien quién era su familia y cuáles eran las expectativas para su futuro.

Existía una remota posibilidad de que su padre permitiera una unión entre ellos dos, aunque la amabilidad del Conde hacia sus sirvientes probablemente no llegara hasta el punto de permitir que su hija se casara con uno de ellos. Pero incluso si les permitieran casarse, Eddie no podría pasar el resto de su vida sabiendo de qué la había privado. Porque sin importar cuán exitoso fuera, sin importar cuántos caballos campeones montara, nunca podría ofrecerle la vida a la que estaba acostumbrada, la vida que merecía, que otro miembro de la nobleza podría proporcionarle.

Cuando ella lo besó, él había hecho todo lo posible por contenerse, por evitar ceder y devolverle el beso, pero su atracción hacia ella era demasiado poderosa, y su cuerpo había actuado por voluntad propia; el impulso de estar con ella se había vuelto mucho más fuerte que lo que su mente sabía que era el comportamiento correcto.

Eddie había tenido un sueño inquieto, pues no podía pensar en otra cosa que en Julia y en lo que significaría estar con ella, abrazarla una vez más. Mientras en sus momentos de vigilia podía intentar apartar esos pensamientos, durante la noche su mente se aceleraba con todos los deseos que había tratado de mantener en su interior.

Y luego tuvo que verla nuevamente a primera hora de la mañana. Cuando ella apareció en la pista de entrenamiento, a pesar de la hora temprana y la noche tardía que habían tenido, estaba radiante y entusiasmada. En poco más de una semana, su resistencia ya había aumentado y estaba aprendiendo rápido. Si Eddie era sincero, nunca había visto una amazona más natural, especialmente cuando montaba un caballo con el que conectaba tan bien. Si no tenía cuidado, ella bien podría vencerlo en las Dos Mil Guineas, aunque jamás se lo admitiría.

—Eso estuvo bien, ¿verdad? —preguntó ella mientras regresaba después de que él le dijera que era suficiente por hoy.

Él asintió.

—Estuvo bien —dijo—. Eres natural.

Ella sonrió radiante, pero luego se puso seria tras un momento.

—Tengo un problema.

Él deseaba tener solo uno.

—¿Cuál es?

—Mi padre quiere conocer a James Smith.

—Maldición —masculló él, sujetando las riendas de Orianna mientras Julia desmontaba.

—Sí, yo siento lo mismo —dijo ella con un gesto, claramente no perturbada por su lenguaje soez—. ¿Qué voy a hacer? Quizá pueda engañar a otros, pero ¿a mi padre? Me miraría una sola vez y diría: «Julia, ¿qué estás haciendo vestida con la ropa de tu hermano?»

Eddie no pudo evitar reírse de su perfecta imitación de su padre, pero rápidamente borró su sonrisa cuando vio que ella estaba, de hecho, bastante angustiada.

—Puedo ver cómo eso podría ser un problema —dijo—. Supongo que tendremos que encontrar a alguien que te sustituya.

—¿Pero quién? ¿Cómo podríamos confiar en alguien para que no comparta el secreto con otros?

—¿Te refieres al secreto de que no eres, de hecho, James Smith, sino la encantadora Julia a quien conocí anoche?

Julia dejó escapar un pequeño grito ante la voz que de repente surgió detrás de ella, y se dio la vuelta para encontrar al amigo de Eddie, Will, apoyado contra un poste de la cerca, con su mechón de pelo rojo colgando bajo sobre sus ojos desde debajo de su gorra. Sus ojos brillaban, con un hoyuelo en su mejilla pecosa mientras la miraba con una ceja levantada.

—Yo... yo...

—Así que por fin lo descubriste, ¿eh, Will? —preguntó Eddie, golpeando con su mano el hombro de su amigo, indicándoles a ambos que lo siguieran al establo—. Me preguntaba cuánto tiempo te tomaría darte cuenta. Normalmente eres más perspicaz.

—Bueno, tengo que admitir que necesité una mente sobria y una mañana libre de distracciones —admitió, a lo que Eddie soltó una carcajada.

Julia miró a Eddie como si hubiera perdido la cabeza.

—Eddie, ¿podría hablar *contigo*? —preguntó, con un tono que claramente transmitía que no estaba contenta con este giro de los acontecimientos, ni, sobre todo, con la fácil reacción de Eddie a todo ello.

—Julia —dijo Eddie mientras continuaban llevando a Orianna a su establo, donde Eddie comenzó a quitarle la silla—, tu secreto está a salvo con Will. Lo conozco desde hace años y nunca diría nada. ¿Verdad, Will?

—Por supuesto que no —dijo Will, cerrando la puerta del establo detrás de él mientras miraba a Julia, sin ocultar su cuidadosa exploración de su rostro—. Debo decir que me sorprende haber pensado alguna vez que eras un hombre. Te había considerado un poco... femenino, seguro, pero ahora que te he visto como mujer, no puedo verte como otra cosa. No me extraña que Eddie estuviera tan dispuesto a ayudarte. Me preguntaba por qué se estaba tomando tantas molestias para entrenar a un competidor.

—Julia y yo nos conocemos desde hace muchos años, Will —dijo Eddie desde el otro lado del caballo—. Es esa lealtad de la que no puedo desprenderme.

Eddie miró por encima de Orianna para ver a Will asintiendo, aunque su expresión dejaba claro que era consciente de que había algo más que simple lealtad en juego. Eddie se preguntó si era realmente tan transparente.

Pero había, al menos, una oportunidad positiva aquí.

—Oye, Will... ¿no nos harías un favor?

Will sonrió.

—¿Por ti? No estoy tan seguro. Pero por la encantadora Julia, bueno, podría convencerme.

—Necesitamos que finjas ser James Smith para una reunión rápida con... un hombre que sabría que ella no es quien dice ser.

Will los miró a ambos.

—Esto suena bastante intrigante. ¿Tenéis alguna información más que compartir?

—Eso es prácticamente todo —dijo Julia rápidamente, con las mejillas enrojecidas—. Te estaría muy agradecida, Will. No tomaría mucho tiempo. Apenas tendrías que decir nada. Quizá te pregunte un poco sobre tu estrategia de carrera, sobre tu experiencia. Te diré todo lo que necesitas saber, que no es mucho, ya que James Smith es un corredor bastante novato. Hoy o mañana, cuando tengas tiempo.

—¿Y quién es este hombre? —preguntó, y Eddie vio a Julia encogerse ligeramente.

—Lord St. Albans.

—Ya veo —dijo Will, entornando los ojos—. ¿Y cómo es que Lord St. Albans te conocería?

—Él... yo...

Julia estaba claramente perdida, y Eddie rodeó a Orianna para poner una mano en su brazo.

—Si confías en mí, pequeña, debes saber que también puedes confiar en Will.

Ella asintió, aunque sus ojos aún mostraban cierta vacilación.

—Es mi padre.

Will silbó, sobresaltando a Orianna, y dándose cuenta de su error, extendió la mano y le acarició el cuello.

—Vaya —susurró mientras miraba de Eddie a Julia, llenándose sus ojos de comprensión, y Eddie ya no pudo mantener su mirada, no ahora que Will conocía toda la verdad y el necio que realmente era—. Te has metido en un buen lío —dijo, y aunque Julia no pareció darse cuenta, Eddie era consciente de que Will ya no le hablaba a Julia sino a él.

—Sí —Eddie estuvo completamente de acuerdo—. Así es.

—Muy bien —dijo Will lentamente—. Lo haré. Pero tengo un favor que pediros a cambio, Lady Julia.

—Solo Julia, por favor —insistió ella, y él asintió—. Pero sí, por supuesto.

—Me gustaría ver a Maybelle otra vez —dijo con una sonrisa—. Porque supongo que ahora es *tu* doncella.

—Lo es —dijo Julia con un gesto, cayéndole un rizo de pelo sobre el ojo mientras lo hacía—. Te prometo que le transmitiré cualquier mensaje que quieras y haré lo que pueda, pero solo si ella está de acuerdo.

—Me parece justo —aceptó Will—. Me gustaría eso. Solo dime cuándo y dónde encontrarla.

—Lo haré —dijo ella, y luego hicieron arreglos sobre dónde podría encontrarlo una vez que hubiera determinado una hora de reunión más tarde ese día.

Con una última mirada a los dos y negando con la cabeza, Will salió del establo, y pudieron oírlo silbando mientras se alejaba por el pasillo.

Eddie sabía lo que Julia le preguntaría antes incluso de que tuviera tiempo de formular la pregunta.

—Sí, puedes confiar en él —dijo mientras juntos terminaban de cepillar y alimentar a Orianna—. He conocido a Will desde antes de convertirme en jockey. También era mozo en los establos donde aprendí a montar. Siempre hemos sido el mayor apoyo el uno del otro e incluso hemos vivido juntos durante gran parte de nuestras vidas recientes. Confiaría en Will con mi vida. Le encanta bromear,

es cierto, pero cuando se trata de asuntos serios, se puede confiar en él.

—Bueno, si tú confías en él —dijo Julia—, entonces yo también.

Y la sonrisa que le dio, de completa fe en él, casi lo destrozó.

* * *

Cuando Julia se marchó, Eddie se sentía casi agotado por contenerse. Solo en el establo, lo único que quería hacer era tomarla en sus brazos, empujarla contra la pared y saborearla una vez más. Pero a la luz del día, sin la magia de la luz de la luna, prevaleció su sentido común. Estaba saliendo del establo de Orianna para dirigirse hacia Valiant cuando gimió en voz alta al ver la figura que caminaba hacia él. Elias Young. Había pasado tanto tiempo desde que Eddie lo había visto, que había esperado que el asunto se hubiera olvidado.

—Señor Young —lo saludó, deseando que el hombre estuviera allí por razones que no tuvieran nada que ver con él—. ¿Cómo está hoy?

—Estoy bien —dijo, aunque su mirada le decía a Eddie lo contrario—. Señor Francis, ¿sabe dónde puedo encontrar a William Scott?

Maldita sea.

—Supongo que está por los establos en alguna parte —respondió Eddie—. Es donde se le suele encontrar. ¿Puedo preguntar cómo progresa su investigación? ¿He sido liberado de cualquier sospecha?

Young guardó silencio por un momento mientras contemplaba a Eddie.

—No puedo compartir mucho, señor Francis, aunque cuanto más investigo esto, más me preocupa que mis suposiciones sean correctas y que la identidad de Valiant haya sido falsificada.

—No puede hablar en serio —dijo Eddie, incrédulo. Llevaba montando al caballo un año. Pensar que durante todo ese tiempo, el caballo podría no haber sido quien él pensaba...

—Desafortunadamente, sí —asintió Young—. Ahora se trata de determinar quién tenía conocimiento de tal hecho.

—Le puedo asegurar, señor Young, que no tenía conocimiento de nada por el estilo. Si mira mi historial de carreras, nunca he estado bajo sospecha en absoluto, y tengo la intención de mantenerlo así. Corro limpio. Cuando hable con Will, pregúnteselo.

Eddie no había tenido la intención de mostrar su enfado, pero no pudo evitarlo. Sabía que Young probablemente no era el hombre con quien debía enfadarse, sino cualquiera que hubiera pensado que podría sugerir que él tenía la culpa. Le irritaba.

—Lo haré, señor Francis —dijo Young, y su mirada era casi de lástima—. Me pondré en contacto.

Y con eso, desapareció por el pasillo.

Eddie se quedó allí por un momento mientras se quitaba la gorra y se pasaba una mano por el pelo. ¿Qué demonios se suponía que debía hacer ahora?

Capítulo Dieciocho

Julia corrió a casa, entrando por la puerta de servicio, que había empezado a frecuentar, mientras se apresuraba para llegar a su habitación y cambiarse a tiempo para su almuerzo con Elizabeth. Parecía que la mayoría del personal de la casa aceptaba sus formas excéntricas, o quizá incluso estaban parcialmente al tanto de su secreto. Porque aunque había logrado evadir a sus padres, ciertamente no podría encontrar el camino a sus habitaciones cada día a horas tan extrañas. Las cocinas estaban llenas mucho antes de que saliera el sol. Pero, afortunadamente, hasta ahora, el personal había permanecido leal a ella y simplemente sonreía cuando entraba. Solo podía esperar que siguiera siendo así.

Se encontró con Elizabeth en una pequeña cafetería de Newmarket. Julia pensaba que había llegado a tiempo, pero por supuesto Elizabeth ya estaba allí esperándola. Julia no creía que Elizabeth hubiera llegado tarde ni un solo día en su vida.

—¡Elizabeth! —la saludó, sentándose frente a su amiga, quien dejó la taza de té que estaba bebiendo—. Perdona si llego tarde.

—En absoluto —dijo Elizabeth con una cálida sonrisa—. ¿Cómo estás hoy?

—No estoy del todo segura —dijo Julia con sinceridad—. ¿Confundida?

Elizabeth se rio ligeramente.

—Eso parece. ¿Te gustaría compartir algo de ello?

En tonos bajos para no ser escuchada por la multitud de personas a su alrededor, Julia compartió gran parte de lo que había sucedido desde la última vez que vio a Elizabeth. Le contó sobre su creciente cercanía con Eddie, que se había convertido en algo más que atracción y que no tenía idea de qué hacer.

—Lo peor de todo son las múltiples vidas que parece que estoy llevando ahora —dijo con un suspiro—. Y cuanto más profundo me encuentro, más personas parecen conocer el secreto. ¿Qué crees que diría mi padre si se enterara?

Elizabeth ladeó la cabeza mientras consideraba a Julia. Hizo una pausa por un momento mientras se llevaba un sándwich a la boca y daba un delicado mordisco. Oh, ¿por qué no podía ser más como su amiga? reflexionó Julia. Elizabeth era tan serena, tan racional, mientras que Julia sentía que todo en su propia vida estaba completamente fuera de control y no tenía manera de volver a encauzarlo.

—Te quedan dos días más hasta que termine la carrera —dijo Elizabeth con calma—. Después de eso, todo volverá a ser como era y ya no tendrás que vivir esta farsa. Puedes volver a ser la dueña de Orianna y la corresponsal de carreras para el periódico de Phoebe. Y en cuanto a Eddie, bueno, esa será tu decisión. ¿Deseas continuar con vuestra relación, o dejarla como el romance pasajero que es actualmente?

—No quiero dejarlo ir —susurró Julia—. Nunca encontraré a otro como él, nunca sentiré por otro lo que siento por él. Es único en su clase, Elizabeth, el único para mí.

—Entonces sabes lo que tienes que hacer —dijo Elizabeth.

—¿Lo sé?

—Por supuesto —dijo Elizabeth con naturalidad—. Primero tienes que determinar si él quiere lo mismo que tú. Si es así, bueno, entonces tienes que convencerle de que podéis hacer una vida juntos. Y, por supuesto, tendrás que hablar con tus padres eventualmente. Pero tienes una ventaja que la mayoría de nosotras no tenemos. Tus padres se aman, Julia, y sabes que solo quieren que seas feliz. Sí, Eddie es un jinete, pero ya no es, al menos, un

sirviente en su casa. Su aceptación puede que no sea inmediata, pero quizá con el tiempo lo entiendan.

—¿Y si no lo hacen?

—Entonces tendrás que decidir qué quieres más: que tus acciones sean aceptadas por tu familia y perder al hombre que amas, o estar con Eddie y potencialmente perder tanto el apoyo financiero como el cariño de tus padres.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Julia entonces, porque no podía imaginar una vida sin ninguno de ellos. Elizabeth claramente lo notó y extendió la mano para cubrir las de Julia con las suyas.

—No te desesperes antes de saber que tienes que hacer la elección —dijo—. Nunca se sabe, puede que todo salga exactamente como deseas y puedas ser una dama de fortuna significativa.

—¿Una dama de fortuna?

—Una dama que tiene la suerte de tener amor en su vida y también de hacer lo que ama, de ser aceptada por su familia y por el hombre con quien quiere estar. Porque, ¿podría haber mayor fortuna que tenerlo todo?

—No —dijo Julia, negando con la cabeza con abatimiento—. Ciertamente no podría.

—Y ahora, para romper con la melancolía —dijo Elizabeth con resolución—. Cuéntame sobre esta próxima carrera. ¿Estás lista para ella?

Julia se rio.

—Sí y no, supongo que podrías decir. En la última carrera no tuve tiempo de prepararme, pero tampoco tuve tiempo de darle vueltas a lo que venía o ponerme nerviosa al respecto. En esta carrera quizá he tenido *demasiado* tiempo para pensar en las cosas, y ahora puede que deje que mi mente supere mi instinto, lo que me llevaría a fracasar miserablemente.

Ambas hicieron una pausa por un momento en contemplación.

—O puede que tengas un éxito brillante —dijo Elizabeth con una sonrisa, y Julia se obligó a devolverla.

—Puede ser —dijo.

Terminaron un almuerzo agradable antes de levantarse para irse, y Julia rio ante una de las historias de Elizabeth de una fiesta la

noche anterior: dos damas que estaban desesperadamente peleando por un caballero en particular y habían llegado al extremo de casi arrancarse los vestidos la una a la otra en la pista de baile.

—Hola, señoras.

La voz profunda y ahumada las interrumpió y levantaron la vista para encontrar al Duque de Clarence de pie en la puerta del salón de té.

Sus labios estaban curvados en lo que solo podría describirse como una sonrisa seductora, su chaleco de un escarlata intenso bajo una inmaculada chaqueta y pantalones negros. Nunca podría ser descrito como un dandi, y sin embargo su sentido del estilo casi podría rivalizar con el del propio Beau Brummel.

Julia prefería con mucho a un hombre con una chaqueta vieja y rasgada que pasaba sus días entre los establos. Intentó no suspirar ni mostrar ningún disgusto por la repentina aparición del Duque.

—Su Excelencia —dijo, haciendo la más ligera de las reverencias —. ¿Cómo está usted?

—Estoy muy bien, particularmente cuando me encuentro frente a dos de las mujeres más hermosas que actualmente residen en Newmarket.

—Qué amable por su parte —dijo Julia, mirando a Elizabeth por el rabillo del ojo. ¿Por qué su amiga estaba tan callada? Normalmente Julia siempre podía contar con Elizabeth para tener las respuestas más educadas pero ingeniosas.

Pero Elizabeth simplemente se quedó allí, con los labios apretados en una línea mientras contemplaba al Duque.

—¿Ha estado disfrutando de la semana? —preguntó Julia, y el Duque dio un paso más cerca de ella.

—Mucho, Lady Julia —dijo, y de repente ella sintió como si él la estuviera acorralando e intentó dar un paso atrás, pero chocó con otro cliente—. ¿Y usted?

—Sí, por supuesto —dijo y asintió con la cabeza mientras hacía un movimiento para pasar por delante de él, indicando a Elizabeth, que permanecía clavada en el sitio.

—Oh, Lady Julia —dijo él antes de que ella pudiera maniobrar a su alrededor.

—¿Sí, Su Excelencia?

—¿Le importaría en absoluto si la visitara mañana?

—¿V-visitarme? —preguntó Julia, preguntándose si le había oído correctamente.

—Sí —dijo él, su sonrisa apareciendo con facilidad, como si supiera que la había desconcertado y se alegrara de ello—. Es decir, iría a su residencia y quizá podríamos dar un paseo a caballo o algo por el estilo.

—Sí, entiendo —dijo ella, asintiendo mientras trataba de ganar tiempo, de encontrar algo que decir. Porque no solo no tenía ningún deseo de que el Duque la visitara, sino que estaría bastante ocupada preparándose para los Dos Mil Guineas. Miró frenéticamente a Elizabeth, pero ella seguía mirando estoicamente hacia adelante, sin ayudar en absoluto—. Sería encantador, sin emb...

—¡Perfecto! —dijo él, levantando su mano para depositar un beso en su fino guante blanco—. La veré mañana. Lady Elizabeth —y con eso y un asentimiento, dio un paso atrás, permitiéndoles continuar hacia la puerta.

—¿Qué te pasa? —siseó Julia a Elizabeth mientras continuaban caminando por el sendero que conducía alrededor de la pista de Newmarket hasta donde el carruaje de Elizabeth estaba esperando para llevarlas a casa.

—¿A qué te refieres? —preguntó Elizabeth, sin encontrar su mirada.

—¡Allí atrás, con el Duque! —dijo Julia, agitando los brazos frente a ella para enfatizar su punto—. No dijiste ni una palabra. No tengo ningún deseo de que el Duque me corteje, como bien sabes. Pero te quedaste ahí parada. Ni siquiera dijiste hola... ¡o adiós!

—No, no lo hice —admitió finalmente Elizabeth, inclinando ligeramente la cabeza hacia abajo.

—¿Por qué no?

—No deseo hablar de ello.

—Debes decirme qué pasó entre vosotros —dijo Julia con firmeza, asombrada de que la normalmente imperturbable Elizabeth Moreland pudiera haber tenido un encontronazo con el Duque de Clarence del cual no deseaba hablar.

—En nuestra juventud, nos conocíamos, pero el Duque tenía otros *conocidos* también, al parecer —dijo Elizabeth mientras llegaban al carruaje y comenzaban a subir—. Eso es todo lo que deseo hablar por el momento, sin embargo, Julia. Por favor perdóname.

Julia tenía tantas preguntas que quería hacer, pero en lugar de ello simplemente asintió y siguió a Elizabeth dentro. Era inquietante ver a su amiga así, y Julia apenas podía creer que Elizabeth no hubiera mencionado tales circunstancias antes. Pero probablemente esa era exactamente la razón por la que Elizabeth nunca había dicho nada: nunca querría mostrar una grieta de vulnerabilidad bajo la armadura que llevaba.

Ayudaría a Elizabeth, se prometió mientras miraba a su amiga, que claramente estaba sufriendo pero era demasiado orgullosa para mostrarlo. Y ahora que el condenado Duque estaba coqueteando con *ella*, una de las amigas más cercanas de Elizabeth...

—No le permitiré que me corteje, Elizabeth, no lo haré —prometió Julia, y Elizabeth solo se encogió de hombros.

—Si deseas hacerlo, lo entendería. Es un hombre poderoso y no solo eso, sino también adinerado.

—¿De verdad crees que eso me importa? —estalló Julia. Elizabeth podría estar dolida pero eso no significaba que debiera acusar a Julia de tal cosa.

Elizabeth inclinó la cabeza una vez más.

—Lo siento, Julia, por favor perdóname —dijo de nuevo, antes de levantar la cabeza debajo de su sombrero para mirar a Julia, quien se sorprendió al ver que los ojos de Elizabeth, que eran del más extraño tono de azul tan oscuro que eran casi violetas, estaban cubiertos con un ligero velo de lágrimas—. Soy consciente de que esas cosas no tienen importancia para ti. Sin embargo, para la mayoría eso es *todo* lo que importa.

—Y por eso, Elizabeth, somos amigas —dijo Julia con una mirada significativa, y Elizabeth finalmente sonrió, aunque fuera pequeña y trémula.

—Sí, Julia —dijo—. Tienes toda la razón.

Capítulo Diecinueve

Eddie había terminado su sesión de entrenamiento con Valiant y se dirigía a encontrarse con Will para almorzar cuando el sol se reflejó en una ventana al otro lado de la calle y le dio directamente en los ojos. Levantó una mano hacia su frente para bloquear el resplandor, pero al hacerlo, notó algo más.

Allí, en la entrada de una cafetería, estaba Lady Julia. Se encontraba junto a su amiga, Lady Elizabeth, si recordaba correctamente su nombre. Pero eso no fue lo que más captó su atención. Era el hombre que estaba frente a Julia, o mejor dicho, con Julia. Pues se inclinaba tanto hacia ella que parecía estar *con* ella, y no ser un simple conocido.

Por su vestimenta impecable, por la forma en que llevaba el cabello peinado con tanto cuidado y por su porte, solo podía tratarse de un hombre: el Duque de Clarence.

Un hombre cuyo rango estaba solo por debajo del Príncipe Regente estaba interesado en Julia. Qué maravilloso para ella.

Eddie resopló mientras se alejaba. Podía mentirse a sí mismo tanto como quisiera. En el fondo sabía que sería infeliz si Julia estuviera con cualquier otro que no fuera él.

Eso nunca podría ocurrir, insistió una vez más, un mantra que parecía haberse vuelto bastante repetitivo últimamente. Y no pararía, lo sabía, hasta que esta maldita carrera terminase y pudiera separarse de ella para siempre.

* * *

Y así fue como Eddie saludó malhumorado a Julia a la mañana siguiente cuando ella llegó al establo de Rowley Mile, donde Orianna permanecería hasta después de las Dos Mil Guineas, para que pudiera acostumbrarse a los otros caballos en los terrenos de entrenamiento. Este estado melancólico no era habitual en Eddie, y no le gustaba cómo lo sentía dentro de sí. Pero en ese momento ni siquiera Julia, que normalmente le traía toda la felicidad del mundo, podía hacerle sentir mejor, pues en lo único que podía pensar era en que su tiempo juntos estaba llegando a su fin.

—¡Eddie! —exclamó ella mientras prácticamente entraba dando saltitos en los establos a pesar de la hora temprana. Entró en el compartimento con él, saludó a Orianna con una manzana y una caricia en su cuello, y luego se volvió hacia él con entusiasmo en su rostro.

—¿Estás emocionada? —le preguntó él.

—Lo estoy —dijo ella—. Mucho.

—¿Por las Dos Mil Guineas, o por algo más? —Se cruzó de brazos y se apoyó contra la puerta del compartimento.

—Por la carrera, por supuesto, pero hay algo más, debo admitirlo —dijo lentamente, mirándole desde debajo de sus pestañas—. ¿Qué... crees que me tiene tan emocionada?

—No estoy seguro —dijo, igualando la vacilación en su voz—. ¿Estás deseando pasar más tiempo con cierto caballero?

—Sí —respondió ella, con las mejillas tornándose de un color rosado muy favorecedor, y el corazón de Eddie dio un vuelco en su pecho. No se había dado cuenta de lo mucho que empezaba a sentir por ella, a pesar de que era él mismo quien hacía todo lo posible por construir un muro entre ambos, aunque claramente estaba fracasando desesperadamente en su intento.

—Me alegro por ti —dijo, y ella ladeó la cabeza mientras le miraba con perplejidad.

—¿Te alegras por... *mí*?

—Sí —dijo, intentando mantener su expresión estoica—. Te mereces encontrar a un hombre que pueda estar ahí para ti, mantenerte, darte la vida que mereces.

La confusión reinaba en su rostro mientras le miraba fijamente.

—¿De qué estás hablando?

—De tu duque —dijo, algo exasperado. Preferiría no hablar de esto en absoluto. ¿No podía ella pasar a otro tema en vez de seguir torturándole así? Aunque él lo había mencionado primero.

—¿Mi duque? —exclamó—. ¿No me digas que te refieres al Duque de Clarence?

—Por supuesto —dijo con un asentimiento—. Os vi juntos ayer. Claramente está interesado en ti, y estabais bastante... cercanos.

—Oh, qué hombre más tonto eres —dijo ella, sorprendiéndole al darle un golpecito en el hombro y riéndose en voz alta—. *Desde luego* que no me interesa el Duque de Clarence. Ni siquiera creo que él esté interesado en mí. A decir verdad, parece que hay emociones y deseos extraños bajo la superficie entre él y mi amiga Elizabeth. No es que ninguno de los dos lo admitiera jamás o siquiera se reconocieran el uno al otro. Creo que de alguna manera busca mi afecto para irritar a Elizabeth. Pero dicho todo esto, yo no tengo ningún interés en él. Solo estaba cerca de él ayer porque no tenía espacio para alejarme.

Su corazón se tranquilizó mientras la miraba.

—Entonces... él no es el caballero del que estás enamorada.

—No, por supuesto que no —dijo ella, con una sonrisa lenta comenzando a extenderse por su rostro—. No me digas que estabas celoso, Eddie Francis.

Él ignoró su último comentario.

—Entonces, ¿a quién te refieres? —no pudo evitar preguntar.

—¿A quién crees?

Hizo una pausa, inseguro de cómo responder. Por supuesto que quería que fuera él. Porque ella tenía razón: el pensamiento de que cualquier otro hombre cautivara sus afectos hacía crecer en él unos celos feroces. Sin embargo, por mucho que lo deseara, admitir tales pensamientos en voz alta solo haría que su inevitable separación fuera mucho más difícil.

—Julia, yo...

Pero ella no le permitió decir una palabra más. En su lugar, se lanzó a sus brazos, rodeando con los suyos la parte posterior de su cuello mientras acercaba sus labios a los de él y le besaba con más fuerza de la que jamás hubiera creído posible en una mujer de su tamaño.

Esta vez ella fue la agresora, sus labios asaltando los suyos. Había algo que decir sobre una mujer que llevaba pantalones, pues cuando él la levantó por el trasero, no fue nada para ella rodear con las piernas sus caderas y apretar sus cuerpos juntos.

Él gimió en su boca, encontrando su cercanía casi más de lo que podía soportar. La hizo retroceder hasta que ella quedó contra la pared del establo. Sus brazos aún estaban alrededor de su cuello, sus manos subiendo para agarrar su cabello. Tiró tan fuerte que casi dolía, y sin embargo se sentía, oh, tan bien.

Eddie olvidó todas las razones por las que no debería pasar más tiempo con ella, y mucho menos estar besándola sin sentido en medio de un establo. Pero el pensamiento racional parecía haberle abandonado, y ahora actuaba únicamente por instinto.

—Julia —murmuró mientras la sujetaba, y de repente el pensamiento de no estar nunca más con ella después de esta semana era demasiado difícil de soportar. La deseaba con un ardor que no podía describir, que no podía ignorar, pero al mismo tiempo, suficiente sensatez impregnaba sus pensamientos muy confusos para decirle que ella no era el tipo de mujer que se entregaba imprudentemente sin la promesa de una vida juntos. Tampoco era una mujer con la que debería hacer el amor en medio del compartimento de un caballo. Ella merecía que su primera vez fuera en el entorno más maravillosamente cómodo, lujoso y seductor que uno pudiera imaginar, con una cama mullida, un fuego cálido ardiendo en la chimenea, velas alegremente encendidas por toda la habitación mientras él atendía todas sus necesidades, mostrándole todos los placeres imaginables.

Orianna relinchó a su lado, aparentemente no disfrutando del hecho de que la estaban ignorando, y Eddie lentamente volvió a sus sentidos. Mantuvo su agarre en el cuerpo de Julia, pero se apartó de

ella muy ligeramente, lo suficiente para separar sus labios de los de ella y mirar en sus profundos ojos azules que expresaban todo lo que ella sentía en su alma.

Y él correspondía a esos afectos. Por mucho que le torturara al mismo tiempo, era igualmente emocionante.

—Julia —repitió mientras lentamente bajaba sus piernas al suelo —. No tengo idea de qué hacer contigo. Porque aunque realmente quiero estar contigo... esto nunca funcionaría entre nosotros.

—¿Y por qué no? —preguntó ella implorante, con sus brazos aún alrededor de su cuello mientras mantenía su mirada sobre él—. ¿Qué es lo que te detiene?

—No puedo ser el hombre para ti —dijo—. Eres la hija de un conde, mientras que yo una vez trabajé en los mismos establos de ese conde. Soy un jockey, lo cual muchos encuentran emocionante, seguro, pero el estilo de vida... no es lo que mereces. Paso mis días viajando de un hipódromo a otro, lanzándome a una pista encima de un caballo, a veces uno bastante novato o poco familiar. Con un hombre como el Duque, podrías vivir una vida de lujo, a la que ya estás acostumbrada. Podrías tener múltiples hogares, y todos ellos hermosos y señoriales. Podrías tener un establo lleno de caballos solo para ti. Tu armario estaría lleno de vestidos de gala de los últimos estilos, que podrías usar en eventos lujosos, o en aquellos que tú misma organizaras. Yo nunca podré ofrecerte todo eso. Lo mejor que podría prometer es una casa modesta, quizás un caballo, y uno o dos vestidos de domingo.

Mientras hablaba, Julia dejó que sus brazos se deslizaran de alrededor de su cuello, aunque los arrastró por sus bíceps y antebrazos para agarrar sus manos. Cuando respondió a sus palabras, apretó sus manos alrededor de las suyas como para transmitir la importancia de lo que decía.

—¿No me conoces lo suficientemente bien como para entender que no me importa nada de eso? Claro, fui criada en el lujo, soy muy consciente de ello y estoy agradecida por mi educación. Porque no solo tuve todo lo que mis padres decidieron darme, sino que fui una de las pocas que también se crió en un hogar lleno de amor. De todo lo que mis padres me proporcionaron a lo largo de mi vida, creo que

lo más grande fue el amor que se mostraban el uno al otro. Porque tengo un ejemplo que pocos más tienen, de dos personas que encontraron a su alma gemela. Y después de ver lo rica que ha sido su vida gracias a eso, nunca quiero vivir una vida sin ello. Y tú, Eddie Francis, eres el único hombre con quien puedo verme. Lo supe desde los catorce años, cuando apenas podía alejarme de los establos. En parte fue debido a mi amor por los caballos, claro, pero eras *tú* en igual medida, a pesar de que me veías como una niña pequeña en ese momento. En realidad no me importa si el Duque de Clarence me quiere o no; ante esa elección, te elegiría a ti una y otra vez.

Eddie cerró los ojos por un momento mientras sus palabras se filtraban a través de él, calentándolo hasta su alma. Apenas podía creer que una mujer como Julia Stone le proporcionara un regalo tan grande como elegirlo para ser el hombre con el que quería compartir su vida, porque sonaba mucho como si así fuera.

—Tus padres... —reflexionó—. Nunca aceptarían que estuviéramos juntos.

—Quizás lo harían, quizás no —respondió ella, con sus labios temblando—. Como mínimo, me gustaría creer que nunca podría perder su amor, sin importar lo que pasara.

Él asintió, esperando que tuviera razón.

—Hagamos lo que hagamos, deberíamos esperar hasta después de la carrera —dijo, pensando en lo perjudicial que podría ser una distracción importante incluso para un jockey experimentado, y mucho más para una novata como Julia—. Después de eso, determinaremos nuestro camino a seguir.

Ella asintió, y esa sonrisa floreció en su rostro una vez más mientras se inclinaba y le otorgaba un beso rápido y dulce en los labios.

—Apenas puedo esperar —susurró, y mientras tomaba la correa de Orianna, él se estremeció, sin tener idea de si podría darle lo que ella esperaba.

Capítulo Veinte

Mientras cabalgaba aquella mañana, Julia sentía como si prácticamente estuviera volando, montada sobre las esponjosas nubes blancas del cielo. Eddie la amaba. Oh, él no lo había dicho como tal, ni tampoco ella le había confesado lo que realmente sentía, aunque no estaba segura de cómo podría haber sido más clara sin pronunciar las palabras exactas. Sabía que él aún tenía reservas, pero solo podía esperar que ambos pudieran encontrar una forma de entrelazar sus vidas sin que ninguno perdiera su propia identidad. Solo deseaba que Eddie no desconfiara tanto de la nobleza. Sabía que había trabajado para algunos empleadores que no habían sido precisamente amables con su personal, pero no entendía por qué seguía tan amargado hacia todos ellos cuando sabía que había algunos —como su padre— que podían ser bondadosos. Quizás solo necesitaba conocerlos mejor.

Cuando la sesión estaba llegando a su fin, cabalgó hasta la valla donde él esperaba con una idea formándose en su mente.

—Eddie, he estado pensando... —comenzó mientras desmontaba de Orianna, y él alzó una ceja en respuesta.

—Tuve la oportunidad de pasar tiempo con tus amigos la otra noche, y me encantó cada momento. No solo eso, sino que he podido disfrazarme con bastante éxito y correr junto a los otros jinetes. ¿Por qué no pasas una noche conmigo entre mis propios compañeros? La familia de Elizabeth organiza una fiesta esta noche. Puedo garantizarte que no son tan malos como piensas. Luego,

cuando llegue el momento, bueno... quizás no seas tan adverso a algunos de ellos como podrías pensar ahora.

Sus ojos se entrecerraron ligeramente mientras la consideraba.

—¿Es esto una prueba? —preguntó.

—¿De qué estás hablando? —preguntó ella, desconcertada por su pregunta.

—¿Estás intentando determinar si podría encajar en tu forma de vida, si podría conversar con damas y caballeros y presentarme como algo más que Eddie Francis, el mozo de cuadra convertido en jinete?

Ella casi retrocedió por la vehemencia en su tono, pero entonces él bajó la cabeza y se frotó las sienes con la punta de los dedos.

—Lo siento —se disculpó, sus palabras saliendo atropelladamente —. Por supuesto que no quieres decir eso. Solo... no estoy seguro de que ese sea mi lugar, Julia. Algunos podrían reconocerme y cuestionarán qué hago allí.

—¿Estás seguro? —preguntó ella—. Por mi experiencia, la gente solo busca a aquellos que cree que estarán en esa situación. Y si preguntan, simplemente di la verdad: que fuiste invitado y eres un huésped.

—No es mi mundo, Julia —murmuró.

—No tiene por qué serlo —replicó ella—. Vamos, Eddie, no tengas miedo de unas cuantas personas con títulos. No importa qué nombre tenga alguien, sino el carácter que lo acompaña. Es lo que creo, en cualquier caso.

—¿Me has llamado cobarde? —preguntó de repente, centrándose en esas primeras palabras.

—No —dijo ella—. Solo te he dicho que no tengas miedo.

—Bueno —dijo, claramente todavía ofendido—. Nunca he sido un hombre que rechace un desafío, así que si esto es lo que quieres, que así sea.

—¡Oh, será tan divertido! —dijo con entusiasmo—. Apenas puedo esperar. Te veré a las ocho, entonces. ¿Por qué no nos encontramos fuera de la entrada de la casa alquilada de los Moreland? Te proporcionaré la información. ¿Tienes algo que ponerte?

—Sí.

—Oh, qué bien. No pretendía ofenderte. Simplemente iba a decir que podría traerte algo de mi hermano si no hubieras empacado nada adecuado. Ah, ¿y Will sigue dispuesto a reunirse con mi padre hoy?

Eddie sonrió ante eso. —Creo que en realidad está algo ilusionado. Dijo que si no hubiera tenido la fortuna de ser jinete, podría haber encontrado su sitio en el escenario.

Ella se rio.

—Maybelle está bastante prendada de él, así que no hay problema con su acuerdo para volver a verlo. Está igualmente entusiasmada con su encuentro, aunque debo decir que me pone algo nerviosa. Pero ella es buena juzgando el carácter, y te creo si confías en Will tan implícitamente como lo haces. ¡Te dejaré ahora, para que atiendas tu propio entrenamiento. Apenas puedo esperar a esta noche!

Quería despedirse con un último beso rápido, pero Finter se acercaba, así que Julia intentó controlar sus propias emociones excitadas. Sabía que había estado divagando, y Eddie probablemente pensaba que estaba loca, pero apenas podía creer la idea de que su sueño pudiera hacerse realidad: que ella y Eddie pudieran estar juntos. Si tan solo pudiera encajar todos los aspectos de su vida. No quería creer que pudiera ser posible, por miedo a que toda esperanza se desmoronara sobre ella, pero la optimista en su interior quería que fuera verdad.

—Oh, por favor —rezó en un susurro mientras montaba a Maximus y se dirigía a casa—. Por favor, permite que todo salga bien.

* * *

Julia logró encontrar unos momentos esa mañana para tomar una siesta bien merecida, y casi había olvidado la promesa del Duque de visitarla, hasta que sonó un golpe en la puerta de su dormitorio.

—¿Lady Julia? —llegó la voz del mayordomo—. ¿Está usted dentro? Tiene visita.

—¡Maldición! —murmuró, antes de responder al mayordomo y pedir a Maybelle. Se vistió apresuradamente con un vestido de día de muselina blanca con ribetes rosados y bajó para recibir al Duque. Él estaba en el salón como si hubiera sido creado para ser una estatua realista en tal escenario. Eddie tenía razón en una cosa: un hombre como el Duque ciertamente pertenecía allí, en una casa como la suya. Pero él no pertenecía a su corazón y eso, determinó, era más importante que cualquier otra cosa.

—Su Excelencia —lo saludó, decidida a ser educada y, sin embargo, dejar claro hoy que los dos nunca serían más que conocidos.

—¿Habíais olvidado que vendría a veros? —preguntó él, y ella se estremeció ligeramente. Sí, había tardado unos minutos en prepararse. No era como si supiera la hora exacta en que vendría, o incluso si hubiera recordado su promesa.

—En absoluto —dijo, reprimiendo su impulso de decir lo que sentía. Quizás si fuera Phoebe o incluso Elizabeth, tendría una réplica ingeniosa que aún fuera aceptable, pero Julia a menudo se encontraba sin palabras en tales circunstancias, como cuando los duques la visitaban—. ¿Os gustaría tomar té? —preguntó—. Debería llamar para pedir té.

Cuando iba a tocar para llamar al mayordomo, su padre la sorprendió entrando en la habitación.

—Julia, ¿tú...? —se interrumpió, la curiosidad invadiendo su rostro al ver quién estaba dentro—. Clarence. ¿Cómo estáis?

Dio la bienvenida a su invitado, aunque parecía algo perplejo por su presencia en el salón. Parecía a punto de preguntar cuando la madre de Julia entró.

—Su Excelencia —dijo, sus ojos iluminándose ante la presencia del Duque, y Julia se estremeció. Hasta este momento no había considerado lo perjudicial que sería para sus propios planes con Eddie si sus padres se daban cuenta de que el Duque de Clarence tal vez tenía un interés serio en ella. Porque a pesar de que siempre habían instado a sus hijos a seguir sus corazones, un posible matrimonio con el Duque de Clarence podría ser suficiente para que consideraran lo contrario.

—En realidad, estaba a punto de preguntarle a Julia si le gustaría acompañarme —dijo Lord St. Albans mientras miraba a su hija—. Pero quizás os gustaría venir a ambos. Me reuniré con el jinete, el que ha estado montando a Orianna. Ha quedado en vernos en los establos de Rowley Mile.

—Me encantaría —dijo el Duque, sus ojos iluminándose—. Todavía estoy buscando un jinete, ya que el mío ha demostrado ser bastante inadecuado.

El corazón de Julia se alegró ante la idea de poder librarse de él rápidamente.

—Pero solo, por supuesto, si Lady Julia está de acuerdo con tal salida —añadió.

—Oh, id vosotros —dijo con un gesto de la mano—. Siempre podemos visitarnos en otro momento.

—Pero la semana en Newmarket está llegando a su fin, y quién sabe cuándo volveremos a encontrarnos —intervino la madre de Julia, y Julia casi suspiró en voz alta. Sabía que su madre estaba haciendo lo que creía mejor, pero Julia habría preferido que, esta vez, simplemente la dejara en paz.

—Nunca pierdes la oportunidad de ir a la pista —dijo su padre con el ceño fruncido—. ¿Sigues sintiéndote indispuesta?

—Algo así —comenzó, dispuesta a usar la excusa de la enfermedad una vez más, pero su madre volvió a interrumpir.

—Oh, pero hoy te ves tan bien —dijo la Condesa—. Por favor, ve, Julia, toma algo de aire fresco y algo de tiempo fuera de esta casa. Has estado encerrada aquí durante siglos cuando normalmente disfrutas tanto de tu tiempo en la pista.

Si sus padres supieran cuánto tiempo había estado pasando *fuera* de la casa en la mismísima pista.

—Muy bien —dijo débilmente—. ¡A la pista vamos!

* * *

Julia se alegró de que su padre sugiriera ir a caballo a la pista, aunque requirió un cambio rápido a un traje de montar azul. No

estaba segura de poder soportar más momentos a solas en un carruaje haciendo conversación educada, aunque, con su padre cerca, estaba segura de que el tema seguiría siendo los caballos.

Tal como estaba, se encontraba considerablemente nerviosa por esta reunión con "James", aunque ahora estaba completamente fuera de su control y en manos de Will. Solo podía rezar para que él hubiera recordado todo lo que le había dicho. Y realmente, realmente esperaba que Eddie no estuviera allí, pues no estaba segura de poder mantener la compostura en su presencia.

Cuando llegaron a Newmarket, se sintió aliviada al ver a Will esperándolos en la distancia, aunque la golpeó una nueva preocupación: ¿qué pasaría si Will y el Duque se habían conocido antes? Nunca se le había ocurrido preguntarle a Will, ya que el Duque no debía estar en esta reunión. ¿Cómo explicaría entonces Will su presencia? Se masajeó las sienes, que ya habían comenzado a latir. Era demasiado estrés. Quizás debería simplemente llevar a su padre aparte, contarle todo lo que había sucedido, y terminar con todo.

Pero entonces, más allá de Will, donde comenzaban los establos, vio a Eddie, y su semblante vaciló. Quería enorgullecerlo tanto como a sí misma. Lo amaba y lo quería en su vida más de lo que podía describir. Para lograrlo, solo tenía que aguantar unos días más.

Julia le hizo un gesto casi imperceptible con la cabeza, y cuando un mozo de cuadra vino a llevarse sus caballos, condujo a su padre y al Duque hacia Will, donde los presentó. La gorra de Will estaba baja sobre su frente para ocultar su pelo rojo, pero Julia aún contuvo la respiración durante la presentación. Afortunadamente, nadie pareció reconocer a nadie. Dejó escapar un suspiro de alivio.

—Debo decir, muchacho, que fue una carrera excelente el otro día —comenzó su padre—, tanto durante las Craven Stakes como en la carrera de prueba. Quedé impresionado, particularmente porque Julia me dice que estas son algunas de tus primeras carreras.

Julia no pudo evitar sonreír, aunque deseaba que su padre pudiera elogiarla directamente a ella y no al hombre que él creía que era James Smith.

—Gracias, mi señor —respondió Will, enviando a Julia lo que ella pensó que debía ser el guiño más lento y discreto que había visto en su vida—. Lo intenté con todas mis fuerzas.

—Estoy seguro de que así fue —dijo Lord St. Albans—. Y me han dicho que has estado entrenando duro cada mañana, perfeccionando tu oficio, con la ayuda de uno de mis antiguos mozos de cuadra.

—Eso es cierto, mi señor.

Continuaron hablando sobre la carrera hasta que el padre de Julia finalmente llegó al verdadero propósito de hablar con Will.

—Bien, James —dijo—. Sabes que esta carrera es muy importante para nuestra familia, pero especialmente para Julia aquí presente. Cuéntame un poco sobre tu estrategia para la carrera.

Julia sonrió. En realidad habían discutido esto. Siempre que Will lo recordara, esta era un área de conversación absolutamente segura.

Excepto que Will no describió tanto el plan de ella para la carrera, sino el suyo propio. Era una forma de montar, sin duda, pero no funcionaría con Orianna. Su padre, por supuesto, entendió completamente eso, y frunció el ceño mientras escuchaba las palabras de Will.

—No estoy seguro de esa estrategia —dijo, confirmando los temores de Julia, y Will asintió, captando su mirada.

—No hay problema. Tengo un plan secundario. Pensé en presentaros ambos para conocer vuestra opinión —dijo, y su semblante alegre, si nada más, parecía estar ganándose a su padre.

Su reunión no duró mucho, pero fue estresante y un poco incómoda, al menos para Julia.

El Duque de Clarence le dio a Will su tarjeta, diciéndole que si corría una buena carrera el sábado, estaría interesado en saber más de él, ya que tenía una vacante entre su propio grupo de jinetes.

—Me gustaría mucho —aceptó Will, y Julia sabía que así sería, aunque como James Smith o Will Scott, no tenía idea.

Se despidieron y estaban a punto de continuar su camino cuando el Duque de Clarence se detuvo un momento y se dio la vuelta, mirando intensamente a Will por un instante.

—Señor Smith —dijo—, dice que es nuevo en el circuito, pero siento como si quizás nos hubiéramos conocido antes. ¿He tenido previamente el placer de conocerle?

Por el más breve de los momentos, Will pareció entrar en pánico, pero se recuperó bastante rápido.

—No, Su Excelencia, no lo creo, por desgracia. Aunque, por supuesto, conozco su bien reconocido nombre.

El Duque asintió y se volvió hacia Julia y su padre, pero ella no pudo ralentizar el rápido latido de su corazón mientras la mirada contemplativa permanecía en el rostro de él.

Capítulo Veintiuno

Eddie no estaba particularmente entusiasmado con la idea de vestirse esa noche para la nobleza de Newmarket. El estatus de un jinete era curioso. Algunos jinetes eran mal vistos por su aspecto descuidado y su tosquedad. Pero aquellos que comenzaban a demostrar su valía eran celebrados.

Eddie lo había visto muchas veces, y ahora que empezaba a ganar con mucha más frecuencia, y casi siempre para Torrington, su nombre ciertamente se estaba haciendo más conocido, aunque no estaba completamente seguro de su cara. No tenía ni idea de cuánto veía el público cuando pasaba a toda velocidad frente a ellos a más de cincuenta kilómetros por hora, y normalmente Torrington estaba allí para llevarse su caballo antes de que Eddie apenas hubiera terminado de detenerse.

A Eddie no le importaba especialmente lo famoso que se volviera su nombre. No era por eso que montaba. Claro, con la fama venían cheques más cuantiosos, algo de lo que no se quejaría, eso era seguro. Si la nobleza lo quería, podían atraerlo de esa manera, no con la promesa de nada más.

Era jinete porque le encantaba montar. Eso, nadie podía quitárselo o menospreciárselo.

Pero esta noche iría a esa maldita fiesta, aunque solo porque Julia se lo había pedido. Ah, Julia. Qué iba a hacer con ella, no tenía ni idea. Ella lo había seducido para que estuviera de acuerdo en que quizás podrían tener un futuro juntos, pero ahora que estaba fuera

de su abrazo y de vuelta en su propio entorno, comenzaba a preguntarse cómo había podido ser tan estúpido como para pensar que podría ser posible.

—Idiota —murmuró para sí mismo mientras salía del establo, decidiendo caminar la corta distancia hasta la fiesta, que tendría lugar en la casa de la amiga de Julia, Lady Elizabeth Moreland.

Lady Elizabeth pertenecía a la familia bancaria Clarke por parte de su madre, según había averiguado. Entre las conexiones de su madre en el banco y la familia noble de su padre, los Moreland tenían un poder considerable.

Pero al menos no era probable que Lady Elizabeth le cerrara la puerta en las narices.

—¡Ed! —Se giró al oír su nombre cuando apenas había caminado unos metros, encontrando a Will corriendo detrás de él, haciéndole señas.

—¿Vas a la casa de los Moreland?

Eddie asintió.

—Iré contigo. Voy a encontrarme con Maybelle, que quedará libre de sus obligaciones por un rato después de que Lady Julia se vaya a la fiesta.

—Ah, sí, ¿cómo fue tu reunión con el padre de Julia hoy?

—Oh, estuvo bien —dijo Will lentamente, y Eddie le miró con agudeza, consciente de que había algo que no estaba diciendo.

—Pero...

—Lord St. Albans apareció no solo con Julia sino con el Duque de Clarence. ¡Clarence! Monté para él hace unos años, Eddie, ¿lo recuerdas? Me acusó de retener a su caballo, pero yo no corro de esa manera, como bien sabes. Nunca contendría a un caballo. Al menos, no manchó mi nombre en absoluto, gracias al cielo.

—¿Te reconoció?

—No estoy completamente seguro. Me preguntó si nos habíamos conocido antes, y le dije que no, que no nos habíamos conocido, aunque por supuesto conocía su nombre. Pareció calmarle. Tú y yo, Ed, no somos el tipo de personas que la mayoría recuerda, como bien sabes.

Eddie asintió distraídamente. Eso era cierto.

—Me pregunto qué estaba haciendo allí —dijo con cierta contemplación, y Will también tenía una respuesta para eso.

—Parece que está buscando un nuevo jinete —dijo Will—. Si James Smith lo hace bien este sábado, puede que lo contrate.

—Bueno, se llevará una decepción, porque James Smith se retirará después del sábado, y supongo que no tienes deseos de volver a montar para Clarence.

—No —dijo Will con una mueca—. Preferiría no hacerlo. Además, un hombre como el Duque prefiere contratar a sus jinetes en exclusiva, mientras que yo prefiero la vida de libertad que estoy viviendo actualmente.

—¿Libertad, dices?

—Eso digo. Puedo correr cuando me place, con el caballo que elijo, para un empleador que me paga bien. Con un único empleador, debes someterte a sus caprichos, y he terminado con esa vida. No, esta es la vida para mí, Ed.

—Y tienes la suerte de que una mujer encantadora haya accedido a permitirte visitarla —dijo Eddie con una sonrisa.

—Así es, Eddie, así es —dijo Will con un suspiro y una sonrisa soñadora propia, y Eddie tuvo que reírse de él. Parecía que Will, que normalmente disfrutaba de todo tipo de mujeres, estaba particularmente encantado con esta—. La vi brevemente ayer cuando acordamos la hora de nuestra cita. Para ser sincero, había estado un poco preocupado de que quizás la bebida la hubiera hecho parecer más guapa en mi mente de lo que realmente era, pero no, es aún más hermosa a la luz del día.

—Me alegra oírlo, Will.

—A mí también —coincidió fervientemente su amigo—. Ah, aquí es tu parada.

—Así es —dijo Eddie tras un momento de pausa, mirando la majestuosa mansión de ladrillo que tenía delante—. Bueno, deséame suerte.

—Buena suerte.

—Gracias —Eddie asintió a su amigo una vez más—. Creo que voy a necesitarla.

Julia había querido que se encontrara con ella frente a la casa que los Moreland habían alquilado para la semana de carreras, pero eso solo haría que más lenguas comenzaran a murmurar, lo sabía. Así que en lugar de eso entró solo, agradecido cuando vio que Lady Elizabeth era una de las que recibían a los invitados.

—Sr. Francis —dijo ella con bastante sorpresa—. Julia me dijo que le había invitado, pero no estaba segura de que vendría.

—¿No es un lugar para mí? —preguntó él arqueando una ceja.

—Cualquier lugar puede ser tuyo si así lo decides —dijo ella con una pequeña sonrisa y una chispa en sus ojos—. Como Julia lo hizo, ¿no es así?

—Tienes razón —dijo él con una risita—. Así lo hizo.

—Todavía no ha llegado, aunque debería estar aquí en breve —dijo Elizabeth—. Las bebidas están disponibles y la cena se servirá pronto.

Eddie sonrió con pesar.

—Por mucho que me gustaría disfrutar de una buena comida, Lady Elizabeth, tendré que regresar a vuestra casa en noviembre si quiero disfrutar de tal cosa.

—Ah, es cierto. Qué espantoso debe ser ser jinete, teniendo que ser continuamente tan cuidadoso.

—No es la parte glamurosa de las carreras, seguro —dijo Eddie, preguntándose cuánto sabría esta mujer de carreras y caballos. Lo suficiente, parecía.

—Bueno, os dejaré atender a vuestros otros invitados —dijo Eddie, viéndolos comenzar a acumularse detrás de él en la entrada —. Buenas noches, Lady Elizabeth.

—Espero que tengamos la oportunidad de conversar de nuevo —dijo ella, a lo que él asintió y continuó entre la multitud de invitados. Una copa, se prometió a sí mismo. No debería, pero la necesitaría para sobrevivir la velada.

Vio a algunos hombres que reconocía — Clarence por supuesto, y se aseguró de dar un amplio rodeo alrededor de Torrington, el hombre que podía reconocerlo sin duda alguna. No es que Eddie estuviera quebrantando alguna ley por estar presente en una fiesta.

Eddie tomó su bebida y se retiró a las sombras, contento por ahora de simplemente observar el comportamiento de las muchas personas presentes: sus coqueteos y sus fanfarronadas, los comentarios hirientes que eran muy diferentes de las bromas de buena fe entre sus propios compañeros. Aunque debía admitir que algunas de las conversaciones que escuchaba eran aquellas en las que él mismo estaría dispuesto a participar. No es que estuviera listo para admitir tanto.

—¿Escondiéndote en las sombras esta noche?

Eddie se sobresaltó. ¿Cómo había conseguido Julia acercarse a él sin que se diera cuenta otra vez?

Ella soltó una risita cuando se dio cuenta ella misma.

—¿Nervioso esta noche?

—Un poco. Estoy fuera de mi elemento habitual.

—Eso ahora lo entiendo, después de haber pasado casi dos *semanas* fuera de mi elemento.

—Cierto —contrarrestó él—, pero tú te sientes como en casa sobre un caballo, especialmente Orianna.

Ella inclinó la cabeza.

—Puede que sea así, pero ¿no te sientes tú como en casa en medio de una multitud?

Cuando él asintió casi imperceptiblemente, ella sonrió, sabiendo que lo había pillado.

—Es familiar... pero no —terminó su pensamiento, aunque él casi había dejado de prestar atención a sus palabras cuando ella dio un paso a la luz. No era como si no la hubiera visto antes con vestido, pero nunca la había visto así. Llevaba un vestido de seda azul real intenso, aunque no se parecía en nada a las sedas de carreras que él hubiera visto antes. El corpiño se recogía sobre su pecho, las mangas se abombaban ligeramente alrededor de sus brazos. Había una banda dorada alrededor de su cintura que enfatizaba sus suaves curvas, y el bordado dorado alrededor del dobladillo en la parte inferior la hacía parecer de la realeza.

El azul resaltaba el cristal de sus ojos, que le miraban con brillo desde la luz de un candelabro cercano. Sus labios eran tan rojos como siempre, sus mejillas llenas de un pálido rubor. Su pelo estaba

recogido, con sueltos mechones rizados rozando sus pómulos como un halo. Eddie estaba embelesado. Era una diosa, y ahora se alegraba de haber asistido a esta maldita fiesta, aunque solo fuera por este momento en el que podía verla vestida como debía estar.

—Estás preciosa —murmuró, y sus mejillas se sonrojaron aún más. Eddie apenas podía creerlo. No es como si no estuviera acostumbrado a dar cumplidos, pero sabía que normalmente estaban bien ensayados, trillados y demasiado llenos de encanto. Normalmente los acompañaba con una sonrisa ganadora y un guiño.

Pero no esta noche.

Esta noche solo hablaba con la verdad, y de la manera más reverente posible.

—Tú también estás muy apuesto —respondió ella, y ante eso, él le sonrió ahora. Porque sabía que probablemente nunca le había visto antes fuera de sus sedas o su ropa de trabajo. Aunque nunca lo admitiría, por mucho que despreciara vestirse para la nobleza en general, *se había* vestido pensando en ella.

—Gracias —dijo, y esta vez sí le guiñó un ojo, aunque solo fuera para hacerla reír, porque no había mejor sonido que la risita cantarina de Julia, que, aunque no era una risa particularmente profunda y fuerte, era tan real y tan plena como cualquiera que hubiera escuchado antes.

Vio que su mirada vagaba más allá de su hombro, y se volvió para ver que las parejas habían encontrado su camino hacia el centro de la sala y ahora bailaban por la pista.

Julia le miró implorante, y él no pudo pasar por alto la pregunta en sus ojos.

—¿Tú... bailas alguna vez? —preguntó tímidamente, y en ese momento realmente deseó ser un hombre que pudiera darle todo lo que quisiera, que pudiera tomarla en sus brazos y llevarla a la pista de baile donde la haría sentir como una princesa.

Pero el baile que Eddie conocía no era el baile que sería apropiado en esta fiesta en particular, así que solo le sonrió con timidez.

—Lo hago a veces, pero me temo que no conocería los pasos de este baile.

Ella asintió.

—Este es un cuadrille. Es bastante complicado. ¿Quizás cuando empiece un vals? Es lo suficientemente sencillo, estoy segura de que aprenderías los pasos en un momento.

Él quería decirle que sí — demonios, quería decir que sí ahora a cualquier pregunta que ella le hiciera. Pero aceptar solo significaría que haría el ridículo a ambos, y eso era lo último que deberían hacer el día antes de lo que sería la carrera más importante en la vida de ambos.

—Esta noche no, pequeña —dijo, tratando de suavizar el golpe con una sonrisa gentil.

Ella asintió, pero él no pasó por alto la mirada de decepción que nubló sus ojos por un momento.

—Por supuesto —dijo ella—. Quizás tengamos que practicar alguna vez.

—Quizás —murmuró él, y reanudaron la observación de los bailarines frente a ellos.

Capítulo Veintidós

Julia fingía estar observando a los que la rodeaban, pero en realidad, lo único que quería hacer era deleitar su mirada con Eddie. Presentaba una figura elegante con sus pantalones negros y chaqueta a juego, y era muy consciente de que no era la única mujer en la sala que le había echado un segundo vistazo. Su cabello, normalmente algo desaliñado pero de una manera encantadora, ahora estaba recogido hacia atrás, apartado de su frente. Se veía... pulido, pensó. Bastante distinguido.

Y sin embargo, al mismo tiempo, todavía había un aura a su alrededor que revelaba su verdadero ser. No era ostentoso, no se comportaba con el mismo aire de importancia que muchos de los lores de la sala.

Si fuera sincera, por muy apuesto que se viera, prefería a su Eddie con sus sedas de carreras o su vieja chaqueta rasgada que solía usar en los establos. Porque denotaba quién era él en lo más profundo, el hombre que ella siempre había amado.

Deseaba que la sacara a bailar, aunque solo fuera para que la sostuviera entre sus brazos durante unos momentos, al menos. Pero él no parecía particularmente inclinado a hacerlo, y ella no iba a presionarlo. Era suficiente con que estuviera allí.

—Julia, ¿eres tú?

Julia casi gimió en voz alta cuando escuchó la voz detrás de ella. Por supuesto, si alguien en toda esta sala la encontraría con Eddie en este nicho, sería Lady Rebecca Charles. Cerró los ojos durante un

par de segundos, respirando profundamente mientras se obligaba a darse la vuelta y saludar. Cuando finalmente abrió los ojos, Eddie estaba claramente conteniendo una sonrisa, e inclinó ligeramente la cabeza hacia Rebecca.

—Buenas noches —dijo él, y entonces Julia se giró mucho más repentinamente, pues no deseaba que la sonrisa de Eddie permaneciera dirigida a aquella mujer por más tiempo.

—Lady Rebecca, qué encantador verla esta noche —dijo Julia con una sonrisa forzada, y era evidente que Rebecca estaba realmente encantada de ver a Julia también, aunque no por su presencia sino por el hecho de que iba acompañada por un hombre como Eddie—. ¿Y quién es su *acompañante* esta noche?

—Este es el señor Francis —lo presentó Julia de mala gana—. Señor Francis, le presento a Lady Rebecca Charles.

—Encantado de conocerla —dijo Eddie, y cuando levantó su mano, Julia le lanzó una mirada que decía que si la acercaba más a sus labios, seguramente habría problemas.

—¿Cómo se conocieron? —preguntó Rebecca con una tensa sonrisa de interés.

—A través del circuito de carreras —dijo Julia, sin querer alargar la conversación con Rebecca, que parecía demasiado interesada en su relación. Tal y como estaban las cosas, era probable que se marchara de la conversación solo para difundir la noticia de ambos por toda la sala—. De hecho, el señor Francis y yo estábamos a punto de dar una vuelta por la sala. Si nos disculpa, Lady Rebecca, espero que usted y yo podamos hablar de nuevo pronto.

Rebecca pareció decepcionada, probablemente más por la falta de información que había conseguido, pero Julia tomó el brazo de Eddie y, tras unas rápidas palabras de despedida, él comenzó a guiarla fuera del nicho mientras Rebecca se alejaba.

Julia no se había dado cuenta de cuánta gente había llenado la sala hasta que se giraron para abandonar lo que parecía ser su pequeño refugio. Vaya, parecía que medio Newmarket estaba allí.

—¿A qué venía eso? —preguntó Eddie—. No parecías particularmente...

Julia se volvió para ver qué había detenido sus palabras —no es que quisiera responderlas— y se quedó atónita por la dura expresión que había cruzado su rostro.

—¿Eddie? ¿Estás bien?

—Estoy bien —dijo bruscamente.

—Creo que no es así —dijo ella, sin estar dispuesta a permitir que simplemente la ignorara.

—He dicho que estoy bien —repitió, y Julia no creía haber visto nunca una expresión tan sombría en él.

Cruzó los brazos sobre el pecho, miró alrededor para asegurarse de que estaban lo suficientemente ocultos en las sombras como para no atraer ninguna atención, y luego fijó su mirada en él.

—Mira, Eddie, está claro que tienes algún tipo de... desdén por la nobleza. Puedo entenderlo hasta cierto punto, viéndolo desde tu punto de vista. ¿Por qué deberían ciertas personas nacer con derecho a riqueza y estatus social, mientras que otras no? No tengo ni idea. Desearía poder responder a esa pregunta por ti. Y sin embargo, conozco a muchos que *no* son de condición noble y que no están tan enfadados con todos nosotros. Sé que mi padre te ha tratado bien en el pasado, corres para Lord Torrington y lo has hecho para muchos otros lores, y siempre has sido excepcionalmente adorable conmigo, incluso antes de conocerme bien. También eres normalmente uno de los hombres más felices que he conocido. Entonces, ¿por qué, *por qué* tu semblante cambia tan repentinamente de vez en cuando? ¿Qué hace que tu sonrisa se desvanezca tan rápido?

Él miró hacia abajo por un momento, como si no estuviera seguro de cómo —o si— iba a responder a su pregunta, pero finalmente sus ojos se endurecieron, se giró y estiró el mentón, señalando al otro lado de la sala.

—¿Ves a ese hombre de allí? —le preguntó, y ella intentó seguir hacia donde se dirigía su mirada.

—¿Quién? ¿Lord Dorchester?

—Sí, ese es.

—Es amigo de mi padre, creo. Se conocen desde hace algún tiempo, ya que ambos pasan mucho tiempo en Newmarket. ¿Ha

hecho algo para molestarte en el pasado?

Lo miró con curiosidad, aunque en lugar de devolverle la mirada, él continuó mirando al otro lado de la sala.

Finalmente volvió sus ojos hacia los de ella, las motas doradas dentro de ellos pareciendo arder.

—Es mi padre.

* * *

¿Qué le había poseído para decirle eso? Eddie nunca había revelado a nadie la identidad de su padre biológico, y ahora de repente decidía contarle a una mujer algo que podría cambiarlo todo.

—¿Tu padre? —suspiró ella—. No puede ser. Tu padre es Adam Francis. Trabajó en nuestros establos. Tú aprendiste de él. Me ayudó a montar mi primer caballo. Era un hombre maravilloso. Lord Dorchester...

Sus palabras se desvanecieron mientras él negaba lentamente con la cabeza. No debería haber dicho nada. Julia era todo lo bueno de este mundo. Ella veía lo mejor en todos, tenía la visión más positiva de la vida. Incluso compartir con ella el resto de la historia parecía cruel en cierto sentido. Pero había empezado por este camino y ahora debía terminarlo.

—Adam Francis me crió, es cierto. Era un buen hombre, de los mejores, diría yo. Lo amé como a mi padre y pensé que realmente *era* mi padre durante la primera parte de mi vida. Y luego, cuando llegó el momento de que yo empezara a trabajar, de salir al mundo, él y mi madre me dijeron la verdad. Ella era joven, una criada en la casa del antiguo Lord Dorchester. Mi madre era hermosa en su juventud, y llamó la atención del hijo del Lord. Mi madre dijo que él mismo era un hombre atractivo en aquel entonces, y cuando empezó a coquetear con ella, a prestarle especial atención, se sintió halagada, aunque nunca pensó nada de ello. Ella solo era una criada, después de todo, mientras que él se convertiría en vizconde algún día.

Hizo una pausa por un momento, mirando a Julia, quien lo miraba con atención absoluta. Los sonidos de la sala detrás de ellos parecían haber desaparecido, dejándolos a los dos solos en este pequeño nicho.

—Continúa —susurró ella.

—Le dijo todo lo que ella quería oír —dijo simplemente—. Que la amaba, que sin importar la diferencia en sus posiciones, la tendría, lucharía contra su familia por ella. En su ingenuidad, le creyó y le dio... su inocencia. Cuando descubrió que estaba embarazada, se lo dijo, ¿y qué hizo él?

—Me gustaría pensar que hizo lo honorable, pero sé que ese no es el final de esta historia.

—No, ciertamente no lo es —dijo con aspereza—. Negó cualquier conocimiento de cómo se había concebido el bebé, dijo que ella lo había inventado todo en un ridículo intento de atrapar a un lord. No solo la dejaron sola con un niño en camino, sino que la despidieron de su puesto y la echaron a la calle, sin nada a su nombre.

Eddie no pudo ignorar el brillo de lágrimas que ahora cubría los ojos azul aciano de Julia, y ella se mordió el labio, aparentemente en un esfuerzo por controlar sus emociones.

—Eso es verdaderamente horrible, Eddie —dijo, con voz temblorosa, y él asintió, agradeciendo su preocupación.

—Sí, lo es —dijo con un suspiro—. Pero al final, resultó bien para mi madre. Porque ese mismo día, mientras vagaba por las calles de Londres sin un penique a su nombre ni idea de adónde ir, Adam Francis casi la atropella. Era conductor de tu padre, que recientemente se había convertido en conde. Corrió para asegurarse de que estaba bien y, según me contó, se enamoró de ella al instante. Incluso sabiendo que estaba embarazada de un hijo de otro hombre no fue suficiente para alejarlo. La amaba demasiado. Tu padre tuvo la amabilidad de ofrecerle un puesto en la casa.

Julia deslizó una mano enguantada en la suya.

—Me alegra oír que la historia tuvo un final feliz —dijo con una pequeña sonrisa—. Recuerdo a tu padre. Adam Francis, que, honestamente Eddie, es verdaderamente tu padre. Te crió, te amó, te dio su nombre. ¿Cómo podrías pensar lo contrario?

—Nadie está más agradecido que yo de haber sido criado por un hombre así —asintió—. Y lo considero mi padre. Pero saber que fui engendrado por un hombre que nos rechazaría a mi madre y a mí tan descaradamente... —apretó los dientes mientras miraba de nuevo al vizconde al otro lado de la sala—. Me enfurece tanto saber que un hombre puede hacer algo así y no hay consecuencias. Mi madre no podía decírselo a nadie, porque ¿quién la habría creído? Si no hubiera sido por mi padre, quién sabe qué habría sido de ella. Difícilmente habría encontrado otro puesto, ¿y quién la habría acogido? Podría haber muerto de hambre allí en las calles.

—Podría haber sido así, es verdad —dijo Julia, y la expresión que cubrió su rostro estaba llena de remordimiento, como si ella misma fuera la culpable. Esto lo llenó de pesar por el hecho de que ahora ella tuviera que conocer algo así—. Pero Dios cuidó de ella, la guió hacia alguien que la amaría y cuidaría de ella.

—Supongo que sí —reflexionó—. Pero ahora me preocupa.

—¿Qué? —preguntó ella, levantando rápidamente los ojos hacia él—. ¿Te preocupa que yo sea como Lord Dorchester? ¿Que finalmente te abandonaría?

—Eso es parte de ello —admitió—. Sinceramente, lo que he aprendido es a no estar nunca seguro sobre el futuro. No confío en nadie, solo en mí mismo.

Julia lo miró, escudriñando su rostro.

—Eso es bastante triste.

Él se encogió de hombros. —Quizás lo sea, pero es la verdad. Eso no significa que no pueda disfrutar de la vida con otros, sin embargo. —Le guiñó un ojo, tratando de romper la tensión del momento—. Como cierta dama a la que apenas reconozco esta noche.

Ella se rió de eso y le ofreció su brazo. —¿Deberíamos dar una vuelta por la sala?

—¿Una vuelta por la sala? —Nunca había oído tal expresión antes, y cuando ella volvió a reír, se alegró de que hubieran vuelto a las bromas ligeras que siempre los habían acercado más. Sin embargo, apenas habían escapado de las sombras cuando una gran presencia apareció frente a ellos.

—Lady Julia —dijo una voz profunda, y cuando Eddie levantó la vista para encontrar al duque de Clarence, su determinación se endureció instantáneamente. El hombre lo miró de reojo con cierta curiosidad—. ¿Y quién es, dígame, su acompañante?

—Este es el señor Francis —presentó Julia a Eddie, y la sonrisa que le dio calentó su corazón por un breve momento.

—¿Cómo está usted? —preguntó el duque educadamente, antes de volver su atención a Julia, y Eddie quiso colocar un brazo alrededor de ella y abrazarla fuertemente para decirle al hombre que esta mujer era suya, y que si el duque podía apartarse. Pero, por supuesto, no podía hacer eso, especialmente no aquí, entre toda esta gente.

—Lady Julia —continuó el duque—. ¿Le gustaría bailar?

—Oh —dijo ella, formando una O con esos labios rojos—. Yo, yo...

Miró a Eddie, y él pudo leer la desesperación en su rostro mientras estaba claramente indecisa sobre qué decir.

—Adelante —la animó, sin ver otra opción. Ella claramente había querido bailar, y él no sería quien la complaciera esta noche. El duque lo miró con cierta diversión y curiosidad, al ver que ella necesitaba su aprobación—. Podemos pasear más tarde —añadió Eddie.

—De acuerdo —dijo ella con cierta vacilación, y cuando movió su mano de la de él a la del duque, el corazón de Eddie dio un vuelco en su pecho, pero se obligó a mantener la sonrisa en su rostro. Asintió hacia los dos y se volvió para buscar otra bebida, sabiendo que no podía quedarse ahí y verlos juntos.

Capítulo Veintitrés

Julia mantuvo los ojos fijos en Eddie por encima del hombro del Duque mientras este deambulaba entre la multitud. Parecía que estaba decidido a encontrar algo, aunque no estaba segura de qué. Sabía que no estaba comiendo la rica comida en un esfuerzo por mantener su peso, como hacían él y los otros jinetes. Apenas podía imaginar tener que ser tan cuidadosa.

Julia pensó en la forma en que él la había mirado y se preguntó qué futuro podrían tener juntos. ¿Cómo sería su vida con él? Sabía que no sería la vida a la que estaba acostumbrada, y estaba bien con ello. Una vida alrededor del hipódromo sería algo que acogería, no de lo que rehuiría. Estaba nerviosa por las carreras de Eddie y los posibles peligros que podrían acecharle, pero eso era parte de él y ahora lo entendía, mejor de lo que podría haber imaginado antes. Estaba preparada para esto. Ahora solo tenía que convencerle de que funcionaría.

De repente, Julia oyó al Duque aclararse la garganta y se giró bruscamente para mirarle. Por supuesto que era un vals, aunque ella estaba haciendo todo lo posible por mantener una distancia entre sus cuerpos.

—Debo disculparme, Su Gracia —dijo avergonzada—. ¿Le importaría repetir su pregunta?

Su sonrisa conocedora regresó mientras la miraba desde arriba. Se sentía increíblemente pequeña en sus brazos. El Duque era un hombre alto con una complexión ancha. Julia estaba acostumbrada a

sentirse empequeñecida por los demás, pero había algo en la manera en que él se comportaba que la abrumaba aún más. No podía evitar compararle con Eddie, el único hombre que la hacía sentir como si fueran iguales en todos los aspectos.

—Pregunté cuáles eran vuestros pensamientos sobre la próxima carrera —repitió.

—¿Las Dos Mil Guineas?

—¿Qué otra carrera importa? —preguntó con una sonrisa burlona.

—Cierto, por supuesto. Bueno, espero que a Orianna le vaya bien —dijo lentamente, determinando qué más debería decir, pues el Duque parecía estar insinuando algo, aunque no estaba segura de qué—. Parece estar lista. Principalmente quiero enorgullecer a mi padre.

—Sí, la reunión con vuestro jinete el otro día fue muy interesante —dijo, y ella se tensó ligeramente—. James Smith era su nombre, si recuerdo correctamente.

—Sí, es correcto.

—Decidme, ¿cómo lo encontrasteis?

—Oh, es una historia intrigante, pero larga —dijo, intentando que sonara como algo en lo que él no estaría interesado.

—Tenemos tiempo.

Así que Julia le contó la historia de Sam Abney encontrado borracho e incapaz de montar, y de cómo le hablaron de un mozo de cuadra que era un potencial jinete. —Espero que todo salga bien.

—Sí —dijo lentamente—. Me resultó bastante familiar, debo decir. Tuve un jinete en el pasado que guardaba un parecido asombroso con él... Will Scott, creo que se llamaba.

—Oh —dijo Julia débilmente, con el corazón latiéndole ahora incontrolablemente—. Qué... interesante.

—Mucho —dijo él, curvando los labios en una sonrisa, y Julia tuvo la repentina sensación de que lo sabía todo. Cómo, no tenía ni idea, pero el Duque era un hombre inteligente. De repente, no deseaba otra cosa que alejarse de él, y cuando la música llegó a su fin, se apartó tan rápido como pudo.

—Gracias, Su Gracia —dijo con una rápida reverencia, y luego hizo todo lo posible para no salir prácticamente corriendo.

* * *

—¿Eddie Francis?

Eddie se detuvo con la bebida a medio camino de su boca. Conocía esa voz. Se giró para encontrar a Lord St. Albans de pie junto a él en la barra. El hombre apenas había envejecido desde que Eddie había trabajado para él ocho años atrás.

Al ver el rostro familiar de Eddie, el Conde esbozó una sonrisa, extendiendo su mano hacia él. —¡Me alegra verte, muchacho! Ha pasado demasiado tiempo.

Eddie se molestó ligeramente por cómo se refería a él St. Albans, pero supuso que debía esperarlo de un hombre que lo conocía desde que era un niño pequeño. Asintió y extendió su mano para tomar la del Conde. —Y a usted, mi señor.

—Te estás haciendo un nombre en las pistas. Si alguna vez dejas a Torrington, tendrás que darme la oportunidad de contratarte yo mismo.

Eddie asintió, tragando saliva con dificultad. El hombre estaba ansioso por contratarlo como jinete, pero todo lo que podía pensar era en lo que el Conde pensaría de él cortejando a su hija.

—Así lo haré.

—He oído que Torrington está recibiendo preguntas sobre el caballo que estás montando.

—Valiant —dijo Eddie con un asentimiento—. He oído lo mismo. Aunque seguiré montando mientras no me digan nada diferente sobre mi papel o el caballo.

—Es justo —dijo St. Albans, pareciendo aprobar el hecho de que Eddie permitiría que la cuestión de la identidad de Valiant quedara en manos de los señores—. Espero que todo salga bien para él... y para ti también.

—Gracias, mi señor —dijo.

—Lamento el fallecimiento de tu padre —dijo Lord St. Albans, poniéndose algo más serio, y Eddie asintió, reconociendo sus palabras. Habían pasado unos años ya, pero debía admitir que aún lo echaba de menos.

—¿Y cómo está tu madre? —preguntó St. Albans. La madre de Eddie había dejado su empleo para vivir con su hermana en un pequeño pueblo cercano.

—Está bien —dijo con una sonrisa afectuosa.

—Muy bien —dijo el Conde, pero luego su expresión se estrechó ligeramente—. Dime, ¿qué te trae por aquí esta noche?

Que era precisamente la pregunta que Eddie había estado intentando evitar.

—Yo, ah, fui invitado —dijo, inseguro de qué decir exactamente hasta que sintió una presencia a su lado.

—Padre —dijo Julia, poniéndose ligeramente entre ellos, y St. Albans miró de ella a Eddie, como preguntándose por qué no lo saludaba con la sorpresa de que hubieran pasado años desde su encuentro anterior.

—¿Ya habéis tenido la oportunidad de conocer al... señor Francis esta noche?

—Así es —dijo ella con un asentimiento—. De hecho, vi por primera vez a Ed... al señor Francis en las pistas hace unos días y retomé su conocimiento entonces.

—Ya veo —dijo su padre lentamente, y afortunadamente eso fue lo último que Julia dijo sobre su relación—. Bueno, deberíamos marcharnos, ¿no crees? —preguntó St. Albans, mirando a Julia y ofreciéndole su brazo—. Buenas noches, señor Francis.

—Buenas noches, mi señor.

Efectivamente despedido, Eddie no vio razón para permanecer más tiempo, aunque captó la mirada anhelante que Julia lanzó por encima de su hombro, y él respondió con una sonrisa y un encogimiento de hombros. Se dirigía hacia la puerta cuando fue interceptado por Lady Elizabeth. Suspiró internamente pero sonrió para ella. No era culpa suya que él se sintiera bastante disgustado en ese momento.

—Mi señora —dijo con una ligera reverencia.

—Señor Francis —dijo ella a su vez—. Espero que esté disfrutando de la velada.

—Esta es una casa hermosa —dijo con sinceridad—. Y la noche ha sido bastante interesante, eso es seguro.

Ella lo miró con complicidad. —Una elección *interesante* de palabras, señor Francis.

Él le dedicó una media sonrisa. No iba a mentirle, y podía ver que era una mujer que apreciaba la honestidad.

—Tengo una pregunta para usted —dijo ella, y él asintió para que continuara—. Julia... está bastante prendada de usted, como seguro que sabe, pues no es de las que ocultan sus sentimientos.

—Estoy de acuerdo, no lo es —dijo él.

—Esto es bastante impertinente, pero ¿siente usted lo mismo por ella? Me disculpo por la pregunta directa, pero no quiero verla perder su corazón. Sé que es mucho más fuerte de lo que la mayoría le da crédito, pero creo que se ha sentido enamorada de usted durante casi una década. La idea de que ahora caiga aún más rendida por usted, solo para que usted se aleje, sería difícil de presenciar, y nunca quisiera verla pasar por eso.

Él asintió, comprendiendo, y vio la oportunidad de pedir la opinión de alguien que entendería plenamente su dilema actual. —Por eso he hecho todo lo posible para no permitir que nuestra relación se vuelva más cercana, y sin embargo... sigue siendo difícil mantenerme alejado de ella. Y esto me lleva a una pregunta para usted, Lady Elizabeth. ¿Cree que es justo que le entregue mi propio corazón? ¿Es una vida conmigo la que ella merece, o estaría mucho mejor con un hombre como el Duque, que parece tan prendado de ella?

Una mirada sombría pasó por las facciones de Lady Elizabeth al mencionar al Duque, y él recordó las palabras de Julia sobre su misteriosa relación, pero lo olvidó cuando ella comenzó a hablar.

—Julia ha conocido una vida privilegiada, es cierto —dijo lentamente—. Pero no es ingenua. Sabe lo que le esperaría si abandonara la vida que ha conocido. No perseguiría una relación con usted si no estuviera preparada para renunciar a todo.

Él asintió. —Es una romántica —comentó, y Elizabeth sonrió en acuerdo.

—Así la describiría, sí. La conoce bien.

—Así es —respondió él—. Lo que me pregunto es si todo esto parece un sacrificio aventurero en nombre del romance en este momento. ¿Qué pasará dentro de un año, cuando la vida se convierta en una carrera tras otra, trasladándose de una pista a la siguiente? ¿Cuánto tiempo podrá sentarse allí y verme salir a la pista? Puedo ofrecerle un hogar, pero no será nada comparado con lo que conoce ahora, y aunque habría algo de ayuda, no habrá alguien atendiendo a todas sus necesidades. ¿Seguirá queriendo esto dentro de cinco años, diez años?

—No tengo la respuesta para usted, señor Francis —dijo ella, con una sonrisa pesarosa—. Ojalá la tuviera, pero cuando se trata de amor solo tengo consejos prácticos, por así decirlo. Su respuesta es una que solo puede provenir del corazón. Y mi propio corazón no tiene nada que ver con ello. Debe determinar lo que el de Julia tiene que decir.

Eddie se quedó paralizado mientras la miraba. ¿Determinar lo que el corazón de Julia tenía que decir? ¿Cómo demonios se suponía que iba a hacer eso?

Lady Elizabeth debió haber percibido su desconcierto porque puso una mano gentil en su brazo por un momento.

—No le dé demasiadas vueltas —dijo con una pequeña sonrisa—. Aunque yo siempre me encuentro en mi cabeza, he oído que a menudo es mejor seguir el corazón.

Y con un revoloteo de faldas, se alejó, dejando a Eddie mirándola fijamente por un momento antes de finalmente recomponerse. Echó un vistazo para ver si Julia seguía presente, pero su cabeza rubia, aunque baja, no se veía por ninguna parte.

Fue suficiente para devolverlo al momento, y antes de que pudiera pensar más en lo que estaba haciendo, se giró y abandonó la mansión Moreland.

Capítulo Veinticuatro

Julia despertó a la mañana siguiente con los rayos del sol de lleno en la cara por primera vez en mucho tiempo. Los madrugones se habían convertido en un hábito, al parecer. El día finalmente había llegado: las Dos Mil Guineas estaban aquí. Ella y Orianna realizarían un ligero calentamiento, pero ese sería el límite de lo que quedaba de su entrenamiento, y luego comenzaría la carrera.

—Has aprendido tanto como podrías aprender antes de esta carrera —le había dicho Eddie—. Ahora es momento de relajarte y preparar tu mente incluso más que tu cuerpo. Recuerda todo lo que te dije sobre la carrera y repite esa visión, una y otra vez.

Julia recordaba haber asentido, y ahora estaba haciendo todo lo posible por seguir ese consejo y mantener a raya los nervios.

Solo tenía que sobrellevar la mañana hasta la carrera de la tarde. Llegaría a la pista con su familia, participaría en muchos de los eventos sociales del día, y luego tendría que escabullirse de las gradas y ponerse sus colores de carreras. Después de la carrera habría una fiesta, por supuesto, a la que ya había invitado a Eddie, sin importar los resultados de la carrera de hoy. Esperaba que viniera. Sabía que no lo había pasado muy bien anoche, pero ahora también sabía exactamente qué era lo que tanto le molestaba de la nobleza. Simplemente tenía que hacerle ver que no todos eran como el hombre que lo había engendrado. Luego le diría cómo se sentía y

determinarían la mejor manera de seguir adelante, porque después, no tenía idea de cuándo volvería a verlo.

Pero basta de eso. Tenía una carrera en la que concentrarse.

Después de desayunar sola, Julia se retiró al salón con el último ejemplar de *The Women's Weekly*. Ya tenía unos días, pues había sido enviado desde Londres y el correo tardaba algún tiempo. Con las próximas Dos Mil Guineas, su amiga Phoebe, la editora del periódico, había prometido que el artículo de Julia ocuparía un lugar destacado.

Y efectivamente, ahí estaba. Phoebe había cumplido su palabra, y la columna de Julia, escrita por "Una entusiasta de las carreras", según la firma, detallaba los caballos que estaban programados para correr y las diversas probabilidades de cada uno. Julia repasó la columna una vez más, solo para asegurarse de que era exactamente como la había enviado, y luego se permitió una sonrisa de felicitación. Pensó que había retratado con precisión las posibilidades de Orianna, a pesar de que ella, por supuesto, estaba deseando que su caballo ganara. Pero era Valiant —con Eddie montándolo— quien tenía las mejores probabilidades.

Se acomodó mientras se recostaba en el sofá para una hora de preparación mental para la carrera. Miró alrededor de la habitación que había llegado a conocer tan bien que apenas le prestaba atención.

La habitación le iba bien a su madre, pensó. Las paredes eran de un interesante tono de lavanda, cubiertas de retratos y paisajes, todos relacionados con la familia St. Albans. El color púrpura dominante incluso combinaba con sus colores de carreras, pensó Julia con humor.

Al menos el sofá era cómodo y, en un día normal, le permitía levantar la vista de sus libros de vez en cuando para ver las extensas colinas que se desplegaban desde la ventana de al lado hasta los terrenos adyacentes.

Hoy, sin embargo, no creía que pudiera concentrarse en un libro, ni en nada realmente, con Eddie y las Dos Mil Guineas por venir esta tarde. Porque no solo estaban sus perspectivas en la carrera, sino ¿qué pasaría después? ¿Volvería a Londres con su familia, para no

ver a Eddie nunca más excepto por encuentros casuales en futuras carreras, o cuando lo viera desde las gradas? No estaba segura de poder volver a entrar en un hipódromo sabiendo que solo podría verlo desde lejos.

Inquieta ahora, Julia se levantó y comenzó a caminar por la habitación. Esperaría hasta después de la carrera —con suerte en la fiesta de esta noche, si él asistía—. Entonces le diría que estaba dejando a su familia para estar con él, si él la aceptaba.

—¿Julia?

Julia casi saltó del susto al oír la voz de su madre en la puerta del salón, y se giró desde donde ahora estaba junto a la ventana con una mano en el pecho.

—Madre —dijo, riendo ligeramente de su propio sobresalto—. Lo siento mucho, no te oí entrar.

—Estabas sumida en tus pensamientos —dijo su madre con una sonrisa—. Lo cual entiendo.

—¿Tú... entiendes? —respondió Julia con un toque de inquietud. ¿Acaso su madre no tenía idea de en qué estaba metida actualmente?

—Por supuesto que sí —dijo Lady St. Albans—. Una madre sabe cuando su hija está enamorada.

Julia dejó escapar una pequeña risa de alivio ante las palabras de su madre.

—¿Enamorada? ¿Por qué pensarías tal cosa?

—Puedo verlo en ti —dijo su madre, tomando la mano de Julia y sentándola en el sofá a su lado. Envolvió ambas manos de Julia entre las suyas y miró a su hija profundamente a los ojos—. Estás más soñadora de lo habitual, y has estado bastante olvidadiza. Sin mencionar el hecho de que has estado escapándote de casa a todas horas del día.

—Pero... yo no... es decir, nunca...

—Sé que no has hecho nada indebido —dijo su madre—. Confío en ti en eso. Pero me preocupo por ti, Julia. Tienes que tener cuidado.

—Lo sé, madre —dijo ella con un asentimiento, sintiéndose culpable por haber causado preocupaciones innecesarias a su

madre, y quizás a su padre—. Nunca quise preocuparte.

—Una madre siempre está preocupada —dijo Lady St. Albans—. Desde el día en que se entera de que está esperando un hijo hasta su último aliento, se preocupa por sus hijos.

—Algunas lo hacen —dijo Julia, agradecida de tener una madre así—. Y lo aprecio. Intentaré no preocuparte más.

Lady St. Albans agitó una mano en el aire.

—Estar enamorada es algo mágico. Debería saberlo, he estado enamorada toda mi vida. Soy muy consciente de lo afortunada que soy como mujer. Sabes, Julia, que más que nada quiero que seas feliz. Y sé que has elegido a un excelente hombre. No soy de las que creen que debes perseguir el título más alto, como siempre te he dicho.

Julia asintió, con el corazón latiendo ansiosamente en su pecho. Su madre entendía. Menos mal. Aunque no tenía idea de cómo se había enterado de Eddie.

—Sin embargo, no puedo decir que esté descontenta de que hayas encontrado a un hombre cuyo rango es uno de los más altos de Inglaterra.

La mandíbula de Julia se abrió de golpe.

—¿Perdón?

—Bueno, el Duque de Clarence es la primera elección de casi todas las madres del *ton* para sus hijas —continuó la madre de Julia —. Nunca te empujé hacia él, pero tengo que decir que estoy muy contenta de que hayáis encontrado el camino juntos.

—Oh, madre —dijo Julia, casi con desconsuelo—. ¿Por qué pensarías que estoy interesada en el Duque?

Era el turno de su madre de parecer confundida.

—Bueno, vino a visitarte el otro día. Ha estado preguntando a tu padre si hay algún otro hombre que te esté cortejando. Y cuando os vi bailar juntos anoche, oh, estabas tan encantadora, Julia.

—No creo que combinemos exactamente —murmuró Julia—. El hombre me saca una cabeza.

—Es muy masculino —dijo su madre con una sonrisa cómplice, y Julia casi gimió en voz alta.

—Puede que sí, pero...

—Tu padre está esperando su petición de tu mano en matrimonio.

—¿Matrimonio? —exclamó Julia.

—Haríais una excelente pareja —dijo su madre, con las mejillas ya sonrosadas ante la idea—. Y no solo eso, también tiene interés por los caballos, por lo que estoy segura de que te veríamos mucho en las carreras del circuito durante todo el verano. Oh, qué divertido sería. Y me han dicho —por tu padre, por supuesto— que tiene una buena cuadra, así que estoy segura de que habrá muchos caballos que el Duque incluso te daría como propios.

—Madre —Julia tenía que poner fin a esto—. Hay un problema.

—¿Y cuál es?

—No estoy enamorada del Duque de Clarence. De hecho, ni siquiera estoy interesada en él como algo más que un conocido.

—¿De verdad? —Su madre parecía conmocionada, con la boca formando una O redonda—. Pero parecías tan... es decir, él siempre fue tan atento y tú nunca... —Su madre se detuvo un momento, reflexionando sobre las palabras de Julia, quizás repasando todo lo que había visto entre Julia y el Duque—. Oh, vaya. Ahora me siento algo tonta, debo admitirlo. Pensé que te conocía mejor, debo decir. Aunque, querida, parece que el Duque *sí* está bastante encariñado contigo, así que quizás dale una oportunidad, ¿lo harás? No habéis tenido mucho tiempo juntos. Quizás simplemente necesitéis conoceros mejor.

Julia solo pudo asentir en silencio. Debería contarle a su madre ahora sobre Eddie, pero ¿cuál era el punto? Hasta que él dejara claras sus intenciones hacia ella, no habría razón para informar a su madre —o se preocuparía aún más, o elevaría sus expectativas. Julia no estaba segura de qué sería peor.

* * *

Eddie nunca antes había estado tan distraído el día de una carrera. Las mujeres, por supuesto, habían ocupado previamente sus pensamientos, pero siempre había sido capaz de separar esa parte

de su vida del hipódromo. Con Julia, todo eso había cambiado. Ella era muy diferente a cualquier otra mujer que jamás hubiese conocido, lo que se reflejaba en sus propios sentimientos hacia ella.

Empujó la puerta de la casa club de los jinetes, sin sorprenderse de encontrar que Will ya estaba allí, sentado en medio del vestuario rodeado por un grupo de otros jinetes, todos interesados en escuchar las últimas hazañas de Will.

—No seas tímido, Will. Te vimos caminando con una gran mujer anoche. ¡Sin duda no una que haya visto antes por Newmarket! ¡Cuéntanos más! —exigió un jinete, mientras otros se unían a sus bromas. Will simplemente se rio.

—Esta vez no, muchachos —dijo, lo que provocó algunos gruñidos. Will era conocido por sus legendarias historias. Interesante. Al parecer, Maybelle también era diferente a las demás. Eddie se alegró de que Will no le hubiera hecho quedar como un mentiroso, en cualquier caso.

—¡Eddie! —llamó Will ahora, claramente aliviado de tener una distracción cuando Eddie entró en la habitación—. ¡Aquí hay alguien más a quien podríais querer interrogar, chicos! ¡Mi amigo aquí ha encontrado una nueva dama también, quizá podríais pedirle que comparta más!

—No hay nada que contar —dijo Eddie con un guiño, esperando que lo tomaran como suficiente para decir que había habido avances entre los dos, aunque no algo de lo que fuera a hablar. De cualquier manera, ciertamente no iba a compartir sus sentimientos con los otros jinetes, ni serían sus pensamientos sobre Julia lo que este grupo estaría esperando.

—¡Nada que contar *todavía*, quieres decir! —rugió otro, y Eddie puso los ojos en blanco con buen humor. Le encantaba cuando el vestuario de los jinetes tenía este aire de jovialidad, especialmente en día de carreras. Había momentos en que estaba tranquilo y sombrío, pero prefería mucho más distraerse de la seriedad que vendría en unos momentos.

Encontró sus colores de carreras listos para él y se cambió rápidamente a los colores rojo y blanco de Lord Torrington antes de sentarse y tomarse más tiempo para atarse las botas. Finalmente se

volvió y encontró su gorra, poniéndosela en el ángulo exacto. Eddie no era excesivamente supersticioso, pero disfrutaba siguiendo su rutina del día de carreras. Hoy la completaría exactamente como había hecho cada vez que se subía al lomo de un caballo para correr a toda velocidad.

Will se inclinó y colocó una mano en su hombro, como hacía cada vez que competían juntos. Eddie lo estaba esperando. Mientras que *él* podría no ser excesivamente supersticioso, Will ciertamente lo era.

—¿Listo? —preguntó Will.

—Listo —afirmó Eddie, y lo estaba. Estaba preparado para correr, por supuesto, pero también estaba ansioso por ver cómo le iba a Julia. ¿Todo su entrenamiento, toda su enseñanza, se mostraría en sus resultados hoy? Siempre se había preguntado qué tipo de entrenador sería, no solo de caballos, sino también de personas. Sería interesante ver cómo respondería Julia una vez que estuviera dentro del hipódromo.

Se levantó, tomó su silla para dirigirse a las básculas para pesarse, y salió de la habitación, queriendo entrar allí antes que el resto de los jinetes lo hicieran. Mientras caminaba por el pasillo, miró a izquierda y derecha buscando a Julia. Claramente ella no se cambiaría entre el resto de ellos, pero tenía que pesarse.

Eddie estaba a punto de entrar en la sala de peso cuando una mano se extendió frente a él, y se detuvo abruptamente. ¿Quién querría tener algo que ver con él ahora?

—Sr. Francis.

Eddie maldijo, y esta vez no en silencio.

—Sr. Young, este no es buen momento. Estoy a punto de correr.

—Sí, bueno, ese es el problema —dijo Young, golpeando nerviosamente su mano contra su pierna—. No correrá usted hoy.

Capítulo Veinticinco

—¿De qué estás hablando? —preguntó Eddie lentamente. No era un hombre que se enfadara con facilidad, pero no estaba seguro de cuánto más podría aguantar a Elias Young y sus interrogatorios. Que sugiriera que Eddie no iba a competir, bueno...

—Valiant no está autorizado para correr —continuó Young—. Hemos confirmado que Valiant no es realmente Valiant.

Eddie negó con la cabeza, incrédulo.

—Eso no puede ser. He montado a ese caballo durante más de un año, y nunca antes se cuestionó su identidad. Cuando empecé a montarlo, necesitaba trabajo. No era el caballo experimentado que usted afirma que era antes.

—Eso era porque estaba nervioso —continuó Young con determinación—. Lo habían escondido durante un tiempo, algunas de sus manchas habían sido ennegrecidas para que el cambio de identidad no fuera tan evidente. No había estado con un mozo de cuadra ni entrenador durante meses, y era su primera vez de vuelta después de que sanara su lesión. También lo llamabas por un nombre diferente. No estaba preparado para la pista entonces, pero parece que ha vuelto a ser el de siempre durante el tiempo que has estado montándolo.

—Sigo sin creerlo —dijo Eddie, frotándose la sien—. ¿Qué os ha llevado a determinar tal cosa?

—Me temo que es cierto, hijo —llegó una voz más profunda desde el pasillo, seguida de los lentos pasos de un hombre que

pronto se reveló como Lord St. Albans. Llevaba una expresión de pesar, simpatía y, Eddie se preguntó, ¿era eso algo de desconfianza en sus ojos mientras lo miraba? —Se ha demostrado que Valiant es, de hecho, Midnight Express. El verdadero Valiant ha sido localizado, y está lejos de ser el caballo de carreras que es Midnight.

Eddie solo pudo mirarlo con asombro durante un momento.

—¿Dónde está? ¿El verdadero Valiant?

—En la finca de Torrington, lejos de aquí, y de ahí el retraso en la investigación —dijo el Conde, inclinando la cabeza mientras observaba a Eddie, probablemente para determinar si estaba sorprendido por la información.

—Dios mío —dijo Eddie, apoyándose contra la pared detrás de él —. No tenía ni idea.

El padre de Julia hizo una pausa por un momento.

—Torrington ha estado bastante callado sobre el asunto, pero hay otra persona que dice que tú lo sabías.

—¿Qué? —Eddie levantó la mirada sorprendido—. ¿Quién? Jamás en mi vida permitiría que algo así ocurriera sin informar a nadie, ni montaría nunca un caballo que se determinara que es un fraude. No arriesgaría mi carrera, ni mi honor.

—Me gustaría creer eso, hijo, de verdad —dijo St. Albans, y Eddie pudo sentir sus manos cerrándose en puños a los costados—. Te conozco bien, y fuiste criado por un hombre que nunca enseñaría a su hijo a hacer tal cosa.

—¿Pero? —Claramente había más. El Conde de repente parecía aún más incómodo, y Elias Young intervino con vacilación.

—Alguien —un miembro del Jockey Club, de hecho— ha presentado información sobre tu pasado.

—¿Ah sí? —Eddie lo miró fríamente, a pesar del sudor que empezaba a formarse en su frente.

—Dice que accediste de buena gana a ayudar a Torrington para vengarte de tu padre. Tu verdadero padre.

—Mi verdadero padre es Adam Francis —dijo Eddie con rigidez, y Young cambió el peso de un pie a otro.

—La afirmación es que tu padre, en realidad, es el Vizconde de Dorchester, él mismo propietario de muchos grandes caballos de

carreras.

—¿Y quién sugeriría tal cosa? —exigió Eddie.

—Supongo que es justo decirte el nombre de tu acusador —dijo Young, aunque St. Albans parecía aún más incómodo—. Lord Dorchester es un íntimo conocido de Lord Totnes. Dorchester lo mencionó de pasada en algún momento, y Totnes reveló la información.

—Malditos sean sus ojos —siseó Eddie, refiriéndose tanto a su propio padre como a Totnes. ¿Por qué el Vizconde de Dorchester confesaría jamás tal cosa? A menos que... a menos que todo esto fuera parte de un plan mayor para eliminar a Valiant de la carrera y desprestigiar a Torrington.

Eddie recordó que Julia le había contado que Torrington y Totnes habían tenido un desacuerdo hace algún tiempo. Quizás Totnes quería darle una lección a Torrington. Parecía que el hombre se lo merecía, pero no de esta manera. Prohibir al noble correr para siempre, sin embargo, era quizás ir demasiado lejos, así que en su lugar Totnes se había asegurado de que pudiera otorgar la culpa final a otro hombre —un jockey, cuya vida significaba mucho menos que la de un conde.

Si esto era cierto, era como Eddie pensaba: era un peón en el juego de un hombre rico, un juego que estaba perdiendo rotundamente.

—¿Por qué estáis aquí? —preguntó finalmente a St. Albans, y el hombre se encogió de hombros ligeramente.

—Cuando escuché dentro del Jockey Club lo que iba a ocurrir, pedí ser yo quien hablara contigo, dada nuestra historia en común.

Su historia. Pero nunca su futuro. No es que St. Albans tuviera idea de que posiblemente *podría* haber habido un futuro en el que ambos se convertirían en algo más que ex empleador y empleado, sino en familia en realidad. Claramente, ese sueño nunca se haría realidad ahora. Un jockey celebrado casándose con la nobleza era una cosa, pero un jockey deshonrado...

—Gracias —murmuró, sabiendo que nada de esto era culpa de St. Albans. Aunque se preguntaba qué pensaría St. Albans de todo esto.

—No tuve nada que ver con esto —dijo Eddie ahora, mirando fijamente al hombre y manteniendo su mirada—. ¿Me cree?

—Te creo —dijo finalmente el padre de Julia con un firme asentimiento—. ¿Eras entonces consciente de la verdad, sobre tu padre? —preguntó, con el rostro ahora serio.

—Lo era, desde hace unos años —dijo Eddie con un suspiro—. Elegí ignorarlo, en su mayor parte. El hombre coaccionó a mi madre y luego la dejó sola con un hijo. Sé que es vuestro amigo, milord, pero no estoy seguro de que alguna vez pueda perdonarlo.

El Conde permaneció en silencio por un momento.

—Bueno, ahora tiene sentido por qué tu madre dejó su empleo con los Dorchester para venir con nosotros hace todos esos años. En cuanto a este asunto con Torrington y el caballo... es desafortunado, sin duda, pero espero que no haya repercusiones a largo plazo.

—Excepto que puede que nunca vuelva a montar —dijo Eddie con una risa irónica, pasándose una mano por el pelo después de quitarse la gorra—. Nadie contratará a un jockey con semejante reputación.

—No temas, muchacho, todo se arreglará. Quizás podrías montar para nosotros en el futuro, si el nuevo hombre, Smith, no funciona, o podrías llevar algunos de mis otros caballos.

Eddie asintió en silencio, luego llegó a una súbita comprensión. Smith - Julia. La carrera estaría empezando en cualquier momento. Esperaba que ella no se concentrara demasiado en dónde estaba él y que recordara su consejo de concentrarse solo en lo que tenía ante ella entre la puerta de salida y la cabina de los jueces en la línea final.

Nada deseaba más que estar ahí fuera montando junto a ella, pero eso, claramente, no estaba en los planes para hoy.

—Hablaré con usted pronto, milord —dijo con una rápida reverencia a Lord St. Albans, y luego ambos se fueron en direcciones opuestas, cada uno con la misma intención: encontrar a Julia para ver la carrera. Solo que el Conde buscaba a su hija la espectadora y Eddie sabía exactamente dónde encontrarla: a lomos de un caballo.

* * *

Julia estaba a partes iguales agradecida y ligeramente preocupada cuando su padre desapareció poco antes de que la carrera estuviera a punto de comenzar. Ciertamente no era propio de él —prefería estar en su asiento mucho antes de que comenzara la carrera, a tiempo para discutir con los demás quiénes eran los favoritos, determinar cómo se veían las apuestas, y si había cambios de último minuto. Insistía en no perderse ni un momento no solo de la carrera en sí, sino de toda la fanfarria que la rodeaba.

Su misteriosa desaparición, sin embargo, también le había proporcionado la oportunidad de escabullirse. Le dijo a su madre que iba a hablar con Elizabeth y quizás incluso ver la carrera con ella. En cuanto estuvieron fuera de vista, ella y Maybelle corrieron hacia los establos y entraron en uno de los compartimentos vacíos donde, con la ayuda de su doncella, Julia se quitó rápidamente el vestido para revelar las sedas que llevaba debajo, y luego corrió como loca hacia las básculas, una vez más en el último momento, justo a tiempo para no coincidir con los otros jockeys y aún así con tiempo suficiente para llegar a Orianna. A diferencia de la mayoría de los jockeys, no tenía mucho de qué preocuparse en cuanto a mantener su peso bajo. Ninguno de los jockeys era alto, es cierto, pero ella era diminuta en comparación con el resto.

Julia salió corriendo por la puerta de la sala de pesaje para encontrar a Finter caminando de un lado a otro frente a Orianna, claramente agitado.

—¡Gracias a Dios, hombre! —dijo al ver a Julia—. Arriba y en marcha, la carrera está a punto de comenzar.

Julia asintió con la cabeza gacha, luego tragó saliva mientras agarraba el pomo y se izaba sobre Orianna justo cuando sonaba el clarín. Su caballo caminó hasta la puerta de salida, aunque pisoteaba ligeramente impaciente, y Julia le acarició la cruz para calmarla. Orianna respondió a su contacto y a sus palabras murmuradas de consuelo.

Julia buscó a Eddie con la mirada, pero no podía verlo por ninguna parte. Qué extraño. Will la miró y le saludó con la mano con un ligero encogimiento de hombros como si él también estuviera confundido. Julia miró hacia la línea y parecía que quizás faltaba un caballo. ¿Había ocurrido algo con Valiant? ¿Estaba herido?

Julia respiró hondo y se dio cuenta de que tenía que dejar a un lado sus preocupaciones. Cualquier cosa que hubiera ocurrido con Valiant —o Eddie— estaba ahora completamente fuera de su control. Durante los próximos minutos, tenía un objetivo y solo uno. Todo lo demás tendría que esperar.

Cerró los ojos, colocando sus manos contra Orianna una vez más para obtener fuerza de ella mientras revisaba su plan por última vez. Sabía cómo respondía mejor Orianna —probablemente conocía a Orianna mejor que cualquier otro jockey conocería a su montura. Le gustaba adelantarse, correr casi a toda velocidad, conteniéndose ligeramente hasta un estallido final de velocidad. Y, como Julia, prefería correr su propia carrera, así que si podía separarse ligeramente de los otros caballos, estaría mucho mejor.

Tenía una milla. Una milla para ganar las Dos Mil Guineas —como propietaria, algo por lo que ninguno de los otros jockeys competía— pero aún más importante, una milla para demostrarse a sí misma que era capaz de hacerlo. Ella, Julia Stone, una mujer, podía competir con hombres y ganar.

Los caballos estaban en posición en el poste de salida, danzando mientras esperaban para salir, y Julia estaba lista, sentada recta y firme, con los talones abajo en los estribos.

Julia sabía que a su alrededor, el hipódromo estaría rebosante de vida, con vendedores de comida y corredores de apuestas gritando para captar la atención de todos los que miraban, desde los carteristas y prostitutas hasta la nobleza que se sentaba en los carruajes y la torre de vigilancia. Cerró los ojos, ignorándolo todo, concentrándose solo en el verde ondulante frente a ella, esta vez conociendo la pista, sabiendo qué hondonadas evitar, dónde podrían tropezar los caballos y cuándo el césped comenzaba a elevarse hacia la meta.

La bandera blanca del juez de salida ondeó, y los caballos saltaron fuera de la puerta. Julia estaba preparada para el impacto del comienzo de la carrera, y se inclinó sobre el cuello de Orianna, estirando su cuerpo sobre ella mientras permanecía tan cerca como le era posible. Se concentró en lo que tenía delante, y en la cabina del juez a lo lejos —su objetivo final.

De fondo, podía oír el rugido de la multitud que bordeaba la pista, el estruendo de los cascos de los caballos a su alrededor, y el chasquido de los látigos de los otros jockeys, la mayoría en el aire a su alrededor. Julia dejó su látigo donde estaba —en la parte trasera de sus pantalones. No había necesidad de amenazar a su caballo y, de hecho, solo aseguraría que la terca Orianna hiciera exactamente lo contrario de lo que Julia quería.

Julia dio rienda suelta a Orianna y descubrió que estaba casi cabeza con cabeza con otros dos corredores. Will sobre un bayo, Cloud Dancer, y el otro un jockey que solo había visto de paso montando un gris —Thunderstruck, sabía que era el nombre del caballo. El resto del campo estaba dentro de su visión, pero muy lentamente desapareciendo de vista. Esperaba no haber permitido a Orianna demasiada velocidad demasiado pronto. Sacudió ligeramente la cabeza. Estos eran los pensamientos que tenía que evitar. Sin segundas conjeturas, sin mirar atrás, podía oír a Eddie diciéndole. Solo adelante.

El tercer caballo, Thunderstruck, comenzó a quedarse ligeramente atrás, y pronto pareció ser entre Julia sobre Orianna y Will sobre Cloud Dancer, cabalgando cabeza con cabeza. Claramente Valiant no estaba en esta carrera, porque estaría al frente, o, al menos, cabalgando entre ellos. Julia estaba decepcionada —había esperado competir con Eddie una vez más, pero no podía pensar en eso ahora. La torre verde de vigilancia se hacía prominente a un lado, y mientras los postes blancos de la valla pasaban, Julia se preguntó si debería instar a Orianna a ir más rápido ahora o esperar un poco más. Esta era la parte que había practicado, pero sabía que tenía que guiarse por la intuición.

Solo un momento más, pensó, uno más —pero entonces Cloud Dancer comenzó a alejarse, y Julia supo que era ahora o nunca. Dio

un golpe con las riendas, instando a Orianna a avanzar mientras comenzaban la ligera subida, gritándole al oído que corriera, y corriera rápido.

Ella y Will estaban ahora en un sprint total, dando todo lo que tenían. Julia empujó a Orianna, sintiendo el poder del caballo bajo ella, sabiendo intrínsecamente que estaba corriendo con toda la velocidad que poseía. Y entonces pasaron la meta, disminuyendo la velocidad mientras la multitud rugía, y Julia cerró los ojos por un momento antes de darse la vuelta para mirar los colores revelados en el puesto del juez.

Púrpura y blanco.

Capítulo Veintiséis

No podía creerlo.

Julia parpadeó una vez, dos veces, y luego miró a su alrededor con incredulidad a la multitud que la vitoreaba. Miró hacia la tribuna donde su padre solía estar, aunque por supuesto no podía verlo a esa distancia ni a través de los cuerpos que había entre ellos.

Con un grito de alegría, se inclinó y rodeó con sus brazos el cuello de Orianna, mientras el pelo de su crin le hacía cosquillas en la nariz.

—Lo hicimos, chica —dijo con fiereza, pensando que podría besar al caballo—. Lo hicimos. Ganamos las Dos Mil Guineas.

Pero esta victoria no solo les pertenecía a ellas dos. Julia se incorporó, notando las expresiones de asombro en los rostros de los espectadores. Al parecer, no era habitual que los jinetes abrazaran a sus caballos. Pero en ese momento no le importaba.

Eddie no podía estar lejos. Sin importar lo que hubiera pasado, no se perdería una carrera como esta, ni —esperaba ella— su propia actuación.

Entonces, de repente, su mirada se detuvo. Allí estaba él. Estaba apoyado contra un poste de la valla, con los ojos fijos en ella, su cuerpo inmóvil. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y parecía como si no tuviera ninguna preocupación en el mundo, a pesar de que, claramente, algo andaba definitivamente mal.

Pero sus ojos brillaban, emocionados, y una sonrisa cubría sus labios mientras la observaba. Cuando ella se quedó paralizada, a

pesar de la actividad a su alrededor, él simplemente le guiñó un ojo, y eso fue suficiente para que sus propios labios respondieran con una sonrisa solo para él: una sonrisa de victoria, de felicidad que nunca había creído posible. Él la había ayudado a ganar. Y apenas podía esperar para celebrarlo.

Pero primero, tenía que desaparecer. Finter apareció, mirando alrededor con curiosidad —buscándola a ella, como Lady Julia Stone, probablemente—. Cuando tomó las riendas de Orianna, Julia le dio a su caballo una última palmada mientras se bajaba y cogía la silla antes de salir corriendo para el pesaje, manteniendo la cabeza gacha mientras intentaba evitar a cualquiera que pudiera interponerse en su camino. Había visto a Will empezar a caminar hacia ella, probablemente para felicitarla, pero no tenía tiempo. Por maleducada que pudiera parecer, le hizo un rápido saludo con la mano y continuó tan rápido como pudo.

Julia fue tan rápida que fue la primera en pesarse, y salió de la sala antes de que llegara nadie más. Corrió, hasta finalmente llegar al puesto donde había dejado su ropa.

—¡Maybelle! —exclamó, pero cuando abrió la puerta, no era Maybelle quien la esperaba.

—¡Eddie! —gritó en cambio, cuando lo vio esperándola. Con dos pasos rápidos, se lanzó a sus brazos, envolviendo sus piernas alrededor de su cintura mientras reía de alegría.

—¡Ganamos! Ganamos.

Fue como si en ese momento la realidad de todo finalmente la golpeara y respiró profundamente.

—¿Puedes creerlo?

Llevó las palmas de sus manos a las mejillas de él, mirándolo, incrédula.

—En realidad —dijo él con una sonrisa orgullosa—, sí puedo creerlo. Eres una jinete increíble, pequeña. Y tu vínculo con ese caballo es casi increíble. Nunca dudé de ti ni un momento. Todo lo que necesitabas aprender era a no dudar de ti misma.

Se miraron a los ojos durante un minuto, hasta que finalmente la sonrisa de ella desapareció al darse cuenta de lo egoísta que estaba siendo.

Se deslizó fácilmente por su cuerpo, ya que sus ropas eran seda sobre seda, hasta que sus pies volvieron al suelo.

—Pero Eddie... ¿dónde estabas? ¿Le pasó algo a Valiant?

La sonrisa de él también desapareció entonces, y se pasó una mano por la cara como si se estuviera ocultando de ella por un momento. Cuando volvió a mirarla, la sonrisa había regresado, pero claramente era forzada.

—Mejor no preocuparse por eso ahora —dijo como si no hubiera ningún problema, aunque su pregunta claramente le había recordado lo que fuera que le estaba preocupando.

Ella resopló.

—¡Como si eso me convenciera de no pensar en lo que sea que te está molestando, Eddie! No —continuó, levantando un dedo entre ellos—. Dime qué está mal. Por favor.

* * *

Eddie no quería arruinar este momento para ella, pero no veía otra salida ahora. Era evidente que ella se había dado cuenta de que algo iba mal, y él no sabía cómo convencerla de lo contrario. Intentó pensar en otra cosa que decir que pudiera distraerla, pero no se le ocurrió nada.

Ya fuera porque estaba cansado de secretos, o porque la desesperación en su último "por favor" tocó algo dentro de él que no podía ignorar, finalmente suspiró y asintió, alejándose ligeramente de ella.

—¿Recuerdas lo que te conté sobre Valiant, que quizá no era el caballo que creíamos? —preguntó, mirándola de nuevo.

—Sí —dijo ella lentamente, con expresión preocupada.

—Pues, parece que la investigación fue concluyente. Valiant no es Valiant, sino Midnight Express.

—Oh, Eddie, ¿Midnight Express? Pero cómo... ¿por qué...? —dijo ella, jadeando, y él leyó la lástima en su rostro, lástima que no deseaba. Estaba enfadado y no quería que la mujer que amaba sintiera pena por él.

La mujer que amaba.

El pensamiento le llegó tan repentina y naturalmente que casi no reconoció su importancia, pero al mirarla ahora, supo sin duda lo cierto que era. Amaba a Julia. Lady Julia Stone, la hija de Lord St. Albans. Lo cual era terrible. No podía amarla. Nunca podrían tener una vida juntos. Sin embargo, en el mismo suspiro, tampoco podía mantenerse alejado de ella.

—Lo siento —murmuró ella, acercándose a él—. Sé cuánto amas a ese caballo, lo importante que habría sido la victoria de hoy para ti. Porque estoy segura de que Valiant, o Midnight Express, habría ganado hoy si hubiera competido.

Eddie sonrió con pesar.

—Nunca lo sabremos, ¿verdad? Pero eso no importa. Lo que importa es tu victoria. Hoy es un día de celebración para ti, pequeña. Nos preocuparemos por el resto después.

Esbozó una amplia sonrisa para evitar que ella se preocupara. Si funcionó o no, no estaba seguro, pero ella le sonrió muy levemente y asintió antes de empezar a desabrocharse la chaqueta de seda que llevaba, y él tragó con dificultad mientras se giraba para mirar hacia la parte trasera del puesto.

La oyó reírse detrás de él.

—No tienes por qué mirar como si estuviera haciendo esto para torturarte personalmente —dijo ella—. Tú *eres* quien le dijo a Maybelle que sus servicios no eran necesarios, ¿no es así?

—Quizá —dijo él, y aunque sabía que ella tenía razón, podía oír la tensión en su propia voz.

Ella avanzó por la paja detrás de él y cerró los ojos cuando sintió su suave mano en la nuca.

—Dijiste que este era un momento para celebrar, ¿no?

Él se giró rápidamente, capturando su delicada mano en la suya. Ella todavía llevaba sus calzones de seda, pero encima de ellos, lo único que quedaba era la banda que ataba firmemente alrededor de sus pechos para evitar que se notaran a través de la seda. Maldita sea, pero odiaba ese material. Eso era algo que ciertamente no echaría de menos cuando todo este calvario terminara: ser tentado por lo que estaba tan sólidamente oculto debajo.

Ella lo miraba ahora con una sonrisa seductora que era totalmente natural, y él gimió fuertemente mientras ya no podía mantenerse alejado de ella. Bajó rápidamente la cabeza, tomando sus labios con fiereza. Ella devolvió su beso con entusiasmo, dejando caer al suelo la chaqueta de seda que había sujetado en sus brazos, mientras sus manos aferraban ahora la chaqueta de él. Sus brazos rodearon su espalda para atraerla más hacia sí, y cuando la boca de ella se abrió para él por voluntad propia, casi perdió todos sus sentidos. Encontró el borde del lino y comenzó a desenrollarlo lentamente de su cuerpo, y cuando cayó sobre la paja a sus pies, él acunó uno de sus pechos perfectamente redondos en su mano, casi gruñendo cuando la oyó gemir.

¿Cómo podía una mujer hacerle esto, eliminar completamente todas sus defensas, derribar cualquier muro que hubiera construido a su alrededor?

Siempre había amado a las mujeres, siendo del tipo encantador y jovial. Pero había mantenido parte de sí mismo a distancia —la parte que sabía cuán fácil sería para él resultar herido si dejaba entrar a la persona equivocada—. Le había pasado a su madre. Y sabía que como jinete su vida era sensacional. Habría muchas mujeres que podrían estar interesadas en su rápida fama, en la notoriedad que había ganado después de algunas victorias bien conocidas. Pero la vida de un jinete no era tan glamurosa como podía parecer, y sabía que la mayoría de las mujeres se cansarían rápidamente de ella.

Pero ahora había desnudado su alma ante Julia. La chica que había conocido en su juventud se había convertido en una mujer fuerte, obstinada, independiente y hermosa, una sin la cual ya no podía imaginar la vida.

El pensamiento lo devolvió a sus sentidos.

Porque lo imaginara o no, tendría que acostumbrarse a ello. Si su vida no era para la mayoría de las mujeres, entonces ciertamente no lo era para la hija de un conde.

Tendría esta noche para recordarla. Una noche en la que la vería en su elegancia, tendría la oportunidad de escoltarla por la sala, y luego su tiempo juntos llegaría a su fin. Estaba seguro de que pronto ella regresaría a Londres, mientras que él... en realidad no

sabía adónde iría después ahora que no montaba a Valiant. Probablemente se dirigiría a Epsom, donde esperaría que alguien que necesitara un jinete lo contratara.

Ahora, levantó la cabeza de lo que se había convertido en uno de los mejores momentos de su vida, apoyando su frente contra la de Julia por un momento.

Quería susurrarle que la amaba, que estaba orgulloso de ella, que haría cualquier cosa por ella, pero en lugar de eso simplemente dejó un último beso en su frente.

Eddie notó que ella jadeaba ligeramente, y levantó una ceja.

—No más tentaciones, pequeña —dijo con una sonrisa—. Eres una mujer inocente y estamos en un puesto de caballos. Ahora, ponte tu vestido, y te ayudaré para que puedas ir a celebrar tu victoria... como propietaria.

—¡Oh, sí! —dijo ella, como si se hubiera olvidado por completo de que era ella quien debía estar recogiendo a Orianna y paseándola por la pista. Probablemente su padre había asumido la responsabilidad—. ¡Maldición! —exclamó, y mientras recogía la tela y comenzaba a desabrochar los calzones, él deseaba tanto ver lo que había debajo, pero en lugar de eso se dio la vuelta con un suspiro mientras escuchaba el crujido de su ropa y sus gruñidos mientras intentaba quitarse apresuradamente la ropa de jinete y ponerse el vestido por la cabeza.

—Estoy lista —dijo finalmente, y Eddie se giró y abrochó sus botones tan rápido como pudo, lo cual, de hecho, no era nada rápido, ya que sus dedos seguían tropezando, cuando lo que realmente quería hacer era apartar el material y dejar que el vestido se acumulara a sus pies.

Llevaba púrpura a juego con las sedas de carreras, y para él, parecía una reina.

Su cabello ya estaba recogido en lo alto de su cabeza, y ahora él le entregó el sombrero que había estado descansando en el estante de los arreos.

—Aquí tiene, mi lady —dijo con una floritura.

—Gracias, Eddie —respondió ella, con una ligera risa.

—No puedo decir que sería un magnífico ayuda de cámara —admitió él—. Pero si alguna vez necesitas a alguien que se mantenga de espaldas y luego se asegure de que estás presentable, ya sabes a quién preguntar.

—Cuidado —bromeó ella, aunque había un toque de seriedad en su expresión—, podría tomarte la palabra. ¿Te veré esta noche?

Él asintió. Temía el evento y, sin embargo, no se lo perdería por nada del mundo.

Capítulo Veintisiete

—¡Julia! Aquí estás. ¿Dónde has estado?

Julia corrió hacia su padre, que sostenía a Orianna, la ganadora de las Dos Mil Guineas.

—Lo siento —dijo rápidamente—. Estaba visitando a Elizabeth, y luego me quedé absorta en la carrera, y antes de darme cuenta me había perdido entre la multitud.

Lord St. Albans asintió, aunque todavía mantenía una expresión algo contrariada, y la culpa volvió a atormentar a Julia. Pero ya no tendría que preocuparse por ello. Había terminado la carrera —la había ganado— y ahora volvería a la vida que conocía.

Solo que con todo lo que había experimentado —la emoción de competir, la posibilidad de ganar, la adrenalina que venía con todo ello— no estaba segura de cómo la vida podría volver a ser ni remotamente parecida a lo que era antes.

—Olvida eso ahora —dijo su padre, aunque Julia tenía la sensación de que seguramente volverían a hablar de ello más tarde —. Felicidades, hija —dijo, con los ojos brillantes mientras miraba alternativamente a ella y a Orianna—. Has ganado.

—Lo hemos hecho —dijo ella, con un asentimiento, mientras la plena realidad de todo aquello la embargaba. Si tan solo pudiera compartir con su padre cuánto de la victoria había sido enteramente obra suya.

—Es una yegua excelente —continuó su padre, acariciando la cruz de Orianna—. Tenía grandes esperanzas en ella, es verdad,

pero ha hecho más de lo que jamás creí posible.

—¿Por qué dudabas de ella? —preguntó Julia, mirándole, y su padre se encogió de hombros ligeramente.

—Principalmente porque es muy inexperta. Su jinete también era... desconocido. No solo eso, sino que Orianna es una potra, y aunque las potras pueden competir, es cierto, casi siempre son los potros los que ganan.

Sí, sin duda era así, ¿verdad? Pero no hoy. Hoy, un caballo hembra había ganado con una jinete femenina sobre su lomo. Julia estaba increíblemente orgullosa de ese hecho, y le dolía no poder compartirlo con nadie. Bueno, eso no era del todo cierto. Eddie celebraba la victoria tanto como ella, y Julia también podía contarle su emoción a Elizabeth. Y luego estaba Maybelle, que había sido fundamental en todo esto.

Aunque, su doncella había estado bastante ausente últimamente. Por supuesto, la chica había hecho tanto por ella que Julia no podía quejarse, pero tenía la sensación de que pronto podría perder a su doncella, por culpa de un tal Will Scott.

—Bueno —dijo Julia ahora a su padre—, a veces las hembras pueden sorprenderte.

—Sí —dijo él con un lento asentimiento, mirándola con cierta confusión, como si fuera consciente de que de repente ya no hablaban de Orianna, sino de algo completamente distinto... algo que él ya no entendía—. Lo has hecho bien, Julia —dijo ahora, y ella casi se atragantó. ¿Lo sabía?—. Te aseguraste de que estuviera bien entrenada y bien montada. Le proporcionaste los mejores cuidados. De alguna manera, creo, ella te lo ha agradecido.

Julia sonrió cálidamente a su padre. Aunque sabía que él nunca le habría permitido montar realmente su caballo en una carrera, siempre había sido tan comprensivo y generoso que no sabía exactamente cómo agradecérselo.

Aunque...

—Padre —preguntó Julia ahora mientras Finter finalmente venía a llevarse a Orianna y ellos comenzaban su regreso a la tribuna—. No habrás hecho alguna apuesta hoy, ¿verdad?

—Sí lo hice —dijo él con un asentimiento, sin revelar nada.

—¿Por quién apostaste?

Él se volvió hacia ella ahora, con una amplia sonrisa cubriendo su rostro.

—Por Orianna. Lo que te dice, hija, que no tienes nada que agradecerme: soy yo quien debe darte las gracias. Tu gestión de este caballo ha llenado mis bolsillos esta semana.

La posterior palmadita de su padre en su cabeza la hizo sentir como una niña pequeña, pero estaba tan feliz de oír que no solo estaba orgulloso de ella, sino que había *creído* en ella. De otro modo, nunca habría apostado por Orianna, especialmente después de la derrota en las Craven Stakes.

—Será mejor que recojamos nuestro premio y luego vayamos a casa para empezar a prepararnos para las festividades de esta noche —dijo ahora su padre, y Julia asintió.

—¿Adónde vamos? —preguntó, habiendo olvidado todo con su concentración puesta completamente en la carrera.

—A casa de Lord Dorchester —dijo él, y el corazón de Julia casi se detuvo en su pecho.

—¿De verdad?

—Sí —dijo él, mirándola como si intentara leer más a través de su expresión, con su propio rostro ligeramente preocupado—. ¿Hay algo malo en eso?

—No —dijo ella, tragando con dificultad, sin saber exactamente cómo se tomaría Eddie la noticia. Le había dicho que le enviaría una nota indicando dónde encontrarse. Cómo respondería a esto, especialmente después de todo lo que había sucedido con Valiant, no tenía ni idea.

* * *

Eddie leyó la nota tres veces antes de que las palabras calaran en su mente. El Vizconde de Dorchester. Finalmente se pasó la mano por el pelo una vez más antes de leer de nuevo la nota completa.

Eddie,

Acabo de enterarme del lugar de las festividades de esta noche. Lo siento muchísimo, no tenía ni idea, pero se celebrará en casa del Vizconde de Dorchester. Entenderé si decides no venir, y en ese caso, haré todo lo posible para librarme de la fiesta —a la que tampoco tengo muchas ganas de asistir— y reunirme contigo en otro lugar.

Con amor, J

¿Con amor? ¿Qué quería decir con eso? Deseaba desesperadamente responder a su nota aceptando su oferta de encontrarse en otro lugar, permitiéndole evitar al Vizconde a toda costa. Pero esta era la noche de Julia. Aunque solo él sabría que ella era la jinete ganadora, para todos los demás era una de las propietarias ganadoras, y por lo tanto era justo que tuviera la oportunidad de celebrarlo entre sus iguales.

Iría, la felicitaría una vez más, y luego le desearía lo mejor en la vida antes de despedirse... para siempre. El pensamiento provocó que un dolor sordo comenzara a palpitar en su pecho.

Aunque solo habían pasado un par de horas cuando Eddie entró por las puertas de la casa que el Vizconde alquilaba durante la semana de carreras, pensó en lo tonto que había sido. Nadie de los presentes estaría interesado en la compañía de un jinete, además de uno que ni siquiera había corrido y que ahora estaría bajo una montaña de sospechas.

Eddie llegó esperando pasar desapercibido, pero antes de que pudiera escabullirse, el mayordomo lo condujo directamente hacia el Vizconde y la Vizcondesa de Dorchester.

—Me permito presentarles al señor Francis —dijo el mayordomo antes de continuar con sus deberes, y Eddie le lanzó una mirada fulminante, aunque en su interior sabía que el hombre simplemente estaba haciendo su trabajo, a pesar de las protestas de Eddie ante la presentación.

Se volvió ahora hacia la pareja, encontrando a Dorchester mirándole con unos ojos que le resultaban demasiado familiares, aunque estos carecían de calidez o humor. No, estos ojos color avellana eran fríos, calculadores, y ahora estaban fijos en él con una

mirada que habría hecho huir precipitadamente a un hombre de menor temple.

—Oh, ¿el señor Francis, el jinete? —exclamó la mujer a su lado, obviamente su esposa—. He disfrutado tanto viéndole competir. Ha sido un placer.

Su cara era redonda, su sonrisa amplia y acogedora. Sus ojos eran realmente amables, y mientras Eddie miraba alternativamente al marido y a la esposa, podía percibir lo diferentes que eran, lo inadecuada que probablemente había sido su unión. Gracias a Dios su madre había escapado de aquel hombre. Dorchester aún conservaba el buen aspecto que probablemente había atraído a la madre de Eddie años atrás, pero Eddie no estaba seguro de si aquella mirada gélida había estado presente en aquel entonces.

Aunque quizás esa expresión estaba reservada únicamente para Eddie.

—Gracias, Lady Dorchester —dijo Eddie, sonriendo sobre la mano de la dama, y ella se sonrojó ligeramente.

—¿Qué le trae aquí esta noche? —preguntó el Vizconde en un tono frío, que dejaba muy claro que Eddie obviamente no había sido invitado, ni era bienvenido—. He oído que hoy usted...

—Está aquí como mi invitado —vino una voz profunda desde detrás de Eddie, que le sorprendió enormemente. Se volvió, asombrado de encontrar al Duque de Clarence tan majestuoso como siempre, con la mirada fija en Dorchester.

—Ya veo —dijo el Vizconde fríamente, tan grosero como podía ser con un hombre como el Duque sin traspasar ninguna norma social—. Bienvenido, Su Gracia. Por favor, pase con su... invitado.

Mientras se alejaban, Eddie podía sentir la dura mirada quemándole la espalda.

—He oído que ha tenido un día difícil —dijo el Duque con naturalidad mientras conducía a Eddie hacia un sirviente que sostenía una bandeja de bebidas.

—Se podría decir eso —dijo Eddie, receloso ante la repentina amabilidad del Duque. ¿Qué podría querer el hombre de él?

—Es lamentable que se haya convertido en víctima de la mala voluntad entre hombres que no tienen nada mejor que hacer que

jugar con sus caballos y gastar dinero que probablemente no obtuvieron honestamente —dijo el Duque con cierta amargura.

—Así es siempre, ¿no? —preguntó Eddie, algo resignado a todo lo que había ocurrido—. ¿La nobleza juega y otros son castigados?

—No siempre —dijo el Duque antes de admitir—, aunque generalmente.

Clarence le observó ahora como si estuviera evaluando los pensamientos de Eddie antes de comentar de manera tan casual que a Eddie le llevó un momento registrar lo que dijo:

—Hiciste muy bien entrenando a Lady Julia.

—¿Perdón? —dijo Eddie, atragantándose ligeramente con su bebida.

—He dicho que lo hiciste bien con Lady Julia. Nunca he visto a un jinete novato correr con tanta maestría. Aunque ella y ese caballo están muy unidos, y eso ayudaría, diría yo.

El hombre hablaba como si Julia hubiera pintado una hermosa acuarela o bordado un colorido tapiz. Ciertamente no como si hubiera corrido con su caballo —y ganado— las Dos Mil Guineas.

Eddie finalmente se recuperó, mirando furtivamente a su alrededor para asegurarse de que nadie más escuchaba esta conversación.

—¿Cómo lo supo? —preguntó en voz baja, pero el Duque simplemente sonrió sardónicamente y se encogió de hombros.

—No fue muy difícil deducir lo que estaba pasando —dijo—. El nuevo jinete que aparece de repente cuando Sam Albany se desmaya borracho, que comete errores pero aún así termina con tanto éxito. El hecho de que desde lejos he visto un mechón rubio y rizado escapar del sombrero de dicho jinete, James Smith, y sin embargo, cuando conocí al hombre, resultó ser nada menos que el pelirrojo Will Scott, un jinete que contraté hace años. Que Lady Julia desaparece repentinamente durante cada carrera, luego reaparece mágicamente minutos después de su final, con aspecto algo desaliñado. Y finalmente, que ha estado pasando tanto tiempo contigo, un jinete. ¿Qué os ha unido a los dos, eh? No pretendo que esto suene grosero, pero no es como si os movierais en los mismos círculos sociales.

—Ciertamente no —dijo Eddie con una risa irónica—. Supongo que, como dices, no era muy difícil encontrar una explicación al extraño comportamiento de Julia. Pensé que si alguien lo descubría, serían sus padres.

—La gente a menudo solo ve lo que quiere ver, señor Francis —dijo el Duque, y ese era un pensamiento con el que Eddie estaba de acuerdo.

—¿Compartirá esto con el Conde, o con alguien más? —preguntó Eddie, nervioso por Julia—. Porque si ciertas personas se enteraran de la verdad...

—Sería devastador para Lady Julia —dijo el Duque, recostándose contra la columna que tenía detrás—. Y probablemente pondría fin a tu propia carrera si se supiera que la ayudaste en tal empresa.

Eddie asintió. Aunque después de todo lo que había pasado ahora con Valiant, ni siquiera estaba seguro de tener una carrera. ¿Qué haría? ¿Tendría que volver a limpiar establos y cepillar caballos? Quizás podría ser entrenador. O...

—No creo que vaya a decir nada —continuó Clarence, interrumpiendo sus pensamientos—. Realmente no me beneficia en nada que otros lo sepan, y no deseo ver a Lady Julia marginada por la sociedad. Es bastante intrigante, ¿verdad?

—Lo es —coincidió Eddie, sin permitir que el Duque viera cómo le afectaban sus palabras.

—Y muy hermosa —añadió Clarence, lanzando una sonrisa a Eddie, quien se dio cuenta ahora de que el hombre le estaba provocando deliberadamente para enfadarle. Abrió la boca para refutarle, pero entonces vio que el Duque estaba mirando por encima de su hombro. Eddie se volvió.

Y allí estaba ella.

Capítulo Veintiocho

—Julia —murmuró Eddie, y se olvidó completamente del Duque por un momento.

Estaba impresionante.

Esta noche llevaba un vestido de color lavanda, un guiño a sus propios colores de carreras, como las sedas que ella misma se había puesto solo esa tarde. Pero era más que el tono: era la forma en que el vestido se ceñía a sus curvas, con el corpiño bajo y la parte superior de sus redondeados senos asomando por arriba. Una banda de cinta abrazaba su cintura, desde donde fluía el tejido, mientras las mangas abullonadas mostraban sus brazos delgados pero fibrosos, aunque estaban mayormente ocultos bajo largos guantes blancos.

Sus rizos estaban recogidos en lo alto de su cabeza, con algunos cayendo alrededor de su rostro, enmarcando suavemente sus pómulos y sus ojos azul cristalino, con un par de pendientes a juego colgando de sus delicadas orejas.

En el momento en que la vio, Eddie no pudo mirar a ningún otro lugar.

Olvidándose del Duque, caminó hacia ella como si hubiera una cuerda que los conectara, y en segundos estaba de pie frente a ella.

—Buenas noches —suspiró, y ella le devolvió la sonrisa.

—Buenas noches —repitió ella, y después de un momento en que ambos se quedaron mirándose el uno al otro, un aclaramiento de garganta desde la derecha de Julia captó su atención, y los ojos de

Eddie finalmente se apartaron de ella para ver a su padre de pie a su lado.

—Mi señor —dijo tardíamente con una ligera inclinación de cabeza—. ¿Cómo está usted esta noche?

—Estoy bien —dijo St. Albans lentamente mientras observaba a Eddie—. ¿Y qué le trae esta noche a la casa del Vizconde de Dorchester?

—Una invitación amistosa —dijo Eddie, intentando mantener un tono ligero—. Fui invitado por un conocido.

—Ya veo —dijo el Conde, aunque claramente no lo veía, especialmente considerando todo lo que sabía sobre lo ocurrido entre Eddie y el Vizconde. Miró alternativamente a Eddie y a su hija como si acabara de darse cuenta de que quizás había algo más entre ellos que viejos amigos que se habían reencontrado, y Eddie ciertamente no podía decir que el hombre pareciera del todo complacido.

—Julia, el Duque está aquí —dijo Lady St. Albans mientras se acercaba a Julia con un asentimiento hacia Eddie, quien solo ahora se daba cuenta de que Clarence se había escabullido—. Vamos a hablar con él.

—Lo haré en un momento, madre, pero...

—No seas tímida —dijo la Condesa, y Eddie no pasó por alto el ligero empujón de su mano en la espalda de Julia—. Encantada de verte, Eddie —añadió con una sonrisa genuina, lo que le indicó a Eddie que ella claramente no había notado nada entre él y Julia, aunque se llevó a su hija rápidamente. El rostro de Julia estaba lleno de pesar mientras seguía a su madre, aunque se giró y lo miró con la misma cantidad de anhelo que él sentía en lo profundo de su alma. Tendría que esperar hasta más tarde esta noche cuando ella estuviera sola —si alguna vez lo estaría— para hablar más con ella, para tenerla cerca, aunque solo fuera por una última vez.

* * *

Por primera vez en su vida, Julia se encontró muy solicitada en una fiesta, y deseaba desesperadamente que no fuera así, porque lo único que quería era un momento a solas con Eddie. Después de lo que esperaba fuera una oportunidad para hablar con él, no deseaba nada más que volver a casa y tirarse sobre su colchón para caer en un sueño profundo, pues estaba agotada por los acontecimientos del día, no solo físicamente, sino por los nervios que la habían asediado, la descarga de adrenalina y la posterior emoción de ver a Eddie y compartir la victoria con él.

Ahora lamentaba su dilema en unos rápidos momentos con Elizabeth mientras miraba alrededor de la sala, intentando vislumbrarlo una vez más.

—Estás muy solicitada, Julia, porque no solo eres copropietaria del caballo que ganó las Dos Mil Guineas hoy, sino que ahora se sabe que un duque está interesado en ti —dijo Elizabeth con una sonrisa y poniendo los ojos en blanco como diciendo que Julia debería haberse dado cuenta de esto—. Todos los demás caballeros quieren saber qué se están perdiendo. Y por supuesto, solo ahora se dan cuenta de que durante tanto tiempo, se han estado perdiendo bastante.

Julia sonrió a Elizabeth por sus amables palabras, pero justo entonces vislumbró la delgada figura de Eddie deslizándose por las puertas hacia los jardines del exterior, y rápidamente apretó los brazos de Elizabeth—. Vuelvo enseguida —murmuró, y luego corrió hacia las puertas, decidida a que ahora, nada ni nadie podría detenerla de lo que perseguía.

—¡Eddie! —llamó mientras corría por el sendero del jardín, siguiendo sus pasos, y cuando él oyó su voz, se detuvo y se volvió hacia ella. Sonrió, pero fue una sonrisa débil, y ella sabía que intentaba mostrar ligereza por ella—. Lo siento mucho —dijo una vez que lo alcanzó—. He estado intentando encontrar un momento para hablar contigo toda la noche.

—Tienes muchos admiradores —dijo él con un asentimiento, y las mejillas de Julia se encendieron, no por su cumplido, sino porque sabía lo que ahora debía decirle y le preocupaba su respuesta.

—Solo uno importa —dijo ella, bajando los párpados.

—¿Es así? —murmuró él, tomándola del brazo y caminando con ella por el sendero, adentrándose en los jardines que los rodeaban. Julia sabía que no eran grandes, pero tenían follaje espeso, y muchas estatuas, pérgolas y cenadores. Al Vizconde le gustaba hacer alarde de su riqueza y había alquilado una finca impresionante.

—Así es —afirmó ella—. Eddie, te he esperado toda mi vida. Te amaba cuando era una niña, y a pesar de que soy muy consciente de que las jóvenes a menudo desarrollan afectos tontos por los hombres, esto no fue así en absoluto. Porque nunca desapareció. En el momento en que te vi, me enamoré aún más profundamente de ti. Ves la vida como una aventura, no tienes miedo de perseguir tus sueños y defiendes lo que es correcto.

Él abrió la boca, pero Julia levantó un dedo, interrumpiéndolo, y se detuvieron en lo profundo del sendero y se giraron el uno hacia el otro—. Sé lo que vas a decir. Vas a decirme que somos de dos mundos, que no debemos estar juntos, que deberíamos romper cualquier conexión que compartamos. Si he estado imaginando que lo que hay entre nosotros es algo más que una atracción física mutua, que así sea. Sin embargo, mi mayor deseo es estar realmente contigo, porque te amo, Eddie Francis. Y por eso debo preguntarte... ¿q-quieres estar conmigo?

Apenas podía verlo en la oscuridad, con la luz de la luna proporcionando solo una ligera iluminación a su rostro. Parecía... sorprendido, pensó, aunque quizás era simplemente un efecto de la luz. Tenía que haber sabido cómo se sentía ella, ¿no?

Él no dijo nada, y ella anhelaba saber lo que estaba pensando. Pero entonces, Eddie Francis siempre había sido capaz de ocultar sus emociones con su ingenio y encanto. Ahora le respondía llevando sus manos a sus brazos, donde la piel desnuda bajo sus mangas quedaba expuesta. Ella se estremeció, pero no por el frío del aire nocturno. Muy lentamente, centímetro a centímetro, la atrajo hacia él. Julia luchó contra el impulso de acabar con esta lenta aproximación y lanzarse a sus brazos, porque él claramente tenía algo completamente distinto en mente.

Cuando estuvo casi pegada a él, sus manos dejaron sus brazos para reunirse en la parte baja de su espalda, y cuando la atrajo hacia sí, ella jadeó. Él unió su frente con la de ella y, tras la más ligera vacilación, sus labios se encontraron con los suyos en un beso de exploración. Su lengua recorrió su boca, saboreándola, y encontrándose muy lentamente con la suya en una danza más exquisita que cualquiera en la que hubiera participado con sus propios pies.

Suspiró un poco, y él aumentó la presión sobre sus labios. Sus propios brazos lo rodearon, y cuando dio una palmadita con la mano en su trasero, él saltó ligeramente, y ella sintió que sus labios se curvaban en una sonrisa ante sus acciones. Bien. Lo había sorprendido, que era exactamente su intención.

Julia deseaba que él hubiera correspondido a sus palabras de amor, aunque parecía estar haciéndolo con sus acciones. Podía sentir su respuesta contra su cadera, y el hecho de que la deseara tanto la hizo gemir con un anhelo igual por él. Amaba a Eddie Francis, y se entregaría a él, aquí mismo en medio de este jardín, si eso era lo que él deseaba.

Una de sus manos pasó de su cadera a su cuello, y luego muy lentamente sus dedos trazaron un camino por su clavícula y a lo largo de la parte superior de su corpiño. Ella jadeó ante su propia respuesta a su tacto, sintió los temblores recorrerla ante la necesidad de más, de estar más cerca de él. Él parecía estar esperando en el borde de su corpiño, como pidiendo una invitación, y ella asintió ligeramente con la cabeza para decirle que sí, era suya, que tomara lo que quisiera.

Él bajó lentamente su vestido, lo suficiente para liberar su pecho, que tomó en su mano. Todavía, con su toque gentil, pasó sus dedos sobre ella, amasándola, y cuando encontró su pezón, incluso el más ligero roce de sus dedos hizo que ella gimiera en voz alta.

Lo agarró con más fuerza alrededor del cuello, apretándose contra él. Quería todo de él, aquí y ahora, pero cuando comenzó a bajar sus manos hacia sus pantalones, él las atrapó con las suyas, deteniéndola mientras se echaba hacia atrás muy ligeramente.

—Julia —dijo él, con la respiración entrecortada, y ella sabía que él ardía por ella con la misma cantidad de deseo—. No podemos... no ahora, no aquí.

Julia sintió que las lágrimas brotaban en sus ojos, y agradeció la oscuridad, porque lo último que quería era que él supiera cuánto le dolía su rechazo, no solo en esto sino en su falta de respuesta a sus palabras hacia él.

—¿Por qué? —preguntó, ligeramente avergonzada cuando escuchó el quiebre en sus palabras.

—Porque —dijo él con urgencia—. No es así como debes experimentar el amor físico por primera vez. Debería ser en una cama. Con tu marido. No con un mozo de cuadra en los jardines.

Ella contuvo una respuesta mientras asimilaba sus palabras, diciéndole que él nunca consideró el hecho de que *él* —aunque jinete, no mozo de cuadra— pudiera ser una y la misma persona.

—Quieres decir que no... que no vas a...

Él se inclinó para besarla una vez más, pero ella llevó sus manos a su pecho para apartarlo—. Dime qué quieres, Eddie.

Él suspiró, pasando una mano por su pelo, mientras que con la otra la atraía hacia sí. Estaba empezando a subirle el corpiño cuando una voz cortó el aire nocturno, dejándolos a ambos congelados donde estaban.

Capítulo Veintinueve

—¿Julia? Julia, ¿estás por aquí?

A Julia se le cortó la respiración cuando oyó la voz de su madre. ¿Qué hacía aquí, en medio de los jardines, exactamente donde ella y Eddie habían quedado?

Pero antes de que pudieran moverse, la luz de un farol se dirigió hacia ellos, iluminándolos a través de la oscuridad del jardín. Julia jadeó al levantar la vista hacia la luz, mientras Eddie se colocaba delante de ella. No estaba segura de si la estaba protegiendo debido a su actual estado de desaliño o de la dureza del farol y los ojos al otro lado, pero agradeció su intento de protegerla, aunque fuera de sus propios padres.

—Lady St. Albans —dijo finalmente Eddie mientras Julia se asomaba por detrás de él, entrecerrando los ojos en la oscuridad. Tragó saliva cuando vio a su padre de pie junto a su madre. Y... ¿el Duque de Clarence? ¿Qué hacía él aquí, con esa maldita sonrisa, con la ceja arqueada como si supiera exactamente lo que estaba ocurriendo? No es que esta fuera una situación particularmente difícil de deducir.

—Mi señor —dijo Eddie, con tono cauteloso.

Sin embargo, sus padres lo ignoraron, ya que su mirada pasaba por encima de él hacia Julia. Ella hizo todo lo posible por encogerse en las sombras, mientras se aseguraba de que su corpiño estuviera correctamente colocado.

—¡Julia, has preocupado a tu madre! —exclamó su padre, aunque estaba claramente tan preocupado como Lady St. Albans, si no más—. Te hemos estado buscando por todas partes.

—Lo siento —dijo ella, saliendo de detrás de Eddie—. Esa no era mi intención. Simplemente estábamos tomando un poco de aire fresco... poniéndonos al día sobre viejos tiempos, por así decirlo.

El Conde cruzó los brazos sobre el pecho mientras entrecerraba los ojos, pareciendo más enfadado de lo que Eddie jamás lo había visto.

—No esperáis que nos creamos esto, ¿verdad? Tened más respeto por vuestros padres que mentirnos de esa manera.

—Eddie y yo teníamos mucho de qué hablar, es cierto —dijo Julia, persistiendo incluso cuando su padre resopló ante sus palabras —. Pero también... —No encontró razón para mentir, y miró rápidamente a Eddie para determinar sus pensamientos, pero su rostro permaneció estoico—. Desde que llegamos a Newmarket, Eddie y yo nos hemos reencontrado y hemos descubierto que, bueno, tenemos una... conexión, supongo que podríamos decir.

Se le cortó la respiración. Deseaba de corazón haber tenido la oportunidad de hablar de esto a solas con Eddie, pero tendría que contárselo a sus padres de todos modos, así que ¿por qué no hacerlo ahora?

—Y tú, Edward —dijo finalmente Lord St. Albans, y Julia se sobresaltó al oír a su padre usar el nombre completo de Eddie—. ¿Sientes esta... misma conexión con mi hija?

—Sí —respondió Eddie, y una calidez inundó a Julia desde las mejillas hasta los dedos de los pies, pero luego él no dijo nada más, lo que la preocupó un poco. ¿No era este el momento de que él hiciera una declaración de amor, o al menos un compromiso con ella?—. Sin embargo, entiendo que ustedes quieran lo mejor para Julia, y acataré cualquier decisión que tomen.

La cabeza de Julia giró bruscamente hacia él. ¿De qué estaba hablando? ¿Que seguirían la decisión de su *padre*? Desde luego que no.

Su padre miró alternativamente a los dos. —Julia, ¿podrían tu madre y yo hablar contigo a solas un momento?

Julia abrió la boca para decirle que no, que no se apartaría de Eddie, que cualquier cosa que el Conde decidiera decirle, podía hacerlo delante de él, pero Eddie extendió una mano alrededor de la espalda de Julia y la atrajo hacia su costado por un breve momento, y ella se apoyó en él, agradeciendo el consuelo, aunque no durase mucho.

—Está bien, Julia —dijo con una sonrisa alentadora—. Habla con tus padres.

—¿Puedo añadir algo? —dijo el Duque, dando un paso adelante, y Julia le lanzó una mirada fulminante, deseando que entendiera que no era su lugar involucrarse. ¿Por qué no se retiraba y los dejaba solos? Se acercó al Conde y le murmuró algo al oído. El padre de Julia pareció algo asombrado, pero sonrió ligeramente, asintió y luego hizo un gesto a Julia para que avanzara, caminando con ella y su madre más adentro en los jardines, mientras Eddie se quedaba atrás con el Duque de Clarence. Oh, Julia disfrutaría mucho oyendo lo que los dos tenían que decirse.

—Bueno —dijo su padre una vez que estuvieron fuera del alcance del oído de los otros hombres, con cansancio en su tono—, no todo está perdido.

Julia se volvió bruscamente hacia él. Su padre solía ser bastante comprensivo con ella y con cualquier dirección que decidiera tomar. ¿Por qué elegía ahora volverse tan frío?

—¿De qué estás hablando?

—A pesar de haber presenciado el hecho de que has tonteado en los jardines con Eddie Francis, el Duque sigue dispuesto a cortejarte, y es muy probable que se case contigo. Es un milagro, realmente. De lo contrario, podrías estar bien y verdaderamente arruinada.

Julia le miró con incredulidad. ¿Casarse con el Duque? ¿Acaso ella y Eddie no acababan de declararse sus intenciones mutuamente, de manera algo indirecta?

—Padre, no deseo casarme con el Duque —respondió con impaciencia—. Amo a Eddie. Deseo estar con él. No con el Duque.

—¿Elegirías a un jockey —un antiguo mozo de cuadras— antes que a un duque? —dijo, con las cejas muy arqueadas.

Julia le miró con ojos entrecerrados antes de volverse para mirar a su madre con una súplica silenciosa, encontrando que Lady St. Albans la miraba con una expresión llena de lástima más que cualquier otra cosa.

—Elijo el amor —dijo Julia con fiereza—. Elijo a un hombre que es leal, cariñoso y hará cualquier cosa por mí. ¿No es eso lo que siempre habéis querido que encuentre?

Su madre se mordió el labio mientras la mirada del Conde permanecía estoica.

—Por supuesto que sí —dijo, como si estuviera intentando ser paciente—. Pero creo que puedes encontrar a ese hombre *dentro* de la nobleza. Solo tienes que buscar un poco más.

—He conocido a casi todos los hombres del *ton* y no siento nada ni remotamente parecido por ninguno de ellos como lo que siento por Eddie —dijo Julia, creciendo su enfado—. He amado a Eddie durante diez años. No entiendo por qué actuáis así. Siempre has dicho que no importa de qué clase social sea una persona, que todos somos personas y todos merecemos ser tratados con respeto.

—Por supuesto que sí —dijo su madre suavemente, adelantándose y poniendo una mano en el brazo de Julia—. Y no estamos sugiriendo lo contrario. Eddie es un joven maravilloso, siempre lo hemos sabido. Pero Julia, ¿estás segura de que es el hombre para ti? Puede que os hayáis divertido renovando vuestra amistad estas últimas semanas, pero eso difícilmente es la base de una vida juntos. Él es un jockey. Nunca estarás segura de tu vida ni de lo que vendrá en el futuro. Con un hombre como el Duque, podrías descansar en la seguridad de que siempre estarás provista, de que siempre tendrás un hogar, y tu marido tendrá muchas más posibilidades de vivir para ver a sus nietos.

Los ojos de Julia se empañaron de lágrimas. Por supuesto, sabía que la profesión de Eddie era peligrosa. Pero era parte de quién era él, y ella no lo cambiaría por nada, así como sabía que él nunca le pediría que renunciara a su propio amor por montar.

—¿Te ha propuesto matrimonio? —preguntó ahora su madre, y Julia hizo una pausa.

—No directamente —dijo lentamente—. Pero si tuviera la oportunidad, estoy segura de que lo haría.

Su padre hizo un sonido de *ejem* y se volvió para mirar hacia Eddie y el Duque en la distancia.

—Si esa es la vida que eliges, Julia, ya eres mayor de edad y, por tanto, no puedo impedírtelo —dijo, respirando hondo—. Pero quiero que pienses en esto por un momento. Decide si esta es realmente la vida que quieres, o si estás cediendo a una emoción impulsiva momentánea. ¿Me darás eso, al menos?

Julia asintió lentamente. —¿Me darás un momento para hablar con Eddie?

—Así lo haremos —respondió el Conde después de compartir una mirada con su esposa—. Aprovecha para despedirte de él, al menos por esta noche, y hablaremos de esto mañana. Tenemos la fortuna de que Clarence ha prometido no decir nada a nadie más. Es un buen hombre, Julia.

—Me doy cuenta de ello —dijo, manteniendo la cabeza alta—. Pero solo porque un hombre sea *bueno* no significa que sea el hombre para *mí*.

Su padre abrió la boca para responder, pero su madre puso su mano en su brazo.

—Volvamos, Garnet —dijo—. Dale a Julia su momento. —A regañadientes, él asintió y comenzaron el camino de regreso hacia la casa. Julia vio cómo el Duque estrechaba la mano de Eddie —extraño— y luego se daba la vuelta y seguía a sus padres de vuelta a la casa.

* * *

Mientras Julia hablaba con sus padres, Eddie aprovechó la oportunidad para tener la conversación que había estado temiendo pero para la que había estado buscando el momento adecuado de empezar.

—La cuidará, ¿verdad? —le preguntó al Duque de Clarence después de que el padre de Julia se la llevara.

El Duque se volvió hacia él.

—¿Lady Julia? —Sonrió, con esa sonrisa arrogante y despreocupada que tanto molestaba a Eddie.

—Por supuesto, Lady Julia.

El Duque se encogió de hombros.

—No creo que sea mía para cuidarla.

Eddie frunció el ceño ante sus palabras.

—Tenía la impresión de que la estaba cortejando, con... intenciones hacia ella.

El Duque sonrió con suficiencia, pero entonces, al ver la mirada seria en el rostro de Eddie, su expresión se suavizó un poco.

—Mire, Francis... es Francis, ¿correcto?

Eddie se enojó pero asintió.

—Lady Julia es intrigante. Es distinta a la mayoría de las mujeres que he conocido, lo cual, he descubierto, es en realidad una cualidad a la que sorprendentemente me siento atraído. Es una cosita bonita...

Eddie apenas podía creer las palabras del Duque. ¿*Bonita*? Julia tenía una belleza angelical sin igual.

—...Y posee cierta alegría por la vida que es bastante encantadora. Sin embargo... no me encuentro anhelando verla constantemente, ni creyendo que habría un vacío en mi vida sin ella. Sería una buena esposa, seguro, pero me preocupa que pueda cansarme de ella después de un tiempo, y ella no parece ser una mujer que estaría abierta a ningún tipo de aventura.

Hizo una pausa, cruzó los brazos sobre el pecho y miró a Eddie, quien ahora recordaba los pensamientos de Julia de que el Duque estaba involucrado en algún tipo de extraña relación con Lady Elizabeth Moreland. Se preguntó ahora si había algo de verdad en esa teoría.

—Asumo que usted, señor Francis, puede sentirse diferente que yo.

No queriendo mostrarse demasiado vulnerable frente al Duque, Eddie se encogió de hombros con una indiferencia fingida.

—Quizás.

El Duque resopló.

—Lleva sus sentimientos escritos por toda la cara, incluso en la casi oscuridad. ¿Qué quiere, Francis?

—Desearía poder ser el hombre para ella —dijo Eddie después de un momento—. Deseo con todas mis fuerzas poder ofrecerle la vida que merece. Pero soy un jockey. No puedo darle todo lo que debería tener, no como usted puede. Solo le pido que sea amable con ella, que sea sincero.

El Duque lo estudió, pero luego su mirada se elevó por encima de Eddie para ver más allá de él.

—Muy bien, Francis, si eso es lo que cree que sería mejor —dijo —. Sin embargo, además de convencerme a mí de tal cosa, creo que hay alguien más con quien debe hablar primero.

Eddie se volvió para encontrar a Julia caminando lentamente hacia él, y estrechó la mano del Duque, reconociendo su acuerdo tácito, antes de volverse hacia la mujer que amaba, sabiendo lo que tenía que hacer para liberarla para que viviera la vida que merecía.

Capítulo Treinta

—Eddie —dijo ella, dando un paso hacia él, y Eddie no deseaba nada más que rodearla con sus brazos y atraerla hacia sí, decirle que ella era la indicada para él, que apenas podía esperar para casarse con ella, hacerle el amor y pasar el resto de sus vidas juntos.

Pero en lugar de eso, mantuvo los brazos a los costados, sin hacer ningún movimiento hacia ella. Cuando la sonrisa en su rostro comenzó a flaquear, casi lo mató, pero se recordó a sí mismo que debía ser así. Sería mejor al final, para ambos.

—Julia... —comenzó, pero ella estaba decidida.

—Eddie, no importa lo que digan mis padres ni lo que piensen. No importa si yo pertenezco a una clase social y tú a otra. Y ciertamente no importa lo que pueda pensar cualquier otra persona de la sociedad.

Lanzó una mirada elocuente a la espalda del Duque que se alejaba.

—Lo único que importa —continuó—, es lo que sentimos el uno por el otro, y lo que queremos de la vida. Porque no me interesa nada de lo que un hombre como el Duque pueda proporcionarme si no puede darme el mismo amor que tú. Lo único que quiero es estar con un hombre que me ame tanto como yo lo amo a él, que pueda prometerme que siempre será sincero, y que pasará el resto de su vida a mi lado. Huyamos juntos, Eddie. Podemos casarnos tan pronto como queramos y no necesitamos el permiso de nadie. ¡Oh,

qué romántico será! ¿Tienes tiempo antes de tu próxima carrera? ¿Qué dices?

Tenía las manos entrelazadas frente a su pecho, con los ojos brillantes bajo la luz de la luna. Era todo muy tentador. Hacer lo que ella decía, marcharse con ella, casarse, unirse en un vínculo casi inquebrantable. Y sin embargo...

—Julia —dijo suavemente, extendiendo ahora las manos para tomar las suyas, pues ya no podía soportar el entusiasmo con el que ella lo miraba—. Dices eso ahora, pero es en este momento cuando el romance es nuevo, y todo parece cubierto de magia. Hoy ha sido un día de logros para ti, uno en el que has demostrado, aunque solo sea a ti misma, que eres tan asombrosa y competente a caballo como siempre supiste que podías ser. La emoción de una victoria, es la mejor parte de ser jinete. Pero desgraciadamente todo lo demás no es ni de lejos tan glamuroso. La vida que tendríamos juntos... no es una a la que estés acostumbrada, y me temo que te cansarías de ella después de un tiempo. No vale la pena. *Yo* no valgo la pena.

Ella retiró sus manos de las suyas, con la ira ardiendo ahora en su expresión.

—¿De verdad piensas tan poco de mí? Sí, puede que sea propensa a caer en el romance, puedo admitirlo. Pero Eddie, no he amado a ningún otro hombre más que a ti durante más de *ocho años*. ¿Sabes a cuántos hombres he conocido en ese tiempo? Hombres de rango mucho más alto, que podrían ofrecerme toda la riqueza, todos los vestidos, todos los caballos del mundo. Bastantes. Es cierto que no todos estarían interesados en mí, por supuesto, pero yo no he tenido ni el más mínimo interés o atracción por ninguno de ellos. ¿Qué importa todo eso, de todos modos, si no tienes a alguien que te ame?

Él suspiró, mirando al suelo, oscuro bajo sus pies, incapaz de encontrarse con sus ojos, pues entonces ella podría leer todo lo que él sentía, todo el amor que tenía por ella. Que ella lo tuviera en tan alta estima, que renunciara a todo por él, era increíble. No dudaba que una vez que se comprometiera con él, nunca lo abandonaría, nunca reconocería que se arrepentía de su matrimonio. Pero había más de lo que ella no era consciente.

—Julia, no lo sabes todo —dijo, con las manos en las caderas y la mirada hacia un lado—. Ni siquiera estoy seguro de si seguiré siendo jinete.

—¿De qué estás hablando? —exigió ella, y él le contó entonces de las sospechas del Jockey Club de que había estado involucrado en disfrazar a Midnight Express como Valiant. Cuando finalmente levantó la mirada para encontrarse con los ojos de Julia, ella tenía una expresión de conmoción, con los ojos muy abiertos y la boca redonda.

—No puedes hablar en serio —exclamó finalmente—. ¡Apenas puedo creer que alguien piense que tú eres el culpable!

Él se encogió de hombros. —Tu padre está al tanto. De hecho, fue él quien me lo dijo. Está de acuerdo en que no ve cómo podría estar yo involucrado, lo cual agradezco. Y sin embargo, no hay mucho que se pueda hacer, ni cambiar. Ya no montaré a Valiant, ¿y decidirá algún otro propietario contratarme?

—¡Por supuesto que lo harán! —dijo ella con tal convicción en él que le hizo amarla aún más—. ¿Cómo no lo harían? Eres el mejor jinete que hay. ¿Cuántas carreras has ganado ya?

—Ah, pero todas son con Valiant, o, como debería llamarle ahora, Midnight Express.

—No importa. Tú también me entrenaste para ganar hoy.

—Ganaste por tu propia cuenta. Yo solo te enseñé *cómo* entrenar.

—Deja de ser tan tonto —dijo ella, casi suplicándole ahora—. Seguirás siendo jinete. Lo sé. Y si no, entonces encontrarás otra solución, y yo te ayudaré.

—No es tan simple —dijo él, exasperado ahora, pues ella estaba presentando un argumento bastante bueno—. En el mejor de los casos, podría convertirme en entrenador de caballos. En el peor, volvería a ser mozo de cuadra.

—Entonces seré la esposa de un mozo de cuadra —dijo ella simplemente—. Lo único que importa es que tú me ames, y yo te ame a ti.

Ella lo miró entonces fijamente, sus ojos penetrando los suyos, como si pudiera ver directamente sus pensamientos más íntimos. —

Tú *me* amas, ¿verdad? Porque ciertamente... parece ser así.

Sí. *Sí*. Por supuesto que la amaba. ¿Cómo no amar a Julia? Era sin duda un ángel cautivador por fuera, pero por dentro, tenía el alma más hermosa de cualquier persona que él hubiera conocido. Ella lo hacía una mejor persona, más allá del jinete arrogante y seguro de sí mismo en que se había convertido. La idea de despertar junto a ella cada día lo llenaba de una alegría que nunca creyó posible. Pero no podía hacer que ella renunciara a todo por él. Era un sacrificio demasiado grande. Si realmente la amaba tanto como lo hacía, tendría que dejarla ir.

—Yo... —tragó con dificultad, las palabras cortándolo como cuchillos mientras escapaban de su garganta—. Me importas, Julia, de verdad, pero no te amo.

Ella jadeó como si él le hubiera clavado una daga en el corazón, y en ese momento Eddie se odió a sí mismo más que nunca antes. El dolor cubrió sus facciones y ella pareció desmoronarse sobre sí misma, la fuerza que la hacía ser la mujer que era huyendo, para ser reemplazada por una vulnerabilidad que nunca había visto en ella. Parecía una niña pequeña y triste, y cada célula dentro de su cuerpo le urgía a abrazarla, besarla y aliviar su dolor, pero era él quien lo había causado, y él quien debía permitir que permaneciera.

—Lo siento —susurró, y entonces sin decir palabra, ella se dio la vuelta y huyó hacia la casa, dejándolo solo con la vista de su espalda alejándose.

* * *

Julia apenas podía ver a través de sus lágrimas mientras corría hacia la casa de Dorchester, aunque por qué, no tenía idea. Porque lo último que quería hacer en ese momento era volver a la fiesta, donde podría tener que hablar con alguien. No, debía encontrar su carruaje, ir a casa, y pasar el resto de la noche y el día siguiente escondida en su cama, lejos del mundo.

Su corazón se estaba rompiendo en dos, y al mismo tiempo, estaba enfadada, consigo misma. Qué tonta había sido. Todo este

tiempo había asumido que Eddie la había amado tanto como ella a él, pero no había sido más que un juego para él.

Sus besos habían sido tan reales, tan llenos de emoción, que había estado segura de que él sentía por ella en igual medida lo que ella por él. Antes de que sus padres llegaran, había creído que ella y Eddie se prometerían una vida juntos. Estaba dispuesta a renunciar a todo por él. Pero no lo haría, no podría, por un hombre que no la amaba.

Llegó a la terraza y estaba buscando una forma de entrar sin tener que pasar por una multitud de invitados cuando chocó de frente con otro cuerpo que emitió un *uf* al retroceder. Julia se detuvo, horrorizada por su descuido, pero su semblante cambió cuando vio quién estaba de pie frente a ella.

—¡Elizabeth, lo siento mucho! Sarah... ¡*Sarah*!

Prácticamente saltó a los brazos de su amiga, y Sarah la abrazó estrechamente antes de apartarse de ella. —Julia, ¿qué ocurre?

—Todo —dijo Julia, y las dos miraron a Elizabeth para que las guiara, como siempre hacía.

Elizabeth asintió y extendió una mano, señalando. —Por allí —dijo con voz gentil pero firme y una mano en la espalda de Julia, que era exactamente lo que necesitaba en ese momento. Alguien que le dijera en qué dirección ir, pues la propia Julia no tenía idea, tan confusa como estaba su mente.

El pequeño nicho estaba iluminado por un aplique de pared, proporcionando suficiente luz para que Julia pudiera ver la preocupación en los rostros de sus amigas, por lo que intentó secarse las lágrimas y sonreír lo mejor que pudo para ellas. Se apoyó contra la pared de piedra gris detrás de ella y las miró a ambas.

—Sarah, ¿qué estás haciendo aquí?

—Elizabeth me invitó, y como mi acompañante, Lady Alexander aceptó de inmediato. Dijo que no había visto una carrera de caballos en años y que le apetecía un poco de aventura.

Sarah dudó, mirando a Elizabeth, y Julia notó el ligero asentimiento de Elizabeth.

—Oh, Julia, Elizabeth nos había escrito contándonos lo que estabas haciendo... no te enfades con ella, porque me alegro mucho de que lo hiciera, ya que tenía que venir. No podía perderme verte montar, y Julia, Dios mío, ¡estuviste brillante!

En verdad, si Sarah o Phoebe hubieran estado aquí también, Julia les habría contado ella misma todo lo que estaba sucediendo, así que no sentía ningún rencor hacia Elizabeth por compartir su secreto. Y le animaba ligeramente saber que otra de sus amigas había visto su carrera, había sido testigo de su victoria.

Puso sus manos en los brazos de cada una de sus amigas. —Gracias a las dos por todo vuestro apoyo. No puedo imaginar qué haría sin teneros a vosotras, y a Phoebe, en mi vida.

—Por supuesto —dijo Sarah con una cálida sonrisa—. Todas sentimos lo mismo.

—Ahora —dijo Elizabeth con un ligero tono de mando—. Debes contarnos qué ha sucedido, Julia, porque estás claramente afligida, especialmente para una mujer que hoy cumplió el sueño de su vida no solo de correr como jinete sino de vencer a todo un campo de hombres.

Julia asintió, y luego les contó todo lo que acababa de ocurrir en los jardines: lo que le había dicho a Eddie, la respuesta física de él hacia ella, y luego el encuentro con sus padres y el Duque. Les habló de la opinión de sus padres sobre sus sentimientos hacia Eddie, hacia el Duque de Clarence, y finalmente, cuando relató la respuesta de Eddie, su voz comenzó a quebrarse.

—Los hombres —resopló Elizabeth—. ¿Qué les pasa? Claramente, ese hombre te ama. ¿Por qué está siendo tan idiota?

—*Porque* la ama —dijo Sarah mientras miraba a Julia con la cabeza ligeramente inclinada—. ¿No lo veis? No quiere que renuncies a todo por él. Siente que no es lo suficientemente bueno para ti, que no puede ofrecerte lo que cree que mereces.

—¡Pero le he dicho lo que quiero! —respondió Julia, exasperada ahora. Siempre había pensado que el amor llegaría fácilmente, naturalmente, que nada sería mejor. ¿Por qué estaba resultando tan complicado?—. Le pregunté directamente si me amaba, y fue

bastante tajante al afirmar que, de hecho, le importo, pero amarme, no me ama.

—Si no te ama —dijo Elizabeth lentamente—, entonces ¿qué más puedes hacer sino seguir adelante?

—Nunca os he visto juntos —añadió Sarah—, pero ¿qué sientes tú, Julia? En lo más profundo de tu corazón, ¿crees que él siente lo mismo por ti que tú por él?

—Creía que sí —dijo Julia con tristeza—. Pero quizás me equivocaba.

—O quizás tenías mucha razón —dijo Sarah—. Elizabeth, tú has estado entre ellos. ¿Qué piensas?

Los ojos de Elizabeth, de ese extraño tono violeta, brillaron a la luz del aplique mientras se volvía para mirar a Julia.

—Como sabes, soy una mujer práctica —dijo—. Algunos podrían no creer que tengo un hueso romántico en mi cuerpo. Debo decir, sin embargo, Julia, por lo que he visto... ese hombre te ama mucho, muchísimo.

Capítulo Treinta Y Uno

Eddie hizo todo lo posible por encontrar una salida de los jardines sin tener que volver al salón de baile, pero se sintió frustrado al descubrir que todos los caminos terminaban en una valla. Dio una patada al camino de piedra bajo sus pies, sintiéndose como un idiota cuando lo único que consiguió fue magullarse el dedo.

Haría una salida rápida, entonces, con la esperanza de evitar a todos los malditos miembros de la familia Stone, además del Duque de Clarence y cualquiera que perteneciera a los Dorchester.

Mantuvo la cabeza agachada mientras cruzaba el balcón hacia las grandes puertas dobles que estaban abiertas al aire nocturno, agradecido por la multitud de personas que ahora ocupaban la sala. Esa era una ventaja de ser bajo y menudo: podía hacerse casi invisible en la mayoría de las situaciones si así lo deseaba.

Como ciertamente lo deseaba esta noche.

Eddie casi llegó a la puerta. Había conseguido esquivar al mayordomo y tenía la mano en el pomo cuando escuchó una voz fría y áspera detrás de él.

—¿Qué te hizo creer que alguna vez serías bienvenido en mi casa?

Eddie cerró los ojos por un momento. Esta era, por supuesto, la última persona en el mundo entero con la que le apetecía conversar en ese momento. De hecho, preferiría haberse enfrentado a una estampida de caballos que hablar con el Vizconde Dorchester, su padre biológico. Sin embargo, si esto era lo que el hombre quería,

Eddie no tenía reparos en decirle a Dorchester exactamente lo que pensaba de él.

—¿Qué debería llevarme a pensar que no lo sería? —preguntó, cruzando los brazos sobre el pecho y apoyándose contra la puerta—. Después de todo, soy su hijo. ¿No debería ser recibido con los brazos abiertos?

El Vizconde resopló.

—Difícilmente se puede llamar hijo a un bastardo.

Eddie se puso rígido, pero se negó a mostrar al hombre cuánto le habían herido sus palabras.

—Me parece bien —respondió con un gesto de la mano—. Porque yo no le considero más mi padre de lo que usted siente que soy su hijo. Mi padre fue Adam Francis. Era un hombre bueno y honesto, uno de los mejores. Él me crió para ser el hombre que soy hoy, por lo que le estoy agradecido. Le estoy agradecido a él, y siento lástima por sus propios hijos, que deben llamarle Padre.

Eddie oyó la ira en su propia voz, elevándose ligeramente en volumen mientras hablaba, y respiró hondo en un intento de calmarse. No deseaba permitir que Lord Dorchester supiera que tenía la capacidad de hacerle reaccionar como lo hacía.

El Vizconde esbozó una sonrisa despectiva.

—¿Así que estás feliz siendo el hijo de un mozo de cuadra cuando podrías ser el hijo de un lord? Si te hubiera reconocido, quizás ahora tendrías la posibilidad de cortejar a la joven de la que estás enamorado, la dama, la hija de un conde, a la que has estado observando toda la noche. Pero el hijo de un mozo de cuadra, bueno, eso es otra historia, ¿no es así? Sus padres pueden ser de buen corazón, pero no son tontos. Espero que te des cuenta de ello.

Eddie entrecerró los ojos mirando al Vizconde. Lo peor de todo lo que dijo era que sus palabras eran ciertas. Por muy contento que estuviera Eddie con la vida que tenía, con la educación que había tenido el privilegio de disfrutar, como hijo legítimo de un Vizconde, ciertamente estaría en una posición mucho mejor para casarse con una mujer como Julia. No le agradaba especialmente oír que Dorchester había captado sus sentimientos hacia ella.

Pero no se arrepentía de lo que tenía. Amaba a Adam Francis, el hombre que consideraba su verdadero padre, con todo su ser. Este hombre, el Vizconde, había dejado embarazada a su madre y la había abandonado. Eddie no tenía ningún deseo de tener tal progenitor, y esperaba con toda su alma que nada del carácter del hombre impregnara el suyo propio.

—Puede decir lo que quiera —dijo Eddie, apartándose de la puerta y volviendo a poner la mano en el pomo—. Sus palabras nunca cambiarán lo que siento. No quiero tener nada que ver con usted, nunca lo he querido y nunca lo querré. Hay una cosa en la que tiene razón: nunca debí haber venido aquí esta noche. No tengo ningún deseo de ser mencionado en el mismo aliento que usted. Lo único que le pido es que renuncie a cualquier reivindicación sobre mí como su padre. No difunda el rumor, no lo use para intentar desacreditarme. Nunca vendré aquí a pedirle nada. Lo único que deseo es que me deje en paz, como hizo con mi madre, hace tantos años.

El Vizconde le miró fijamente, con los ojos oscuros y pequeños, los labios apretados. Abrió la boca para responder, pero no salió ninguna palabra. Se quedó allí por un momento, y Eddie sintió una ligera satisfacción correr por su interior al haber tenido la última palabra. Mientras salía, oyó una voz femenina entrar en el vestíbulo, preguntando: «¿Harrison? ¿Qué está pasando aquí?» y lo único que hizo Eddie fue cerrar la puerta tras de sí, dejando atrás al Vizconde y a su esposa, a Julia y a sus padres, al Duque, y a todo el mundo del *ton*.

* * *

El pensamiento inicial de Eddie fue regresar a su habitación e intentar conciliar el sueño, pero entonces recordó que su habitación estaba dentro de las caballerizas de Lord Torrington, y actualmente no tenía ningún deseo de volver allí, de que le recordaran todo lo que había perdido por montar los malditos caballos de ese hombre. Así que, en cambio, sus pies le llevaron a la taberna, donde, siendo

un hombre que siempre disfrutaba de la compañía de amigos, pensó que podría, al menos, encontrar una manera de apartar su mente de todo lo ocurrido.

—¡Eddie! —la voz de Will le llamó en el momento en que Eddie cruzó la puerta, y miró alrededor para encontrar a su amigo.

Will estaba en una mesa del fondo, rodeado de otros jinetes que ahogaban sus penas o celebraban una carrera bien disputada. Cuando Eddie se sentó entre ellos, Will le dio una palmada en la espalda.

—Toma una a mi cuenta, amigo, parece que la necesitas.

Desde su asiento junto a Eddie, Will se inclinó, bajando ahora la voz.

—He oído lo que pasó con Valiant. Lo siento, Ed, de verdad. Pero eres un buen jinete, un excelente jockey, y tu reputación de jinete limpio asegurará que encontrarás trabajo de nuevo. Yo no me preocuparía demasiado.

Eddie asintió, deseando que fuera tan fácil. Pero ahora tenía poderosos miembros de la nobleza que tal vez no estuvieran dispuestos a ver su nombre en futuras listas de carreras. Cómo navegaría ese problema, no tenía idea.

Will le miró más de cerca.

—¿Es eso todo lo que te preocupa? Sé que no ha sido el mejor de los días, pero normalmente no dejas que te afecte mucho, y pareces como si hubieras perdido todo en el mundo.

Eddie miró a Will, sabiendo que su expresión probablemente le diría a Will todo lo que necesitaba saber.

—Es Julia —dijo con un suspiro, y Will echó la cabeza ligeramente hacia atrás.

—Ah —dijo con un gesto de comprensión—. Pensé que podría ser eso. Nada deprime tanto a un hombre como los problemas amorosos.

Eddie tomó el vaso de cerveza que la camarera trajo, notando al cogerlo que era la misma chica que le había servido la última vez. Era difícil ignorarla, ya que una vez más se inclinó lo suficiente como para que no pudiera perderse detalle. Cuando se enderezó, le guiñó un ojo antes de continuar.

Si solo fuera tan fácil, si pudiera enamorarse de una chica como ella, que sería feliz con la vida que él podría ofrecerle, ya fuera como jockey o como mozo de cuadra o cualquier cosa intermedia. Pero tristemente ese, por supuesto, no era el caso.

Eddie miró en las profundidades del líquido ámbar antes de inclinar el vaso y dar un buen trago.

—Si solo Julia fuera simplemente Julia —dijo, continuando mirando hacia abajo, ahora a la superficie marcada de la mesa. Alguien había grabado un par de iniciales en la madera con un corazón rodeándolas. Qué romántico, pensó. A Julia le encantaría verlo—. Como sabes, es Lady Julia Stone, hija de Lord St. Albans.

Cuando Will no respondió, Eddie levantó la mirada para calibrar su reacción.

—¿No ves el problema?

Will se encogió de hombros.

—¿Ella te quiere de todas formas?

—Dice que sí —murmuró Eddie.

—Ahora, déjame adivinar. Tú, Eddie Francis, sientes que no eres lo suficientemente bueno para dicha Lady Julia, y por eso la has alejado y ahora te sientes abatido porque en realidad la amas y preferirías con mucho estar con ella.

La boca de Eddie quedó abierta mientras miraba a su amigo, que se recostaba en su silla, con un brazo colgando sobre el respaldo, el otro todavía en la mesa con la mano sobre su propio vaso.

—Bueno... sí —dijo, con los ojos muy abiertos. ¿Cuándo se había vuelto su amigo tan perspicaz en asuntos del corazón?—. ¿Cómo lo sabías?

—Te conozco desde hace mucho tiempo, Ed —dijo Will encogiéndose de hombros—. Sé qué tipo de hombre eres. Eres una de las personas más felices y alegres que he conocido, y sin embargo en lo profundo nunca te has dado suficiente crédito. No conoces tu propio valor.

—Eso no es cierto —protestó Eddie.

—¿No? —preguntó Will, con las cejas rojas levantadas—. Bueno, dime, ¿qué dijo exactamente Lady Julia cuando le dijiste que no querías saber nada de ella?

—No lo dije exactamente así —dijo Eddie incómodo—. Ella dice que no le importa, que vivirá en cualquier lugar, bajo cualquier circunstancia, siempre y cuando sea con el hombre que ama, que la ama a cambio.

—Así que le dijiste que no la amabas —concluyó Will, negando con la cabeza—. Eres un idiota.

—¿Cómo puedes decir eso? —se defendió Eddie—. ¡Lo estoy haciendo por ella! Puede tener una vida como esposa del Duque de Clarence. Una vida en la que será feliz y tendrá todo lo que pueda desear o necesitar.

—Excepto a ti —dijo Will, señalándole con un dedo—. Excepto amor. Puede que tenga todo lo que quiera, Ed, pero será miserable con un hombre como él. Incluso si es decente con ella, eso obviamente no es lo que tu dama quiere. Ella quiere a Eddie Francis, hijo de un mozo de cuadra. Si eso es lo que ella quiere, como tú quieres a cambio, entonces ¿por qué tienes que ser tan necio? Encuentra algo de felicidad para ti, hombre. Y le estarás dando lo que ella desea a cambio. Si no lo haces, bueno, entonces, eres más idiota de lo que pensaba.

Con un giro de ojos, Will se volvió de Eddie y tomó un sorbo de su propia bebida. Cuando bajó el vaso, los ojos de Will brillaron al ver quién entraba por la puerta.

—Volveré —murmuró, sin mirar a Eddie mientras se levantaba del banco e iba a saludar a Maybelle, cuyas mejillas enrojecieron cuando la besó sonoramente delante de todos ellos. Eddie no pudo evitar sonreír, contento de que su amigo hubiera encontrado una mujer por la que parecía interesado por más de una noche. Se preguntó qué pasaría cuando la familia Stone dejara Newmarket, o Will continuara hacia la siguiente carrera.

Aunque, ese no era su problema. Actualmente tenía suficientes problemas propios.

Capítulo Treinta Y Dos

El día siguiente amaneció brillante y soleado, sin importar el estado de ánimo de Julia. O quizás lo hizo para fastidiarla; no estaba del todo segura. Anoche no había dicho ni una palabra a sus padres durante el trayecto a casa en el carruaje. Ellos parecieron aceptar el hecho, aunque su madre continuaba mirándola con tanta lástima que Julia quería soltar de golpe que ¿acaso no debería estar feliz? ¿No era eso lo que su madre quería para ella?

Pero por supuesto, no dijo nada. Julia nunca había sido de las que molestan a sus padres, principalmente porque siempre habían sido tan comprensivos con ella y con todo lo que quería en la vida. Hasta ahora.

Esperarían que bajara a desayunar con ellos esta mañana. Julia se levantó de la cama y se sentó en la silla de madera frente a su tocador. Extendió la mano y recorrió con un dedo los bordes, donde habían tallado rosas años atrás. Siempre había amado este mueble, esta habitación en sí. Quizás porque le encantaba estar en Newmarket. Suspiró. Nunca volvería a mirar este lugar de la misma manera. No solo contenía algunos de los mejores momentos de su vida, sino que ahora también contenía el peor.

Miró hacia la puerta cuando escuchó un leve golpe, logrando esbozar la más pequeña de las sonrisas cuando apareció Maybelle.

—Buenos días, mi señora —dijo Maybelle, con su propia sonrisa algo vacilante—. ¿Se encuentra bien hoy?

—Tan bien como puedo estar, supongo —respondió Julia—. Ayer fue... interesante, por diversas razones. Aunque debo agradecerte, Maybelle. Has hecho tanto para ayudarme a convertir literalmente mis sueños en realidad. Lo que suena trivial, pero es la verdad. Nunca podría haber competido ayer sin ti.

Las mejillas de Maybelle se sonrojaron, y caminó hacia el armario, quizás para ocultar cuánto apreciaba las palabras de Julia.

—No es nada, mi señora. Solo estaba haciendo mi trabajo.

—No, es más que eso —insistió Julia—. Guardaste mi secreto, pusiste tu propia posición en peligro al ir en contra de lo que sabías que mis padres querrían. Estoy muy agradecida de tenerte.

Maybelle asintió, la parte posterior de su cabeza castaña moviéndose arriba y abajo.

—Mi señora... —dijo, y después de un momento de duda, se dio la vuelta, permitiendo que Julia leyera la turbación que ahora cubría su rostro—. Hay algo que debo decirle. Me siento terrible por ello ahora mismo, especialmente con todo lo que está sucediendo, pero...

El corazón de Julia latió más rápido. No podía soportar más malas noticias. Ya tenía suficiente por el momento. Pero le debía a Maybelle escucharla.

—¿Sí? —la animó.

—Oh, mi señora, la cuestión es... Creo que tengo que dejarla. Porque, bueno... ¡Will me ha pedido matrimonio!

La boca de Julia se abrió de asombro por un momento mientras asimilaba las palabras de Maybelle.

—¡Oh, Maybelle! —dijo, levantándose de un salto de su silla, con su bata rosa fluyendo a su alrededor mientras cruzaba la habitación corriendo hacia su doncella—. ¡Eso es maravilloso! —Extendió los brazos y rodeó a Maybelle, abrazándola con fuerza.

—Estoy tan feliz por ti —dijo Julia, con una amplia sonrisa y palabras sinceras. Por un momento sus propios problemas y decepciones se desvanecieron mientras celebraba la alegría de Maybelle—. Will parece ser un hombre muy bueno, y sé que tendréis una vida absolutamente maravillosa juntos.

—Gracias, mi señora —dijo Maybelle, permitiéndose ahora mostrar su propia sonrisa, y miró a Julia con un poco de timidez—. Apenas podía creerlo cuando me lo pidió anoche. Debo admitir que me escapé para verlo en la taberna, y él me acompañó a casa. Cuando llegamos a la entrada, me lo pidió, y apenas podía hablar entre mis lágrimas. Parece tan repentino, pero al mismo tiempo, es la única forma para que podamos permanecer juntos. Will dijo que simplemente sabe que es lo correcto. Soy consciente de que como esposa de un jinete, la vida no siempre será fácil, pero también será emocionante, ¿verdad? Desearía poder quedarme con usted, mi señora, pero uno nunca sabe dónde estará un jinete.

—Por supuesto, Maybelle. Debes estar con tu marido.

Hablaron durante unos momentos sobre los planes de la boda y dónde planeaban establecer su hogar Will y Maybelle, y Julia sintió como si estuviera hablando con una de sus amigas cercanas, y ya no con su doncella. Lo cual es lo que Maybelle se convertiría. Porque Julia realmente quería mantener su amistad. Habían crecido juntas y solo se habían vuelto más cercanas con los años.

—Hay algo más —dijo finalmente Maybelle, y Julia la miró sorprendida. ¿Qué más podría haber además de las noticias de la boda de Maybelle?—. Vi a tu Eddie anoche.

—Oh —murmuró Julia—. Bueno, realmente no es mi Eddie... al menos, ya no.

—¿De verdad crees eso? —preguntó Maybelle con una ceja levantada—. Estaba tan abatido anoche. Will dice que tiene el corazón roto.

—Bueno, eso es ridículo —dijo Julia, enfadándose ahora—. Él fue quien me rompió *a mí* el corazón, así que no debería sentir lástima de sí mismo. Si quisiera ser feliz, está en su poder.

—Él piensa que lo que está haciendo es lo correcto —dijo Maybelle encogiéndose de hombros—. No sé qué debe hacerse para convencerlo, pero sus sentimientos están ahí. Es su mente la que está en el camino de vuestra felicidad.

—Hombre estúpido —dijo Julia, golpeando con la punta de su zapatilla la alfombra azul del suelo.

—Sí, tendría que estar de acuerdo con eso —dijo Maybelle con una risa compungida—. Pero si alguien puede convencerlo, mi señora, es usted. Tiene el corazón más romántico de cualquier persona que haya conocido. ¿Y qué romance épico no requiere un poco de angustia?

Compartieron una sonrisa, y el corazón de Julia se elevó ligeramente. ¿Podría hacerlo?

* * *

Afortunadamente, para cuando Julia bajó a desayunar, sus padres casi habían terminado. Su madre se ofreció a quedarse mientras Julia comía, pero Julia la despidió con un gesto. Prefería estar sola sin ellos en este momento. Pareciendo entenderlo, su madre finalmente se marchó, con una mirada más de preocupación por encima del hombro. Julia deseaba que dejara de mirarla así. Si su madre y su padre habían estado tan preocupados, ¿por qué no podían simplemente aceptar al hombre que amaba y la vida que había elegido, en lugar de ayudar a alejar a Eddie?`

Julia suspiró mientras colocaba la barbilla en las manos y miraba fijamente su tostada con mantequilla y su té, descubriendo que no tenía apetito esta mañana. Odiaba esta sensación de desánimo, ya que normalmente era una persona mucho más alegre. Intentó alejarla, pero no podía apartar a Eddie de su mente. ¿Cómo demonios iba a convencerlo de que sus sentimientos nunca se desvanecerían, sino que ya habían permanecido durante más de ocho años de separación, y que una vida juntos era más importante que cualquier otra cosa?

Julia había cogido su trozo de tostada y lo miraba como si fuera su enemigo, cuando las puertas del comedor se abrieron de golpe y casi saltó de su silla.

—¡Lady Julia! —Sorprendentemente, era Finter quien estaba en las puertas del elegante comedor, pareciendo completamente fuera de lugar entre las acuarelas y las estanterías de fina porcelana—. Mis disculpas, mi señora —dijo, mientras el mayordomo descontento

lo seguía—. Es Orianna... está angustiada, y sabía que querría atenderla.

—¡Por supuesto! —dijo Julia, tirando la tostada y siguiendo a Finter por la puerta, limpiándose las manos en su vestido amarillo de día, sin preocuparse por su estado actual, sabiendo que Orianna estaba en problemas.

Olvidando todo lo demás que la afligía, Julia salió corriendo del comedor con Finter. Julia siguió a Finter mientras corría hacia las dependencias de los sirvientes, ya que era el camino más rápido hacia los establos.

Julia notó vagamente las miradas que recibían de muchos de los otros sirvientes mientras pasaban corriendo, y podía imaginar que la visión de una de las señoras de la casa corriendo con el mozo de cuadra era obviamente algo que no veían todos los días, por mucho que estuvieran acostumbrados a sus excentricidades, como regresar a casa cada mañana durante la última semana con la ropa de montar vieja de su hermano.

Julia logró mantener el ritmo de Finter mientras cubrían el terreno rápidamente, aunque tuvo que mover sus piernas mucho más cortas a gran velocidad. Se detuvo derrapando cuando llegaron a los establos, para no asustar a los otros caballos alojados allí.

Cuando llegó al establo de Orianna, el dolor la atravesó como si pudiera sentir lo que el caballo sentía. Orianna estaba claramente angustiada, sudando y golpeando el suelo con las patas.

—¿Ha comido algo hoy? —preguntó Julia, mirando a Finter, quien negó con la cabeza—. ¿Ha bebido agua? —Otra negación.

—Parece un cólico —murmuró.

—Eso es lo que creemos también —dijo él con un asentimiento —. Aunque qué podría causarlo, no tengo idea.

Julia colocó su oreja en el estómago de Orianna, murmurando al caballo mientras lo hacía, frotando suavemente sus costados—. No puedo oír nada —dijo, sabiendo que normalmente debería poder escuchar los ruidos digestivos del vientre de Orianna.

—Hemos hecho todo lo que podemos por el momento, mi señora —dijo Finter—. Pensamos que quizás un paseo podría hacerle bien, y consideré que usted desearía estar con ella.

Julia asintió y logró esbozar una sonrisa tensa para el mozo.

—Gracias, Finter, tienes razón. Me gustaría llevarla si no te importa.

—Me quedaré cerca, en caso de que necesite algo —dijo, y Julia le agradeció nuevamente mientras sacaba a Orianna del establo. ¿Qué habría causado que el caballo tuviera un cólico tan rápidamente? ¿Fue el estrés de la carrera de ayer, o el entrenamiento de esta semana? Pero no era nada excesivamente diferente de lo que Orianna estaba acostumbrada, ya que había estado entrenando durante algún tiempo, solo que con un entrenador diferente.

Julia miró al caballo—. Oh, Orianna, si solo pudieras decirme qué salió mal.

—Desafortunadamente no es la única.

Julia giró sorprendida al escuchar la voz. ¿Había estado imaginando ese cálido barítono, ya que parecía impregnar cada uno de sus pensamientos, cada uno de sus sueños?

Pero no... allí estaba él.

—Eddie —Tragó con dificultad mientras sostenía la correa de Orianna, sin saber cómo reaccionar. Anhelaba ir hacia él, permitirle abrazarla y proporcionarle consuelo con su calidez, pero al mismo tiempo, no creía poder estar tan cerca de él todavía con el riesgo de que lo que había dicho fuera cierto: que simplemente se preocupaba por ella, sin ningún amor—. ¿Qué estás haciendo aquí?

Él se acercó hacia ella desde donde estaba a unos metros de distancia, con las manos en los bolsillos y su expresión amistosa pero también un poco cautelosa.

—Estaba en los establos de Rowley Mile, recogiendo algunas de mis cosas —dijo, rascándose la frente debajo de su gorra—. Escuché que muchos de los caballos que corrieron ayer habían tenido cólicos. Están investigándolo, pero tengo mis sospechas de que esto no fue una coincidencia.

—¿Crees que alguien haría esto a propósito? —preguntó Julia, conmocionada de que alguien pudiera hacer tal cosa a un animal.

Eddie suspiró—. Desafortunadamente, no todas las personas en el mundo son tan buenas como tú, pequeña. Les mueven

motivaciones que no son del todo honorables.

—¿Quién crees que lo hizo?

—Bueno, si Torrington estaba tan empeñado en ganar que sustituyó un caballo, ¿qué le impediría envenenar a los otros caballos? O, tal vez fue Totnes, que también sacó a la luz la identidad de Valiant. Quien lo haya hecho, sin embargo, no fue particularmente astuto, ya que los efectos no ocurrieron hasta mucho después de que terminara la carrera.

Julia procesó la información, horrorizada por el hecho de que alguien pudiera hacer tal cosa, aunque se sintió aliviada al conocer la causa de la angustia de Orianna.

—¿Los otros caballos están mejorando? ¿Cómo lo tratarías?

—Necesita agua, para eliminar el veneno de su sistema —dijo Eddie—. He traído algunos cubos de sal, aunque sé que probablemente los tenéis aquí de todos modos. Vamos, llevémosla de vuelta y veamos si podemos convencerla de beber.

Julia asintió mientras regresaban al establo.

—¿Cuándo te enteraste de esto? —preguntó, su conversación bastante forzada, ya que le resultaba difícil saber exactamente cómo hablarle con todo lo que había entre ellos, tanto dicho como no dicho.

—Hace un momento —respondió—. Sabía lo preocupada que estarías por Orianna, así que quería que lo supieras lo antes posible.

Julia le echó un vistazo—. ¿Porque te preocupas por mí?

—Julia... —comenzó Eddie, con una expresión de dolor que volvía a su rostro, pero justo entonces Finter salió a recibirlos.

—¡Francis! —dijo—. ¿Qué te trae por aquí? Estoy seguro de que ya sabes que nuestro caballo premiado está enfermo. ¿Se ha corrido la voz tan rápido entonces? A mi señor no le complacerá, ya que Orianna tiene una temporada bastante importante por delante.

Eddie rápidamente relató su información a Finter, quien pareció algo aliviado con la noticia de que con nueva alimentación y agua, los otros caballos estaban comenzando a recuperarse.

—Bien —dijo—. Llevémosla adentro entonces.

Después de varios intentos y un poco de sal frotada sobre sus labios, Orianna estaba bebiendo nuevamente, para alivio de Julia.

Podía sentir la presencia de Eddie en el establo a su lado, aunque apenas dijo una palabra, excepto por algunos murmullos a Finter. No es que pudieran hablar mucho con el mozo allí, y Julia era consciente de que había muchos otros hombres yendo y viniendo mientras atendían al resto de los caballos. Pero todo lo que podía percibir era a Eddie. Como siempre sería. Él había venido y relatado sus noticias y su consejo... entonces, ¿qué hacía todavía aquí? ¿Había cambiado de opinión? ¿Quería hablar más con ella?

Su corazón latía más rápidamente al pensarlo, esperando que hubiera algo de verdad en sus imaginaciones, aunque desesperaba de aumentar cualquier esperanza que pudiera tener, pues la decepción potencial era demasiado para considerar.

Finalmente, cuando Orianna había tomado un poco de agua y parecía ligeramente menos angustiada, Julia se levantó de su lugar en la paja junto al caballo.

—¿Me avisarás si hay algún cambio, Finter? —le preguntó al mozo, quien asintió—. Volveré a verla en breve —dijo Julia—. Será mejor que vaya a contarle a mi padre lo que ha ocurrido.

Mientras salía de los establos, Eddie la siguió, y cuando se encontraron a una ligera distancia donde nadie de los mozos de cuadra podía oírlos, Julia finalmente se volvió hacia Eddie.

—¿Había algo más que quisieras decirme? —preguntó, obligándose a encontrar su mirada, a pesar de que su corazón latía más rápido que nunca.

—Sí —dijo él, y su pecho se apretó.

—Quería decirte que me voy.

Capítulo Treinta Y Tres

Eddie había luchado toda la noche con lo que le diría a Julia hoy. Sabía que tenía que verla de nuevo, que no podía dejar las cosas como estaban. Pero ¿qué compartir con ella? ¿Le diría lo que realmente sentía, permitiéndole abandonar toda su vida por él? Lo había considerado larga y profundamente. Si todavía fuera un jinete respetable, con una promesa estable de carreras y sin mancha en su nombre, habría sido una decisión ligeramente más fácil. Si tuviera algo que ofrecerle, bueno, quizás decidiría darle una oportunidad a su amor.

Pero no tenía nada de eso. No tenía ni idea de adónde iría ahora. Solo sabía que tenía que abandonar este lugar. Y no iba a arruinar la vida de Julia junto con la suya.

—¿Qué quieres decir con que te vas? —exigió ella, con sus ojos azules llameantes. Tanto como le desesperaba su enfado, le encantaba cómo ella llevaba sus emociones por toda la cara. La había observado mientras estaba sentada junto a Orianna, percibiendo cómo sentía el dolor del caballo, cómo habría hecho todo lo posible para devolver al animal a su plena salud. ¿Qué otra mujer noble se preocuparía tanto por un animal? La mayoría vería a Orianna solo como un medio para su propia prosperidad, pero no Julia; ella veía al caballo como algo más que una inversión, como un ser vivo que requería su amor y atención. Así era como Julia abordaba todo en la vida: se preocupaba y amaba con todo su corazón.

Y ahora, mientras le contemplaba, bueno, no parecía ser con amor, lo cual supuso que era bueno. Si podía hacer que se enfadara con él, sería una emoción mejor que dejarla herida.

—No estoy completamente seguro de adónde —dijo con sinceridad—. Quizás Epsom.

—¡Estarás cabalgando durante días! —exclamó Julia, y Eddie se encogió de hombros—. Claro, pero eventualmente iría allí de todos modos, ya que es donde tendrá lugar la próxima carrera importante. Puede que me detenga en Londres por un tiempo.

—¿Ah, sí? —dijo ella, con las manos en las caderas ahora—. ¿Y qué harás allí? ¿Divertirte un poco?

Lanzó las palabras con ligereza, pero él podía ver cuánto le dolía considerar lo que él podría estar haciendo en Londres.

—Solo estaré tomando un descanso del viaje —dijo, lo cual era la verdad; no tenía planes concretos en este momento.

—Ya veo —dijo ella, cruzando ahora los brazos sobre su pecho, su inquietud delatando el hecho de que no se sentía particularmente cómoda con esta conversación. Él podía prácticamente verla pensando, aunque no tenía idea en qué.

—Antes de que te vayas —dijo ella, acercándose más a él—. Tienes que hacer una última cosa.

—¿Qué cosa?

—Debes besarme una vez más.

—Julia... —dijo él, con la voz quebrada. Porque besarla de nuevo sería el acto más tortuoso para ambos. Sería una promesa de lo que podría haber sido, pero que nunca sería de nuevo. Y sin embargo... cuando ella lo miraba así, con sus ojos ligeramente brillantes por las lágrimas, sus labios rosados y listos para él, ese halo de cabello rubio alrededor de su cabeza... tampoco podía mantenerse alejado.

Con un gemido, extendió los brazos, atrayéndola hacia él, saboreando este último beso. Sus labios descendieron sobre los de ella, al principio con cierta vacilación, pero luego, cuando ella le rodeó el cuello con los brazos y se apretó contra él, ya no pudo contenerse más, y dejó que toda la desesperación apasionada, toda la frustración por el hecho de amar a esta mujer y aun así tener que

dejarla ir, se derramara de él a través de sus labios, donde estaban fundidos.

Eddie podía saborear la sal de las lágrimas que corrían por el rostro de ella mientras se deslizaban a través de sus labios unidos, y la humedad picó en sus propios ojos en respuesta. Sus labios se inclinaron sobre los de ella una y otra vez, saboreando, amando, fusionando a los dos juntos. Todas las palabras que quería decirle pero no podía fueron pronunciadas a través de este beso, a través de la forma desesperada en que se aferraban el uno al otro, como si cada uno fuera el apoyo que les permitía respirar.

Podría haberse quedado así con ella para siempre, y cada instinto dentro de él le decía que la levantara, que la llevara al bosquecillo de árboles más allá de los establos, que la recostara en el suelo y le hiciera el amor, que le mostrara cuánto la deseaba, cuánto la necesitaba.

Pero hacerlo sería el acto más egoísta que podría realizar. Porque ella era inocente, y por mucho que le desesperara la idea de que cualquier otro hombre se acostara con ella, era una mujer que debía reservarse para un hombre que pudiera prometerle una vida juntos, que pudiera decirle y también mostrarle cuánto la amaba.

Y ese hombre no era él. No podía serlo.

Se apartó de ella, y al hacerlo sintió como si todo su corazón se partiera en dos, quedando la mitad aquí con ella, dentro de su propio pecho.

—No me dejes —susurró ella, con los brazos todavía alrededor de su cuello.

—Tengo que hacerlo —gimió él, secándose las lágrimas que amenazaban mientras ella sacudía la cabeza salvajemente, aunque sus manos se movieron a su pecho, donde permanecieron plantadas, como si no pudiera decidir si quería acercarlo o alejarlo.

—¿Cómo puedes hacer esto? —preguntó ella, sus ojos buscando los suyos implorantes—. Afirmas no amarme, pero has hecho tanto por mí, has hecho realidad todos mis sueños, menos uno. Me besas como si fuera la única mujer en el mundo entero, y sin embargo, lo tirarías todo por la borda porque tienes alguna noción de que no

funcionaríamos juntos. Pero estás equivocado. Porque todo sobre nosotros dos es completamente correcto.

Sus palabras resonaron a través de él, y cerró los ojos, con la confusión recorriendo su alma. Debería ceder, decirle que tenía razón, decirle que la amaba, que...

—¡Julia!

Se separaron de un salto cuando la voz cortó el aire, tanto una llamada como una orden, y Eddie miró a Julia, viendo que sus mejillas estaban sonrojadas de un rosa intenso, pero se mantenía alta y orgullosa, como si no tuviera nada de qué avergonzarse.

—Padre —dijo ella mientras Lord St. Albans se acercaba, con la mirada fija en Eddie mientras se aproximaba, y Eddie recibió el mensaje: que no tenía ningún asunto que tratar aquí, a solas con Lady Julia Stone, y mucho menos besándola. Si el Conde estaba al tanto de lo que había ocurrido entre ellos, Eddie no tenía idea, aunque esperaba fervientemente que el hombre no lo supiera.

—Oí que hubo algo de conmoción en los establos, así que pensé que sería mejor venir a ver por mí mismo.

Julia asintió y comenzó a relatar todo lo que había ocurrido con Orianna, con los otros caballos en la Milla Rowley. Mientras ella contaba la historia, su padre pareció olvidar cualquier preocupación que tuviera con respecto a Eddie, ya que su ira ahora se dirigía a quienquiera que fuera el culpable de tales atrocidades hacia los caballos.

—¡Esto es absurdo! —bramó, y Eddie recordó cuánto respetaba al hombre por el cuidado de sus caballos, de cualquiera bajo su cuidado, en realidad—. Debo ir al club y determinar qué se ha hecho al respecto, cómo encontraremos a tal hombre y qué haremos al respecto. Pero primero, veré a Orianna —Se volvió hacia Eddie por un momento—. Gracias, Francis, por venir a compartir lo que sabes. Ven, Julia.

Eddie asintió, y mientras el Conde se dirigía a los establos, llevándose a Julia con él, Eddie esperó lo suficiente para compartir una última mirada larga con ella mientras ella miraba por encima de su hombro, antes de darse la vuelta y alejarse.

* * *

En el momento en que su padre se marchó al Jockey Club, Julia se puso a trabajar. Encontró a Maybelle, diciéndole que la necesitaba ahora más que nunca. Los ojos de Maybelle se ensancharon, pero asintió en acuerdo, y Julia agradeció tener una amiga tan leal con quien contar.

—¿Qué va a hacer, mi señora? —preguntó Maybelle mientras subían las escaleras hacia su habitación. Julia se llevó un dedo a los labios hasta que estuvieron tras la puerta, y luego se volvió hacia su doncella.

—Si Eddie no va a comprometerse conmigo, bueno, entonces, le facilitaré la decisión: iré a él y le diré que no tiene más remedio que llevarme con él, porque iré, le guste o no.

Maybelle la miró conmocionada.

—¿Va a marcharse? ¿Su familia, su vida?

Julia sintió un ligero tirón en su corazón. Preferiría estar yéndose con Eddie con la bendición de sus padres, con sus amigos conscientes de lo que estaba sucediendo, pero no había tiempo, y sus padres no habían sido exactamente acogedores con la idea antes. Esperaba que entendieran y que con el tiempo pudiera volver a su amor.

—Sí —dijo simplemente—. Tengo que hacer un baúl. ¿Qué crees que necesitaré?

Maybelle podría haber estado sorprendida, pero era absolutamente competente, y rápidamente entró en acción, ayudando a Julia a prepararse. Encontraron su bolsa de viaje y comenzaron a determinar qué vestidos serían los más adecuados para lo que venía: viajar y vivir como una mujer modesta.

—Mi señora... —dijo Maybelle, con la mano apoyada en una prenda que Julia se dio cuenta que eran los pantalones de montar de su hermano, que había estado usando mientras entrenaba toda la semana—. Tendrá que dejar a Orianna.

El corazón de Julia se apretó dolorosamente, casi tanto como el pensamiento de dejar a Eddie, pero no del todo, lo que determinó su

decisión.

—Lo sé —susurró—. Me encantaría llevármela... pero aunque mi padre me ha dejado a cargo de ella, sigue siendo su caballo, y aunque me vaya, no me llevaré algo que no es legítimamente mío.

Maybelle asintió comprensivamente, aunque su rostro reflejaba cuánto le entristecía el pensamiento de que su señora dejara a su querido caballo.

Julia fortaleció su determinación. Con suerte, con el tiempo regresaría a visitar a sus padres, y a Orianna. Pero hasta entonces, tenía que seguir a su corazón, que nunca se había desviado de su camino: hacia Eddie.

Capítulo Treinta Y Cuatro

Julia derramó algunas lágrimas mientras redactaba la nota para sus padres, pero por mucho que le doliera, no podía marcharse sin dirigirles unas palabras. Tenían que saber cómo se sentía, y si no podía decírselo en persona —por temor a que la detuvieran— entonces se lo diría por escrito.

Dejó la nota doblada en un sobre sobre el escritorio de su habitación. Maybelle prometió que se aseguraría de que llegara a sus manos.

—Y entonces, mi señora, probablemente os seguiré poco después —dijo Maybelle con una sonrisa pícara—. Os veré en Epsom.

Julia abrazó a su doncella antes de salir de sus aposentos.

—Creo, Maybelle, que será mejor que me llames Julia de ahora en adelante.

—Lo intentaré —prometió Maybelle—. Buena suerte.

Julia tomó su valija y miró fuera de la puerta de su dormitorio para asegurarse de que no venía nadie antes de bajar de puntillas por las escaleras. Su madre normalmente tomaba una pequeña siesta por la tarde a esa hora, mientras que su padre aún estaría fuera ocupándose de los asuntos del Jockey Club. Julia daría un último vistazo a Orianna antes de marcharse, para asegurarse de que estaba tan bien de salud como fuera posible antes de irse.

Casi había llegado a la puerta trasera cuando oyó unos pasos detrás de ella, y se quedó paralizada, con los ojos cerrados,

deseando con todas sus fuerzas que fuera un sirviente ocupado en sus tareas.

Desafortunadamente, la suerte no estaba de su lado.

—Julia Stone, ¿adónde crees que vas con esa valija?

Julia se dio la vuelta lentamente, esbozando una sonrisa forzada.

—Oh, solo bajo al establo, madre —dijo—. Llevo algunas cosas para hacer que Orianna esté más cómoda.

No era exactamente una mentira —iba al establo—, solo que continuaría su camino una vez que hubiese terminado allí.

—Querida —dijo su madre, inclinando la cabeza mientras observaba a Julia—. No soy idiota, y te agradeceré que nunca me consideres como tal. Ahora, ven al salón donde podamos tener algo de privacidad para hablar de qué se trata todo esto.

Julia exhaló un suspiro y siguió a su madre, dejando la valija donde estaba. No tenía ningún deseo de hablar de esto con su madre, pero la habían pillado completamente, y afrontaría las consecuencias no como una niña, sino como una mujer, pues eso es lo que era. Si decidía marcharse con Eddie, sus padres no podían, en realidad, impedírselo.

Julia se sentó en el estampado floral del sofá mientras su madre tomaba asiento frente a ella en una silla de caoba de color rosa pálido.

Su madre cruzó las manos pulcramente sobre su regazo, la imagen de una correcta dama inglesa, y sin embargo su mirada, con los mismos ojos azules de Julia devolviéndole la mirada, era penetrante.

—Te estás fugando con Eddie Francis, ¿no es así?

Julia se removió ligeramente, luego se recordó su edad.

—En cierto modo —dijo finalmente.

Su madre suspiró, mirando hacia su regazo. Cuando volvió a mirar a Julia, tenía los ojos llorosos.

—¿Ni siquiera ibas a despedirte?

—Oh, madre —dijo Julia, extendiendo las manos para tomar las de su madre entre las suyas—. Quería hacerlo, de verdad. Pero pensé que si os decía que me iba, no me permitiríais hacerlo. Os

escribí una nota explicándolo todo, incluyendo la esperanza de que con el tiempo me perdonaríais y me permitiríais volver a veros.

—Julia, querida —dijo Lady St. Albans, llevando sus frescas manos a las mejillas sonrojadas de Julia—. No hay nada que pudieras hacer que jamás me hiciera no querer verte de nuevo, distanciarme de ti. ¿Es que no lo entiendes?

Aquellas palabras hicieron que las lágrimas comenzaran a brotar de los ojos de Julia. —Pero... Padre estaba tan enfadado cuando me encontró con Eddie en los jardines, y sé cuánto me animabais ambos a pasar más tiempo con el Duque. No solo eso, sino que ahora el nombre de Eddie ha caído en descrédito, aunque sin culpa alguna por su parte, y padre nunca permitirá que estemos juntos.

—Julia —la voz de su madre era a la vez tranquilizadora y autoritaria mientras detenía el flujo de palabras de Julia—. ¿De verdad le amas, con todo tu corazón? ¿Con suficiente amor para elegirle, para todos los días que están por venir, para dejar atrás la vida que conoces y seguirle a donde él elija ir?

Julia ni siquiera tuvo que pensar en su respuesta.

—Absolutamente.

Su madre sonrió.

—Bien, entonces, has tomado la decisión correcta. Porque puedes tener todas las casas, todas las riquezas del mundo, pero si no tienes amor, tu corazón estará vacío. El Duque es un buen hombre, sí, pero ya sabrías a estas alturas si sientes algo por él que merezca la pena perseguir. Lo único que tu padre y yo hemos querido siempre es que nuestros hijos sean felices. Tu padre puede creer, como yo, que serías más feliz en la vida que has conocido, una vida de lujo, pero tú conoces tu corazón mucho mejor que nadie y debes hacer lo que sea correcto.

Julia miró a los ojos de su madre, ahora más feliz que nunca de que pudiera, al menos, pedirle a su madre el consejo que tanto necesitaba. Le contó brevemente a su madre la respuesta de Eddie, su negativa a comprometerse con ella por su propia creencia de que ella estaría mejor sin él. Su madre asintió, aparentemente comprendiendo el predicamento al que se enfrentaban.

—¿Y qué hago ahora? —preguntó Julia.

—Ve a buscar a ese hombre, dile que vas a ser suya sin importar lo que él piense que es mejor para ti, y luego tráelo aquí para que os demos nuestra bendición.

Julia se lanzó a los brazos de su madre, y ambas compartieron algunas lágrimas antes de que Julia se despidiera y, con una Maybelle sorprendida y confusa que ahora la acompañaba por decoro, Julia se dirigió a los establos no solo para comprobar el estado de Orianna sino para preparar un carruaje para ir a Newmarket a buscar al hombre que amaba. Esta vez, no le dejaría escapar.

* * *

Después de empacar las pocas pertenencias que había traído desde su alojamiento en Londres, Eddie salió de los establos de Lord Torrington con alivio. Excepto por Midnight Express. Le dio unas últimas palmaditas al caballo.

—Te echaré de menos, chico —murmuró al oído del caballo—. Hemos tenido buenos momentos juntos, tú y yo. Lamento que tenga que acabar así.

Y lo lamentaba. Sentía pesar por toda la situación, pues no solo el caballo ya no era válido para competir debido a su identidad errónea, sino que Eddie supuso que Midnight Express probablemente también era demasiado viejo para haber corrido en las Dos Mil Guineas, que estaban reservadas para potros y potrancas de tres años.

Eddie apoyó la cabeza contra el cuello de Midnight Express, y el caballo pareció entender lo difícil que era para Eddie marcharse, mientras le rozaba suavemente el hombro con el hocico. Pero Eddie sabía, en el fondo, que no era solo Midnight Express; era dejar todo esto, este caballo, esta vida y, sobre todo, a la mujer que estaba tan profundamente arraigada en su corazón y su alma que no podía imaginar estar sin ella.

Suspiró, pero luego dio un brinco cuando una voz cortó el aire detrás de él.

—Lamento todo esto, ¿sabes?

Eddie se volvió para ver a Lord Torrington ocupando el umbral, con las manos en los bolsillos y la mirada fija en el suelo.

—Probablemente no me creas —dijo el noble encogiéndose de hombros—. Lo cual entendería. Admitiré que hice trampa y mentí sobre Valiant, lo que fue algo bastante terrible. Lo sé. Pero estoy en una situación desesperada y, bueno, estaba desesperado. Los hombres desesperados hacen cosas desesperadas. Sin embargo, no intenté culparte de todo esto, Francis. Eso fue una conspiración entre Totnes y Dorchester, aunque no tengo ni idea de por qué al vizconde le importa algo de esto. Tengo una reunión con el Jockey Club esta tarde, y les contaré todo esto, con suerte les convenceré para que limpien tu nombre y te permitan volver a competir. Te mantendría en mi equipo, aunque no sé si me permitirán volver a competir con otro caballo jamás.

Eddie miró al hombre con incredulidad, sorprendido por su disculpa. Nunca había esperado que el conde pudiera estar realmente... arrepentido por todo lo que había sucedido.

—Gracias por sus palabras, mi señor —dijo—. Agradecería la oportunidad de volver a competir, por supuesto, incluyendo cualquier cosa que pudiera hacer para limpiar mi nombre.

—Por supuesto —dijo Torrington, luego hizo una pausa momentánea con cierta incomodidad.

—¿Envenenó usted a los caballos? —preguntó Eddie de repente, sabiendo que no era una pregunta que debería hacerle al señor, pero ya no le importaba.

—No —dijo Torrington, levantando bruscamente la cabeza—. Absolutamente no. Puede que haya hecho algunas cosas de las que me arrepiento, pero nunca le haría eso a los caballos. —Suspiró—. Totnes me tiene manía desde un pequeño contratiempo el año pasado cuando no le apoyé en un asunto en el que estaba completamente equivocado. Sospecho que hizo esto para hacerme quedar peor, pero no estoy seguro de que alguna vez lo sepamos con certeza.

Eddie apenas podía creer hasta dónde llegaría la gente por venganza, aunque no era la primera vez que lo veía.

—Lamento oír algo así, mi señor.

—Sí, bueno, me alegra saber que todos los demás caballos se están recuperando. En cuanto a Midnight Express, bueno... No estoy seguro de que alguna vez pueda volver a hacerle competir al pobre. Si puedes conseguirme un buen precio por él, es tuyo.

Eddie sonrió con pesar. —Es una amable oferta, mi señor, pero me temo que a pesar de mis recientes victorias, he estado ahorrando mis ganancias para algún día encontrar un hogar propio. Midnight Express es una oferta tentadora, pero...

—Bueno, piénsalo, Francis —dijo Torrington—. Si necesitas encontrarme, estaré de vuelta en Londres una vez que este asunto en Newmarket se aclare. Gracias por todo lo que has hecho, y por lo bien que has competido. Cuídate.

Puso algunos billetes en la mano de Eddie —el pago, vio Eddie, por ambas carreras, la que corrió y la que no— y luego le hizo un gesto con la cabeza antes de salir tranquilamente por la puerta.

Eddie le vio marcharse con sentimientos encontrados. Sabía que Torrington había extendido una ofrenda de paz, y lo apreciaba, aunque al mismo tiempo era muy consciente de que el resultado de todo esto cambiaría poco para el señor, mientras que toda la vida y carrera de Eddie dependían de la decisión del Jockey Club, así como de la disposición de otro propietario para contratarle.

Exhaló profundamente. Una última parada, para despedirse de Will, y luego se marcharía a Londres. Y dejaría todo esto atrás.

Capítulo Treinta Y Cinco

A Eddie le dijeron que podría encontrar a Will en el Rowley Mile, recogiendo sus cosas de la carrera del día anterior. También era, desafortunadamente, la ubicación del Jockey Club, y decidió que haría todo lo posible para evitar a cualquiera de los lores que estarían presentes. No deseaba enfrentarse a ninguno de ellos en ese momento.

Sin embargo, después de desmontar de Boomerang y dirigirse a la casa club de los jinetes, descubrió que sería difícil ignorarlos a todos, pues allí frente a él se encontraba Lord St. Albans. El padre de Julia.

—Mi señor —dijo a modo de saludo, esperando que esta pudiera ser una visita cordial—. Solo estoy de camino para despedirme de un amigo y luego me marcharé.

—Comprendo —dijo el Conde con un asentimiento—. Y me disculpo si fui algo duro el otro día. Sin embargo, hay algo sobre lo que quería hablar contigo antes de que te marcharas.

Eddie asintió, con su curiosidad despertada, y St. Albans continuó.

—Me gustaría que montaras para mí —dijo, dejando a Eddie atónito, quien solo pudo mirarlo fijamente.

—Disculpe, mi señor, pero... ¿quiere decir, como su jinete?

—Pues claro —respondió el Conde—. Quizás no en todas las carreras, pero sí en las importantes. En las carreras donde no tenga caballos inscritos, podrás contratarte con otros.

—¿Puedo preguntar por qué? —logró decir Eddie, sabiendo que la pregunta era grosera, pero tenía que hacerla.

—Aunque Smith actuó admirablemente, no creo que vuelva a competir. Parecía un buen jinete, pero prefiero a un hombre que conozco, que sea franco, con quien pueda conversar sobre la carrera y su plan. Te conozco, Francis, y a pesar de todo lo ocurrido con mi hija, sé que no hay mejor jinete, ni hombre en quien confiaría más para mis caballos. Entonces, ¿lo harías? ¿Comenzando en Epsom?

Curioso que St. Albans ya no quisiera que Smith corriera para él, pero obviamente sin cuestionar más al respecto, Eddie tuvo que aclararse la garganta para darse más tiempo antes de poder responder a la oferta de St. Albans.

—Agradezco su confianza en mí, mi señor. ¿Le importaría si me tomo un día antes de responder? Y si acepto, solo podré montar si el Jockey Club me autoriza para competir nuevamente.

—No te preocupes por eso, hijo. Voy camino a reunirme con todos ellos y los haré cambiar de opinión. En cuanto a tu respuesta... —el Conde parecía algo confundido pero se encogió de hombros—. Un día estaría bien. Dímelo mañana. Solo hazme un favor: no aceptes otra oferta mientras tanto, especialmente de Clarence, ya que sé que está ansioso por encontrar un nuevo jinete.

—Eso, mi señor, puedo hacerlo —prometió Eddie—. Hablaré con usted pronto.

Él y St. Albans tomaron caminos separados, y la mente de Eddie comenzó a correr con lo que el Conde le había ofrecido. Ya sabía que St. Albans era un buen hombre para trabajar, y tenía una excelente caballeriza. La cuestión era si podría trabajar para el padre de Julia, lo que significaría que podría pasar demasiado tiempo encontrándose con ella. No estaba del todo seguro sobre esa parte.

—¿Will? —llamó mientras entraba en la casa club, que estaba inquietantemente silenciosa en comparación con el bullicio de los días de carrera. Dejó su bolsa en el suelo—. ¿Will? —llamó de nuevo cuando escuchó un paso al otro lado de la habitación, pero no fue Will quien apareció.

Era Julia.

—Eddie —dijo ella, y su nombre en sus labios le provocó escalofríos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, sorprendido por su presencia.

—Fui a casa de Lord Torrington y el mozo me dijo que acababa de salir hacia las caballerizas. Vi a Will y le pedí que nos diera un minuto.

Eddie asintió, caminando hacia ella como si hubiera un cable atando a los dos, tensándose lentamente.

—¿Qué más hay que decir?

—Solo esto —dijo ella, con determinación cruzando su rostro—. Tú eres mío. Y yo soy tuya. Te amo y sé que tú sientes lo mismo, a pesar de tus palabras en contra. Crees que estás mejorando mi vida al dejarme ir, pero necesito que sepas que si te alejas de mí otra vez, lo único que estarás haciendo es arruinar un amor que nunca morirá. Te he amado desde que tenía catorce años, cuando no me veías más que como una niña. Pero durante las últimas semanas juntos, siento que hemos llegado a conocernos mejor de lo que muchas personas lo harán en toda una vida. ¿Parece una locura? Probablemente. Si no sientes por mí nada más que algo de afecto, que así sea. Seré una tonta, pero una tonta sin arrepentimientos. Pero si me amas —y no sé cómo no podrías después de ese beso—, no desperdicies esta oportunidad.

Tomó un profundo respiro, y Eddie pudo ver cuánto había pensado en esto.

—Así que te pregunto una última vez, Eddie Francis —dijo ella, sus ojos azules ardiendo en los suyos—. ¿Me amas?

—Oh, Julia —dijo Eddie, sus defensas por fin, al fin, comenzando a desmoronarse ante sus palabras, la expresión en su rostro y todo lo que había conducido hasta este momento. Había hecho lo que pudo. Había intentado alejarla, hacerle creer que no la amaba, pero parecía que o bien ella era más perspicaz de lo que le había dado crédito, o bien su amor era tan fuerte que nada que pudiera hacer lo ocultaría adecuadamente—. Claro que te amo.

Las lágrimas comenzaron a brotar de sus ojos, y él levantó una mano para limpiarlas suavemente antes de acunar su mejilla en la palma de su mano.

—No sé qué podré ofrecerte en la vida. He ahorrado casi lo suficiente para una casa propia, y te prometo que haré todo lo posible para darte lo que mereces. Algunos años puedo tener un gran éxito, otros pueden ser mucho más escasos. Mi vida es bastante azarosa, ya que me encuentro compitiendo por toda Inglaterra, así que no puedo prometerte mucha estabilidad. Pero lo que sí puedo prometerte es esto: cada día por el resto de mi vida, te amaré con todo mi corazón y toda mi alma. Nunca dejaré pasar un día sin que sepas lo hermosa que eres, por dentro y por fuera, y cuánto significas para mí. Sé cuánto estás renunciando por mí, Julia, y apenas puedo soportar pensarlo, pero ya no puedo negarte.

—Ese es el punto —dijo Julia, su voz casi un susurro mientras su labio temblaba—. No estoy renunciando a nada importante, pero estoy ganando todo en el mundo.

Él pasó sus pulgares por su rostro, limpiando las lágrimas que continuaban cayendo, bajo sus ojos y sobre sus mejillas. Eddie ni siquiera se dio cuenta de que estaba sonriendo, pero debía estar sonriendo como un idiota ante sus palabras, porque muy pronto sus propios labios comenzaron a curvarse en una sonrisa, y luego los dos estaban allí, mirándose con sonrisas ridículas llenando sus rostros.

Finalmente se inclinó y la besó, y qué diferente fue esta vez. Nunca antes había besado a una mujer a la que amaba con todo su corazón, toda su alma. Y esta vez, cuando llevó sus labios a los de Julia, no fue con la desesperación de sus besos anteriores, cuando nunca sabían con certeza si sería la última vez que se encontrarían juntos. No, este beso fue uno de promesa, de anticipación de lo que estaba por venir.

Lo que, por supuesto, Eddie apenas podía apartar de su mente. Empujó a Julia contra la pared del vestuario vacío, y ella jadeó cuando quedó pegada a ella. Parecía como si pudiera haber olvidado dónde estaba, aunque después de un par de momentos sacudió la cabeza como si la estuviera aclarando.

—Eddie —dijo, su voz tan temblorosa como su aliento—. Toda mi vida he estado esperando saber cómo es que un hombre me haga el

amor —y cuando digo hacer el *amor*, lo digo en serio, porque nunca me habría conformado con menos. ¿Me lo... me lo mostrarás?

Eddie tragó con dificultad y retrocedió medio pie. Nunca habría imaginado que Julia —su Lady Julia— le haría tal pregunta. Todo su cuerpo le gritaba que dijera "¡sí!" y que la tomara aquí mismo, ahora mismo.

Pero esta era Julia, la mujer que amaba, una dama que merecía el trato más elevado que cualquier hombre pudiera darle. Su primera vez debería ser en un lugar donde él pudiera adorarla como la reina que era.

—Con gusto te lo mostraré, pequeña —dijo, mirando sus labios llenos, sus ojos suplicantes del color del cielo en un día despejado llamándolo—. En nuestra noche de bodas.

—Oh, Eddie... —comenzó a protestar, pero él llevó un dedo a sus labios, negando con la cabeza.

—Entonces deberíamos casarnos pronto, ¿no crees? —preguntó, sonriéndole, y ella se aferró a su camisa mientras asentía.

—Tengo más de veintiún años. Podemos casarnos tan pronto como lo deseemos. ¿Dónde deberíamos ir?

—Donde tú elijas —dijo con una pequeña sonrisa—. Aunque no creo que debamos alejarnos demasiado de tu familia. Estáis muy unidos y, pequeña, no deseo que estés distanciada de ellos.

Ella asintió, su expresión ligeramente melancólica.

—¿Tienes algo empacado? Deberíamos irnos lo antes posible, para aprovechar al máximo la luz del día.

—Sí —dijo lentamente, y él se preguntó por su vacilación—. Pero todavía está en la casa. ¿Te importaría terriblemente si regresamos? Y, Eddie —puso una mano en su brazo—. Mi madre es consciente de lo que sentimos el uno por el otro, y lo entiende. Me dijo que mientras haya amor, eso es lo único que importa. Es solo mi padre a quien quizá tengamos que convencer.

Eddie sonrió, agradeciendo el hecho de que Lady St. Albans no se hubiera interpuesto en su camino. Sin embargo, Julia tenía razón: todavía tenía sus dudas sobre lo que pensaría el padre de Julia de su unión.

—¿Crees que... tendría alguna forma de mantenernos separados?

—No —respondió ella con firmeza, negando con la cabeza—. Mi padre nunca me mantendría con ellos por la fuerza, y nada más que pudiera hacer o decir podría jamás hacer que te deje.

—Muy bien —dijo, aunque no podía evitar los nervios que agitaban su estómago—. A tu casa iremos.

Capítulo Treinta Y Seis

Quizás no había sido la mejor de las ideas, pensó Julia una vez que finalmente se acercaron a la casa. Pero no, su madre había sido clara sobre lo que sentía, y Julia estaba ligeramente animada por el hecho de que su padre, al menos, le había ofrecido a Eddie el puesto de jinete para sus caballos. Aunque para la mayoría de los hombres esto seguiría estando muy lejos de ofrecer la mano de su hija en matrimonio, para Lord St. Albans, bueno, quizás no era *tan* diferente.

Eddie parecía un poco incómodo mientras Julia lo guiaba hacia la entrada principal. Le había preguntado a Julia si quizás debería entrar por la entrada de servicio, pero ella le lanzó una mirada que le indicó que no aceptaría eso.

—Aunque yo lo hacía cada vez que vestía mi ropa masculina de montar —susurró ella a modo de explicación, y él la miró asombrado.

Ella se rio un poco y asintió. —Sí, es cierto. Creo que todos los sirvientes piensan que me he vuelto bastante excéntrica. Lo cual era mucho mejor que si todos supieran la verdad, pues no tardaría en difundirse.

—Una vez que estemos casados y debidamente instalados, hay otra cosa que debo hacer —dijo Eddie, mirándola de reojo, y ella arqueó una ceja en señal de interrogación—. Retarte a una carrera como es debido.

Ella estaba riendo cuando la puerta se abrió, revelando al mayordomo con gesto de desaprobación, así como a la madre de Julia, que corrió detrás de él.

—¡Julia! Me alegro tanto de que hayas vuelto. Y oh, él vino, qué maravilloso. Sabía que vendría.

Lady St. Albans extendió una mano alrededor del mayordomo, quien los miró con un gesto que denotaba su consternación por ser apartado, y arrastró a Eddie al vestíbulo para que se colocara frente a ella. Recorrió rápidamente a Eddie con la mirada, asintiendo como si lo estuviera inspeccionando. Julia estaba mortificada y se acercó para decirle a su madre que parara de inmediato, pero Eddie la detuvo con un gesto sutil. Muy bien, entonces.

—Entrad, entrad —dijo finalmente Lady St. Albans—. Espero que tu padre llegue pronto, Julia.

Su predicción fue correcta, ya que el conde llegó minutos después, con sorpresa en su rostro cuando vio a Julia y Eddie sentados uno junto al otro en el sofá, su esposa serenamente sentada en la silla frente a ellos, té en mano.

—Francis —dijo, mientras Eddie se ponía de pie para saludarlo con una inclinación de cabeza—. ¿Has venido a aceptar mi oferta entonces?

—¿Tu oferta? —Lady St. Albans levantó la mirada, confundida.

—Lord St. Albans me ofreció un puesto como jinete —explicó Eddie, y la madre de Julia asintió y tomó un sorbo de su té, claramente sin preocuparse demasiado por sus asuntos equinos—. Pero eso, mi señor, espero que podamos discutirlo más tarde.

El padre de Julia lo miró desconcertado y pareció a punto de seguir interrogándolo, pero la madre de Julia puso su mano en el brazo de su esposo y lo hizo sentarse en la silla a su lado, luego asintió a Eddie para que continuara.

—Lord St. Albans —dijo Eddie mientras colocaba un brazo alrededor de Julia y ella se recostaba contra él—, agradecería mucho su permiso para casarme con su hija.

Julia miró implorante a su padre mientras él miraba fijamente a Eddie, con su sorpresa evidente. Todos parecían estar en un punto

muerto de inmovilidad hasta que Lady St. Albans finalmente rompió el silencio.

—Bueno —dijo, colocando su taza de té en la mesa mientras juntaba las manos—. Si vosotros dos os amáis tanto como parece, yo, por mi parte, creo que es maravilloso que os hayáis encontrado de nuevo. ¿Qué dices, Garnet? —instó a su marido, quien abrió y cerró la boca varias veces, aunque no emitió ningún sonido.

Eddie se dirigió a él directamente. —Sé que estoy lejos de ser su primera elección como el partido ideal para Julia —dijo—. De hecho, hice todo lo posible para convencer a Julia de que su vida sería mucho mejor con un hombre como el Duque. Sin embargo —le dedicó a Julia una sonrisa que la calentó desde las puntas de los dedos hasta el centro mismo de su corazón—, su hija es persistente, y la amo más que a nada. Le prometo lo mismo que le prometí a ella: siempre será el aspecto más importante de mi vida, y siempre la amaré más allá de las palabras.

El padre de Julia asintió lentamente, pero en lugar de responder a Eddie, se volvió hacia Julia. —¿Has pensado bien en esto, hija? ¿Sabes lo que estarás dejando por casarte con Francis, por casarte con un jinete? ¿Estás dispuesta a sacrificarlo todo: tu familia, tu dote, tu caballo?

—¡Garnet! —exclamó su esposa, pero él levantó una mano para silenciar sus palabras.

Julia sintió que la sangre abandonaba su rostro, pero asintió mientras su padre la estudiaba.

—Entonces ese es un amor que vale la pena sacrificar —dijo él suavemente, y Julia abrió mucho los ojos al registrar sus palabras.

—¿Significa eso... que lo apruebas? —preguntó ella con voz apenas audible.

—No estoy seguro de que *aprobar* sea la elección adecuada de palabras —dijo con una ceja levantada—. Sin embargo, no me interpondré en vuestro camino. Y a pesar de —en realidad *debido a* — tu disposición a renunciar a ella, tu dote es tuya para llevar. Al igual que Orianna.

—¿Orianna? —Julia se levantó de su asiento—. ¡No puedes hablar en serio!

Su padre sonrió. —Cuando te la di para que la gestionaras, deposité mi confianza en ti. Demostraste ser sabia en su entrenamiento y en su manejo, y por lo tanto cumpliré mi promesa de regalártela. Sin embargo, debes hacerme un favor.

—Por supuesto.

—Por favor, nunca, jamás vuelvas a montarla en una carrera así. Casi me provocaste una apoplejía.

Julia jadeó mientras Eddie se reía a su lado, mientras que su madre parecía una vez más completamente perpleja.

—Yo, eh... —Julia no tenía idea de cómo responder, pero Eddie la atrajo hacia él.

—Haré la promesa por ella, mi señor —dijo—. Aunque no creo que podamos evitar que siga entrenando, eso es seguro... o que compita ocasionalmente contra su marido.

—Eso puedo soportarlo —dijo el conde antes de que él y Eddie se reunieran en el centro de la sala y se estrecharan las manos.

Julia los observaba sintiendo como si estuviera dentro de un sueño. Nunca había imaginado que sus padres serían tan comprensivos con su matrimonio con Eddie. Supuso que había subestimado a sus padres y sus propios pensamientos sobre el amor.

—Ahora —dijo su padre—, ¿cuándo os gustaría casaros?

* * *

Su matrimonio tuvo lugar tan pronto como se pudieron leer las amonestaciones y la residencia de los St. Albans se empaquetó y regresó a Londres. Julia se alegró de que sus hermanos estuvieran presentes, al igual que, por supuesto, sus amigas más cercanas, sin las cuales no podía imaginar la vida, y agradablemente, Maybelle y Will, recién casados ellos mismos.

Se les había proporcionado el tiempo justo para que Eddie encontrara la casa en la que siempre había soñado vivir, pero que nunca había pensado que sería posible, o al menos no durante años.

Y entonces, dos noches antes de la boda, el padre de Julia le había dado lo que él describió como el mejor regalo de bodas hasta

el momento.

—Estás libre de todos los cargos —dijo Lord St. Albans durante una cena previa a la boda—. Y eres libre de competir de nuevo.

—Maravilloso —dijo Eddie con deleite, aunque su semblante se volvió ligeramente más sombrío—. ¿Y el envenenamiento de los caballos? ¿Se determinó alguna vez quién hizo tal cosa?

—Totnes —dijo St. Albans con expresión dolorida—. Proporcionó la información sobre Valiant no solo para vengarse de su antiguo amigo —Torrington, que una vez había confiado en él—, sino también porque es dueño de Thunderstruck y esperaba tener una mejor oportunidad de ganar. Intentó envenenar a los otros caballos, pero contrató a un idiota que no sabía lo que estaba haciendo, gracias a Dios. Ahora, basta de todo esto. Debo preguntarte, Francis, ¿aceptarás ahora mi oferta para ser jinete?

—Siempre que no esté montando a Orianna —respondió Eddie, aunque Julia le lanzó una mirada, ya que estaba perturbada por que hubieran tomado la decisión sin ella con respecto al fin de sus días como jinete.

—No te preocupes, pequeña —le había susurrado Eddie al oído más tarde, antes de marcharse por la noche—. Encontraremos un lugar donde puedas competir... como tú misma.

Ella lo iba a tomar por su palabra, se juró. Ya estaba visualizando una carrera de mujeres en su totalidad, o quizás, una vez más, de jinetes...

Pero primero, tenía otra promesa que hacer: una promesa de para siempre.

La boda en sí fue un borrón: un borrón de rostros, flores, encaje, multitudes y el pastor que los unía como marido y mujer. No hace mucho tiempo, todo parecía tan desesperado, meditó Julia, y ahora todos sus sueños se habían hecho realidad.

—Eso ocurre —había dicho su amiga Phoebe después de la ceremonia, con un encogimiento de hombros y una sonrisa hacia su marido Jeffrey, mientras Elizabeth negaba con la cabeza, incrédula.

—Para algunos —añadió Elizabeth—. Sois los afortunados.

—Tu momento llegará, Elizabeth —murmuró Julia, pero su amiga simplemente le sonrió, aunque Julia podía ver el dolor en sus ojos.

—Quizás —respondió, aunque huyó cuando el Duque de Clarence se acercó para felicitar a Eddie y Julia, aparentemente bastante sincero. Julia se preguntó acerca del Duque: ¿realmente había estado interesado en ella, o simplemente había interpretado un papel, buscando ayudar a que los dos se unieran? En verdad, probablemente nunca lo sabría, pero había algo tácito en su mirada, y parecía, quizás, un poco demasiado satisfecho.

Tras el desayuno de bodas y un día con sus familias, Eddie finalmente acompañó a Julia a lo que ahora sería su hogar.

La casa era sencilla en comparación con las mansiones a las que Julia estaba acostumbrada, pero nunca antes una casa había llenado su corazón con tanta alegría. Ella la había visitado previamente durante las últimas semanas, añadiendo su propio toque al edificio, pero entrar por estas puertas, sabiendo que no tenía que irse, que ella y Eddie ahora harían de este lugar el suyo, juntos... tenía una sensación completamente diferente.

—Oh, Eddie —dijo, dirigiéndole una sonrisa mientras él cerraba la puerta tras ella—. Es perfecto.

—Me alegra oír eso —dijo él, quitándole la capa, sus dedos rozando la piel de su cuello antes de colgarla en un gancho junto a la puerta—. Porque también lo es mi esposa.

Ella se sonrojó, volviéndose hacia él, de repente bastante nerviosa, sabiendo que esta noche finalmente sabría lo que era sentir el amor de un hombre, el hombre que la amaba por encima de todos los demás.

—Eddie...

—Shhh —dijo él con una orden suave, colocando un dedo en sus labios. Luego, antes de que ella anticipara lo que estaba haciendo, sus brazos se colocaron debajo de sus piernas y su espalda, y la levantó para llevarla escaleras arriba.

—¡Eddie! —chilló ella ahora, pero él no la soltó hasta que estuvieron en el umbral de lo que ahora era su dormitorio. Era masculino, pero con toques suaves que ella había añadido: cremas y dorados a las paredes carmesí y azul marino, mientras que cortinas colgaban por toda la habitación y sobre la cama. La ventana daba a la calle de abajo, y cuando Julia se acercó a la ventana, pudo

distinguir algunas estrellas que brillaban sobre ellos en el cielo de Londres.

Eddie se acercó por detrás, llevando sus manos a la parte superior de sus brazos sobre la seda del vestido azul pálido que llevaba, y lentamente bajó las mangas abullonadas, exponiendo su piel para poder colocar un beso primero en su brazo izquierdo, el segundo en su derecho, antes de tratar su cuello de la misma manera.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado, cerrando los ojos mientras se deleitaba con su contacto.

—Eddie, eso es hermoso —murmuró, y él asintió contra su cuello mientras sus manos bajaban por sus brazos hasta entrelazarse brevemente con sus dedos y luego dirigirse a su cintura. Sus ágiles dedos comenzaron a desabrochar los botones, sacándolos de los ojales que subían por su espalda hasta su cuello. La más ligera de las brisas rozó su piel a través de su fino camisón, y Eddie la giró para mirarlo antes de bajar suavemente la tela por sus brazos, luego su cuerpo, hasta que quedó amontonada alrededor de sus pies. Ella salió del vestido, Eddie moviéndose con ella, y luego comenzó a desatar sus corsé mientras sus ojos permanecían fijos en los de él, con la respiración atrapada en la garganta.

Vacilante, levantó las manos hacia su chaqueta, y por la forma en que los destellos dorados en sus ojos parecían prácticamente brillar, supo que él apreciaba su iniciativa. Desabrochó los botones, luego deslizó sus manos debajo de la tela, empujándola hacia abajo y fuera de sus hombros. Más atrevida ahora, continuó desvistiéndolo, despojándolo de su chaleco y su camisa, hasta que él se paró frente a ella, su pecho desnudo y expuesto a sus dedos. Pasó las manos por la piel, que era en su mayoría suave con un ligero vello que cubría su pecho.

No era un hombre grande, y sin embargo Julia apreciaba los músculos fibrosos que delineaban su torso, y la forma en que se agrupaban en sus hombros y bajaban por sus bíceps. Exploró todos ellos, cada hundimiento, cada abultamiento duro, hasta que finalmente él se aclaró la garganta y la miró con ojos vidriosos.

—Por mucho que me encante sentir tus manos sobre mí, pequeña, estás empezando a matarme con tu tacto.

Sus ojos se agrandaron ante sus palabras, y deliberadamente permitió que sus manos bajaran hasta la cintura de sus pantalones. Cuando llegó a su destino, se dio cuenta plenamente de a qué se refería exactamente, y de repente su boca se secó, ya que no tenía idea de qué hacer ahora. Eddie, sin embargo, resolvió el problema por ella. La levantó en sus brazos una vez más, depositándola sobre la cama. Sus labios encontraron los de ella, y mientras hacía el amor a su boca, comenzó a levantar su camisón, rompiendo el contacto solo el tiempo suficiente para levantarlo por encima de su cabeza, dejándola desnuda.

Sin embargo, Julia no tuvo tiempo de avergonzarse, ya que Eddie ahora se deshacía de sus pantalones, que era todo lo que quedaba entre ellos. Y entonces fue completamente piel con piel, y Julia no creía haber sentido algo tan maravilloso en toda su vida.

Mientras yacían juntos, tocándose, explorando, amándose, se maravilló de lo bien que encajaban. Dos personas de mundos tan separados, encontrando su pareja perfecta... era como si siempre hubiera sido así. Las lágrimas picaron en sus ojos al pensarlo, y Eddie se levantó sobre los codos para mirarla.

—¿Qué sucede? —preguntó, su rostro lleno de preocupación mientras limpiaba una lágrima.

—Nada en absoluto —dijo ella, forzando una sonrisa llorosa—. Es solo que no puedo creer... que estemos aquí juntos, que nos hayamos encontrado, y todo ha resultado ser tan... correcto.

Él le sonrió ahora, besándola justo encima de un ojo, luego del otro.

—Todo es gracias a ti, amor —susurró—. Soy un hombre afortunado.

Se movió ligeramente, sus labios bajando por su garganta una vez más hasta su clavícula, y luego más abajo, hasta que tomó un pezón en su boca y ella chilló tanto de sorpresa como de deleite. Casi podía sentirlo reírse de ella, mientras prestaba atención a ambos pechos por igual.

—No querría dejar uno de lado —dijo mientras cambiaba de lado, y ella se rio, hasta que sus dedos comenzaron a deslizarse más abajo, separando ligeramente sus muslos. Tomó una respiración rápida cuando él encontró su lugar más sensible, pero perdió sus reservas cuando su pulgar la encontró y comenzó a moverse en un movimiento circular que era tan increíble que no podía describirlo adecuadamente. Sus dedos se movieron dentro de ella, y con todas las sensaciones que él estaba provocando por su cuerpo, pensó que iba a perder toda cordura.

Cuando se lo dijo, él se rio, aunque su risa no era tan despreocupada como de costumbre, sino más bien tensa. Eddie se levantó de ella y se posicionó entre sus muslos. La miró a los ojos, y ella asintió a su pregunta no formulada, más que lista para aceptarlo como su esposo, el hombre con quien pasaría el resto de su vida amando.

Él entró en ella suavemente y ella lo aceptó de buena gana, con amor, con gratitud. Comenzó a moverse, lentamente al principio y luego, cuando ella empezó a instarlo, a un ritmo acelerado. Su propia liberación hacia el éxtasis le permitió encontrar la suya, y Julia lo abrazó, sabiendo que esto era más que la unión de dos cuerpos, sino también de dos corazones, dos almas que pertenecían juntas.

Epílogo

—Pareces bastante segura de ti misma, pequeña —dijo Eddie, mirando a su esposa, confiadamente sentada sobre Orianna. Julia tenía ahora sus propios pantalones de montar, confeccionados a medida, a diferencia de los desechados de su hermano. Le quedaban un poco demasiado bien, pensaba a menudo Eddie cuando cabalgaba detrás de ella, pero reconocía su practicidad.

El sol comenzaba a asomar por encima de los árboles que bordeaban Hyde Park, que se encontraba a poca distancia de la residencia londinense de los St. Albans, donde se alojaban los establos en los que Orianna y Midnight Express residían actualmente. Pronto el sol luciría completamente en el cielo y el parque se llenaría de personas de todos los estratos sociales. En este momento, sin embargo, estaba casi vacío, exceptuando a ellos dos y a sus jueces.

Hoy sería la carrera que nunca tuvieron la oportunidad de disputar en las Dos Mil Guineas, entre Julia y Eddie en sus respectivas monturas.

—Estoy segura de Orianna —dijo Julia con confianza—. Y sí, de mi capacidad para llevarla a la victoria.

Eddie se rio mientras encontraban la línea de salida acordada. Maybelle les sonreía desde su posición a un lado, con la bandera blanca en la mano. Su marido, Will, esperaba a una milla de distancia en la línea de meta. Era una semana después de Epsom y todos agradecían la distracción de lo que había sido un tiempo muy

ocupado, aunque Julia le había dicho a Eddie que era bastante agradable no tener la obligación de asistir a multitud de eventos sociales. En su lugar, además de escribir su columna para el periódico de Phoebe, permanecía al lado de Eddie, ayudándole a prepararse, viéndole correr y proporcionándole sus propios pensamientos y consejos. Para su propia sorpresa, no solo ella tenía amplios conocimientos, sino que él también descubrió que era mejor jinete con su voz en el oído.

Eddie sabía que Julia anhelaba competir ella misma, por supuesto, pero solo podía mantener la farsa de James Smith durante un tiempo limitado. Sin embargo, descubrió que disfrutaba bastante entrenando a los caballos fuera de la pista. Un acuerdo con su padre parecía haberse establecido de forma natural, y ahora los tres —propietario, entrenadora y jinete— trabajaban juntos como un equipo que estaba demostrando ser inigualable.

Pero hoy... hoy ella volvía a estar en la silla. Le había dicho mientras se vestían esa mañana que estaba deseando demostrar tanto su propia capacidad como la de Orianna.

Maybelle dio un aviso y luego agitó la bandera, y Julia y Eddie salieron disparados, cabalgando contra el viento. Julia rio con una emoción exultante, haciendo eco del alma de Eddie. Galoparon por los campos, lado a lado. Eddie era muy consciente de que Julia conocía su estrategia de carrera casi tan bien como él mismo, y pensó que lo mejor sería intentar sorprenderla, alejándose rápidamente. Ella no podría evitarlo y daría a Orianna más velocidad demasiado pronto. Midnight Express sería capaz de mantener el ritmo durante más tiempo.

Habían recorrido apenas un cuarto de milla de la carrera cuando él comenzó a alejarse. Eddie resistió el impulso de mirar hacia atrás, para ver dónde estaba Julia, pero se sintió frustrado y un poco preocupado cuando ella no se unió a él. Así que había mantenido su velocidad bajo control. Maldita sea.

Cuando estaban a un cuarto de milla de Will, escuchó un grito detrás de él y calculó que ella estaría a aproximadamente un cuerpo de distancia. Ahora estaría aumentando la velocidad. Eddie intentó instar a Midnight Express a avanzar, pero ya estaba corriendo a toda

velocidad y no tenía más para dar. Julia y Orianna estaban ganando terreno, pero lentamente, y Eddie solo podía esperar que ella hubiera esperado demasiado para dar a Orianna la velocidad que ansiaba. Pero entonces estaban poniéndose a su lado, y Julia miró a Eddie, dirigiéndole la más ligera sonrisa.

Momentos después de cruzar la línea de Will, ambos se sonreían tontamente el uno al otro, emocionados no solo por la carrera sino también por la victoria. Se volvieron hacia Will, cada uno esperando ser declarado ganador.

Will parecía muy incómodo.

—¿Y bien? —preguntó Eddie—. ¿Tenemos un vencedor?

Will, sentado sobre su propio caballo, se mordió el labio mientras miraba primero a uno, luego al otro.

—No os va a gustar esto.

—¿A *mí* no? —preguntó Eddie.

—Estuvo reñido —respondió Will—. Casi fue un empate.

—¿Casi? —preguntó Julia, y Will se encogió de hombros una vez más.

—La victoria fue por apenas un hocico, os lo digo. Fue reñido, muy reñido.

—¿Puedes simplemente declarar al ganador? —preguntó Eddie con impaciencia.

Will se rio.

—De acuerdo. Fue Julia. Te ganó por poco, Eddie.

—¡Sí! —exclamó Julia, y Eddie sonrió, considerando que, al final, no podía haber mejor desenlace.

—Bueno, supongo que si debo tener una igual —o una mejor, en este caso— me parece bien que esa persona sea mi esposa —dijo, y vio cómo Julia alzaba las cejas ante sus palabras antes de que sus labios se abrieran en una sonrisa.

—Es un buen sentimiento —dijo ella, acercando a Orianna junto a él, inclinándose para un beso que él proporcionó gustosamente, aunque cuando se separaron, pudo ver a Will poniendo los ojos en blanco.

—Está decidido, entonces —declaró Will cuando Maybelle finalmente se unió a ellos—. Ahora, ¿qué tal si nos proporcionáis

algo de desayunar?

Se rieron mientras paseaban a los caballos por el parque para que se enfriaran, los cuatro charlando animadamente. Eddie miró de reojo a su esposa, que parecía, sinceramente, más feliz y más viva de lo que la había visto nunca.

Se rezagó un momento, esperando a que ella se le uniera. Cuando lo hizo, llevaba una expresión inquisitiva.

—¿Qué ocurre? —preguntó ella, aparentemente leyendo la seriedad en su rostro, que tan rara vez estaba presente.

—Solo quería preguntarte algo —dijo él, y ella asintió.

—¿Eres feliz, en esta vida? —preguntó él—. ¿No tienes remordimientos? ¿Echas de menos algo de la vida que conocías?

—Oh, Eddie —dijo ella con una sacudida de cabeza—. En absoluto. No tengo ningún remordimiento. No he perdido nada, sino que he ganado todo lo que podría pedir jamás. Y te lo debo a ti. Te quiero, más que a cualquier otra cosa en este mundo entero.

—Y yo te quiero a ti —dijo él, extendiendo una mano para tomar los dedos de ella entre los suyos. Ella los tomó, los apretó, y luego compartió una sonrisa de tal satisfacción que él no creía que su corazón pudiera estar más pleno.

Julia había tenido razón desde el principio. No importaba quiénes eran ni de dónde venían. Cuando el amor era lo suficientemente fuerte, nada más importaba.

* * *

Querido lector:

¡Espero que hayas disfrutado de la historia de Julia y Eddie! Sé que no debería admitirlo, pero Eddie es uno de mis héroes favoritos. Ama a Julia, pero solo quiere hacer lo correcto. A veces, Julia me frustraba incluso a mí cuando simplemente no se rendía, pero ese era el poder de su amor y su determinación de romper la resistencia de Eddie, que ambos sabían que era por las razones correctas.

A continuación viene la historia de Elizabeth. Es un relato de enemigos a amantes, mientras Elizabeth debe determinar si alguna

vez puede perdonar al hombre que la ofendió, mientras que, entretanto, es puesta en una posición que nadie cree que pueda manejar, excepto la persona que, quizás, significa más. Puedes leer un adelanto de su historia en las páginas siguientes a esta, o descargarla aquí: Dama de la providence.

Si aún no recibes mi boletín de noticias (*newsletter*), ¡no esperes más, únete a nosotros! Recibirás un libro gratis, así como enlaces a sorteos, noticias, rebajas, descuentos, etc.; sabrás que, entre otras cosas, soy adicta al café, que lucho denodadamente para que mis plantas sobrevivan y que descubro casi a diario los tremendos líos en los que se puede meter un perro adorable pero con aspecto de lobo.

Español

English

También puedes entrar a formar parte de mi grupo de Facebook, Ellie St. Clair's Ever Afters, para así estar en contacto diario.

Hasta la próxima, y… ¡feliz lectura!

Con amor,

Ellie

* * *

Dama de la providence
Las damas poco convencionales
Libro 3

Una dama perfecta. Un duque impecable. Una traición del pasado que lo cambia todo.

Elizabeth Moreland es considerada la dama perfecta, el epítome de la gracia y la corrección. Sin embargo, anhela la oportunidad de trabajar en el mundo que tanto le fascina, un mundo aparentemente reservado para los hombres: la banca. Cuando su querido abuelo fallece, queda devastada y sorprendida cuando la lectura del

testamento revela que él le ha dejado todo —su herencia, así como su participación como socio principal en el banco— a ella.

Gabriel Lockridge, el Duque de Clarence, tiene todo lo que un hombre podría desear, pero continuamente se aburre de la vida y siempre está en busca de un desafío. Le intriga la reciente fortuna de Lady Elizabeth Moreland, una mujer a la que él perjudicó hace muchos años. Cuando el primo de ella solicita su ayuda para destruir su reputación y su recién adquirida posición, Gabriel acepta, aunque tiene otros motivos en mente.

Elizabeth debe aprender a luchar para defender aquello en lo que cree y cumplir los deseos de su abuelo. Tiene poco tiempo para determinar las verdaderas intenciones del hombre que una vez creyó amar, pero él está lentamente volviendo a entrar en su vida. Entre todos los adversarios que se le oponen, ¿elegirá Elizabeth abrirse al riesgo del amor o de la desilusión, o seguirá decidida a mantener su corazón cerrado para siempre?

Un anticipo de Dama de la providencia

LONDRES, 1815

Gabriel Lockridge, Duque de Clarence, poseedor de no menos de cinco propiedades y señoríos, un escaño en la Cámara de los Lores, entrada garantizada a cualquier evento social al que pudiera desear asistir, y un hombre con riqueza ilimitada para gastar como le placiese, estaba aburrido.

Se encontraba sentado en el Club de Caballeros White's, mirando por la ventana la lluvia que caía del cielo, empapando a los transeúntes que se apresuraban de un destino a otro en este día sombrío y lúgubre. Distraídamente, tenía un oído atento a las conversaciones a su alrededor, pero si acaso, los chismes insustanciales que llegaban a sus oídos solo le frustraban más. Idiotas, todos ellos. Desde que su amigo más cercano, Jeffrey Worthington, Marqués de Berkley, se había casado, Gabriel carecía terriblemente de conocidos a quienes pudiera soportar por más de cinco minutos.

—¿Le apetece una partida de whist, Su Gracia? —solicitó un marqués recién nombrado y ávido, pero Gabriel lo despidió con un gesto, aunque logró esbozar una sonrisa forzada. Sabía que estaba siendo grosero, pero le resultaba difícil reunir mucho entusiasmo. No tenía ni idea de por qué había venido aquí esta noche, pero suponía que era mejor que quedarse en casa mirando al retrato de su padre al otro lado de su estudio, quien le devolvía el ceño fruncido.

—Clarence —escuchó a sus espaldas, y cuando se giró, Gabriel se sintió aliviado al ver un rostro que realmente le agradaba. El señor David Redmond, segundo hijo del Conde de Brentford. Aunque inferior a Gabriel en la escala social, era en realidad algo entretenido, a pesar de su reputación como un auténtico libertino; aunque quizás esa fuera una de las razones por las que Gabriel disfrutaba tanto de su compañía. Redmond sabía cómo contar una historia, y aunque algunas podían estar ligeramente adornadas, la mayoría eran bastante divertidas.

—¿Puedo acompañarle?

Gabriel hizo un gesto más, pero esta vez fue hacia la silla frente a él como invitación para que Redmond se sentara.

Redmond tomó asiento, pasándose una mano por el cabello, que era de un castaño tan claro que casi parecía rubio, muy distinto al pelo oscuro del propio Gabriel, que siempre se aseguraba de llevar perfectamente peinado.

Redmond se acomodó en los pliegues del sillón de cuero verde bosque, encendiendo un cigarro mientras fijaba su mirada en Gabriel, aunque pronto su expresión se tornó seria, con los ojos entrecerrados y las cejas fruncidas sobre ellos.

—¿Ocurre algo, Clarence? —preguntó—. Normalmente no tienes un aspecto tan sombrío. ¿Calculador? Sí, pero ¿sombrío? Nunca.

Gabriel suspiró, dando otro sorbo a su bebida.

—Estoy aburrido, Redmond —dijo e inclinó la cabeza hacia atrás para mirar el techo ornamentado y la intrincada araña que colgaba del centro.

—¿Aburrido? —Redmond casi resopló—. ¿De qué demonios puedes aburrirte?

Gabriel se encogió de hombros.

—De esta vida. Una fiesta tras otra, una mujer tras otra, ninguna que suponga un desafío. Aunque no me entretenga con mujeres casadas, parece que podría tener a casi cualquiera que elija. Las personas que frecuentan dichas reuniones son las mismas, noche tras noche, contando historias repetidas, presumiendo de sus conocidos, la mayoría de los cuales están al otro lado de la sala. ¿Cuál es el sentido de todo esto?

Redmond le miró con incredulidad.

—¿Hablas en serio? —preguntó—. Podrías tener cualquier cosa que desees, Clarence. ¿Aburrido en una fiesta? ¡Ve a un garito de juego! ¿Aburrido con una mujer? ¡Encuentra otra! ¿Aburrido con la equitación? ¡Practica esgrima! Apenas veo de qué puedes quejarte.

—Y ese es el mayor problema de todos —dijo Gabriel con un asentimiento.

—Además —continuó Redmond—, esperaba que regresaras de Newmarket hace unos meses con una prometida del brazo después de escuchar todos los rumores que volaron de vuelta a Londres en

alas de pajarillos. Pero no, ¡parece que el gran Duque de Clarence fue vencido por un jinete!

—Nunca fui vencido —dijo Gabriel indignado—. Mi intención nunca fue realmente cortejar ni desposar a Lady Julia.

—¿Entonces por qué la perseguirías?

—Llámalo un rompecabezas, si quieres, Redmond —respondió Gabriel—. Uno para el que ya conocía la solución, pero se requería mi ayuda para llegar a la conclusión.

Redmond negó con la cabeza.

—Hablas en acertijos, Clarence, pero que así sea. ¿Y cómo va el Parlamento estos días?

—Un aburrimiento. Hombres adultos discutiendo porque sienten que deben hacerlo cuando la respuesta es clara y simple, sin importar si uno es tory o whig, sino si tiene sentido común, algo que ninguno de ellos tiene.

Redmond juntó los dedos en forma de campanario y apoyó la barbilla en ellos.

—¿Tus propiedades?

—Me mantengo al tanto de los asuntos en cada una de ellas, ciertamente —convino Clarence—. Pero tengo administradores leales y de confianza que parecen hacer un trabajo brillante supervisándolas.

Miró por la ventana, posando los ojos en un pequeño muchacho que corría por la calle, con la gorra bien calada para protegerse de la lluvia que caía con fuerza. Su ropa estaba bastante harapienta, y claramente, no tenía mucho en este mundo. De hecho, muy probablemente se encontraba allí en James Street para hurtar algún bolsillo o dos, pero no había ninguno que encontrar ya que la mayoría se refugiaba con semejante clima.

Volvió a mirar a Redmond, negando con la cabeza.

—Esta es una conversación ridícula sobre las desgracias de uno de los hombres más ricos del país, cuya cuenta bancaria contiene más fondos de los que la mayoría vería en toda su vida.

Redmond pareció ligeramente confundido por un momento, pero luego inclinó la cabeza muy ligeramente mientras estudiaba a Gabriel.

—He oído que eres socio de un banco, ¿es cierto?

—Sí, aunque parezca increíble: Clarke's. Aunque no estoy del todo seguro de querer ocupar esa posición. Es bastante inusual, para un duque. Fui nombrado hace unos años, cuando... las circunstancias parecían indicar que me acercaría aún más a la familia. Luego todo cambió, excepto la sociedad. No asumí un papel activo, así que Clarke parece complacido de mantenerme a bordo, y yo le complazco votando con él cuando es necesario.

—¿No te interesan los asuntos del banco?

—Por supuesto que no —respondió con incredulidad—. Y como todo lo demás en mi vida, no veo que eso vaya a cambiar pronto.

* * *

Una semana después

Elizabeth estaba sentada rígidamente en el borde de su cama, mirándose en el espejo sobre su tocador. El negro, decidió, no le sentaba bien. Hacía que su piel fuera tan blanca que parecía prácticamente translúcida, lo que habría estado bien si no resaltara las pocas pecas sobre su nariz haciéndolas mucho más prominentes. Se parecía a una bruja de algún tipo, con su cabello tan rojo que no parecía del todo apropiado, a pesar de que lo llevaba recogido en un elegante moño, sin un solo rizo escapándose.

Elizabeth salió de sus pensamientos, recriminándose por su vanidad mientras miraba sus manos sobre su regazo, tan fuertemente apretadas que casi estaban blancas.

Su abuelo había muerto. El hombre que tanto había significado para ella, que le había mostrado lo que era ser responsable, leal, digna de confianza y honesta, se había ido, dejando un vacío en su corazón. Era uno que ciertamente no sería llenado por sus padres, pensó sombríamente mientras se levantaba y se obligaba a salir por la puerta, agarrando la barandilla de la escalera de su casa de ciudad mientras descendía hacia el frío y austero salón, donde sus padres la esperaban.

—Elizabeth Moreland, ¿dónde has estado? —la interrogó su madre—. Tu padre y yo llevamos esperando casi una hora. Debemos estar en la lectura del testamento con tiempo suficiente para escuchar todo y asegurarnos de que nadie haga nada indigno para recibir su parte de las riquezas de Padre. Aunque la sociedad probablemente irá a parar a tu primo Henry, por supuesto. Oh, si tan solo Terrence hubiera mostrado más promesa, o si tú hubieras sido un hijo, Elizabeth, entonces podrías haber tenido la oportunidad, ya que mi padre siempre estuvo tan encantado contigo.

—Lamento mucho haberos decepcionado, Madre —dijo Elizabeth con sequedad.

—No pasa nada, querida —resopló su madre, y Elizabeth quiso poner los ojos en blanco, pero ahora no era el momento de causar ningún tipo de desavenencia entre ellas—. ¡Ahora, debemos irnos!

—¿Estás emocionada, Madre? —preguntó Elizabeth, horrorizada ante la idea, pero desgraciadamente, parecía ser cierto, ya que su madre volvió su rostro estrecho y afilado hacia ella con los ojos brillantes de anticipación.

—Por supuesto que no —fue la negación de su madre, aunque Elizabeth sabía perfectamente que no era así. Mientras seguía a sus padres al carruaje, se desesperó por lo que sería de Clarke & Co. si fuera mal gestionada por alguien como Henry. Apenas podía pensar en ello, aunque dudaba que su abuelo la dejara en manos de Henry, sabiendo como sabía lo que Thomas pensaba de su primo.

Pero era un pensamiento difícil de ignorar cuando entraron en el salón de la casa de su abuela. Elizabeth saludó a su hermano menor, Terrence, quien le pellizcó la mejilla en una muestra de afecto. Elizabeth amaba inmensamente a su hermano, ya que era del tipo encantador con un corazón de oro, pero también repartía su amor por los demás —particularmente mujeres— quizás un poco demasiado. Hacía tiempo que había dejado el hogar familiar para instalarse en una pensión, pues le dijo a Elizabeth que ya no podía soportar las miradas de desaprobación de sus padres respecto a los horarios que mantenía ni las preguntas sobre los lugares que visitaba.

Elizabeth saludó a su abuela con un abrazo sincero —lo suficientemente decoroso, pero a la vez transmitiéndole todo lo que deseaba decir, pues no podía contarle exactamente lo que sentía en ese momento delante de toda esa gente, familia o no.

Eran buitres, todos ellos, decidió. ¿Cuándo fue la última vez que alguno de ellos había considerado una acción que beneficiara a alguien además de a sí mismos?

Su madre tenía dos hermanos: un hermano mayor, fallecido hacía unos años, que tenía hijos propios, incluido Henry, y una hermana mayor, madre de tres hijas y un hijo.

El salón probablemente nunca había estado tan lleno como en este momento con todos ellos reunidos. Un abogado de aspecto elegante, con el pelo negro pulcramente peinado hacia atrás, estaba sentado frente a todos ellos en una silla con un respaldo tan recto como él mismo.

Se subió las gafas hasta los ojos y se aclaró la garganta en un intento de captar su atención, pero fue pronta y decididamente ignorado.

Frunció el ceño con consternación e intentó una vez más con un sonoro "ejem". Elizabeth sintió pena por él; no debía ser un aspecto agradable de su trabajo, reunirse con familias en duelo, aunque aparte de ella misma y de su abuela, la mayoría de los presentes en la sala no parecían particularmente tristes, sino inquietos, en todo caso.

Lo cual tenía cierto sentido. Thomas Clarke había amado a Elizabeth con todo su corazón y se había asegurado de que ella lo supiera; sin embargo, también pensaba que la mayoría de su familia eran "idiotas, todos ellos", y no se callaba sus opiniones.

Elizabeth se sentó junto a su abuela en el pequeño sofá, tomando su fría mano entre las suyas. Justine Clarke miraba directamente al hombre de la silla, sin decirle nada más a Elizabeth, aunque le apretó la mano con fuerza en agradecimiento por su apoyo, ya que claramente no deseaba otra cosa que terminar con todo este proceso.

El abogado se puso de pie y golpeó con los nudillos la pequeña mesa de escritorio que había a su lado hasta que finalmente captó la

atención de la multitud frente a él. Suspiró con tal alivio que Elizabeth se habría reído de haber sido en otras circunstancias, y luego se sentó de nuevo en la silla de madera que habían traído de otra habitación de la casa —probablemente del almacén, pues la abuela de Elizabeth estaba orgullosa de su casa y siempre se aseguraba de que estuviera a la última moda.

Esta misma habitación, el salón, era una estancia alargada en el lado sur de la casa. Las ventanas de guillotina que la rodeaban dejaban entrar abundante luz diurna, mientras que las molduras blancas de la cornisa acentuaban las paredes de color amarillo pálido, que estaban adornadas con hermosos retratos de la familia, así como paisajes del campo inglés. La familia Clarke nunca había poseído realmente una casa fuera de Londres desde que se mudaron a la ciudad un par de generaciones atrás, pero Justine procedía de un pequeño pueblo rural y le gustaba tener recordatorios de su hogar en las paredes.

Hoy, los muebles habían sido recolocados para adaptarse a la ocasión, de modo que todos miraban al abogado como feligreses frente al pastor. Pero el funeral en sí vendría más tarde. Este era un asunto completamente distinto.

—Gracias a todos por su asistencia —dijo el abogado con voz tensa—. Permítanme expresarles mis sinceras condolencias a todos ustedes. Soy el señor Smith, y ha sido un placer servir como abogado del señor Clarke durante los últimos años, como lo fue para mi padre durante décadas. Thomas Clarke era un hombre que se preparaba para todo en la vida, y su muerte no fue una excepción. Tengo en mis manos el testamento que preparó hace unos años. Si bien mi padre supervisó la redacción del testamento, yo también estuve presente en la sala y puedo dar fe de que estaba en plena posesión de sus facultades mentales y de su semblante.

—Al grano —murmuró Henry desde dos asientos más allá, y Elizabeth se inclinó alrededor de Terrence para fulminarlo con la mirada.

—Muy bien —dijo el señor Smith, aunque claramente no estaba nada complacido. Tras unos comentarios introductorios, comenzó a enumerar los nombres de los distintos miembros de la familia

presentes en la sala, pronunciando anualidades para cada uno de ellos, ninguna de ellas insignificante; Thomas Clarke había sido un hombre muy rico.

—"Durante el resto de su vida, mi patrimonio, además de las anualidades previamente enumeradas, será dejado a mi amada esposa, Justine" —leyó, y la abuela de Elizabeth apenas contuvo un pequeño sollozo—. "Mi casa en Londres, la sociedad principal de Clarke & Co. y, tras la propia partida de mi esposa de esta tierra para reunirse conmigo, todo mi patrimonio, será legado a mi nieta, Lady Elizabeth Moreland".

* * *

Encuentra Dama de la providence en Amazon y en Kindle Unlimited.

Otras Obras de Ellie St. Clair

Los Remington en la Regencia

El misterio del duque de Debonair

El secreto del apuesto detective

La pista del bastardo brillante

En busca del rebelde recluido

Las damas poco convencionales

Dama de misterio

Dama de fortuna

Dama de la providence

Dama de charada

Los escándalos de las inconformistas

Diseños para un duque

Inventando al vizconde

Descubriendo al barón

El experimento del criado

Los escándalos de las inconformistas: Serie Completa

Las Rebeldes de la Regencia

Dedicada al amor

Sospechosa de amor

En la senda del amor

Vencida por amor

Rebeldes de la Regencia Serie Completa: Libros 1-4

Y fueron felices para siempre

El duque de sus sueños

Su duque llegará algún día

Érase una vez un duque

Un duque rentable

El amor del vizconde

Novias Florecientes

Un duque para Daisy

Un marqués para Marigold

Un conde para Iris

Un vizconde para Violet

Navidad

Su deseo de Navidad

* * *

Libros de ingles: www.elliestclair.com

Acerca de la autora



A Ellie siempre le ha gustado leer y escribir, y también la historia y las historias. Lleva muchos años escribiendo cuentos cortos, pequeños ensayos y, sobre todo, lo que verdaderamente le apasiona, novelas románticas.

Ha habido romanticismo en todas las épocas de la historia, y a Ellie le encanta explorar distintos periodos, culturas y localizaciones geográficas. Independientemente del lugar y el momento, el amor siempre triunfa. Tiene debilidad por los «chicos malos» y por las heroínas con carácter, por lo que nunca faltan ambos en sus novelas.

No hay nada que guste más a Ellie y a su marido que pasar tiempo en casa con sus dos hijos y el perro cruce de husky que forma parte de la familia. Durante el verano lo más normal es encontrarla paseando cerca del lago, y todo el año empujando el cochecito de bebé por todas partes. Pero lo que nunca le falta es el portátil en el regazo ni un libro entre las manos.

También le encanta escribirse con sus lectoras, así que… ¡ponte en contacto con ella, no te arrepentirás!

www.elliestclair.com
ellie@elliestclair.com